Juan G. Atienza

LA GRAN MANIPULACION COSMICA

Las fronteras de lo irracional

martínez roca

Juan G. Atienza

La gran manipulación cósmica

FF
Fontana Fantástica
Ediciones Martínez Roca, S. A.

© Juan G. Atienza
© 1981, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Gran Via, 774, 7.º, Barcelona-13
ISBN 84-270-0687-X
Depósito legal: B. 35575-1981
Impreso por Gráficas Diamante, Zamora, 83, Barcelona-18

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Prólogo 13

1. Las vastas e inciertas fronteras de la manipulación. 21
Los espejos cósmicos. — El estadio primero de la manipulación. — El mesianismo como ansia de dependencia. — Las apariciones como manipulación de la manipulación. — Crisis de conciencia.

REFLEXIONES EN TORNO NUESTRO

2. Desde España, con amor 35
Una grieta para atisbar al otro lado. — El tornillito imprescindible. — Las leyes nunca escritas. — El tiempo de una proyección cinematográfica. — Antropología del fracaso. — Juicio final: los buenos y los malos. — Los guardianes del tráfico para el Gran Día. — Apuntes previstos para unas normas de conducta. — La creación de una realidad a la medida. — Un mundo de preguntas sin respuesta. — La ley de la gravitación espiritual.

3. Desde el mundo que nos rodea y desde alguna de sus mentiras 50

Palabras: el despertar de los pueblos. — Teoría sociopolítica del átomo. — La sombra siniestra de los teutónicos. — Metamorfosis larvada. — La tercera vía: la manipulación de la individualidad. — Al asalto de los niveles de conciencia. — Un negocio que no sólo da oro. — De nuevo los tentáculos de la manipulación. — Un lento proceso de dependencia. — El camino seguro hacia la regresión. — Los más remotos resistentes. — Los malditos herreros.

4. La mente de Gregg el Bueno 65
Los mesías de la tecnología. — Progreso y trabajo para todos. — La panacea de los microprocesadores. — Diz que el futuro ha comenzado. — Con los dedos pillados. — OPEP versus procesador. — Escuela de párvulos. — El lado de los buenos. — El ejemplo del sol naciente. — Salvadores y maestros. — Máquinas y karate. — Las coordenadas de la manipulación. — Se empieza desde arriba. — La base de la supervivencia.

REFLEXIONES HACIA EL COSMOS

5. Primera meditación sobre una realidad que escamotea su definición 87

6. De maestros, mesías y profetas 98
Por ejemplo: un cubo con seis paredes. — La apertura de una puerta. — La respuesta que llega del otro lado. — El mundo de los santos. — El planeta de los profetas. — La galaxia de los mesías. — El cosmos de los maestros. — Modelos para el maestro. — ¿Pero por qué Oriente? — ¿Y los demás, qué? — Razones (inmediatas) de un deterioro. — Con una linterna en busca de...

7. La muerte arcana y ficticia del dios 115
La fabricación de un mito. — Nada más que un botón de muestra. — A la vuelta misma de la esquina. — Las religiones del tiempo y el dolor. — Cosas de los cuentos. — Quiero sufrir, quiero morir. — Los hijos del mago Colibrí. — Un ciclo cerrado. — La demanda de los dioses. — Regocijo para la muerte. — De la Luna maestra al Sol dictador.

8. La manipulación agárthica 137
Una historia al biés de la historia. — Hijos y nietos del buen patriarca Noé. — El trasiego de un pueblo misterioso. — A trancas con los mitos. — Precisas imprecisiones. — Fijando puntos inconcretos. — Líneas que convergen en un punto — Los perros de presa — Los budas exterminadores. — Motivos profundos de irracionalidad. — Los reflejos eternos de la historia. — Un baño solar de sangre caliente.

9. Como una luz sobre un árbol 159
Estructura de una historia. — La gran fiesta de los sentidos. — El juego insólito del sexto sentido. — Bombardeo sensorial. — Los límites de la elección. — El problema de las taras. — Agujeros en la sensibilidad. — Dos grados de la manipulación. — Un espacio concreto, inmutable, preciso. — Aquí y en ningún otro lugar. — Apunte para una razón de la sinrazón. — Venid aquí todos a sufrir. — Desde que el hombre es ser racional. — Traed con vosotros todo vuestro dolor y entregádmelo.

10. De cómo el pez grande vino a comerse al pez chico 176
La escala dimensional de la evolución. — Tú mi da'una cosa a mé, ío ti dó una cosa a té. — El hombre en tanto que ser que se alimenta. — Cualidades y dimensiones. — La razón, ¿punto final? — Objetos (y conceptos) no identificados. — Cada cosa en su sitio. — El juego de la razón produce monstruos. — Ni bueno ni malo, sino todo lo contrario. — La cosa que viene de ninguna parte. — Creer, no creo, pero haberlos, háylos. — Pastores y ovejas. — Conciencia evolutiva y avance cultural. — Estructura manipuladora del fenómeno de las apariciones. — Casos, modos y maneras del contacto personal. — Los sembradores de inquietud. — La grieta.

LOS ARDUOS CAMINOS HACIA LA LIBERTAD

11. La gran trampa del tiempo 209
Una tierra sin clepsidras. —Toques de eternidad. —El eterno, el cambiante presente. — El sonido de una mano al aplaudir. — La clave inmediata de la iluminación. —La beatitud del retorno. —La visión búdica de la realidad. — El secreto místico del chiste. — El impacto de la realidad. —Cuando un papa escribe una tesis.

12. El hombre al encuentro de sí mismo 226
Individuo y humanidad. — Las dos caras de la moneda. —Los mil senderos de la mística. —Las vías del poder y del saber. —El juego de las tres pruebas. —El dominio del cuerpo. — Relatos iniciáticos. — «Lasciate ogni speranza». — Las señoritas de Aviñón. — Las vías de la acción mental. — Las rupturas temporales. — Mancias y otros saltos en el vacío dimensional. —La lengua del otro mundo. —La letra que entra con sangre.

13. De viajes a la otra Realidad 248
La ¿otra? realidad. — El acceso y el «tirón». — Un caso insólito de misticismo sin adscripciones. —Encerrado en un mundo cerrado. —Grandeza y miseria de la palabra. — El engaño temporal. — ¡Abajo el intelecto! —El terror al vacío. — Un mundo no listo para sentencia. — Eso que llaman viaje astral. — La saga del artista visionario. — De chakras y corrientes endocrinas. — El cálculo improbable de probabilidades. — Los límites del milagro.

14. Entre la manipulación y la libertad 266
Si fue antes el huevo o la gallina... —Las huellas de un deterioro. — La triste historia de Huatacame. — Un relato (medio escondido) de poder. —Sutiles cables de dependencia. — El juego de las tensiones. — El valor (relativo) del trascender. —Interpretar y comprender.

A ti, hermano, que te crees
y hasta te proclamas libre.

Prólogo

Es alarmante que la existencia del género humano, desde los albores de la historia, se haya movido sin excepción por unos derroteros en los que cada palabra —y, sobre todo, las palabras *esenciales* de la vida— no adquiría su significado propio, único e irrevocable, sino las acepciones que en cada ciclo cultural convenían a los grupos de presión en turno de poder. Es alarmante, sobre todo, comprobarlo ahora y aquí, cuando la mente del hombre está, en general, tan deformada por milenios de dependencia, que ya resulta casi imposible pensar que lleguemos algún día a darnos cuenta de nuestra auténtica situación y empecemos a llamar a las cosas por su nombre de una vez por todas; a entender su verdadero significado, sus motivos y hasta el lugar exacto que ocupan ellas en nuestra existencia y nosotros en la suya.

El hombre es el gran engañado del cosmos. Prefiero decirlo así, con vergüenza, pero sin medias tintas. Y —diré más— es o somos engañados conscientemente, como si estuviéramos ansiosos de engaño, de dependencia, como si estuviéramos ancestralmente necesitados de que *otros* —quienes fueran— nos saquen de nuestra radical inseguridad, aunque sea a costa de dominios, de imposiciones y de obediencias que hayan de marcarnos para siempre como esclavos de cuanto —persona o enti-

dad presuntamente celeste— aceptamos como *cosa* superior, como señora y dueña de nuestras vidas, de nuestro pensamiento y de nuestro mismo destino en tanto que especie zoológica, que es lo que somos.

Curiosamente, el ser humano es el único animal que obedece a aquello que desconoce radicalmente, el único ser que teme enfrentarse con lo desconocido. El único que ha convertido en práctica vital y en pan nuestro de cada día ese horrible refrán de la mal llamada sabiduría popular que cuenta que «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer». Si nos molestamos en observar el comportamiento de las bestias salvajes, comprobaremos que sólo huyen de *aquello que saben que les es hostil*. Y que, en cambio, se atreven a husmear —tan cuidadosamente como queramos— en lo que desconocen.

Parece como si, a todos los niveles vitales, el ser humano hubiera perdido definitivamente el sentido de su propia libertad y se hubiera plegado a todas las fuerzas que le arrastran irremisiblemente hacia la dependencia. Desde el *slogan* —horrible y criminal— del «¡sé libre, vístete con...!», hasta el voto periódico y presuntamente voluntario en las urnas democráticas, cuidadosa y matemáticamente medido, la vida del hombre discurre sin remedio por las coordenadas de la manipulación, en una tensión constante entre los que necesitan ser condicionados y los que creen a pies juntillas que detentan la autoridad magistral para condicionar irremisiblemente a quienes mantienen debajo de su bota, de su ley o de su credo.

Si repasamos la historia, los dogmas religiosos de todo tipo, la política, la guerra, las creencias, los juegos, las costumbres y hasta el eventual futuro del género humano (si repasamos todo esto con los ojos abiertos, quiero decir), comprobaremos, al menos a niveles personales, que el devenir de la especie, desde sus albores, ha sido una constante sucesión de tensiones entre entidades minoritarias detentadoras de poder y una masa informe de gente incapaz de ejercer, ni por fuera ni desde dentro, su legítimo e inalienable derecho a la libertad. El ser humano ha sido —y lo es cada vez más— un ente condicionado, dependiente, propicio a la manipulación. Obedece por miedo y hasta con alegría a todo aquello que cree que le evita «la funesta manía de pensar» y le impone *sus* verdades por decreto. En esta tesitura, el hombre libre —y quiero decir *realmente* libre— se convierte en un proscrito, en un perseguido obligado al silencio, cuando no a

la mazmorra, a la hoguera o al disparo en la nuca a la vuelta de la primera esquina.

Y todo ello, ¿por qué? No hay respuesta autorizada. Y, si la hay, queda ahogada por los gritos de los que saben chillar mejor, o más fuerte, para proclamar vital y espiritualmente, y políticamente incluso, su ¡vivan las cadenas!, el mismo grito que lanzaba el pueblo al paso de Fernando VII cuando regrasaba a sus dominios hispánicos con las intenciones puestas en la restauración de los poderes del sable y de la casulla, a mayor gloria de Dios.

No se trata ahora, sin embargo, de buscar los posibles orígenes sociopolíticos de la manipulación. Al menos, yo estoy convencido de que, en esas coordenadas, la manipulación que podemos detectar no es más que el reflejo de otra, mucho más profunda y desconocida, que afecta a nuestra realidad inmediata, a nuestra esencia como seres vivientes, a nuestra concepción cósmica, a nuestras esperanzas de superación y de trascendencia. Más aún, creo que puede establecerse un paralelismo claro y tajante entre esa Gran Manipulación Cósmica que incide en la naturaleza misma del hombre y esa otra, menor, que se ejerce sin que tengamos conciencia clara de las entidades más o menos anónimas de nuestro entorno inmediato que la llevan a cabo. Y pienso que sólo entendiendo y asimilando los motivos de ésta lograremos vislumbrar las razones de aquélla.

Por eso he tenido que plantearme un libro de apariencia tal vez extraña, en el que los motivos parecen confundirse eventualmente y del que, de inmediato, yo mismo sería incapaz de dar una definición sobre si es escrito político, histórico o —Dios no lo quiera— religioso. Y no sé siquiera si podría aconsejar a ninguno de sus lectores que lo incluyera entre sus libros fantásticos y fortianos, pero, si lo hiciera, tampoco podría hacerle ningún reproche, porque todavía nadie —que yo sepa, al menos— ha sido capaz de establecer los límites estrictos entre lo *aparente racional* y lo *real irracional*.

Me explicaré, siquiera sea como advertencia, antes de seguir buscando razones a la sinrazón fundamental. El ser humano, tal como lo han advertido buen número de escuelas filosóficas de todos los tiempos y de todas las latitudes, vive en un mundo de apariencias. Las propias ciencias lo atestiguan, aunque tan a menudo se revuelvan contra tal aserto. Nosotros, los seres humanos, nos movemos entre estas apa-

riencias que nos transmiten los sentidos, sin detenernos a pensar (ni a vivir) que efectivamente lo son. Comprendemos —o creemos comprender— las sensaciones, las tomamos *vitalmente* como reales, como auténticas e inamovibles. Y todo aquello que no encaja en sus coordenadas —es decir, todo cuanto está respondiendo a atisbos de otra Realidad no captada— lo rechazamos por ilógico, por irreal, por irracional y por imposible; o, lo que es peor aún, lo admitimos sin rechistar, como manifestación de una presunta divinidad inalcanzable, todopoderosa y omnisciente, a la que sólo por la fe y por las creencias —impuestas— podemos aprehender.

Esa Realidad nos está manipulando desde unas coordenadas —¿dimensionales tal vez?— que normalmente somos incapaces no sólo de alcanzar, sino hasta de entender. Pero su juego es, a determinados niveles, exactamente igual al que ejercen sobre nosotros las entidades manipuladoras de nuestro propio mundo, hasta el punto de que pocas veces llegamos a identificar la naturaleza de esa radical dependencia y nos es totalmente imposible distinguir sus límites, precisamente porque, tan a menudo, la pequeña manipulación que nuestro entorno ejerce sobre nosotros *trata de apoyarse* —con un conocimiento intuitivo más o menos real del problema— en las manifestaciones que, con la apariencia de prodigios inexplicables, surgen ante nosotros rompiendo, incluso violentamente, los esquemas de nuestra lógica de andar por casa. Así se proclaman los mitos milagrosos y los prodigios satánicos, las «demostraciones» indiscutidas e indiscutibles de la todopoderosa divinidad de turno que domina sobre los pobres humanos para que la obedezcan y —sobre todo— para que obedezcan a sus presuntos representantes terrenos autorizados.

Como reacción frente a esta teología prefabricada sobre la Otra Realidad, surge la ciencia académica. Al menos, ese otro *dogma pragmático* y pretendidamente experimental que llamamos ciencia. Sus sacerdotes —que también los tiene— proclaman que todo debe poderse explicar por la razón. Es más: que aquello que no puede explicarse racionalmente no existe. Y aún más: que como no existe, nadie tiene el derecho a mentarlo ni a pensarlo; que las cosas —todas las cosas— o se explican o son alucinaciones; que, en fin, nada es cierto si no puede probarse.

El ser humano parece obligado inapelablemente a elegir entre estas dos dependencias primarias: o cree y acepta a ciegas la creencia, o se lanza a tumba abierta a confiar en una ciencia que juega a los bolos con la realidad aparente y niega por principio lo inexplicable o lo que no ha pasado por el cedazo de su pragmatismo. El hombre «tiene que» creer o «tiene que» aceptar a los que dicen saber. Si no lo hace, o *se condena* o *se le suspende*. Y nadie, que yo sepa, se resigna a ninguna de estas dos cosas, porque arrastra en su inconsciente colectivo siglos de mentalizaciones en los que se le ha impuesto, por las buenas o por las bravas, la doble necesidad física de la salvación condicionada o del triunfo igualmente condicionado. Nadie quiere ser proscrito, ni en esta vida ni en la otra. En esa amenaza constante de *proscripción*, que pende sobre la cabeza del hombre como una espada de Damocles, está la clave de la manipulación a niveles inmediatos.

Pero esos niveles —sociales, económicos, científicos, religiosos, o simplemente supersticiosos (dando a la superstición sus dimensiones puramente psíquicas)— no son, como todo, más que el puro y simple reflejo de otra manipulación que llega desde la Otra Realidad y que es la que realmente configura y mediatiza el comportamiento humano en tanto que especie, en tanto que categoría dentro del conjunto cósmico. Y aquí sí tenemos que penetrar, querámoslo o no, en el ámbito del misterio, de lo improbable —es decir, de lo que es imposible de probar—, de lo sospechado, de lo apenas intuido, de lo que se nos viene encima sin que tengamos la mínima oportunidad de controlarlo, a menos que seamos capaces de superar nuestra propia conciencia y de situarnos en el plano evolutivo inmediato, en contacto y con *conocimiento vivido* de la siguiente cara de la Realidad.

El ser humano se ha proclamado, irracionalmente, Rey de la Creación. Sin embargo, si queremos molestarnos en analizar fríamente la naturaleza de este término, ya de por sí condicionante, veremos que la palabra abarca sólo el mundo físico y sensorial que se presenta ante nuestros medios de percepción: un mundo de tres dimensiones *dominadas*, habitado por una multitud de entidades que no las dominan. De ahí que, en cierta manera, mandemos sobre ellas gracias a nuestra *racionalidad*, porque somos capaces de provocar toda una serie de efectos, de acciones y de sensaciones, que son perfectamente incomprensibles para el resto de los seres que nos rodean.

Ahora bien, también sobre nosotros, seres humanos, se proyectan hechos que nuestra razón no es capaz de controlar,

y mucho menos de explicar. Son los hechos que, por muy reales que los sintamos, se nos plantean como *irracionales*, aquellos que de ningún modo encajan en los esquemas mentales a los que estamos habituados, aquellos para los cuales no sirve en modo alguno la plantilla de los saberes aprendidos, aceptados y asumidos.

Si nos molestamos en comparar estas formas de mediatización con las que ejercen sobre nosotros las fuerzas manipuladoras de nuestro entorno, veremos que guardan un paralelismo perfectamente adecuado a sus fines. Ambas actúan desde coordenadas que, al menos en su apariencia inmediata, no tienen nada que ver con las relaciones (causa efecto, medio-fin, antecedente-consecuente) sobre las que basamos nuestro comportamiento y nuestro conocimiento. La *lógica racional* que nos han imbuido desde las alturas de la autoridad, de la enseñanza programada y del poder, no cuenta a la hora de intentar el análisis de esas fuerzas que se manifiestan. Y no cuenta precisamente porque esas mismas fuerzas, secularmente, han previsto a su modo que la raíz de su dominio se asienta en el mantenimiento del engaño de la conciencia humana, en la deformación *lógica* de unas mentes —las nuestras— que, a menos que realicemos un obligado esfuerzo *sobrehumano* de ruptura de los esquemas en los que nos han insertado, nos seguirán manteniendo en la mentira secular de una apariencia pura tomada por realidad obligada e inmutable.

Voy a tratar, en las páginas siguientes, de plantear la naturaleza y el comportamiento de los elementos manipuladores que actúan sobre nosotros, desde dentro y desde fuera de los ámbitos propios de nuestro conocimiento. Y me gustaría poder mostrar cómo esas manipulaciones se manifiestan igualmente condicionadoras de nuestro comportamiento, vengan de donde vengan; y cómo el ser humano navega durante toda su existencia en un mar de ciegas obediencias que, sin formar en modo alguno parte integrante de su naturaleza, delimitan su libertad de acción y hasta de evolución, conduciéndole por donde quieren las fuerzas humanas y metahumanas que pretenden conformar las conciencias y condicionar los actos en su propio y exclusivo beneficio.

Pero no quiero de ninguna manera que éste sea un libro en el que nadie consiga vislumbrar el conformismo como única y pasiva solución a las presiones manipuladoras que se ejercen

sobre el ser humano. Por el contrario, hay una solución, un camino —o varios— de liberación. El hombre tiene absoluta necesidad de comprender y de asumir lo desconocido y el conocimiento que se le escamotea. Sólo puede temerse lo que se ignora radicalmente. Sólo se obedece a ciegas lo que se teme. Si logramos vislumbrar la naturaleza de la otra Realidad o —excepcionalmente— acceder a ella *por voluntad propia*, dejaremos de sentirla como fuerza desconocida e incontrolable que nos domina y nos conforma la conciencia sin que podamos hacer nada por evitarlo.

No digo que los caminos que voy a apuntar sean ciertos ni únicos. Sería monstruosa por mi parte la pretensión de haber encontrado una Piedra Filosofal *única*, cuando ese hallazgo sólo puede ser resultado de búsqueda y de encuentro por parte de *cada individuo*. E insisto en el individualismo, precisamente porque tengo el convencimiento de que la unión en grupos o en sectas, sean del tipo que sean y por más que proclamen a los cuatro vientos la libertad del hombre como intención, como fin y como meta, conforman otra manera de dependencia en la que puede caer cualquiera que no haya desarrollado su voluntad liberadora, o su intención trascendente, en primer lugar a niveles personales e intransferibles. No olvidemos que la labor de los grandes maestros de cualquier rincón del planeta no consiste en *enseñar* (contra lo que el mismo significado usual de la palabra parece indicar), sino en ayudar a que cada cual encuentre libremente su propio camino. Sólo en ese sistema de coordenadas de libertad y de individualismo podrá el ser humano hallar el centro de su trascendencia. Y, al hallarlo, estará en condiciones de enfrentarse conscientemente a muchas de las incógnitas que plantea la Otra Realidad y de encararse con probabilidades de triunfo a la manipulación de que el género humano es objeto, desde el instante mismo de su aparición sobre la faz de la tierra. Porque conocer a los dioses es empezar a dominarlos, y es precisamente esa victoria fundamental del hombre la que tratan de retrasar todas las entidades manipuladoras que nos oprimen, intentando evitar nuestra lógica evolución.

1

Las vastas e inciertas fronteras de la manipulación

Reconozcámoslo: en materia de manipulaciones hay —relativamente— muy poco dicho. Será, digo yo, porque el ser humano se siente tan integrado en ellas que considera inútil insistir en definiciones y en clasificaciones de lo que forma, como un quiste, parte de su propia naturaleza. Porque lo cierto es —y que se atreva a venir cualquier pretendido optimista a demostrar lo contrario— que asusta pensar, a veces, hasta qué punto estamos creyendo que obramos a todos los niveles por cuenta propia, cuando la realidad se encarga de demostrarnos que rondan en torno nuestro un número indefinido de factores que rigen la mayor parte de nuestros actos, de nuestros pensamientos y hasta de nuestros conceptos generales y abstractos respecto al modo de enfocar la realidad del cosmos y nuestra propia existencia.

Los espejos cósmicos

Si tratásemos de definir y de catalogar esas fuerzas que están actuando sobre nosotros, nos podríamos dar cuenta de la escasa libertad que le queda al ser humano a todos los niveles de su existencia. Pero veríamos también —y esa distin-

ción me parece fundamental, a la hora de calibrar nuestros límites y nuestras posibilidades— que esa esencial carencia de libertad tiene, al menos, dos vertientes.

Una, la que se deriva directamente de nuestra condición de simple eslabón en la cadena evolutiva cósmica, que impide que saltemos antes del tiempo «reglamentario» por encima de nuestra propia naturaleza para alcanzar grados de esencia y de vivencia que no nos corresponden, al menos en el estado actual de nuestro cuerpo y de nuestra mente. Esta vertiente es, en teoría al menos, insuperable; se encuentra en las coordenadas de la estructura cósmica y en el plano general de las fuerzas que sostienen y justifican el conjunto del universo. Pero es, además de insuperable, imprevisible. Porque, en realidad, desconocemos sus límites.

Sin embargo, el hecho mismo de que se trate de una *cadena evolutiva* implica la posibilidad de que, en una circunstancia u otra, en uno u otro instante, de manera progresiva o instantánea, por medio de la voluntad o bien obedeciendo a designios superiores, el ser humano *salte* al estadio siguiente y adquiera conciencia de una nueva realidad a la que no tiene acceso en su estado habitual. Es curioso que ese salto evolutivo sea precisamente el que propician las formas más avanzadas de la religiosidad oriental, en las cuales no se habla jamás de pretendidas creencias ciegas ni de necesarias sumisiones a supuestas divinidades, sino que se indican caminos —eso sí, tantos caminos como escuelas— por los que el hombre puede alcanzar una meta vital por encima de sus condicionamientos sensoriales. Porque los sentidos son, en esencia, los que nos amarran a un conocimiento parcial y erróneo y los que manipulan nuestra percepción de una realidad que permanece así escondida y adulterada, como un paisaje que tuviera que observarse siempre —y olerse y sentirse, y hasta tocarse, si eso fuera posible— a través de una barrera de vidrio deformante, teñido además con sustancias que alterasen sus colores naturales. Significativamente, determinadas escuelas búdicas añaden a los cinco sentidos tradicionales un sexto sentido que, lejos de designar la pretendida percepción instintiva que nuestro lenguaje le atribuye, engarza en su significado al pensamiento mismo, dominado y dirigido por todas las demás sensaciones, a través de las cuales forma y deforma la visión de la realidad.

La otra vertiente de la dependencia humana viene dada

por las presiones ejercidas desde sectores determinados y concretos de la misma humanidad, pretendidamente poseedores de unas verdades a las que intentan servir de enlace, masticando su esencia y ejerciendo el papel de intermediarios que propiciarán la salvación física y moral del pobre ser humano desvalido, siempre que éste se pliegue mansamente a los preceptos y a las normas que debe acatar sin preguntarse la razón. O, lo que es peor, aceptando unas razones que llevan en sí mismas el germen de su irracionalidad y de su intención decididamente manipuladora.

Lo que resulta más comprometedor para el hombre ante una eventual rebelión contra estas presiones y ante esta servidumbre, es que tales fuerzas de presión —supuestamente religiosas o supuestamente científicas o políticas— actúan como *imágenes especulares* de esa realidad superior e inaprehensible. Y, en consecuencia, aprovechan a su modo la radical ignorancia del ser humano para someterle a reglas y leyes que únicamente conducen al mantenimiento y a la irreversibilidad de su *status* secular de dependencia.

Si ahora nos preguntásemos por los límites estrictos de nuestra capacidad evolutiva y por el porqué de nuestra radical ignorancia de tales límites, tendríamos que llegar a una conclusión que tal vez nos tranquilizase de inmediato, pero que, a la larga y si somos realmente conscientes de nuestra necesidad de cumplir la evolución, habría de situarnos en la línea de salida de un proceso radical de rebelión irreversible: *una gran parte de nuestra dependencia tiene sus orígenes y su razón en los condicionamientos que nos han sido creados y que se nos siguen creando por parte de esos núcleos puramente sociales de presión* —por más implicaciones morales y hasta científicas que pretendan ostentar—, *que han conseguido privar al hombre, a lo largo de toda su historia, de una libertad de expansión cognoscitiva y vivencial a la que tiene derecho inalienable y para la que sí está dispuesto por su misma estructura natural en el concierto cósmico.* De esta estricta falta de conocimiento en nuestros propios límites deriva la naturaleza de nuestras dependencias, de nuestros tabúes, de eso que hemos dado en llamar creencias, supersticiones, magias, exaltaciones místicas, credos, dogmas, anatemas y religiones.

El estadio primero de la manipulación

Estamos siendo a la vez testigos y víctimas, a nivel planetario, de una inmensa campaña general que tiende a poner en entredicho cualquier grado de libertad que el ser humano quiera permitirse para elegir voluntariamente su propio destino y, en consecuencia, para evolucionar conforme a su estricta conciencia. Movimientos religiosos, policías paralelas, partidos políticos totalitarios, asociaciones terroristas y grandes empresas comerciales de ámbito multinacional se dedican activamente a vigilar al individuo, a mediatizarlo en cualquier forma, a controlar sus palabras, sus pensamientos y hasta sus movimientos, para obligarle a la obediencia, al consumo, a la sumisión y, en definitiva, al silencio.

Se ha creado a nivel mundial un clima de amenaza moral en el cual prácticamente cada entidad individual asume la sospecha de estar vigilada y en inminente peligro de aniquilación —psíquica o física, eso es lo que menos importa ahora, porque viene a ser lo mismo—, *a no ser que* busque, ruegue y solicite la protección de esas fuerzas efectivas que le rodean y de que acepte ciegamente sus condiciones. La sensación de amedrentamiento y de impotencia ante esos fantasmas de poder omnímodo que surgen a nuestro alrededor vienen a coartar incluso nuestro deseo de pensar y expresarnos libremente. Por ese camino, el ser humano va llegando a la convicción de que sólo entrando a formar parte activa (o pasiva) de una u otra de tales fuerzas de presión —fuerzas, repitámoslo, económicas, religiosas o aparentemente revolucionarias— podrá aspirar a la supervivencia.

La dependencia y su consecuente terror se desarrollan incluso a niveles subliminales. Y así, aun en el caso, a menudo corriente, en que el individuo no tenga conciencia de la extorsión de que está siendo objeto, sigue bajo los condicionamientos de esa fuerza manipuladora, obedeciéndola incluso sin saberlo. Consume lo que le mandan consumir, vota por quienes le indican votar —y no gana el mejor, sino el que tuvo mejor campaña—, se adhiere mental y moralmente a los condicionamientos que se le dictan, y, en último extremo, obedece de modo ciego y maquinal a los reflejos que se le suministran desde los órganos de opinión que ha tenido que aceptar por una supuesta —y sólo supuesta, recordémoslo— empatía o por un pretendido —sólo pretendido, repitámoslo— gesto de liberación personal.

¿Qué consecuencias podemos extraer de todo este cúmulo de amenazas veladas y de coacciones estrictas? El ser humano cae, cada vez más, en un estado de absoluta dependencia, del que le es imposible escapar para ejercer siquiera ese conato de libertad cósmica que forma parte de su naturaleza. Se sabe condicionado —incluso muy a menudo a niveles inconscientes— y conforma sus hábitos existenciales a unos parámetros impuestos que le hacen concebir una aparente trascendencia, totalmente falsa, estructurada sobre los mismos condicionamientos que le esclavizan. Se le crean necesidades reflejas, como a los perros de Pavlov, y él, a su vez, crea unos dioses y unas ideas trascendentes donde está siempre presente, lo quiera o no, la imagen sacralizada de ese mundo que le circunda, con toda su carga de manipulación, de tecnología condicionante, de inseguridad personal y de ideas que jamás podrían responder a una auténtica superación mental y anímica, sino a una exacerbación de las situaciones aberrantes entre las que nos ha tocado y nos sigue tocando vivir.

Sobre semejantes esquemas manipulados y manipuladores a la vez, el hombre tiende a *interpretar* todo aquello que se le presenta y que escapa a su entendimiento racional. Pero esa interpretación está, como todo lo demás que le rodea, *condicionada* e incluso *prevista*. Entonces, *eso* que eventualmente se presenta como insólito y como inexplicable se transforma en un auténtico hito idealizado, para bien o para mal, de todas las estructuras de dominio que vienen actuando sobre nuestra mente, sobre nuestra vida y sobre nuestro encubierto deseo de evolución. Nuestra propia sacralización de la tecnología nos hace concebir supuestos paraísos tecnológicos extraterrestres donde ni siquiera faltarían las marcas y los logotipos de las grandes empresas multinacionales. Y nuestro sentimiento de dependencia irracional nos obliga a superdepender de dioses paternalistas que, en el contexto general del pensamiento humano, seguirán, «afortunadamente», cuidando de nosotros, como padres o como señores feudales de horca y cuchillo, o —ya puestos en la tesitura tecnológica— como amos suprahumanos de láser sabio y cohete hipernuclear galáctico.

El mesianismo como ansia de dependencia

Un sector de la humanidad —por desgracia, no suele ser ni

el más capacitado ni el más inteligente— siente visceralmente la artificiosidad inmediata de la manipulación sociorreligiosa de la que son objeto la mayoría de los individuos. Pero el hecho de sentirla no supone necesariamente que traten de liberarse de ella. La razón lógica está en que llevamos demasiados milenios de condicionamientos, que nos acompañan desde el útero materno hasta el féretro o el horno crematorio, pasando por la escuela, las conveniencias sociales, los reclamos económicos y las condiciones de trabajo. Por desgracia, sentimos tal necesidad de dependencia que, incluso cuando tratamos de huir, no escapamos —ni parece que queramos escapar tampoco— de esos condicionamientos, sino que, como si todos ellos formasen parte de nuestra naturaleza —y uno se pregunta si, efectivamente, la formarán—, salimos de unos para caer sin remisión en otros. Nos basta casi siempre la apariencia de cambio para adquirir una falsa conciencia de libertad y muchas veces, en esa apariencia, va incluida la caída en formas de dependencia incluso eventualmente más graves y más peligrosas que las habituales.

Muy a menudo, basta la sustitución de las fuerzas que cotidianamente manipulan al ser humano por la presencia de determinados sujetos de carne y hueso que, dotados de especial fuerza persuasiva, proclaman su venida como supuestos liberadores del género humano, para que un sector más o menos extenso de la comunidad cambie sus lazos de dependencia y espere una liberación que de ningún modo puede tener lugar. Esta raza especial de mesías y profetas ha proliferado en los últimos tiempos como fuerza niveladora de los desequilibrios de los grupos de presión tradicionales. Como rasgo común a todos ellos, cabría apuntar el hecho de que, siguiendo las más vetustas vertientes de la tradición condicionadora de los reflejos del comportamiento, proclaman sin excepción ser mensajeros o portavoces de entidades superiores que se manifiestan a través de ellos y les comunican los mensajes y las normas de conducta y de pensamiento que deben seguir todos aquellos que pretenden alcanzar un específico tipo de salvación, física o espiritual.

Otras características que suelen acompañar la presencia y el mensaje —casi sin excepción ingenuo y primitivo— de estos intermediarios de la trascendencia, suele ser su instalación en lugares concretos, muy a menudo consagrados por la tradición mágica, desde los cuales concentran —y creo que va a ser

importante en el futuro que recordemos este hecho de la *concentración*— a la masa más o menos gregaria de seguidores y de discípulos, a quienes se les imbuyen las mismas ideas de sumisión y de presunto apocalipsis que todos aceptan felices, porque no hacen otra cosa que *confirmar* condicionamientos que ya previamente tenían implantados en el inconsciente colectivo, desde miles y tal vez millones de años. A través del mensajero mesiánico, las fuerzas o entidades que le hacen servir de contacto, transmiten consejos, mitos cosmogónicos, órdenes, verdades de Perogrullo, ritos y normas de conducta que luego los adeptos circunstanciales estarán en la obligación ineludible de cumplir e incluso, eventualmente, de difundir entre el resto de la sociedad en la que están inscritos. La única condición previa a la aceptación de esta nueva forma de manipulación es que, siquiera en apariencia, se enfrente a las otras manipulaciones ya establecidas. Si esa apariencia resulta bastante convincente, importará muy poco a los seguidores el hecho de que sea, en lo esencial, un mero reflejo de los condicionamientos usuales.

El proceso mesiánico se acompaña, muy a menudo, de fenómenos más o menos prodigiosos, de la utilización de señales distintivas simbólicas por parte de los supuestos elegidos y de sus seguidores y, sobre todo, de la acumulación —y aquí reside uno de los grandes misterios de la dependencia —de un considerable poder económico. Este último factor se consigue, a veces, por la aportación personal de los fieles, lo mismo que se conseguía en tiempos pasados por parte de las comunidades religiosas ortodoxas, enriquecidas a base de donaciones y legados. Pero suele darse también el caso, extraño e inexplicable desde las coordenadas de la razón, de una tremenda acumulación de capital económico cuyo origen nunca queda total y satisfactoriamente esclarecido. Este incentivo sirve, fundamentalmente, para conseguir potentes medios de propaganda ideológica, pero también —y más a menudo, si cabe— para el exhibicionismo tumultuario y colosalista de la idea mesiánica que se trata de divulgar.

Una vez despojadas de su contexto pretendidamente humanístico y salvacionista, las ideas propagadas por los presuntos mesías y sus sectas son, en síntesis y sin circunloquios, un retorno claro y sin tapujos a situaciones de fuerza y de poder que, venidas de otro lugar y sin formar parte específica de nuestro entorno, pretenden velar por la humanidad y pro-

tegerla, pidiendo a cambio obediencia y solidaridad masiva en el culto propuesto —pretendidamente nuevo, pero viejo como el hombre mismo— y ofreciendo a su vez la promesa sin plazo de una situación edénica que habrá de llegar *algún día* para premiar a aquellos que cumplan fielmente los preceptos, mientras el resto de la humanidad, los descreídos, se hunde y aniquila en un apocalipsis imposible de frenar.

El mesías y su movimiento exigen del adepto disciplina ciega, entrega total, compromiso de permanencia y propagación de la idea concreta que se transmite. (Y lo digo en síntesis, aunque dentro de esta exigencia cabe todo tipo de pretensiones, variantes y aparentes amores humanitarios. Se trata únicamente de quitar, aquí y ahora, el oropel de las palabras y dejarlas reducidas a sus estructuras mondas, a la realidad esclavizante que encierran.) A cambio ofrecen, aparte de la salvación futura cuando llegue el desastre, un tipo determinado de dominio sobre el resto de la humanidad, incluso —en ocasiones— un dominio conseguido desde las coordenadas de la caridad o del amor al prójimo. Y hasta se promete la adquisición de poderes pretendidamene suprahumanos —paranormales, podríamos decir— y, sobre todo, el sello de distinción y la convicción de haber entrado a formar parte de una élite intermedia entre la entidad o las entidades emisoras del mensaje y el resto del género humano, abocado al desastre. Es decir, que el ofrecimiento es en estos casos la oportunidad de ejercer un cierto tipo de manipulación sobre los demás, a cambio de aceptar la total y completa manipulación y la dependencia sin restricciones.

Las apariciones como manipulación de la manipulación

La cosa viene de lejos en ese factor dimensional y tan mal conocido que llamamos tiempo. Si hubiera que fijar una fecha media —en lo que al campo de la ortodoxia al uso se refiere— habría que establecerla en torno al siglo XII con ramificaciones y ejemplos que se extienden ampliamente por delante o por detrás. Tienen como rasgo común la circunstancia de ser un medio paranormal de condicionamiento de la conducta humana que ha sido aprovechado por los grupos ortodoxos de presión religiosa para hacer valer sus razones trascendentes, desviando la posible realidad de su verdadero origen y haciendo coincidir, de grado o por fuerza, sus coordenadas con las tesis de poder espiritual —e, indirectamente, material— que guían sus intereses.

Al margen de variantes que, a mi modo de ver, tienen poca importancia, los fenómenos de las apariciones se prolongan hasta nuestros días, hasta hoy mismo. Y aunque afectados de una evidente evolución, que nunca sabremos si es objetiva o subjetiva —evolución muy curiosa, por lo demás, porque se adecúa perfectamente a cada estadio cultural en todos los casos y en todos los tiempos—, conservan una serie de factores activos permanentes, constantes e invariables.

Sin que pretenda establecer ahora un orden de preferencias o de frecuencias, el primero de estos factores es que la aparición va acompañada de un número determinado de fenómenos luminosos —e incluso a veces auditivos, olfativos y hasta táctiles—, incontrolables y desconocidos. Siempre, antes, después o durante la supuesta aparición, hay al menos luces que la anuncian, la acompañan o la siguen; muy a menudo, surgen aromas indescriptibles —desde el ozono a la rosa— y, menos corrientemente, formas semimateriales que, por regla general, desaparecen o se diluyen cuando el fenómeno da por terminado el histrionismo de su presencia.

El segundo factor es la naturaleza generalmente patológica de los sujetos pasivos de la visión, al menos de la primera visión, puesto que, posteriormente, cabe muy bien que otros seres oficialmente normales participen del prodigio. Pero, sin excepciones apreciables, estos sujetos *primeros* pasivos son, tanto en lo psíquico como, muy a menudo, en lo biológico y anatómico, seres disminuidos, tarados, primitivos, naturalezas patológicas o, en el mejor de los casos, niños analfabetos que sólo pueden traducir su vivencia con arreglo a los parámetros que les han marcado las escuelas parroquiales o las periódicas sesiones de catequesis.

Tercer factor a tener en cuenta: la insistencia, muy a menudo machacona y hasta con variantes paranormales, de la entidad que forma parte de la aparición por la consagración del *lugar* donde se ha producido el prodigio, como si fenómenos de esta naturaleza y sus secuelas tuvieran la necesidad absoluta de una ubicación cósmica precisa, que tuviera que mantenerse inalterada a partir del momento en que surge por primera vez. Aunque a propósito de esta circunstancia habría que aclarar que, muy a menudo —y muchas más veces de las

que hay testimonio documentado, sin duda alguna—, aunque la aparición sea *reconocida* y *aceptada* en un determinado instante histórico o cultural, si tenemos la oportunidad de escarbar en la historia anterior del lugar podemos encontrarnos con la sorpresa de que ya *antes* de su consagración oficial, ese mismo enclave estuvo condicionado por fenómenos inexplicables que incluso a veces otros cultos perdidos también llegaron a consagrar con templos, con peregrinaciones y con ofrendas a divinidades que luego fueron proscritas.

El cuarto factor es la evidente intención aglutinadora del fenómeno. Y ahora viene al caso traer de nuevo la concentración de que antes hablaba, a propósito de los mesías. El prodigio, a través de su mensaje —un mensaje que nunca falta—, incita por igual al mantenimiento de una secular situación de dependencia frente a cualquier posible desviacionismo liberalizador y a la acumulación de masas de personas, peregrinos y penitentes, que deberán reunirse allí, constantemente o en fechas fijas, para rezar en común, para pedir en común, para solicitar en común la remisión de los males del cuerpo y del alma. Fundamentalmente parece importar la aglomeración, la unión de innumerables energías psíquicas en acción.

Creo que este factor es decisivo, consecuencia y motivo a la vez de todos los demás. Y es el que, para defender su mensaje de mansedumbre y de veneración a ultranza, se vale de los otros tres como elementos de choque, más de un quinto que servirá para mantener secularmente la llama viva del prodigio, a través de curaciones, de éxtasis, de estigmas, de levitaciones y hasta de proyecciones. Todo un cúmulo de fenómenos auténticamente paranormales que habrán de servir de *show* y de aliciente para que el lugar siga atrayendo por un tiempo indefinido la concentración masiva de creyentes que no preguntan y de indiferentes que acabarán por confesar su impotencia para explicar la naturaleza de los hechos que ya el pueblo manipulado habrá convertido en muestra inequívoca del objeto de su fe.

Crisis de conciencia

Nadie podrá decir si se trata de un descubrimiento o de un redescubrimiento. Lo digo convencido de que una serie de elementos simbólicos de la tradición ocultista y mágica y restos arqueológicos procedentes de culturas remotas pueden hacer pensar en la posibilidad de que alguna cultura perdida más allá de lo que llamamos prehistoria poseyera el secreto, con otros muchos, del código genético que viene a ser el factor físico —molecular o biológico, si queremos— de la evolución. No se trata ahora, sin embargo, de ahondar en la eventual sabiduría arcaica del hombre. Demos provisionalmente por *bueno* —es un decir— el avance espectacular de la ciencia actual y limitémonos a admitir que ya hoy puede hablarse, sin que se trate de un relato de fantasía futurista, de que el científico —o las fuerzas que sepan manejarlo convenientemente— está en condiciones de intervenir en los procesos elementales que gobiernan la vida: la «mente» e incluso, posiblemente, el «espíritu» de las células. Lean ustedes los trabajos del premio nobel Korana si quieren convencerse de lo que podrá hacerse YA en cuanto a modificación de las características biológicas —y totales— del ser humano.

Esta eventual e inmediata manipulación, que puede estar en puertas de convertirse en una realidad para intervenir decisivamente en la transformación del individuo, nadie lograría decir en las circunstancias actuales si podrá considerarse un *bien* o un *mal* irreversibles para la especie. Lo que sí salta a la vista es que será —si la ciencia lo permite— un definitivo condicionamiento, así como la despedida, también definitiva, de toda esperanza de alcanzar la libertad. Pensemos un poco: si la ciencia, en busca de las raíces de la vida, llega a ser capaz de modificar la mente, esa modificación únicamente podrá llevarse a cabo *según la preferencia* o el ideal humano de alguno de los grupos de presión que gobiernan ya el destino del hombre y coartan su libertad. Y si hoy mismo los condicionamientos psíquicos y morales han hecho del ser humano, en la práctica, esclavo de las circunstancias que le rodean —tecnológicas e ideológicas— hay que empezar a asustarse ante la posibilidad de que esa manipulación se lleve a cabo también desde el área biológica.

No he traído a colación esta eventualidad para extenderme sobre ella. La menciono sólo como muestra de un ideal negativo que, llegue o no a llevarse a la práctica, responde, lo mismo que los demás elementos mencionados hasta aquí, a la radical indefensión del hombre fente a las fuerzas —muchas creadas por él mismo, otras venidas de la siguiente realidad— que actúan sobre él y le trazan la senda irremisiblemente va-

llada de la que le será difícil escapar para alcanzar su libertad y la realización de su auténtico destino evolutivo. En este contexto de dependencia, el ser humano se ahoga, desconfía de su prójimo y de eso que le hicieron llamar cielo —o dioses, o lo que usted quiera— y, lógicamente, también de los principios que le han venido manejando como a un títere colectivo.

El género humano está haciendo crisis por muchos lados a la vez. Crisis de conciencia en los especímenes más relativamente evolucionados; crisis vital, de pura subsistencia inmediata, en las comunidades de ése que llamamos el Tercer Mundo. Hay una desconfianza radical en la improbable mejoría de una situación que se ha hecho irreversible. El hombre, en medio de esa crisis, se tiene que apoyar necesariamente en aquello que tenga aires de ideales y esperanzas, aunque tales ideales escondan en sus pliegues mayores sumisiones y más graves esclavitudes. El ser humano ha alcanzado una mayoría de edad sólo tecnológica, que no corresponde a su evolución mental. Por eso sigue sujeto a dependencias y ansía, aunque no se atreva a proclamarlo abiertamente, que algo ajeno —partido político, iglesia, secta o entidad extraterrestre— venga a resolverle, como se le resuelven a un niño, los problemas que él se siente incluso incapaz de plantearse con frialdad y buenas razones. Por su parte, los grupos de presión más fuertes —que no son siempre los más conocidos y evidentes— fomentan esa inseguridad, sabiendo que el ser humano acaba siempre por entregarse al más poderoso.

Lo más poderoso para el hombre es, sin embargo, aquello que es capaz de atravesar las fronteras de su propia realidad vivencial, aquello que le habla y le somete desde el exterior de su contexto cotidiano. Por eso mismo, la presencia constante del fenómeno paranormal aquí y ahora es, en una doble vertiente, causa y efecto de la crisis de la que estamos hablando ahora. La Otra Realidad, materializada y evidenciada en esos fenómenos, hace acto de presencia para situarnos en nuestra estricta dimensión, para que captemos —y no confundamos captar y comprender— que algo por encima de nuestro entendimiento está ahí, con su radical ruptura de todos nuestros esquemas y con el ejercicio de una voluntad caprichosa que tenemos que acatar, porque toda nuestra razón, tan penosamente implantada en las mentes, sería incapaz de explicarlo, entenderlo y combatirlo —si es que admite el combate— en beneficio de nuestra deseada libertad.

Reflexiones en torno nuestro

2

Desde España, con amor

Nos sucedió de pronto, como una bocanada de aire fresco o, mejor aún, como un huracán que abre aparatosamente las ventanas, escandalizando y refrescando a un tiempo la casa entera. Pasábamos, según se nos juraba solemnemente, de la opresión a la libertad, o sea de callar y conspirar a gritar las cosas en voz alta y expresar —libremente según nos decían— nuestras preferencias, nuestras ansias, nuestras realidades e incluso nuestros oscuros fantasmas libidinosos.

Bueno: nos abrieron las urnas, nos invitaron a formar cola ante los colegios electorales y nos llenaron el alma y los oídos con proclamas de derechos y de reivindicaciones, impulsándonos a elegir a quienes tenían que representarnos, exactamente igual como sucede —nos repetían una vez y otra— en los países más avanzados. Lo que nadie hizo —y eso sucede exactamente igual en esos países que nos colocaban ante las narices como ejemplo a seguir— fue avisarnos de que nosotros, tú y yo, resultamos infinitamente más fáciles de controlar si se nos da la oportunidad de expresar abiertamente nuestros deseos que tapándonos la boca por decreto, imponiéndonos el silencio a toque de clarín o llenándonos la vida de imágenes (¡por el Imperio hacia Dios!, ¡el hombre es portador de valores eternos!, ¡una unidad de destino en lo

Universal!) en las que nadie, conscientemente al menos, podría creer.

Lo que nadie nos advirtió —y en eso hemos pasado también a formar parte de pleno derecho de nuestro mundo, orientado por oscuros decretos nunca publicados— es que las palabras, y hasta los acontecimientos de la vida pública y privada, hace tiempo que dejaron de ser *semánticamente* válidos. Que cada deseo que se expresa —libremente, dicen— responde a un contexto en clave, del que jamás se nos dará razón para que podamos interpretarlo correctamente. Que cada dicho y cada hecho con los que hemos de enfrentarnos a diario no son lo que aparentan, sino que obedecen a una dimensión esotérica a la que únicamente los iniciados en el cotarro socio-político-económico-religioso pueden tener —y no siempre— acceso. Porque ellos mismos, por más que lo crean, no están capacitados para integrarse en ese mundo críptico con derecho pleno y en ejercicio de sus libertades personales, sino que han pasado a formar parte de un tinglado inconmensurable que les supera con creces y les utiliza como piezas de un juego de dimensiones cósmicas, del cual nosotros, como ciudadanos de a pie, somos meros espectadores, asombrados testigos en la contemplación de unos movimientos que no sólo ignoramos a qué obedecen, sino incluso quién o qué les sirve de motor, de estímulo, de lubricante, de causa inmediata.

Una grieta para atisbar al otro lado

Lo único bueno —relativamente— que nos puede suceder es que, a veces, en medio de ese mundo infranqueable en el que se parapetan las sinrazones de nuestra radical falta de libertad, se abren brechas por las que se atisba, si no la causa profunda de nuestra dependencia, sí, al menos, unos indicios que nos permiten adivinar a medias y sospechar, igualmente a medias, la colosal estructura que mueve los cables de un comportamiento planetario que intenta —y casi ha conseguido— controlar al milímetro y al minuto la vida y los movimientos de cada uno de nosotros, desde el que se proclama ejecutivo agresivo y cree poseer la clave del éxito —sin saber cuál— hasta el niñito hambriento de la República del Mali, que perece de inanición mientras en los campos abonados del mundo occidental se promueven huelgas de tractores o se

queman salvajemente los excedentes agrarios para mantener unos precios de consumo establecidos.

Y lo que vislumbramos a través de esas grietas no son comportamientos humanos —¡qué más quisiéramos!—, sino cifras y números y esquemas microcomputados, que actúan de modo impersonal en beneficio no del ser humano, sino de *entidades metahumanas* —inhumanas al cabo—, entre las cuales ese ser humano que asegura pensar, sentir y amar, y hasta elegir, es apenas un microorganismo, una molécula, un tornillo despersonalizado de la gran estructura-colmena-madre flagelante, que parece ser lo único digno de supervivencia.

Me pregunto —y pregunto—: ¿estamos en disposición de captar, en tanto que seres humanos, los cables invisibles que mueven una voluntad nuestra que nunca o muy pocas veces llegamos a ejercer? ¿Podemos localizar, descubrir y denunciar una conexión entre esos cables invisibles y partes inexploradas de nuestro cerebro? Sinceramente, creo que sí, al menos a determinados niveles. Pero creo también que ese descubrimiento y la consiguiente denuncia habrá de hacerse desde las coordenadas del *espíritu* —aunque también esa palabra y todo cuanto encierra se haya llegado a degradar hasta límites inconcebibles—, precisamentte porque ese espíritu es la única parcela de nuestra identidad que puede superar las perspectivas del racionalismo a ultranza en el que nos han hecho basar los esquemas vitales. Hemos de ascender desde las capas meramente *sensibles* de nuestro ser hasta niveles en los que lo racional sea ya incapaz de operar. Y, desde allí, contemplar nuevamente el paisaje cósmico —total— que se nos ofrece. Aunque nada tenga ya que ver con los esquemas anteriores, aunque se mezclen y se confundan y se emborronen mutuamente noticias periodísticas y visiones proféticas, hechos de la vida cotidiana y prodigios inconcebibles desde el encasillamiento estricto de lo que se puede ver u oír, o gustar, oler o tocar.

El tornillito imprescindible

Hubo, hace años, un escritor de relatos de anticipación —anglosajón, como mandan los cánones— que planteó en uno de sus cuentos un apocalipsis insólito: nada menos que hizo hundirse el mundo ante la hipotética realidad de que

desapareciera, de pronto y absolutamente, todo el papel que nos sirve para escribir, para envolver o para leer. ¿Se imaginan ustedes que desaparecieran todas las noticias recopiladas, todos los archivos, todos los legajos, todos los libros, los cuadros, los calendarios, el papel higiénico, los sobres, los paquetes, las cartas? Sin embargo, es absolutamente cierto que muchas de esas cosas a las que apenas prestamos atención son infinitamente más importantes de cuanto podamos imaginar.

A un ser humano se le puede matar con sólo tocarle en un punto preciso del cráneo. Y un automóvil puede ser definitivamente detenido si se le desconecta un hilito de cobre en el que nunca habremos parado nuestra atención. Es cosa de Perogrullo, ¿verdad?

Las grandes compañías multinacionales, en cierto sentido, actúan siguiendo exactamente estas mismas reglas. Por si alguien no lo supiera todavía —lo dudo— digamos que reciben su nombre porque se extienden por varios países y porque, en apariencia al menos, actúan y proceden en cada uno de ellos *como si fueran* una entidad nacional, sujeta —siempre en apariencia— a las leyes de cada estado y empleando con amplia preferencia mano de obra y hasta directivos autóctonos. Sin embargo, hay siempre un pequeño detalle (tecnológico) que las distingue del resto de las empresas del país en cuestión. Esta diferencia consiste en que un determinado elemento de la industria, siempre básico a pesar de su aparente banalidad, es importado siempre de otra parte. Y sin él es absolutamente imposible poner en funcionamiento el complicadísimo acabado de esa industria: un jarabe, una piececita transistorizada, una determinada aleación o un simple tornillo bastan para el caso.

Cabe preguntarse el porqué de esa precaución, pero la respuesta es diáfana: si una circunstancia cualquiera —revolución, alternativa política o conflicto laboral agudo, pongo por caso— obligase a esa compañía a abandonar el país en cuestión, toda la tremenda estructura instalada quedaría automática y absolutamente inutilizada, y sus productos industriales, lo mismo que la maquinaria y las instalaciones, serían apenas válidos para convertirse en chatarra. La empresa, sin ese detalle aparentemente mínimo, quedaría muerta. Los miles de empleados, sin trabajo. Y eso sin contar con la imposibilidad total de atención a los servicios de mantenimiento de los productos terminados y en funcionamiento.

Un tinglado de tales características no tiene necesidad alguna de inmiscuirse directamente en el gobierno aparente de ningún país en el que se haya instalado. Su sola presencia, con todo cuanto lleva consigo de fuerza influyente, es más que sobrada para que cada decisión política de importancia tenga que contar con su acuerdo y con su tácito consentimiento. Nada se podría hacer que amenazase sus intereses. Y no sólo eso: todo cuanto se haya de llevar a cabo —en el terreno de lo fiduciario o en el campo de lo meramente económico— habrá de tender, sin excepciones posibles, a su beneficio y a su progreso, precisamente porque una parte fundamental de la estructura global del estado depende de que esas entidades se encuentran a sus anchas en el país elegido, de que obtengan beneficios adecuados a la inversión realizada y de que sigan proporcionando su hipotética ayuda al desarrollo de sus estructuras económicas.

Planteémonos la cuestión: si esta realidad, por desgracia incontrovertible, no está reflejada en leyes ni en decretos; si el ciudadano de a pie tiene que conformarse con conocer lo que se le quiere contar, se ajuste o no a la realidad más profunda de su quehacer cotidiano; si buena parte de las actividades llamadas «políticas», de uno u otro signo, que se llevan a cabo en cualquier estado responden a causas en las que privan intereses anónimos infinitamente más poderosos y decisorios del destino humano que la supuesta voluntad popular presuntamente expresada en las urnas, ¿qué tiene que ver cualquier declaración de principios políticos o sociales con la estricta realidad manipuladora de vidas, libertades e incluso haciendas de los ciudadanos de cualquier país de esos que consideramos «libres»?

Tal como se plantean las premisas de nuestra supervivencia inmediata, los hilos que nos mueven se encuentran perfectamente tendidos, de modo que podemos ser manejados lo mismo que una marioneta inconsciente, con tal de que se tense el cable preciso a cada circunstancia y en el momento previsto. En este sentido, la humanidad se parece bastante a las mulas de los viejos tiros, provistas de anteojeras que les impedían ver qué sucedía realmente en torno suyo y sujetas a unas riendas que llevaban a la recua por donde el invisible conductor deseaba en cada instante. Sólo que el hombre es

—presumiblemente— un ser pensante y las riendas no pueden ir enganchadas a sus miembros o a su garganta, sino a su cerebro, a sus vísceras vitales, o incluso a su conciencia.

El tiempo de una proyección cinematográfica

Hace poco tiempo se planteó un conflicto laboral relativamente grave en una de las grandes factorías multinacionales instaladas en España. La huelga parecía prolongarse más de los que los ritmos previstos de producción podían permitir y se esperaba impacientemente el inicio de unos arreglos que no llegaban. De pronto sí llegó, no obstante, una amable invitación de la empresa a los dirigentes obreros, para que asistieran a una proyección cinematográfica. Los líderes acudieron, extrañados. Parece ser que comenzaron mostrándoles unas cuantas películas cómicas mudas de los años veinte y, como plato fuerte, una superproducción realizada por la compañía en la que se mostraba, paso a paso, cómo se desmantelaba una factoría del mismo tipo que la que sufría el conflicto laboral, cómo se embalaba la maquinaria y cómo se trasladaba a otro lugar.

Terminada la proyección, uno de los directivos de la multinacional explicó a los espectadores que el tiempo de proyección de la película correspondía, segundo a segundo, al tiempo real en que tal operación podía llevarse a cabo: tres cuartos de hora escasos.

En pocas horas terminó la huelga y los varios miles de obreros de la factoría regresaron a su trabajo dispuestos a negociar mansamente y sin demasiadas esperanzas sus reivindicaciones.

Lo importante de este hecho, rigurosamente cierto, no es tanto la presión que una determinada entidad puede ejercer sobre la masa humana a la que da de comer a cambio de su entrega laboral, sino la radical indefensión del ser humano ante una situación en la que resulta totalmente imposible ejercer la propia voluntad si tal voluntad va contra el organismo anónimo del que se depende para la supervivencia. Hay, incluso, muy a menudo, una mentalización que hace concebir tal dependencia —a quien la sufre— como una especie de regla del juego aceptada o de reflejo condicionado dogmáticamente admitido. Hay una alteración aceptada de

los valores semánticos, y conceptos como *libertad, progreso, bienestar, compañerismo* u *ocio* adquieren significados acordes sólo con los intereses de la entidad manipuladora y no con el sentido que el ser humano consciente tendría que darles. Hay una auténtica trasposición de los valores. Se asume como benéfico lo que es simplemente útil y como maléfico lo que, pudiendo atentar contra los intereses de la Gran Madre anónima, pudiera causar su impersonal irritación y su eventual venganza. O, lo que sería mucho peor, el abandono frío y fatal de los actuales pupilos, para ser sustituidos por otros que, ocasionalmente, obedecieran esas reglar del juego nunca escritas, pero profundamente grabadas en la mente de los que viven y trabajan para la entidad anónima.

Antropología del fracaso

En esta situación, también el concepto de *fracaso* ha pasado a sustituir, con sus mismas características de mala conciencia y de culpabilidad, a lo que hasta hace no tanto tiempo se denominaba *pecado*. Otra transposición semántica a tomar en cuenta. Pensemos en la realidad inmediata de un país desarrollado o semidesarrollado cualquiera: España, por ejemplo. Hay pobres diablos que *aún no tienen* su televisor en color, ni su vídeo, ni buena parte de esa interminable colección de aparatitos que lanzan al mercado cada día y que *hay que comprar* y ostentar, so pena de sentirsse sumido en la más desolada frustración. Dicen que son los tiempos. Y no soy yo quien lo dice, sino el mismísimo consejero delegado de la IBM española en entrevista concedida al diario *El País* y publicada el 21 de junio de 1981: «Si un agricultor no compra un tractor, se queda atrás: son los tiempos». Y no es sólo el tractor, ¡ojalá lo fuera! Es el capricho consumista, convertido, para un determinado nivel de la clase media, en piedra de toque de un status adquirido. El consumismo, aunque se haya atenuado relativamente en este concreto instante de crisis mundial, no significa siquiera la posibilidad de proporcionarse lo que uno *desea realmente*, sino la necesidad social de obtener todo aquello que pueda demostrar que ese *uno* en cuestión está ya *colocado*, lo mismo que en las carreras de caballos de Aston, y va camino de *ganador*. De nada sirve encogerse de hombros y decir —sólo decir— que no se desea más que lo que real-

mente le parece a uno útil, imprescindible o simplemente necesario (veáse el caso del agricultor y su tractor). Hay que tener y hay que demostrar que se tiene. De lo contrario, ante el mundo circundante uno es un fracasado.

Reconozco la posibilidad de haber dicho la perogrullada de turno, en la que, a no dudarlo, habrán coincidido, antes que yo, cientos de miles de personas de mayor audiencia y en mejor oportunidad. Sin embargo, me permito constatar que: a) la advertencia no ha servido de nada —porque de nada podía servir— y millones de ciudadanos han seguido empeñados en endeudarse hasta las cejas para adquirir supuestos bienes de consumo cuya necesidad les ha sido impuesta; y b) ha surgido, con la crisis de los últimos años, un factor significativo que casi creíamos perdido en la noche de los tiempos feudales: la vuelta a la discriminación social, después de un tiempo de «vacas gordas» en el cual, ¡horror de horrores!, las apariencias confundían a los auténticos ganadores con los efímeros recién llegados al mundo del consumismo masivo, al status requerido.

Juicio final: los buenos y los malos

Ahora hay, por un lado, un porcentaje alarmante de parados. Y esta alarma la proclaman los mismos que han contribuido a provocar el paro que se sufre. Por otro lado, una masa informe de ciudadanos empeñados por igual en mantener posición y supervivencia. Finalmente, una minoría de ganadores a quienes la crisis ha logrado finalmente diferenciar, de modo que resulta ya relativamente sencillo apostar por ellos. De un modo casi insensible, la crisis económica de Occidente, transformada en crisis social y hasta —perdón— religiosa, rompe de raíz nuestras vagas ideas de democracia y de igualdad y establece un novísimo sistema de castas, en el que los presuntos vencedores o elegidos van siendo atraídos desde la cúspide de la pirámide, examinados, analizados célula a célula y, eventualmente (si la prueba resulta positiva), ensalzados a la categoría de *poder delegado*, en la que actúan como *bucoemisarios* de la entidad anónima —o innominada— que decide, desde la cima, el destino de TODOS los seres humanos, su función y sus coordenadas, al margen de deseos soñados y de esperanzas concebidas.

Se han alterado, sin solución de continuidad, los esquemas éticos que rigieron el comportamiento del ser humano durante milenios. Pero se trata, reconozcámoslo, de una alteración sólo aparente. El ideal del hombre no es ya el de una vida más o menos acorde con principios morales de cualquier tipo, sino la disyuntiva (así, a pelo) entre vencer o fracasar, entre contar o ser contado, entre mandar o doblegarse definitivamente a una obediencia de paria del Ganges que marcará, como en las viejísimas y reactualizadas escrituras, al hombre «y a sus hijos y a los hijos de sus hijos» en una clarísima divisoria discriminadora de posibilidades, de oportunidades y hasta de derechos y de supervivencias.

Los guardianes del tráfico para el Gran Día

Yo he tenido noticia directa de sociedades con indudables implicaciones mesiánicas que organizan ya periódicamente cursos, cursillos y simposios de formación de ejecutivos, a precios netamente discriminatorios y prohibitivos, y con la diáfana intención de atraer ideológicamente —creo que incluso *religiosamente*— a aquellos que muestran mejores disposiciones para formar parte de una enteléquica y discriminatoria casta dominante para un inmediato futuro que, en pocos años, podría convertirse en dueña absoluta de una sociedad de fracasados dispuestos a aceptar las directrices salvíficas que se les marcasen. Yo he visto los libros —carísimos— editados por esas sociedades, destinados nada menos que a crear toda una teogonía manipuladora para uso de clases colocadas que, sobre sus presuntos conocimientos estrictamente tecnológicos, aprenden en el seno de la secta —pues de secta se trata— una serie de métodos que van desde la meditación trascendental a la adquisición de supuestos poderes paranormales que, como es lógico, les permitirán una clarísima preponderancia sobre esa masa ansiosa de soluciones mesiánicas que está constituida por los pequeños fracasados, por los a pesar suyo no elegidos.

El truco —pues hay truco— consiste en jugar una partida doble en el gran casino de la manipulación. Por un lado, creando una masa con claro complejo de fracaso, lista para el servicio inconsciente e incondicional en cuanto se le hayan formado los debidos reflejos de obediencia. Por otro, fabri-

cando con sumo cuidado cuadros dispuestos a dirigir la vida, las ansias y las apetencias consumistas de esa masa, dando siempre el reflejo de su ejemplo y de su presunto poder. Y por encima de todo, recogiendo el tributo solicitado y repartiendo prebendas, la entidad innominada y, en todo caso, sus mesías, organizadores de la novísima fe, con un control absoluto y total sobre los estratos vitales de subsistencia inmediata.

A fin de cuentas, se trata de la eliminación continuada, pura y simple, de la libertad humana para elegir su camino evolutivo. El ser humano no debe *servirse de*, sino *servir para*. Y en ese *para* hay un beneficiario que está dentro de la sociedad, aunque sin formar parte de ella. Algo —máquina, conjunto o entidad metahumana— creado por el ser humano, pero que sirve para su propia dependencia, como una cárcel sin puertas que hubiera sido construida *desde dentro* y que sirviera para dejar encerrados definitivamente a sus propios constructores.

Apuntes previstos para unas normas de conducta

Si analizamos cuidadosamente los comportamientos que venimos mencionando hasta aquí, creo que nos será posible establecer unos módulos generales de comportamiento perfectamente aplicables a todas estas entidades netamente sobrepasadoras de los niveles de conducta individuales y hasta colectivos de la especie.

En primer lugar —y en un primer momento, porque aquí juegan a la vez el espacio y el tiempo— la entidad surge como específicamente *salvadora* de una situación más o menos crítica en la que el hombre se encuentra. La salvación que ofrece es, a la vez, definitiva y excluyente. Es decir, que llega para ejercer una *redención* que habrá de servir para siempre y frente a cualquier otra alternativa que pudiera surgir como rival en un determinado instante.

A continuación, la entidad elige a sus cuadros, destinados a hacer de intermediarios entre sus altos designios y la masa. Importa fundamentalmente que dichos cuadros se estructuren en el mayor número posible de categorías o de grados, de tal modo que, en realidad, todos ellos puedan sentirse en situación de mando y, al mismo tiempo, sepan que no constituyen más que un eslabón en la cadena de categorías establecida.

Los ejemplos que podrían aportarse abarcan desde los grados de la masonería a las declaraciones anteriormente citadas del primer directivo de IBM en España, que reconoce la presencia de un jefe por cada siete empleados de la empresa. La explicación que da a esta circunstancia («creemos que, de esta forma, hay un trato más directo, más humano») constituye a la vez una explicación inmediata para la galería y retrata la intención de la entidad de conservar el sentimiento inconsciente de la manipulación sobre todos los individuos a su cargo. Cada cual manda y obedece a la vez. Fijémonos, en este sentido, cómo tal estratificación del mando en múltiples grados viene incluso definida —y defendida— en las teogonías y en los tratados religiosos de muchos credos, cuando establecen el orden de mando y de autoridad en las entidades angélicas.

Como paso siguiente, la entidad crea *una necesidad* en el grupo humano entre el que se establece. Necesidad que, muy a menudo, no tuvo por qué ser sentida con anterioridad, pero que se convierte, a partir de entonces, en algo que —en la intención al menos— debe volverse absolutamente imprescindible. Este es el paso inmediato a la consecución del poder, porque éste se adquiere desde el instante mismo en que, creada la necesidad en cuestión, se tiene en las manos la posibilidad de *no* satisfacerla. Y, en consecuencia, se tiene también la fuerza para establecer todo un sistema de premios y de castigos de la más diversa índole, según se acaten o se pretendan rechazar las normas impuestas desde las más altas esferas de poder.

La creación de una realidad a la medida

Paralelamente a estas maniobras, la entidad *crea* en torno suyo una imagen de la realidad que habrá de ser necesariamente asumida por todos sus presuntos beneficiarios y que será tan extensa como amplia llegue a ser el área de su influencia. Dicha imagen de la realidad no tendrá por qué corresponder a coordenadas objetivas, sino que constituirá un dogma aceptado tácitamente por la sociedad implicada en el sistema, cuyos miembros nunca deberán preguntarse más allá de lo que las normas salvíficas autoricen. Desaparecerán, en consecuencia, buena parte de las relaciones lógicas de causa-efecto y se crearán nuevas relaciones, sólo aparentemente ra-

cionales, que tendrán que ser tomadas como expresión natural de los hechos, aunque probablemene nunca resistirían un análisis formal que tendiera a clarificarlas. Ese presunto análisis queda tácitamente prohibido, está lejos de toda mente que pretenda permanecer dentro del sistema. Su solo planteamiento acarreará, sin excepciones, el anatema e incluso la aniquilación, si llega el caso.

Vamos a recurrir a un ejemplo que fue noticia no hace mucho tiempo. Trataré de despersonalizarlo, pero muchos lo recordarán inmediatamente. Luego trataremos de sacar de él consecuencias válidas para cuanto trato de exponer.

Rehaciendo la película de los hechos a los que quiero referirme —y que no son más que una muestra concreta de otros que suceden cada día por el resto del mundo— nos encontramos, en primer lugar, con una reacción popular en cadena contra la proliferación de las centrales nucleares. Una reacción que, en un caso concreto, se centra sobre un determinado complejo de modo masivo y multitudinario. Un buen día, una organización terrorista, presuntamente independentista y violenta en sus acciones, secuestra a uno de los ingenieros que trabajan en la construcción de la central, da un plazo de siete días para que la obra sea totalmente desmantelada y destruidas sus estructuras y pone en la balanza la vida del rehén si no se cumplen las exigencias. Naturalmente, nadie parece dispuesto a cumplir la condición impuesta, pero se convocan manifestaciones masivas y se recurre, como es lógico a los sentimientos humanitarios del pueblo y —presuntamente también— de los secuestradores. Pasa el plazo previsto y se cumple la amenaza anunciada; brutal, absurda, tan bestial cómo ingenua parecía la condición impuesta para que no se llevara a cabo. La indignación popular, unas veces espontánea y otras dirigida, alcanza cotas difícilmente superables. La cotización de un terrorismo humanamente incomprensible baja varios puntos, incluso entre aquellos que se han empeñado cotidianamente en comprenderlo y hasta en justificarlo a lo largo de sus acciones anteriores. El hecho, ahora, es irracional y absolutamente nadie piensa que pudiera haber en las mentes dirigentes de la organización la más remota esperanza de que sus exigencias hubieran podido ser aceptadas.

Cabe ahora interrogarse sobre muchas cosas. En primer lugar, cómo ese concreto movimiento independentista no es consciente de que cualquier organización que se proclame política y presuntamente liberadora ha de intentar aglutinar en torno a sus premisas a la mayor cantidad posible de ese pueblo al que pretende representar, en vez de llevar a cabo acciones cada vez más desacordes con el sentir general del ser humano. En segunda instancia, si formará tal vez parte de la estructura íntima de la organización presentar de sí misma una imagen progresivamente paranoide y aterradora ante el ciudadano, asumiendo *voluntariamente* el papel el «malo» condenable que parece necesitar, como contrapunto a su actuación, todo sistema político que pretende aparecer ante los ciudadanos como justo, angélico y hasta salvífico.

Pero la duda más inquietante, la que no parece que pueda tener una respuesta acorde con ningún principio de táctica política o revolucionaria en ningún movimiento que lucha por el triunfo de su ideal, sea el que sea y en el plazo que sea, es la comprobación de que, a partir del momento del asesinato del ingeniero, se acallaron como por ensalmo todos los gritos de protesta contra la puesta a punto de la central en cuestión, todos los movimientos contrarios a la implantación generalizada de una forma de energía —la nuclear— que, tenemos que reconocerlo, ha sido unilateralmente proclamada como necesaria e insustituible precisamente por aquellas entidades capaces de poner a punto todo el plan de nuclearización energética. Porque se trata de una energía que, sobre ser más cara y evidentemente más peligrosa que ninguna otra, supone unos beneficios económicos astronómicos para las empresas y los gobiernos encargados de montarlas y de cobrar los correspondientes derechos por la utilización de sus patentes en todo ese mundo ávido de desarrollismo que, al mismo tiempo, relega perezosamente a segundos y hasta a quintos planos la investigación sobre otras fuentes de energía más económicas y, por supuesto, infinitamente menos peligrosas.

Digo yo, sin esperanza de respuesta: ¿quiénes aprietan *realmente* el gatillo de una pistola, sino aquellos que obtienen un determinado beneficio —por sucio que sea— de su acto? ¿Quién se lleva, al fin y al cabo, el gato al agua: el asesino

sádico de máscara satánica que aparece como autor material del crimen, o la entidad anónima supranacional e impersonal, que asume el papel de víctima cuando en realidad su obra, como todas las demás centrales què se están instalando por la superficie del mundo, sirve para financiar todo un vastísimo plan de investigación nuclear de altos niveles que únicamente la venta de estos royalties puede sufragar?

La ley de la gravitación espiritual

He echado los dados al aire y pienso que caerán en la mente de cada cual en el orden que su instinto le dicte. O mejor, como le quiera marcar su mente condicionada desde siglos por los caminos establecidos desde la voluntad de las entidades que siempre detentaron el poder y dominaron cualquier asomo de libertad *real* de la especie humana. He tratado de ceñirme, en este primer envite, a una circunstancia espacial concreta y limitada a un tiempo: el aquí y el ahora de los españoles. Y no lo he hecho porque intentase fijar las coordenadas de una intención política, sino porque he creído que, desde nuestra específica situación, si alcanzamos a comprenderla —o, por lo menos, si logramos asimilarla— nos será mucho más sencillo saltar poco a poco hacia esferas mucho más vastas, más vagas también, pero no por eso menos ciertas, de ese fenómeno de la manipulación que es, y creo que no sólo para mí, de alcance universal.

El ser humano se mueve —aparentemene— por leyes espirituales, lo mismo que los cuerpos físicos se comportan —también en apariencia— obedeciendo a leyes físicas. Pero todos sabemos que no hay leyes sin legisladores. Hay, sí, una fuerte dosis de intención manipuladora en esa afirmación presuntamente lógica de que las leyes existen ya en el cosmos y de que el hombre se limita a descubrirlas o a transmitirlas, obedeciendo a la evidencia (según los científicos) o a designios divinos (según los teólogos). Si existen leyes —y no me cabe duda de que existen— no son precisamente las que nuestras mentes han tenido que aceptar por decisión inapelable de unos y de otros. Pero nos regimos por estas últimas, valgan o no, porque nuestra sumisión secular, inconsciente ya, nos ha convertido a la necesidad de acatarlas, de creer en ellas a ciegas, sin poner a prueba la capacidad real de nuestro espíritu en un intento de actuar de modo trascendente por cuenta propia. Si mi intención es tratar de abrir una rendija —que ni siquiera una brecha o una ventana— en esa muralla de sumisión cósmica que nos envuelve a todos y cada uno de nosotros, tengo que empezar por raspar con uñas y dientes en lo más inmediato: en nuestro devenir cotidiano. Por eso he hablado de política. Ha sido un ejemplo. Lo mismo podría haberme lanzado por los caminos de la historia o por los de nuestros impulsos íntimos, porque tanto la historia como nuestros instintos llevan la marca indeleble de la dependencia. Pero se trata de una dependencia que no sólo se manifiesta en lo inmediato, sino que tira del espíritu a todos los niveles, haciéndole ver, hasta la saciedad, los límites de su vuelo, la frontera de su exigua libertad. Si de algún modo logramos tomar conciencia de las distintas fuerzas que nos empujan y nos conducen impidiéndonos crecer, habremos entrado en contacto con otra ley, la que me atrevería a llamar de la gravitación espiritual. Nadie la ha escrito, por fortuna. Y esperemos que nadie llegue nunca dogmatizando sobre ella y obligándonos a reconocerla, porque sólo si está integrada en cada uno de nosotros, sin que llegue a escaparse de lo profundo de la conciencia, podrá tener vigencia y servirnos realmente de algo.

3

Desde el mundo que nos rodea y desde alguna de sus mentiras

Palabras: el despertar de los pueblos

Resulta que nos hemos acostumbrado ya a escuchar o leer conceptos prefabricados y que los aceptamos sin detenernos siquiera a meditar sobre el significado real que poseen allá arriba, en las invisibles alturas de esos poderes omnímodos que, generalmente, los expanden a su conveniencia por todos los medios de comunicación. Resulta que, a veces, hasta nos llegamos a compenetrar ciegamente con esos conceptos y los utilizamos —aunque sólo en apariencia— contra determinados estadios intermedios de ese mismo Superpoder, porque nos repelen y porque los imaginamos etapa final, cuando son, en realidad, meros peldaños hacia fuerzas que casi nunca llegaríamos a identificar conscientemente.

Cuando nos dicen, y nada menos que desde las altísimas esferas de las Naciones Unidas, que todos los pueblos tienen *derecho* a la autodeterminación, afirmamos y proclamamos ciegamente que sí. Y descargamos nuestra ira impotente sobre los estados que quieren impedir que ese ideal maravilloso —porque lo es realmente— llegue a realizarse. Y firmaríamos en favor de la idea cualquier manifiesto que nos pusieran delante. Y nos sentiríamos profundamente avergonzados si

planteásemos, incluso de tapadillo y en nuestro fuero interno, el menor inconveniente a tal afirmación que (como diría un cura teologista) ha de ser *extrínsecamente* buena, justa, santa y (añadiríamos nosotros, sin duda) esencialmente humanitaria y progresista. ¿Qué queremos todos, sino ser progresistas? Tenemos el progreso incrustado entre ceja y ceja y nadie ni nada —creemos— nos lo podría arrebatar de la mente.

La idea lleva, en consecuencia, a un lógico despertar de la conciencia de muchos pueblos secularmente oprimidos y vejados. La palabra les suena a música celestial, a bandera de libertades añoradas y a urgencia de ejercerlas al precio que sea.

Y es precisamente ahí, en el *precio*, donde se insertan las raíces invisibles de esa dependencia que no sólo puede permitirse el lujo de proclamar altísimos conceptos ideales, sino que, de hecho, sabe muy bien en qué instante y en qué circunstancia tiene que airearlos en su propio beneficio.

Prefiero ahora prescindir de ejemplos inmediatos que estarán en la mente de la mayoría y podrán ponerlos a su gusto, pensando indistintamente en corsos o en saharauis, en kurdos o en bubis, en armenios, en musulmanes filipinos o en bretones. Cualquier ejemplo sería válido, porque son muchos —demasiados— los pueblos de la tierra a los que se ha obligado prácticamente a anular su identidad para integrarlos en unidades socioeconómicas o religiosas más poderosas, que les han impuesto a la fuerza una despersonalización, un idioma, unas formas de gobierno precisas y unos módulos de conducta que no casaban con la tradición secular del grupo y que, en consecuencia, lo han hecho desaparecer, o casi, mediante el ejercicio del poder opresivo.

Teoría sociopolítica del átomo

Sin embargo, el sentido de estas reivindicaciones cambia sustancialmente desde el instante mismo en que se producen precisamente ahora, cuando la estructura planetaria —y hasta la estructura de las ideologías— ha sufrido una transformación tan fuerte que resultan prácticamente imposibles conceptos como la independencia pura y simple, el auténtico autogobierno o la realización de un ideal autonomista cualquiera, desde la entraña misma del pueblo que lo quiere vivir.

En primer lugar, porque el acceso a la autodeterminación es radicalmente imposible, a menos que se reciba algún tipo de empuje exterior. Empuje en forma de ayuda que, por una parte, habrá de llegar precisamente —y no es casualidad— de un rival económico, político o religioso de la entidad opresora; y que, por otra, exigirá indefectiblemente el pago, al contado o a plazos, del favor concedido, mediante una alianza al menos tan opresora como la que se ayudó a deshacer.

Pero, en segundo lugar, el ideal se hace imposible porque siempre se da el caso —yo, al menos, no conozco ninguna excepción— de que el grupo étnico o religioso o político que aspira a la autodeterminación no cuenta tampoco con la infraestructura necesaria para constituir una entidad mínimamente capaz de bastarse a sí misma, pero sí suele poseer, en cambio (¡casualidades de la vida!), un determinado elemento vital, económico o estratégico que, sobre serle arrebatado a la estructura estatal anteriormente poseedora del territorio, tendrá que caer en las manos o en el área de la nueva influencia, en cuyos brazos habrá tenido que arrojarse el pueblo presuntamente liberado, so pena de perder inapelablemente una riqueza de la que no pueden prescindir los grandes grupos de presión.

O sea que, para ser válido, el problema primario de la autodeterminación de los pueblos tendría que ir unido a una imposible regresión a los niveles de crecimiento económico de unas sociedades que ya sólo forman parte del remoto recuerdo histórico. En los tiempos de las superpotencias y de la *super*tecnología, mal puede pensarse en auténticas autodeterminaciones, cuando hay también una *super*estructura que basa buena parte de su razón de ser en la atomización de los estados autosuficientes en células que habrán de buscarse la subsistencia cayendo en manos de quien las esclavizará de nuevo a cambio de proclamas huecas de falsa libertad.

La sombra siniestra de los teutónicos

Tanto daría, en este sentido, hablar de una parcelación de los estados mediante la manipulación concienzuda de los afanes de libertad de determinados grupos étnicos, como del planteamiento de alternativas de poder que pueden dar al traste, cuando convenga, con el orden establecido en un país

concreto, sea este orden de cualquier tipo que queramos imaginar. Porque, en el fondo, no se trata de imponer una democracia u otra forma cualquiera de gobierno desde las alturas invisibles, sino de *colocar* en la cúspide de las decisiones a aquellas personas o a aquellos grupos que, desde una u otra coordenada ideológica o política (que no es lo mismo), sirvan mejor en un instante concreto los intereses supranacionales de las grandes entidades controladoras de la vida colectiva de los seres humanos.

Y no se trata muchas veces (contra lo que podríamos suponer) de intereses inmediatos y fluctuantes que obligan o provocan los cambios violentos que se vienen sucediendo. Muy a menudo, hay acontecimientos remotos o situaciones seculares que siguen influyendo, por encima de los milenios, sobre hechos que tienen lugar aquí y ahora. Lo cual lleva a la sospecha de una continuidad, dentro de eso que llamamos tiempo, de la esencia de ese poder oculto que estoy tratando de señalar y que cambia de nombre, como de sistema, según lo pida la misma seudoevolución humana que lo controla y lo provoca. Comprendo que a muchos políticos y a no pocos historiadores les resulte duro aceptar esta continuidad que se salta el tiempo y resurge en todos los procesos alternativos —violentos o no— de la historia. Lo comprendo, porque resulta duro reconocer las directrices de un (mal) llamado determinismo que, en cierta manera, puede actuar soterrañamente desde tiempos increíblemente remotos sobre nuestras más inmediatas realidades políticas, sociales o religiosas. Sin embargo, cuando los acontecimientos se encadenan y dan razón a sinrazones aparentes, no queda otro remedio que recomponer realidades olvidadas y comprobar que ciertos eslabones de la cadena, que suponíamos desperdigados o definitivamente perdidos, conectan directamente con unos hechos del pasado que ostentan nombres distintos a los que se les ha dado tradicionalmente.

Si repasamos, por ejemplo, la historia polaca desde los viejos tiempos del emperador Federico II Stauffen, veremos que esa tierra, a la que todo el mundo ha dado en llamar, como un estribillo, «la católica Polonia», ha sido en realidad víctima constante —lo mismo que otra tierra «tradicionalmente» católica, la nuestra— del poder sin límites de los grandes grupos de presión de filiación católica: los caballeros teutónicos primero, los padres jesuitas después. Unos y otros,

cada cual en su momento, se encargaron de convertir la tierra polaca en feudo personal de poderes a la vez beatíficos y pecuniarios. Los teutónicos llegaron primero, confundiendo indiscriminadamente la conversión de los pueblos paganos del Báltico con el mesiánico pangermanismo de sus ideales heliocráticos. Trescientos años después, los jesuitas organizaron un estado-barrera contrarreformista, en el que el palo y el tentetieso aparecían —como ha sido corriente en estos casos de acción violenta del «brazo secular»— en las manos del rey Zygmunt Vasa y sus sucesores.

Metamorfosis larvada

Polonia, como todo pueblo que se precie, aceptó la catolicidad impuesta y, casi en contubernio con sus evangelizadores, la asumió, convirtiendo el hecho religioso impuesto a sangre y fuego en una cuestión de idiosincrasia racial. Y así, como en tantas otras tierras —la nuestra y nuestras Américas incluidas— se llamó cristiano y beatífico a cuanto se adoraba y bastó vestir de sayal y aureola a las arcanas fuerzas telúricas para hacerlas nuevamente aptas para el culto popular. La simbiosis era perfecta y el cristianismo, una simple transferencia obligada para acatar el omnímodo poder de las autoridades político-eclesiásticas.

Saltemos ahora por encima del tiempo; no nos limitemos a *ver, miremos* atentamente las imágenes y las noticias que nos van llegando en torno a los conflictos que dicen laborales de Polonia. Nos daremos cuenta de que, por encima de las opciones de opinión que se nos sirven a través de las agencias de prensa (todas, absolutamente todas convenientemente conducidas), subsisten unos hechos que conforman, aunque nos sean siempre convenientemente escamoteados, la profunda esencia del conflicto y sólo reclaman que sea estudiado su porqué.

Cabría preguntarse, ante todo, si es sólo una pura coincidencia que el estallido de los movimientos sindicalistas se haya producido al mismo tiempo que la proclamación sinodal de un papa polaco y a los poquísimos meses de la visita oficial —tolerada y hasta propiciada por el gobierno marxista del país— de ese papa a su patria, en calidad de máximo representante de la misma iglesia que movió los

hilos de la política polaca hasta los acuerdos de Yalta.

Pero cabría igualmente insistir en ese empeño —enfermizo— de mostrar una y otra vez a los presuntos líderes sindicales de Polonia saliendo de misa, charlando con el (ya difunto) cardenal Vichinsky o posando a los pies de la Santa Virgen de Chestojova. O hasta preguntarse el porqué de viajes italianos de líderes políticos cuya única finalidad, salvo error u omisión, parecía ser la entrevista con el papa polaco, entre inciensos, sahumerios, rodillazos y declaraciones multitudinarias a los medios de comunicación. Tanta sotana, tanto capelo cardenalicio, tanta cruz patriarcal y tanto incienso presuntamente pío llevan a la sospecha —con perspectiva histórica, que para eso se las da uno de historiador— de que en Polonia no se solventan problemas de libertad sindical, tan propios de la sociedad industrializada del siglo xx o xxi (?), sino algo mucho más profundo, más grave, más peligroso y condicionante para el contexto político del mundo entero y del ser humano: Polonia está tratando de ser reconquistada desde dentro por el mismo grupo de presión que la dominó secularmente. Con el agravante de que, en esa lucha subterránea, la promoción inicial de todo el movimiento proviene —no de modo casual— de una personaliad que ostenta a la vez la nacionalidad polaca con todas sus consecuencias y el más alto cargo de un organismo que, de hecho, forma parte activa, lo quiera o no, del movimiento occidental de las grandes empresas multinacionales.

La tercera vía: la manipulación de la individualidad

Junto a los movimientos nacionalistas y las presuntas reivindicaciones sociales que afectan a la mayoría de los seres humanos en su aspecto colectivo, destaca, además —y veremos en su momento que destaca de modo esencial—, la necesidad visceral del hombre en cuanto a elegir su propio camino, el suyo en tanto que ente concreto y personal y al margen —en apariencia, al menos— de la colectividad.

Que el ser humano necesita de su propia superación, es algo que creo indiscutible, algo que nadie podría poner en duda aunque se opusiera a tal superación. Queda por dilucidar, primero, en qué consiste esa superación o, en muchos casos, en qué se nos quiere hacer creer que consiste.

La ciencia y, a su remolque, las religiones establecidas, reconocen que el hombre es un ente en evolución; una evolución que, según los más recientes descubrimientos, pudo comenzar, como tal fase *humana* de la vida, hace unos tres millones de años. Desde aquella fecha tan incierta hasta el descubrimiento —cronológico— de la existencia del Homo Sapiens, hay toda una gradación evolutiva que se aprecia tanto en el tamaño y consistencia de los restos óseos como en la capacidad craneana. Una gradación que, en líneas generales, va desde la identificación del ente humano con cualquier mamífero superior hasta el reconocimiento, probado por los hallazgos, de una especial inteligencia que le hace servirse con eficacia de determinados instrumentos que suplen su inferioridad física y, por otro lado, de un sentido de la trascendencia que le lleva a formas de culto progresivamente evolucionadas.

El ser humano, desde estas coordenadas de capacidad, se establece como dueño y señor de *su mundo* circundante en tanto se hace *capaz de*. Y, en esa capacidad, hay implícita toda una gama de posibilidades que va desde la más primitiva de alcanzar una presa a distancia mediante un instrumento arrojadizo, hasta el descubrimiento de la fisión nuclear o de la informática. Pero, al mismo tiempo, tal ente humano se reconoce incapaz de comprender y dominar todo un núcleo de fenómenos que, si resulta cierto que se han ido reduciendo a lo largo del tiempo, mantiene en todo momento una parte de secreto y le hace entender que sólo logrará penetrar en su realidad mediante pasos sucesivos de la evolución. (Curiosamente, si en el aspecto puramente tecnológico el ser humano lucha codo con codo por el progreso material, en aquello que atañe a su real y auténtica evolución interna actúa a niveles de individuo. Y sus congéneres le sirven únicamente de peldaños espirituales para tratar de izarse por encima de ellos, en un afán individualista de alcanzar grados progresivamente superiores de evolución o de conocimiento que le permitan *saber* lo que los demás ignoran y, por lo tanto, ejercer sobre ellos un tipo cualquiera de preponderancia, de poder).

El asalto de los niveles de conciencia

Lógicamente, no se trata —todavía— de analizar el valor real de este deseo del hombre por ejercer su derecho inalienable a la evolución, sino de constatar que, a lo largo de la historia, la humanidad se ha valido de muchos medios para intentar la superación de su nivel evolutivo. Y no se trata tampoco de justificar o condenar unos hechos o unos determinados métodos, sino de la pura y simplísima constatación de que, ante ese deseo y ante su impotencia fundamental para acelerarlo y cumplirlo, el hombre ha venido utilizando sistemáticamente ciertos *estímulos* que le han puesto en contacto con esos niveles ansiados de conciencia, o con estados que le han hecho creer que se encontraba inmerso en ellos.

En los últimos tiempos, ante un rechazo más o menos consciente de los niveles tecnológicos alcanzados por los países llamados desarrollados, una parte de la humanidad —nunca mayoritaria, pero ya masiva y muy característica de la sociedad postindustrial en que vivimos— se ha lanzado a la experiencia directa de esa búsqueda, en parte como escape inconsciente del mundo alienante que nos rodea, en parte también como rechazo de la esclavitud de la máquina y como intento alucinado de una vuelta del hombre a su capacidad de decidir el propio destino. Sin embargo, la misma impotencia en que la tecnología secular nos ha sumido en cuanto a nuestras posibilidades de actuar sobre la conciencia —o sobre la evolución *real* de esa conciencia— ha conducido a ciertos niveles de caos espiritual, que se traducen en una larguísima sucesión de estados aberrantes y de actitudes en las que esa misma sobrevaloración alucinada de los derechos pretendidamente individuales conduce a una esencial carencia del auténtico sentido de la solidaridad humana. Es un sálvese-quien-pueda en medio de un cósmico y desolador caiga-quien-caiga.

De nuevo los tentáculos de la manipulación

La cadena es larguísima, mucho más larga de lo que podamos imaginar. El último eslabón, al parecer, es el clima de violencia y de delito que afecta en términos generales al mundo desarrollado y, muy en especial —no olvidemos alocadamente la sutil diferencia—, a esos países que llamamos democráticos por simple eufemismo del lenguaje. Naturalmente, si profundizamos un poco —no demasiado, sólo a niveles de ciudadano medio tirando a bajo—, comprobaremos

que el porcentaje de actos delictivos en esta situación hay que asociarlos, por un lado, al paro obrero, pero muy especialmente a la proliferación del consumo de esas drogas que ponen a quienes las utilizan en específicos estados límite de conciencia.

Repito que no voy a hablar aquí de los efectos seudotrascendentes de la droga, sino del hecho —ya expuesto— del fin primero por el que determinados seres humanos la solicitan y, sobre todo, de una constatación: la de su *dependencia*, tanto física como psíquica (nótese que, en este contexto, no entra para nada, al menos a mi modo de ver, una dependencia espiritual).

Pero fijémonos, a modo de ejemplo y por lo que en esta parte nos interesa advertir, en que tal dependencia es exactamente del mismo tipo en las drogas que se prohiben como en aquellas otras que están perfectamente autorizadas y hasta legalizadas por los distintos gobiernos. La misma dependencia produce la heroína, pongo por caso, que el alcohol en un alcohólico o que la nicotina en un fumador empedernido. Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre unas y otras: las drogas autorizadas pueden adquirirse a precios relativamente módicos y están controladas oficialmente por impuestos de los estados, que proporcionan pingües beneficios al erario público, mientras que las prohibidas son caras (y hasta carísimas), están absolutamente incontroladas y, en lugar de producir beneficios a los estados, los proporcionan a unas superestructuras que, manteniéndose en la ilegalidad internacional, y precisamente por ello, no tienen que dar cuentas oficiales a ningún gobierno. De todo lo cual se deduce que el negocio de la droga prohibida, en razón de su dependencia, es absolutamente redondo, y que la única diferencia sustancial entre las fomentadas y las oficialmente prohibidas consiste en la entidad a la que irán a parar en última instancia los beneficios. (Como recuerdo histórico, pensemos en lo que sucedió en su tiempo con la Ley Seca americana. La prohibición oficial de bebidas alcohólicas produjo, en poquísimo tiempo, más beneficios a la Honorable Sociedad que los que el gobierno de los Estados Unidos obtuvo por el control de esas mismas bebidas cuando fueron nuevamente autorizadas en el país.)

Un negocio que no sólo da oro

Tendemos a creer —e incluso, a menudo, parece como si existiera un especial empeño en que cayéramos en esa creencia— que el gran negocio de las drogas es anárquico, que los beneficiarios son los cuatro «camellos» que caza la brigada en los aeropuertos y una docena más que aún atraviesan impunemente las fronteras. Y no alcanzamos a captar que el asunto supera con creces los límites del negocio inmediato y que esa llamada «red internacional» con la que nos llenan los oídos es más que una inversión fabulosa y libre de impuestos. En primer lugar, porque esa inversión es mucho más política —y, sobre todo, ideológica— que económica. Además, porque, al menos en un sentido amplio y ajeno a la semántica usual, no está libre de impuestos.

No hace mucho tiempo, se filtró la noticia de que uno de los más próximos golpes de estado militares que tuvo lugar en Latinoamérica estaba encabezado por los propietarios de las más importantes plantaciones de droga del país. Un reciente reportaje, por su parte, acusaba al expresidente de Francia, Valéry Giscard d'Estaign, de haber tenido mucho que ver en los negocios de exportación y difusión de droga procedente de Extremo Oriente en la época colonial. Se trata apenas de un par de ejemplos aislados frente a otros muchos que nadie se atreve a mentar. Pero son dos ejemplos que, a poco que meditemos, muestran la doble cara del problema, con la oculta mucho más inquietante que la simple y pura desazón que produce la difusión indiscriminada de cualquier tipo de estupefaciente.

Pensemos así, a bote pronto, ¿de qué puede valerse *cualquier* poder autárquico para ejercer su dominio absoluto sobre los seres humanos que le han tocado en el juego político de las fronteras? Sin duda alguna, de la dependencia absoluta de los individuos que componen el conjunto del pueblo y de una supuesta —sólo supuesta— restitución de un *orden* previamente deteriorado. ¿Y de qué mejor modo de deterioro puede servirse ese poder que el sometimiento de un número creciente de ciudadanos a una dependencia que, por un lado, es proclamada (por ellos) como *liberación*, y por otro conduce a la inquietud y a la inseguridad visceral de todos los demás, por la constante acción violenta de los supuestos liberados sobre sus vidas y sus haciendas?

La manipulación, en estos casos, consiste en un deterioro visceral de los conceptos. Porque nadie odiará más la palabra *libertad* que aquel que esté convencido de que significa sinónimo de violencia. Y nadie se inclinará más al deterioro semántico del vocablo *orden* que aquel a quien convenzan de que tal orden le permitirá transitar tranquilamente por la calle, cuando lo único cierto y perogrullesco es que sólo con libertad (en su auténtico sentido) y con una conciencia de la propia responsabilidad individual —ésa que se nos quiere arrebatar— puede el ser humano acceder a su propia evolución, tanto personal como colectiva.

Un lento proceso de dependencia

Creo que, al menos a niveles de sospecha, este bombardeo de estímulos manipuladores se encuentra inconscientemente plasmado en la mente del ser humano, aunque trate de no reconocerlo y aunque, de hecho, se ejerza una presión constante para que no lo capte más que a niveles subliminales instintivos. Tal vez por eso he querido sacarlo aquí a flote, porque pienso que sólo comprendiendo conscientemente y sin tapujos la dependencia a que se nos somete cada día podremos formarnos una idea de cómo afrontarla y de cómo recuperar, si aún es tiempo, nuestro papel de seres racionales dispuestos a asumir la evolución a la que nuestra naturaleza nos da derecho.

Hablábamos antes de la larga historia del género humano y de la lenta, lentísima evolución sufrida desde hace tres inmensos millones de años. Curiosamente, esa evolución se fue deteniendo o, al menos, se hizo desesperadamente lenta (y me refiero, naturalmente, a niveles mentales y espirituales, no al progreso tecnológico), a medida que el ser humano fue adquiriendo conocimientos que le facilitaban la subsistencia, que le hacían progresivamente cómodo el trabajo, le menguaban el esfuerzo y le distraían la atención. Más curiosamente aún, se da el caso, cuando estudiamos el gran proceso histórico de la humanidad y —sobre todo— cuando estudiamos esos mitos que constituyen la más sorprendente fuente de recuerdos que posee la mente colectiva del hombre, de que esos adelantos técnicos, esos descubrimientos «mecánicos» —la navegación, la rueda, la palanca, el arte de volar— le fueron *entregados* al

ser humano en épocas oscuras y olvidadas por entidades a las que se quiso dar el calificativo de dioses, porque actuaban desde planos superiores al nivel medio de las conciencias capaces de captarlas o de recoger sus indicaciones.

Por supuesto, no es mi intención aplicar aquí una naturaleza *divina* —ni, por supuesto, extraterrestre o galáctica, como hoy parece estar en boga— a esos llamados dioses o presuntos maestros de la vieja humanidad. Sólo quiero llamar la atención sobre la circunstancia de que esa divinización ha de deberse, por necesidad, a la naturaleza esencialmente *ignorada* de las entidades que proporcionaban al hombre sus adelantos técnicos. Y que, al mismo tiempo que se los proporcionaban, lo sumían en una radical incomprensión de los porqués y los cómos y le hacían depender esencialmente del «regalo» que se les ofrendaba.

El camino seguro hacia la regresión

Hoy, el ser humano ha dejado ya de luchar contra la manipulación de que es objeto. Me refiero, fundamentalmente, al hombre que forma parte del mundo industrializado de Occidente, porque ya tendremos ocasión de ver y de analizar otras formas de enfrentar el entorno en distintas culturas y en otros contextos espirituales. Este hombre nuestro de la civilización tecnocrática se ha habituado ya a ser llevado y traído por donde quieren los grupos de presión (tanto los conocidos como los ocultos) y ha asumido esa esclavitud a que le somete la técnica como una necesidad imprescindible. Ya hemos tenido ocasión de verlo cuando comentábamos, páginas atrás, ese complejo de fracaso que se nos imbuye cuando no accedemos a la última novedad caprichosa de la técnica, siempre planteada como adelanto, como ayuda imprescindible o como una comodidad progresiva. Ya no nos conformamos con vivir pendientes del televisor: *necesitamos* el mando a distancia que nos librará de molestarnos esos tres pasos que se necesitan para alcanzarlo y cambiar el canal. No nos basta el automóvil: *nos es imprescindible* cada supuesta mejora que se introduce en un nuevo modelo. No queremos sólo ignorar las operaciones matemáticas mentales: *nos urge* que la maquinita tenga por nosotros la memoria de lo que sin duda habremos de olvidar por falta de entrenamiento mental.

En dos años escasos, un complicadísimo sistema de almacenamiento de datos queda anticuado y es superado por otro que hay que adquirir, so pena de que la competencia lo adquiera antes y tome la delantera de su perfeccionamiento. La prensa escrita está a punto de desaparecer. Estamos abocados, a corto plazo, al más espectacular analfabetismo, del mismo modo que ya, de hecho, hemos perdido la capacidad de calcular.

Cada paso supuestamente adelante de la técnica, de la política o hasta de las formas presuntamente religiosas se convierte, por un lado, en factor inmediato de utilización precisa, de consumo necesario; pero, por otro, también en elemento parcelador implacable de nuestro conocimiento, en tanto que se nos hace progresivamente imprescindible una dedicación particular, una *especialización* que, sea del género que sea, nos aparta cada vez más de esa visión total de lo circundante, que nos debería ser fundamental para la comprensión de la realidad y nuestra identificación con ella.

Los más remotos resistentes

Uno piensa si siempre habrá sido así en la historia de la Humanidad. Si siempre y sin excepción, el ser humano se habrá dejado conducir como una marioneta mansa por los terrenos que las fuerzas de presión le han marcado, encaramándose por los laberintos de la técnica y abandonando definitivamente el ejercicio de sus propias posibilidades evolutivas, tanto psíquicas como mentales y espirituales. Sin embargo, de vez en cuando surgen determinados misterios del pasado cuya falta (aparente) de lógica racional puede ponernos en guardia respecto a su significado.

Es en muchos aspectos ejemplar el caso de las civilizaciones andinas anteriores a la conquista. Como todos pueden comprobar en tantos libros como se han difundido sobre ellas, las tierras montañosas y el altiplano fueron surcados por impresionantes caminos que comunicaban entre sí ciudades, fortalezas y centros culturales, en una tarea titánica sólo comparable a la de la increíble red viaria del viejo continente europeo establecida por Roma. Con una diferencia notable: en las culturas andinas no se utilizaba la rueda como medio de transporte o de desplazamiento. Sin embargo, esa misma

rueda, con sus exactas funciones, sí se ha encontrado en los juguetes infantiles de aquel imperio que los arqueólogos han sacado a la luz.

A mi modo de ver, no cabe dar a este enigma del pasado la respuesta simplista de que los incas, o los chimús o los nazca supieran de la existencia de un mecanismo como la rueda, pero ignorasen sus posibilidades de utilización práctica. Una conclusión así no tiene base racional alguna, aunque se haya formulado desde las perspectivas del más estricto racionalismo científico.

Por el contrario, creo que hay otra explicación posible: tendríamos que plantearnos el no uso del instrumento rueda como *prohibición* tal vez dogmática, mediante la cual los encargados del culto —fuerza o grupo de presión, a pesar de todo— proclamasen aquel elemento mecánico como símbolo religioso *intocable*. En cierto modo, una imposición de este tipo sería paralela a la que impone a los hinduistas la sacralización de sus bóvidos, los cuales (ante la incomprensión supina del occidental que contempla el espectáculo de las vacas sagradas correteando libremente por las calles) siguen siendo intocable elemento de culto, mientras tan a menudo el pueblo muere de hambre por falta de un alimento que podría tener al alcance de la mano.

Los malditos herreros

Sin necesidad de trasladarnos a otras tierras, tenemos en la historia de Europa un caso paralelo: el de los herreros de los tiempos remotos, considerados como seres malditos y condenados a instalar sus ferrerías lejos de los núcleos de población. En el valle de Somiedo, en Asturias, corría hasta hace bien poco la tradición de que, en los lagos que coronan los confines del valle, habitaban genios malignos dedicados a la forja, que atacaban y aniquilaban a quienes se atrevían a acercarse por sus dominios. Es significativo que hoy, precisamente en aquellos parajes, no sólo se encuentren viejos restos de herrerías, sino que recientemente, en la misma área de los lagos, se descubriese un rico filón de mineral de hierro que, puesto en explotación industrial, arruinó en poco tiempo el idílico y solitario paisaje y la pureza de alguno de sus lagos, que hoy aparece teñido por las piritas.

La maldición sobre los herreros fue, durante siglos, objeto de mitos y de cantares. Mimir, el enano de los cantares germánicos, era herrero y forjó la espada con la que el héroe Sigurd venció al dragón Fafnir, con cuya sangre se bañó y aprendió el lenguaje de los pájaros. De vaqueiros asturianos y de agotes navarros, pueblos tradicionalmente marginados, se dijo que se dedicaron a la forja en tiempos remotos. Y eso mismo se contaba de los maragatos leoneses, en cuyas tierras montañosas, como en las de agotes y vaqueiros, se encuentran las mejores muestras de las herrerías medievales de toda la Península Ibérica.

Es curiosa y nada casual esa atribución del arte del hierro a pueblos y hombres considerados como malditos a lo largo del tiempo, sobre todo si nos planteamos que la industria de los metales supone uno de los pasos fundamentales de la tecnología. Si pensamos que desde todos los ángulos del progreso material, el dominio industrial y económico sobre el arte del metal es fuente de poder y de fuerza, origen de ese mundo del que nosotros constituimos la última consecuencia, con toda la carga de dependencias que caen sobre nuestras espaldas, no podemos dejar pasar por alto este fenómeno.

¿Cabría pensar en un estadio más o menos desconocido de esa historia fundamentalmente oculta, en el cual hubo seres humanos que presintieron lúcidamente la esclavitud tecnológica que se avecinaba a largo plazo y que trataron de conservar en el ser humano el uso de su integridad como ente en total evolución? Por desgracia, ya resulta difícil que lleguemos a conocer algún día esa realidad improbable. Milenios enteros de dependencia nos han borrado de la mente incluso la sospecha de que pudiera haber existido una vía por la que el hombre se hubiera desarrollado conforme le demandaba su propia naturaleza. Hoy es tarde. La vuelta atrás, imposible. *Algo* nos ha hecho definitivamente esclavos de nuestro propio progreso. Y sólo cabe pensar o intuir, o sospechar, que no toda la culpa es del hombre mismo, sino que hubo —y sigue habiendo— fuerzas que le mantienen atrapado en las coordenadas insalvables de la dependencia. Hoy, nuestra labor debería consistir en el descubrimiento de esas fuerzas, en sacarlas a la luz y en dar cuenta de su naturaleza y de sus más recónditas intenciones.

4

La mente de Gregg el Bueno

Los mesías de la tecnología

«En olor de multitud, llevando bajo el brazo los poliglóticos ejemplares de un libro que se ha publicado simultáneamente en 17 idiomas —¿o han sido 34?, las cifras me bailan en la mente— un francés «agresivo» de 55 años, fundador de partidos y de revistas, ex ministro y ex diputado gaullista y, sobre todas las cosas, radical integrista de la realidad tecnológica de nuestro mundo y conservador a ultranza de los valores políticos de eso que hemos dado en llamar Progreso con mayúscula, hizo su aparición en el escenario multitudinario de la crisis nuestra de cada día —ya saben ustedes, petróleo, tercermundismo, energía, consumismo, industrialización, relaciones internacionales, apocalipsis histórico— para proclamarse portador y mesías teórico de la solución que habrá de salvar a esta civilización que se nos deshace entre los dedos.»

Los medios de comunicación acogieron *El desafío mundial* y a Jean-Jacques Servan-Schreiber como una esperanza. ¿Qué digo esperanza? ¡La Esperanza! La prensa más al día y esa televisión que intenta vanamente emerger a los problemas actuales con la mente puesta en la permanencia de los viejos y

buenos valores de Occidente se lanzaron a resumir, a preguntar, a glosar y a encender la mecha de los fuegos de artificio de ese futuro que, al parecer, sí tiene salvación. Y Jean-Jacques —Servan-Schreiber, repito; todo parecido con el otro (Rousseau) se limita al nombre y al idioma materno— respondió, pontificó, sacó de su bolsillo (tantas veces como había una cámara cerca) su microprocesador de silicio, y lanzó a troche y moche su Sermón del Monte de la nueva era.

Progreso y trabajo para todos

Que el mundo está metido en una crisis, es un hecho que ya nadie creo que tuviera la desfachatez de dudar. Que esa crisis —al menos *exotéricamente*— viene producida por la circunstancia de que las materias primas imprescindibles para el mantenimiento del crecimiento industrial de los países desarrollados están localizadas en territorios que forman parte del llamado Tercer Mundo, es una realidad que se detecta en los manuales de geografía económica. Que —en apariencia— esos países tercermundistas pueden dar al traste con el ideario evolucionista de Occidente y convertir a los países desarrollados en un caos de paro, de miseria y de futuro incierto, es un temor que aflora como visión apocalíptica en las declaraciones de los gobiernos, lo mismo que en las reuniones de los consejeros.

Sin embargo —hecho curioso que no parece extrañar a nadie y que está a la vista de todos—, estas circunstancias que, naturalmente, no propician el progreso lógico de los países occidentales, tampoco parecen colaborar realmente en la transformación de las tierras del Tercer Mundo. Una cosa es la acumulación de riquezas monetarias (lo que se ha venido en llamar los petrodólares) y otra el uso que se hace de esa riqueza. Aparte intentos aún en mantillas, como el Kuwait Found for Arab Development, las becas millonarias a unos pocos universitarios y algunas cantidades destinadas a la compra de bienes de consumo, los ríos de millones que fluyen en las arcas estatales de los países productores de materias primas fundamentales (y, sobre todo, de petróleo) parecen destinados, en su mayor parte, a engrosar hasta el reventón las arcas particulares o usufructuadas de jeques, emires, príncipes y familiares privilegiados de unos pocos magnates, sin

que el ciudadano de a pie —o de a camello— pueda hacer uso de los beneficios que, teóricamente al menos, tendrían que proporcionarle esos ingresos en los que los ceros bailan como planetas locos en el universo de las estadísticas económicas.

Paro, hambre y subdesarrollo parecen, pues, la perspectiva uniforme a la que se ve condenado en el inmediato futuro un sector mayoritario y masivo de la humanidad de los tres mundos, a no ser que, como anuncian los nuevos mesías, se sitúe en primera fila de los criterios de inversión el «desarrollo del hombre», lo que proporcionará una vida paradisíaca al género humano y, a no dudarlo, progreso y trabajo para todos. Sólo que... ¿cómo se plantean, en estos parámetros desafiantes, los conceptos de progreso y de trabajo?

La panacea de los microprocesadores

Servan-Schreiber ofrece al lector de su libro una vuelta —charter mental pagado— a la comarca japonesa de Aichi, donde se asienta la que hoy es, ya, la fábrica de automóviles más importante del mundo: la Toyota. Nos describe con todo lujo de detalles las ocho factorías y nos demuestra que son el modelo viviente del ideal tecnológico para el mundo de los próximos años: la fábrica sin obreros, la industria totalmente automatizada, robotizada. Las computadoras realizan prácticamente todo el trabajo que hasta ahora era competencia de los seres humanos: montan, atornillan, acoplan, controlan, pulen, vigilan, pintan, secan, prueban y dan el visto bueno inamovible al producto terminado y listo para lanzar al mercado.

Pero —¡oh sorpresa para incautos e ingenuos!— que nadie piense que la automatización total ha dejado en la calle a uno solo de las decenas de miles de obreros que antes realizaban esas tareas que ahora llevan a cabo los robots. «Una fábrica sin obreros no quiere decir una fábrica sin hombres», viene a proclamar el mesías de la era de Acuario. Los antiguos obreros son reciclados; se les mete en escuelas de aprendizaje y en institutos de formación especial y se les transforma para que, a fin de cuentas, preparen sus cerebros para realizar —y mejorar— la labor que antes realizaban sus manos y sus ojos, su cuerpo y sus músculos. Ahora, al parecer —y yo no dudo de que sea muy cierto—, ganan más, trabajan menos y abren camino para que las generaciones inmediatas y los que hasta

ahora han sido los «condenados de la tierra» (1.º, 2.º y Tercer Mundo) alcancen el nivel de vida ideal que va a permitir, sin duda, que todos puedan tener crédito para adquirir —por ejemplo— la producción de automóviles que Toyota construirá en sus robotizadas factorías de Aichi. Con lo cual, como es lógico y nadie podría dudar nunca, la tierra entera abocará a una era de hombres felices, comedores pertinaces de perdices y fundamentalmente consumidores masivos de todo ese progreso tecnológico casi divino (yo creo que podría suprimir sin más el *casi*), que ha convertido al ser humano —o va a convertirle de inmediato— en adorador incondicional e inapelable de la computadora, en catecúmeno de la tarjeta de plástico, en transformador de oraciones que ya no rezarán: «Padre nuestro que estás en los cielos», sino «crédito mío que estás en los bancos».

Diz que el futuro ha comenzado

Cifras cantan en las páginas desafiantes de las biblias de los nuevos mesías: ya hay 60.000 robots funcionando en el mundo; de ellos 47.000 en el Japón, 3.200 en los Estados Unidos, 6.000 en Alemania Occidental, 600 en Suecia, 300 en Francia, 180 en Gran Bretaña, más un centenar en otros países industrializados. Y todo ese cúmulo de circuitos computados significa, por un lado, el germen de una nueva energía cuya base molecular es el silicio y cuya base intelectual es el cerebro humano (al menos por el momento). Por otro lado —y todavía sigo exponiendo la idea de Servan-Schreiber— esos microprocesadores significan la necesaria compensación y el ofrecimiento que el mundo industrializado puede hacer al Tercer Mundo como equilibrio que *pague* (en términos de desarrollo económico) las materias primas que continúan en poder de los pueblos hoy subdesarrollados. Se trata, pues, de actuar en todo el ámbito planetario *fabricando* hombres nuevos, familiarizados casi desde su nacimiento mismo con la tecnología y con las posibilidades que brindan los microprocesadores, para crear en toda la tierra una sociedad capaz de utilizar este nuevo y por el momento definitivo tipo de energía industrial que se está ofreciendo, la única con capacidad de acción suficiente para «liberar definitivamente al ser humano» de la lacra del tercermundismo, una lacra que habrá

de desaparecer en cuanto puedan llevarse a cabo, a nivel de gobiernos (y de multinacionales, tengo que añadir por mi parte), los planes necesarios de *adaptación cerebral* que hoy todavía parecen estar en fase de pura experimentación.

En su periplo en pos de ese futuro que se nos está creando, Servan-Schreiber conduce finalmente al lector hasta un lugar denominado *Computer Camp*, una aparentemente inocua colonia de vacaciones típicamente americana para niños de 10 a 15 años, situada en un valle al norte de Santa Bárbara, en California. Allí, los muchachos nadan, practican *artes marciales* japonesas y una especie de *yoga* a la americana y reciben tres horas diarias de clase. El resto del tiempo, durante el período de dos semanas que duran los cursos, tienen a su disposición computadoras Apple II y Texas 99/4 en vez de exincastillos, meccanos, geypermanes o balones. Y se les deja hacer con ellas prácticamente lo que quieren, despues de habérseles enseñado los rudimentos de su funcionamiento y los principios de su técnica. Hay niños que inventan melodías electrónicas, otros que descubren juegos con los que asustar a las amistades de sus padres. Denison Bollay, el director del centro, vigila, ayuda cuando se lo piden y plantea problemas como si propusiera juegos. Según él, frente a esta revolución tecnológica que se avecina sólo hay dos alternativas: controlarla o dejarse controlar por ella. Y dice de sus pupilos: «Son nuestros dirigentes del mañana. *Tenemos todo el interés en ponerlos en el bando de los buenos. Es más seguro para el porvenir...*» Al parecer, ha dicho eso señalando con el dedo a Gregg, un muchachito regordete que ha logrado descifrar un programa complicadísimo y reconstruirlo después.

Con los dedos pillados

He subrayado conscientemente la frase que se le escapó al maestro de *Computer Camp* y que, a no dudarlo, Servan-Schreiber colocó en su libro como llamada de atención subliminal a sus lectores —y no a la masa de las 17 o 34 ediciones, sino a las élites a las que sirve y de las que pretende servirse como mentor mesiánico—, porque creo que en ella se encuentra la clave de todo un mundo de intenciones y esperanzas concebido —quién sabe si también electrónicamente— por un sector dominante de la vida planetaria que prepara el futuro

de la humanidad entera (tercermundismos incluidos), con arreglo a las coordenadas de dominio y de manipulación sobre las que se ha creado la existencia racionalizada y tecnocrática de nuestro estricto instante cultural.

No es ningún secreto —aunque se nos haya querido escamotear la verdad demasiado a menudo— que el ser humano, desde el instante mismo en que se instituye culturalmente en sociedad jerarquizada, se somete a la obediencia y a la manipulación. Deja de ser libre de elegir su propio destino y adapta su existencia a las presuntas conveniencias de un conjunto social que sólo se supone viable si son aceptados los principios religiosos o políticos que emanan del poder establecido. (Y querría hacer ver, en este sentido, que dejo deliberadamente de citar palabras como *convivencia* y *solidaridad*, porque, aunque su sentido ha sufrido ya fuertes deterioros en su semántica actual, tienen aún para mí un valor fundamental que no querría degradar en modo alguno uniéndolas a la palabrería manipulatoria al uso. Me gustaría que, en lo posible, tratásemos todos de devolverle al lenguaje sus significados originarios, precisamente porque uno de los modos más sutiles de conspiración que ha sufrido la libertad humana ha sido el constante atentado contra lo que *verdaderamente* significa y representa cada término.) El secreto —si es que de secreto puede hablarse— estriba en la concienciación del ser humano respecto a saber con certeza con qué tipo de fuerza manipuladora se ha de enfrentar y hasta qué límites de conciencia puede aceptar tal manipulación.

Entendámonos: todos estamos mentalizados para la aceptación de determinados poderes que se manifiestan bajo la forma de gobiernos del más diverso cariz o bien bajo el aspecto de fuerzas espirituales o religiosas distribuidoras de salvaciones y de condenas que afectan directamente a la presunta trascendencia, del mismo modo que los gobiernos y sus acciones afectan a la subsistencia, a la libertad de expresión y hasta al progreso material relativo. Donde comienza a fallarnos esa mentalización es en el momento de plantearnos si hay acaso un determinado número de potencias supragubernamentales, macroeconómicas y hasta metaespirituales que, formando a su vez parte de una entidad colectiva única y planetaria, dominan la vida del género humano desde planos anímicos, biológicos, económicos, sociales, tecnológicos y políticos, moviendo los hilos de la conciencia colectiva de la

humanidad y jugando con esa conciencia de tal modo que, desde la semántica a la supervivencia puramente material, todo cuanto afecta al hombre y a sus ralaciones con los demás esté controlado estrictamente, atado hasta sus cabos más sutiles, manejado sin que queden libres de esa voluntad superior nada más que pequeñas verrugas socioculturales que malamente podrían resistir al estricto control de la gran máquina detentadora del máximo poder.

OPEP versus microprocesador

El cebo que la civilización tecnológica puede colocar, cuidadosa y glotonamente, al alcance del olfato de ese mundo súbitamene hinchado de dineros gracias al descubrimiento real del valor de sus materias primas, es el *desarrollo de su potencial humano*. Pero entendámonos bien: se trata de un desarrollo contemplado desde la perspectiva de una determinada civilización, la creadora de la era industrial de occidente, de las sociedades anónimas, de los superbancos y de las multinacionales. Una civilización que ha basado los principios y los fines de su existencia en la tapadera de un bienestar *material* del hombre y que ha contemplado los distintos modos culturales planetarios desde las coordenadas de su propia y exclusiva función, de tal modo que ha dividido limpiamente el mundo en parcelas estancas, según el grado de desarrollo (económico y técnico, se entiende) que ha logrado introducir y el grado de dominio que ha conseguido imponer.

Pero de pronto, por una serie de circunstancias que todo el mundo conoce gracias a la información —lógicamente también manipulada— que se le suministra, los países de los que se extrae la mayor parte del petróleo, subdesarrollados todos ellos, «se dan cuenta», al parecer, de su propia fuerza natural y de cómo pueden hacer uso de ella para igualarse a los países llamados desarrollados, hundiéndoles parcialmente los esquemas económicos al tiempo que elevan su propia potencia con subidas periódicas y constantes del precio de sus crudos.

Curiosamente —lo veíamos antes—, ese dinero superabundante en el que se bañan los países productores y exportadores de petróleo resulta ser una especie de inmenso depósito bancario sin rendimiento eficaz, sin un movimiento económico que vaya más allá de un par de fundaciones culturales

o prospectoras y unas cuantas cuentas particulares que sólo sirven, al parecer, para juergas y lujos y posesiones —en España sabemos un poco de eso— de jeques y magnates.

Curiosamente también, esos precios disparados periódicamente permiten, al mismo tiempo, que otras prospecciones situadas en el mundo occidental y que anteriormente se abandonaron por no rentables, comiencen a ser explotadas con garantías firmes de rentabilidad.

Más curiosamente todavía, las propuestas de ayuda masiva para la puesta a punto de ese Tercer Mundo considerado como subdesarrollado parten de países y de estamentos que están siendo presuntamente perjudicados por el despertar de la conciencia de poder en los territorios poseedores de las materias primas fundamentales. Y esta ayuda propuesta consiste en proporcionar a ese Tercer Mundo el aprendizaje y la utilización de la quintaesencia de la tecnología occidental: el microprocesador. (Y aquí debo pedir perdón porque, deliberadamente, he englobado en ese mundo occidental a un país tan esencialmente distinto como es Japón, pero tendremos ocasión de analizar su caso, mucho más complejo de lo que en una primera visión puede parecernos y, por supuesto, exponente diáfano, a mi modo de ver al menos, de una situación *espiritual* ante la cual Occidente sí puede ver efectivamente tambalearse sus estructuras. Creo incluso que el hecho mismo de que Servan-Schreiber englobe limpiamente a Japón en ese mundo es una muestra de su necesidad de integrarlo, incluso ideológicamente, en las estructuras de macrogobierno —o de poder oculto, si queremos decirlo con más propiedad— que rigen realmente en los países del mundo occidental.)

Escuela de párvulos

Bastaría repasar con ojo crítico los libros de texto que rigen en las escuelas de todo el mundo para comprobar que eso que hemos dado en llamar educación es únicamente una concienciación constante e imparable, que tiende a condicionar a los futuros ciudadanos para la aceptación tácita de las normas que marcan la continuidad del status social decidido desde las más altas esferas de poder de nuestro mundo. La obediencia, el respeto, la confianza ciega en quienes presuntamente están en posesión inequívoca de la verdad, suponen una estabilización indefinida de los niveles de poder. Desde la

escuela primaria, el niño aprende hechos prefabricados y razones que están concebidas previamente para justificar y supervalorar tales hechos. Cada cual, desde la más tierna infancia, aprende que el progreso (que es «el estado ideal del hombre») estriba en la ambición y en el poder, más que en el conocer. En último extremo, se graba en las mentes blandas de los niños que el conocimiento es necesario, pero solamente un camino para alcanzar el deseado poder.

Como consecuencia, se ha creado —y de modo más firme de lo que podríamos imaginar— una estructura social en la que funciona fundamentalmente el triple escalón conocimiento-poder económico-consumo; dicho en otras palabras, se fomenta un determinado tipo de conocimientos con los cuales se alcanzará un progreso en la escala social, progreso que habrá de manifestarse en la capacidad de consumo del individuo. Fijémonos en que en ninguna de esas premisas se tiene en cuenta ni se fomenta —antes bien, muy al contrario, se anula— la necesidad interna y natural del ser humano de encontrarse consigo mismo y con su función real en el mundo. Se aprende y se enseña, más o menos claramente, que ese ser humano no vale por lo que es, sino por lo que posee o por lo que potencialmene puede llegar a poseer. La posesión se consigue por una capacidad adquisitiva. Por la capacidad de consumo.

¿Y quién puede salir realmente beneficiado en último extremo por esa capacidad adquisitiva que tiene como consecuencia lógica el consumismo? Por supuesto, no espero que nadie llegue a creer que será aquel que posee esa capacidad de consumo, sino, mucho más allá de eso, beneficiarias serán SIEMPRE las entidades que están dedicadas a proporcionar en gran escala la tecnología que permita que ese consumo pueda realizarse.

Traslademos estas premisas a la inmensa escuela primaria de la nueva era. ¿Quién saldría realmente beneficiado de ese presunto desarrollo del potencial humano previsto por la enseñanza y la utilización de la informática? ¿Quién ganaría en esa quema de etapas tecnológicas que habría de significar el salto del Tercer Mundo por encima de una era industrial que ya está caducada para Occidente? ¿No significaría acaso la expansión, a niveles planetarios, de la mentalización hacia estratos de consumismo absolutamente necesarios para mantener los mismos centros de poder que ahora nos rigen y que el Tercer Mundo está ahora también en condiciones de anular?

El lado de los buenos

Las palabras del maestro del *Computer Camp* adquieren, en este sentido, todo el valor *religioso* —auténticamente religioso, lo repito aposta— de un dogma en el que se especifica, sin lugar a dudas ni controversias, dónde radica *lo bueno* y *lo malo*. Naturalmente, lo bueno es la posibilidad de mantener e incrementar la religión del consumismo, de la «jerarquía sacroeconómica», del fin del ser humano en tanto que integrante convencido —creyente— de esa escala de valores cimentada hacia el utilitarismo. Lo malo, por el contrario, será la vuelta de espaldas a ese progreso, la negación tácita del éxito como fin, la incredulidad ante el supuesto valor supremo del consumo.

En este sentido, espero que no caigamos en la tentación de suponer que tal sacralización de los valores económicos es una pura deformación mental. Forma parte integrante de un sector muy determinado del inconsciente colectivo que, voluntaria o involuntariamente, emerge a cada paso en ese contexto que hemos dado en llamar —y no aquí, sino en la vida corriente— religioso o divino, o sagrado al menos. Para mí, que no creo en absoluto en la aparición de la Era Industrial como fenómeno súbito y desarraigado de la continuidad histórica humana, no es un hecho casual tampoco que Ignacio de Loyola instituyera la Compañía de Jesús como una moderna Sociedad Anónima (recordemos que su nombre latino-eclesial es el de *Societas Jesus*, la que ha hecho posible las siglas S. J. con las que mundialmente se la conoce), ni que la Iglesia, a través de esta y de otras órdenes, se integrase desde el primer momento en los movimientos económicos mundiales, a través de intervenciones en bancos y compañías financieras e industriales. Lo abstracto de la sociedad anónima da un carácter carismático e incluso eventualmente suprahumano a la entidad económica. La industria, la banca, la gran compañía adquiere, en la mente del hombre de la calle del mundo occidental, una categoría casi celeste, con todo cuanto conlleva de mantenimiento y hasta de incremento progresivo del poder omnímodo sobre los seres humanos y, eventualmente, incluso sobre los gobiernos y sobre los estados.

Y así, del mismo modo que, en la Edad Media, Roma —el papado— constituía una suerte de supragobierno que, de hecho, regía la política interna de los estados cristianos e incluso sus relaciones internacionales, decretando inapelablemente derechos y anatemas, ayudas y excomuniones, hoy mismo las grandes sociedades multinacionales —precisamente aquéllas que pueden tener el mayor interés en «convertir» al Tercer Mundo a sus dogmas— mueven sutilmente la política de esos gobiernos, decretan las conveniencias de fomentar las influencias de determinados partidos y aseguran la continuidad de su imperio con la simple y pura amenaza de abandonar un determinado país si sus gobernantes se mostrasen remisos a respetar su decisiva influencia, o si un determinado movimiento político llegase a asumir el poder, aunque ese poder estuviera respaldado por el resultado en unas elecciones libres (dentro del margen de libertad real que pueden tener unas elecciones manipuladas por todos los medios, desde los sondeos de opinión a la propaganda deformadora de todos los significados semánticos). Esa entidad macroeconómica y suprahumana es, de hecho, la que decreta en la actualidad quiénes son los «buenos» y quiénes han de ser considerados como los «malos», quiénes son válidos para integrarse en el sistema y hasta qué catecismos conviene fomentar y proclamar en cada instante para que quede asegurada la continuidad del poder omnímodo. Si ahora y aquí conviene proclamar el reciclaje del ser humano hacia la era de la informática, no se trata de un cambio radical, de la toma de un nuevo camino ante una encrucijada, sino de señalar cuál de los caminos que surgen en ella es realmente la continuación del que se ha estado siguiendo hasta este preciso momento.

El ejemplo del sol naciente

A mi modo de ver, el error fundamental sufrido a la hora de aventurar las posibilidades de ese futuro «ideal» de la era de la informática ha sido tomar como ejemplo el fenómeno japonés. Naturalmente, los datos que se manejan son totalmente ciertos. No cabe la menor duda: en menos de veinte años, Japón se ha colocado a la cabeza en prácticamente *todos* los sectores industriales que estuvieron hasta ahora en manos del mundo occidental. Es totalmente cierto que el 78,5% de la industria robotizada del mundo se encuentra en las islas niponas, y que los automóviles japoneses, construidos por medio de computadoras, se han colocado en la primera

fila de la producción mundial y muy pronto lo estarán también de la exportación. Todos los datos son rigurosamente auténticos, las estadísticas son exactas, y la realidad externa es justa e inapelable.

El fallo está en un menosprecio manifiesto hacia determinado factor que no puede integrarse en las estadísticas al uso: me refiero al *espíritu* del hombre, al grado de conciencia mostrado por el ser humano en el momento de enfrentarse al hecho de la manipulación. Por supuesto, es muy difícil —por no decir prácticamente imposible— que nosotros, gente de Occidente, seamos capaces de entender el espíritu japonés prescindiendo de las coordenadas sociológicas en las que estamos integrados. Sin embargo, esa práctica imposibilidad de comprensión no basta para que dejemos limpiamente el hecho a un lado y midamos el fenómeno japonés exclusivamente por nuestro sistema de valores.

Tengamos en cuenta, en primer lugar, que el espíritu oriental no acepta —religiosamente hablando— las eventuales *salvaciones* venidas de fuera (llamando a ese «fuera», si queremos, cielo, eternidad, mesianismo o cualquier género de trascendencia colada entre los hombres por arte de birlibirloque para conducirle al mundo ideal de las realidades ultrahumanas). Por lo tanto, es muy difícil, por no decir imposible, que el oriental pueda ser manipulado en el grado en que lo es el hombre occidental. Ya sé que pueden aportarse ejemplos que tienen la apariencia contraria, desde el *kamikaze* de la Segunda Guerra Mundial hasta el estado de total asentimiento del obrero japonés a las durísimas condiciones de vida que le impone su integración a la gran industria. Sin embargo, la realidad es que estos actos y estas situaciones constituyen —contra lo que en apariencia representan— pruebas de su voluntad individual. El japonés se mata o se integra en la sociedad industrial del mismo modo que se interna temporalmente en un monasterio Zen o en una escuela de artes marciales: porque cada acto de su vida debe ser, sobre cualquier otra cosa, exteriorización de su *íntima* esencia humana y, por lo tanto, un paso en el camino de su propia superación.

El oriental, en su contexto religioso —sea éste el que sea: budismo, shinto, tao o jainismo— ha sustituido desde siempre la figura del Salvador por la del Maestro. La diferencia entre ambas estriba en que, mientras el Salvador es una entidad «divinal» o sagrada, que llega de alguna parte para indicarle al ser humano lo que *debe* creer y el camino que *debe* seguir, el Maestro es un ser humano cuya función estriba en fomentar los poderes interiores o las posibilidades personales del discípulo que se coloca bajo su tutela, dejando siempre que sea él mismo quien descubra su propia trascendencia y su función en el mundo, y haciéndole conocer tan sólo cuándo un camino momentáneamente seguido no es el apropiado. Incluso se da el caso —y las recopilaciones del Zen están llenas de ejemplos de este tipo, lo mismo que se encuentran en el budismo Mahâyâna y en los tratados lamaístas— que el maestro reproche duramente al discípulo su excesiva dependencia y que llegue incluso a apartarle violentamente de su lado si esa dependencia corre el peligro de hacerse irreversible.

En este sentido, seguramente convendría recordar que el mismo Jesucristo fue considerado como *maestro* por quienes le conocieron y estuvieron en contacto directo con él, y que su condición sagrada de *salvador* sólo se introdujo al institucionalizarse sus enseñanzas bajo la forma de un dogma a través de la Iglesia. Con este hecho —como con otros muchos que podrían venir a confirmarlo si me propusiera dar aquí una visión total de la síntesis trascendente de la humanidad, en lugar de un mero apunte para comprender las implicaciones religiosas que rigen los comportamientos más diversos del mundo moderno— se abre un camino en el que, según me parece, se establecen claramente los límites de la manipulación sociológica, que afecta con preferencia al mundo occidental, ese que venimos llamando de los países industrializados y progresistas, dominador nato de conciencias y de pueblos hasta el momento de la aparición de esos peligrosos brotes de rebeldía que amenazan seriamente con destruir todas las estructuras auténticamente mesiánicas y salvíficas que se quieren conservar desde las altas coordenadas del poder.

Son las estructuras que se forman cuando el individuo se adecúa —por las buenas o por las bravas— a la entidad supraindividual, cuando la sociedad humana pasa a depender

de la Sociedad Anónima, sea ésta industrial, financiera, política o religiosa. Cosa que no sucede en modo alguno en los países de Oriente: ni en una lamasería tibetana ni en el complejo fabril de la comarca de Aichi, donde se fabrican por medio de doscientos ordenadores esas fabulosas cantidades de automóviles Toyota de que anteriormente dábamos cuenta, siguiendo los datos y las asombradas explicaciones (mesiánicas una vez más) de Jean-Jacques Servan-Schreiber.

Máquinas y karate

Oriente, a través del Japón, no significa precisamente un ejemplo a seguir por la sociedad consumista occidental, sino la consecuencia directa del reto de ése que ha sido considerado paternalisa y despreciativamente el Tercer Mundo, el mundo del subdesarrollo. En relación con su nivel espiritual, y mal que nos pese el reconocerlo, somos nosotros quienes estamos en situación de subdesarrollo. Porque, en tanto que los occidentales nos esforzamos por progresar para cumplir una función social manipulada desde nuestro exterior por entidades anónimas, la actitud del japonés, desde el gran potentado industrial heredero directo del feudalismo de los samurais hasta el último obrero de su factoría, llega *desde su propia necesidad interior de superación*; y el inmenso progreso de los últimos lustros no es en modo alguno el medio para obtener unos tremendos e incontrolables beneficios económicos, sino la consecuencia directa de una actitud vital en la que, aunque pueda parecer mentira, las ganancias pecuniarias cuentan mucho menos que el autoconvencimiento del deber cumplido, de la meta alcanzada, tanto con uno mismo como ante los demás. La industria no es un fin en sí misma (la institucionalización de una sociedad tecnológicamente desarrollada), sino un medio para demostrar que la autodisciplina y el dominio trascendente sobre uno mismo son capaces de igualar y hasta de superar a todo ese mundo de progreso aparente y de fragilísima espiritualidad que conforma la personalidad colectiva de los países de Occidente.

Algo ha intuido la sociedad capitalista cuando ha adaptado entre sus costumbres algunas de las artes marciales de Oriente. Incluso es un hecho, como ya comentábamos anteriormente, que en el *Computer Camp* californiano se hace

practicar el karate a los pupilos de la civilización de la informática. Sin embargo, salvo muy raras excepciones el sentido ritual de estas competiciones no ha pasado en Occidente de unas pruebas deportivas más o menos institucionalizadas (en las cuales incluso se ha llegado a vencer a campeones japoneses, lo cual significa bien poco), y su sentido profundo de dominio sobre uno mismo, y de rechazo sobre lo circundante, se ha pasado totalmente por alto, con una denominación tan concreta y tan desgraciadamente propia de nuestro entorno sociológico como «defensa personal».

Lo mismo sucede cuando el ejecutivo o incluso el intelectual de nuestro mundo se deciden por la práctica de ejercicios de meditación o de yoga. Muy probablemente, en muchos casos la práctica de estos métodos les será *útil* a determinados niveles de bienestar físico y hasta intelectual. Pero su esencia más profunda habrá necesariamente de escapárseles, porque esa esencia responde a parámetros culturales que, si han de ser asumidos conscientemente, debería comenzarse por el abandono definitivo (y, por supuesto, voluntario) de las presiones manipuladoras del medio ambiente en el que transcurre la existencia cotidiana del hombre occidental.

Las coordenadas de la manipulación

Este hombre comienza por llevar pegada en el fondo de su espíritu, desde los inicios de la civilización cristiana —y desde mucho antes—, la conciencia de haber sido creado para satisfacer el capricho o el entretenimiento de una entidad divinal a la que se tiene necesariamente que glorificar y obedecer sin remedio. Que esa entidad sea llamada Dios o que, ante la evidente ineficacia de sus pretendidos representantes, se transfiera a una abstracción paralela —el Desarrollo con mayúscula hoy, por ejemplo, como fue la diosa Razón (también con mayúscula) durante la Revolución Francesa o el Progreso en los inicios de la era industrial—, eso importa muy poco. Utilizo una cita de Fernando Savater: «Dios ya no está en uso, hace tiempo que se le colgó el cartelito de "no funciona"». Ahora está sucediendo lo mismo con el desarrollo. Pero la gran maquinaria manipuladora occidental busca ya afanosamente un sustitutivo de dependencia, porque «*de lo que se trata en la manipulación es de separar a los hombres de lo*

que su iniciativa y fuerza propia podrían llegar a alcanzar por sí mismas para doblegarlas a un plan y un poder ajenos».[1]

Según lo que yo creo, no existe realmente el peligro de que el hombre occidental se escape del mecanismo manipulador que ya forma cuerpo con su existencia desde la noche de los tiempos. Incluso me imagino que si, de pronto, la gran maquinaria manipuladora desapareciese, la costumbre inveterada desde generaciones y consistente en obedecer a estímulos condicionantes, nos haría buscar desesperadamente un placebo mesiánico de cualquier tipo —incluso religioso otra vez— que pudiera sustituirla inmediatamente. (Y pensemos que, lógicamente, no me estoy refiriendo a ese número siempre exiguo de espíritus libres —en realidad, muchos menos todavía de los que *se imaginan* que lo son—, sino a esa enorme e informe masa media de la que prácticamente todos formamos parte, desde los marxistas a los cristianos de comunión diaria o de bautismo de inmersión, desde la pretendidamente desligada «nueva derecha» a los no menos pretendidos libertarios ácratas, tan fácilmente manipulables mediante la promoción simple de su status social. El mecanismo manipulador sabe jugar muy bien con todas las aspiraciones del hombre occidental, desde las obsesiones musicales de una juventud aparentemente «pasota» hasta las reivindicaciones de los movimientos feministas, desde la instauración de las «modas» hippies hasta el empleo de los anticonceptivos. Todo cuanto sirve, de una manera u otra, para crear dependencias, abocará en elementos válidos destinados a ser manipulados: justicia social y droga, terrorismo y orden, paro y pleno empleo, ¿qué más da el nombre que se le dé a cada cosa?)

En una visión inmediata y futurible de la situación mundial, no hay necesidad de plantearse cómo manipular al hombre de Occidente, porque ese hombre —usted y yo, amigo— estamos ya suficientementte condicionados por los reflejos que nos proporciona la gran entidad manipuladora de nuestro mundo. El problema, la intención, la visión de futuro estriba en llegar a saber el modo de hacer que obedezcan a los mismos estímulos los ciudadanos del Tercer Mundo. El nombre de ese modo de actuar, aunque se quiera dorar la píldora con palabras altisonantes, fue escrito ya hace años por Nietzsche. Se llama *voluntad de poder*, y de ella surge —y vuelvo a citar el texto del profesor Savater— «la decisión de legislar, de crear nuevos valores, de apoderarse, de controlar, de someter, de estatuir...»

El secreto está en el modo de ejercer esa acción

1. FERNANDO SAVATER, *Sobre la llamada manipulación del hombre.*

Se empieza desde arriba

Con motivo de su fulgurante y multitudinaria aparición, Jean Jacques Servan-Schreiber hizo declaraciones casi milenaristas a todos los medios de información —con preferencia a los audiovisuales, más capaces de dar la imagen requerida— y, cosa curiosa, repitió una vez y otra cómo había expuesto *su plan* de desarrollo del potencial humano ante los grandes líderes del tercermundismo y de los países neomillonarios de la OPEP, y cómo, creo que sin excepción (por cierto, no recuerdo haberle oído que tuviera ningún encuentro con el imán Jhomeini), se habían mostrado entusiasmados con su plan mesiánico, con su microprocesador y, naturalmente, dispuestos al ensayo del gran desafío.

Desde luego, yo no creo que la señora Indira Gandhi —por ejemplo— conozca mejor a su pueblo que el gran Mahatma de quien tomó —sólo— el nombre. Ni creo tampoco que los jeques y emires de la Península Arábiga tengan un efectivo contacto con sus camelleros errantes de los grandes arenales. Unos y otros, por el azar del predominio económico y de las circunstancias políticas de todos conocidas, tienen ante ellos, como punto de mira exclusivo y excluyente, el espejuelo del Desarrollo occidental, el gran dios del siglo xx, sin calibrar más allá de los muros de sus soberbias mansiones el sentir de unos seres humanos que tienen una concepción vital totalmente ajena a la nuestra. Si el desafío se cumpliera —y hasta sería posible que fuera así— sucedería lo mismo que en aquella anécdota, típica de la mentalidad manipulada de nuestro mundo, en la que un joven *boy-scout*, al que le habían metido en la cabeza la idea de que tenía que cumplir necesariamente una buena acción cada día, se dedicaba esforzadamente a ayudar a las ancianas a cruzar las calles de su ciudad... aunque las buenas viejecillas no tuvieran la menor intención de hacerlo.

Yo supongo —completando la historia del *boy-scout*— que las buenas viejecitas regresarían a su punto de partida en

cuanto el muchacho se hubiera perdido de vista. Del mismo modo, tengo el convencimiento de que, al poner en juego el plan «desarrollo del potencial humano», los grandes manipuladores del mundo occidental —lo mismo que los no menos occidentalizados dirigentes del Tercer Mundo— se encontrarían con más de una sorpresa: desde la utilización de los microprocesadores para contar los granos de arena del desierto a la demostración de que una mente humana debidamente evolucionada —y tengo el convencimiento de que esas mentes existen y de que se encuentran precisamente en el Tercer Mundo— puede inutilizar la microexactitud de la maquinita con la puesta en marcha de los mecanismos profundos de su voluntad.

La base de la supervivencia

Olvidemos, si es posible, esa especie de ansia irreversible de poder planetario (que, por otra parte, nunca sería *nuestro*, sino de unas cuantas sociedades anónimas). Olvidemos también, si logramos mentalizarnos para ello, nuestra manía de juzgar a los hombres y a los pueblos con arreglo a nuestros patrones mentales. Pensemos que a un hindú —es otro ejemplo— no se le va a poder regir la existencia por el paso inexorable de las cifras de un reloj digital, porque su concepto del tiempo —un concepto adquirido a lo largo de instantáneos milenios de civilización propia— no está medido desde las mismas coordenadas que nos sirven a nosotros. Pensemos, si aún tenemos capacidad para ello, que fue nuestra civilización superior y dogmática (sí, la misma que ha puesto a punto el microprocesador de silicio, esa pastillita tan milagrosa, como si se tratase de la cápsula contenedora del antibiótico curamales definitivo) la que, lejos de crear, destruyó civilizaciones enteras: la de los pieles rojas de los Estados Unidos, la de los pueblos del África negra, las de las islas del Pacífico; que a los indios de las praderas del Medio Oeste los envenenó con whisky peleón, que a los negros africanos los llenó de enfermedades desconocidas y los utilizó como esclavos, que a los nativos de los archipiélagos del Pacífico los convirtió en monos de imitación y en vendedores de folklore debidamente consagrado. Y eso por no hablar —porque hasta resultaría feo recordar leyendas negras— el fin de las culturas americanas

bajo la dominación eclesiocrática de los conquistadores hispánicos, tan peligrosos (aunque más vapuleados) que los Padres Peregrinos puritanos del *Mayflower*.

No creo ahora que se trate de soñar, como el otro Jean Jacques (Rousseau) en la vuelta al «salvaje feliz». El mundo tiene ya demasiado inclinada la rampa para detener una carrera evolutiva que no puede contenerse. Pero sí creo que se trata de respetar el modo que cada pueblo tiene de contemplar su propio progreso con arreglo a sus coordenadas tradicionales. Cortar un solo patrón (tecnológico) y aplicarlo desde la mentalidad impersonal de la Sociedad Anónima, quepa o no quepa en el cuerpo colectivo de los demás pueblos, es precipitar una nueva confusión babélica y uniformar aquello que sólo con el respeto a su misma diversidad puede conservar, en este tercer milenio en el que entramos, la unidad *esencial* del género humano. Si alguna oportunidad tiene el Tercer Mundo de contribuir efectivamente a la salvación de la humanidad es precisamente tomando conciencia, de una vez por todas, de que no ha de ser esclavo (ni siquiera de la computadora), de que *sus* valores propios son tan válidos (o más) que los *nuestros*, y de que sólo fomentándolos en su pureza podrán salvarlos y salvarnos de rechazo a nosotros, dándonos —que falta nos hace— una lección definitiva e irreversible de humildad. Haciéndonos ver, sin asumirla, nuestra propia manipulación. Obligándonos, con su libertad, a rechazarla.

Reflexiones hacia el cosmos

5

Primera meditación sobre una realidad que escamotea su definición

Me acuerdo de un inefable *kôan*, digno de los mejores maestros del Zen, pero procedente de la imaginación popular penibética. Es la respuesta de aquel individuo a quien preguntaron en qué creía: «YO, GRACIAS A DIOS, SOY ATEO». La traigo a la memoria a propósito de tanta gente que, aún hoy, niega la realidad de los fenómenos paranormales o pretende ignorarlos. Gente que, cuando se habla o se lee o se oye de casos referentes al fenómeno OVNI —por ejemplo—, sigue afirmando que eso es como el Yeti o el monstruo del lago Ness, que llenan columnas de la prensa y minutos de radio en épocas en que escasean las noticias, pero que, en realidad, se trata únicamente de alucinaciones individuales o colectivas, puramente subjetivas; o de confusiones o de visiones de gente con taras mentales, momentáneas o permanentes; o lo que es peor, consecuencia de afanes publicitarios de determinados individuos que pretenden reclamar así, a toda costa, su parcela correspondiente de atención por parte de la sociedad o de los medios informativos.

No me cabe la menor duda de que tal tipo de entes existen. Pero tengo la impresión de que, a pesar de su engaño evidente a la sociedad —voluntario o patológico—, la mentira que inventan o la alucinación que sufren no es en modo alguno *la causa*

de la tremenda expansión del fenómeno, sino precisamente *la consecuencia* de su realidad misma. Un loco puede creerse, pongamos por caso, Napoleón o Pío XII, pero sería de todo punto imposible su alucinación si Bonaparte o el papa Pacelli no hubieran tenido una existencia real.

A los negadores sistemáticos del fenómeno, yo les diría que no se puede esconder la cabeza bajo la arena, como dicen que hace el avestruz cuando siente cercano el peligro. Lo que hay que hacer es tratar de verlo en su real dimensionalidad y, si es posible, hacerle frente. Con esto quiero decir que, al hecho paranormal —sea fenómeno OVNI o sea su secuela, o su causa o cualquier otro fenómeno paralelo o maldito que aparentemente no tenga nada que ver con él—, debemos situarlo en las coordenadas estructurales de su *función*, ya que, al menos por el momento, es prácticamente imposible que lo definamos con total objetividad. La ciencia —nuestra ciencia, la que se enseña en las universidades y prospera a trancas y barrancas en los laboratorios y en los papeles de los sabios, o bajo el microscopio— suele definir únicamente cuando el análisis de todos los elementos que componen un fenómeno permite establecer su clasificación, separándolo de todas sus aparentes correspondencias si éstas no han sido debidamente comprobadas.

Sin embargo, eso que llamamos fenómeno paranormal es, al menos por el momento, esencialmente indescriptible. Nadie ha podido encajarlo en los parámetros de la ciencia y de la lógica. Es imprevisible, tanto en sus reacciones como en las circunstancias que provocan su aparición. Y, significativamente, sucede demasiado a menudo el hecho de que no se presenta solo, sino que cada fenómeno viene precedido de alguno tan extraño o paranormal como él, o le suceden otros que, por su misma naturaleza insólita, ayudan a la idea escéptica de los que niegan sistemáticamente su realidad y piden, como ineludible condición para aceptarla, que se les diga qué es, cómo es, por qué es y cuáles son sus fines y sus razones.

El fenómeno está ahí. Así, sin más. Aparece y desaparece, condiciona y despierta polémica, se le afirma y se le niega. Y, aun quienes en principio lo aceptamos como realidad indiscutible, polemizamos hasta la saciedad sobre si *eso* es bueno o malo, terrestre o extraterrestre, condicionador de nuestra naturaleza o testigo mudo de nuestra evolución. Sólo hay un

rasgo común en el que todos, de grado o por fuerza, tenemos que coincidir: el hecho de que *el fenómeno paranormal actúa* —visceral o intelectualmente— *sobre las personas que aceptan su realidad y se integran en ella*. No deja indiferente. Ha pasado de tal modo a formar parte de nuestro mundo —en lo positivo o en lo negativo— que cabe preguntarse si no será acaso esa integración la que, desde todos los puntos de vista, explique y defina su naturaleza. Si acaso su realidad no será el motor mismo de nuestro impulso y de nuestros pensamientos, desde ese momento perdido en la noche del tiempo en que surgió la memoria y, con ella, la creencia o la esperanza en una realidad en la que los oscuros sueños de perfección del género humano tenían una respuesta válida y sin dudas razonables.

Si queremos darnos cuenta de los hechos, sin barrer hacia cualquier tipo de esquema previo aceptado por los condicionamientos culturales de cada cual, la primera verdad que se nos planteará como imprescindible, a la hora de establcer un intento de aproximación a los fenómenos paranormales, será la necesidad absoluta de hacer definitivamente compatibles dos fuerzas que, desde siempre, se han vuelto la espalda y se han empeñado en negarse mutuamente: ciencia y religión. Es curioso que ambas, en cualquier época y en cualquier lugar, hayan venido sosteniendo la gran batalla de las ideologías para alcanzar un fin común. Es más que curioso que el progreso cíclico de cada uno de estos modos de alcanzar —o buscar— la realidad, haya tenido que producirse siempre en detrimento del otro, cantándose victorias pírricas cada vez que la ciencia creía vencer un artículo de fe o cada vez que un dogma anatematizaba un teorema. Es significativo, en fin, que ambas hayan intentado secularmente tirar del género humano hacia su propio campo, mentalizando respectivamente el intelecto y los impulsos primarios del espíritu, sin caer en la cuenta de que el ser humano constituye en sí mismo, incluso como género, una unidad en la que instintos, pensamientos, afanes, deseos, miedos y esperanzas tienden a un solo fin: el conocimiento *exacto* del lugar que ocupamos en el concierto cósmico. Y da la casualidad de que, en ese mismo fin, se encuentra la meta común de eso que llamamos ciencia y de esa otra cosa que denominamos religión.

En este contexto de guerra secular por la conquista de la confianza humana, el fenómeno OVNI y todas las manifesta-

ciones de lo que llamamos paranormal desafían los módulos establecidos por la ciencia y, a la vez, ponen en entredicho las sublimes verdades religiosas, calzándolas con zapatillas y haciéndolas descender a los más inmediatos planos de la conciencia. Hoy, cualquier ateo oficial puede observar luces que bajan de los cielos, sin que tales visiones impliquen necesariamente una ruidosa conversión y una vida ulterior dedicada a la oración y a la caridad. Hoy también, los prodigios se acumulan, sin que tengan que levantarse santuarios para glorificar la intervención de seres celestiales, cuya presencia habría sido imprescindible para explicar de modo ortodoxo algo que rompe sin paliativos las leyes aceptadas secularmente por el hombre. Ante hechos que no admiten explicación, la ciencia calla o niega, la religión divaga y reclama tímidamente la vuelta al estado primigenio de inocencia y de fe. Pero ni una ni otra parecen dispuestas a admitir que tales fenómenos ponen en entredicho su rivalidad eterna y que el hombre, ante unas verdades patentes que le son sistemáticamente negadas, comienza a fabricarse una tercera vía que, si no le explica nada, le justifica al menos existencialmente una trascendencia que ni ciencia ni religión oficiales han sabido manipular a su conveniencia.

Admitamos, al menos, que esta situación entraña el peligro de una aparentemente nueva manipulación del hombre. (Y digo ahora eso de *aparentemente* con el convencimiento de que tal manipulación viene de muy lejos. Y con la sospecha fundada de que lo que ahora nos empeñamos en encasillar, para tratar de que su digestión nos sea más soportable, es exactamente lo mismo que ha movido siempre al género humano en sus manifestaciones trascendentes, en sus escapadas de la vida puramente vegetativa, hacia planos desconocidos —esperados y temidos a la vez— de lo inalcanzable. El ser humano, en este sentido, se ha venido comportando lo mismo que la mula que avanza siempre con la esperanza inútil de alcanzar una zanahoria suspendida de la cuerda que cuelga de su propio cuello. El hambre de trascendencia nos ha llevado siempre a perseguir lo inalcanzable, sin darnos cuenta de que esa persecución incesante mueve *otra cosa* —carro o noria cósmica— sobre la que no poseemos ningún control.) Nada progresa sin que *algo* lo haga progresar. Nada sucede sin que *algo* obtenga un beneficio de ese suceso. Toda la realidad cósmica es una constante acumulación de tensiones, de

causas y efectos, un toma y daca en el que cada entidad recibe su esencia de otra y cede su energía para que, a su vez, sea utilizada por otra entidad más evolucionada, la cual procura cuidar y conservar, por su parte, la fuente de su propia supervivencia. Ese cuidado y esa conservación suponen precisamente la manipulación a la que me he estado refiriendo. Claro está que la palabra manipulación es corta y estrecha, como resulta corto y estrecho el idioma —cualquier idioma— para expresar lo que supera los límites de nuestro mundo circundante e inmediato. Pero sirve, a falta de otra mejor, para aclarar la dependencia de cada entidad cósmica respecto a todas las demás. Porque ya no se trata, al llegar a determinados niveles evolutivos, de una dependencia irracional e instintiva, sino de la captación esencial de una necesidad que ha de saciarse conscientemente, mediando la voluntad de cada ente y hasta su ingenio y su intelecto —sea cual sea la forma que adopte en cada caso— para seguir subsistiendo en primer lugar y para aspirar, en última instancia, a alcanzar, mediante sucesivos grados de evolución y aprovechando todos los medios de que dispone, los niveles superiores de la conciencia universal.

Una premisa, al menos, parece imprescindible en el concierto cósmico: cada parcela de conciencia, cada grado de esa escala infinita de eslabones evolutivos *conoce* —mejor o peor— los que le preceden y se siente o *se sabe conocido* y condicionado por los que están por encima suyo. *Se sirve* de las entidades inferiores y *sirve*, de un modo o de otro, a las que le suceden. El error —nuestro error— está en que, sabiendo que hay, hasta llegar al hombre corriente y moliente, una multitud de estadios de evolución, tengamos la conciencia programada a no reconocer después de nosotros más que una entidad suprema sobre la que acumulamos todos los grados que suponemos nos faltan para acceder a la realidad última de su infinitud. La culpa de este fallo está, posiblemente, en esa especie de lógica antropocéntrica y geocéntrica que los grupos tradicionales de presión han logrado establecer en la mente humana, sobre todo en el mundo occidental. Es una culpa paralela, aunque esta vez a niveles cósmicos, a determinados esquemas sociales, políticos, económicos y morales que nos han sido implantados y sobre los que nos hemos movido secularmente: el establecimiento de escalas de valores pretendidamente absolutos, instituidas desde el poder hacia

la opresión. Pero también forma parte de nuestra propia naturaleza sensorial y biológica, que tiende a establecer en todo cuanto nos rodea la eterna dicotomía que, en determinados casos, llega a aflorar incluso como forma religiosa evolucionada.

La realidad, para el ser humano, está compuesta como una pirámide escalonada en la que nosotros ocuparíamos la cúspide, abarcando todo cuanto sube hasta nuestros pies y con el convencimiento de que, por encima nuestro, todo el inmenso cielo pertenece a una sola divinidad protectora que nos abarca y nos integra en su infinitud única e indivisible. En este sentido, tendemos a considerar que esa divinidad —reconocida o negada, creadora y destructora, señora de la vida y de la muerte— reúne en grado infinito en su esencia todo lo que nos han hecho considerar positivo —bueno y bello— de nuestro esquema dualista. Con ello, insensiblemente, la limitamos, porque sentimos la necesidad paralela de suponer *otra* divinidad que asuma cuanto de aparentemente negativo nos llega de más allá de nuestras fronteras conscientes. Pero, aun así, con este esquema programado e inalterable que han creado precisamente los sentidos a través de los cuales contemplamos nuestro entorno —eso que llamamos realidad— existe un inmenso vacío entre la infinitud imaginada o presentida y lo inmediatamente superior a nosotros, que sobre estar prácticamente a nuestro alcance, ya está fuera del alcance de nuestra comprensión, de nuestra definición y de nuestro análisis; y hasta de nuestro juicio. Echamos entonces mano de los libros sagrados de cualquier credo y lo que alcanzamos a ver —si no somos capaces de encontrar y desentrañar su simbolismo— es apenas un torpe proceso de antropomorfización de lo divino, que empieza a acercarse peligrosamente a sus criaturas para hacer patente una realidad que maldita la falta que le debería hacer mostrar. Esa aparente *manifestación divina* juega muy a menudo con el ser humano, le ofrece la ocasión de «verla», de «tocarla» o de «oírla». Y, cuando quiere, echando mano de una voluntad caprichosa, parece elegir a determinados individuos al azar, para que le sirvan de intermediarios y hagan conocer a sus congéneres su alta voluntad.

En esta falsa y programada apreciación de nuestro papel en el conjunto de la armonía cósmica reside, a mi parecer, nuestra íntima incapacidad para situar en su justo límite los fenómenos que caen fuera del alcance de nuestros esquemas

mentales. Se nos ha programado una *teogonía antropocéntrica* y, sobre ella, hemos creado nosotros una *cosmogonía* puramente *sensitiva*, derivada de las apariencias subjetivas con las que nos hemos acostumbrado a observar y a juzgar la realidad. De pronto, esa realidad irrumpe en nuestro mundo tal cual es, desnuda de apreciaciones apriorísticas, actuando como debe y no como nosotros habríamos querido imaginar que debería hacerlo, porque para eso nuestros sesudos científicos y nuestros sabios rectores espirituales han descubierto leyes y han analizado la naturaleza —siempre aparente, claro— de la materia, de la energía y del mismo Dios. Entonces, cuando esa realidad se nos muestra sin tapujos y nos indica nuestro puesto exacto en la orquesta, la rechazamos, la negamos y la ignoramos. O, por el contrario, le atribuimos una naturaleza irreal que sólo contribuye a embotar más —si cabe— nuestra ya de por sí pobre capacidad de reacción ante lo inesperado y desconocido.

De ahí que el fenómeno paranormal —que es, seguramente, la manifestación más pura y más directa de la realidad— sea tan a menudo encasillado en los parámetros de lo imposible, de lo patológico o de lo engañosamente amañado. De ahí que, con la misma frecuencia, se le encuadre entre lo milagroso o entre lo divino y se le adjudique olor a santidad o a averno, según los casos. Nadie, en cualquier caso, parece aceptar mirarlo objetivamente y con realismo, nadie parece estar en condiciones de dejarlo en sus dimensiones justas. Y esto por una razón bien sencilla: porque hacerlo así sería situar al género humano en sus reales y auténticas coordenadas evolutivas, en las bases mismas de sus dependencias y en el lugar preciso —o, al menos, en el más aproximado— que ocupa en la escala cósmica de la evolución.

Creo que, si fuéramos realmente capaces de escapar del dictado paralelo de nuestros sentidos y de la mentalización secular a que nos han tenido sujetos los omnipotentes poderes de la ciencia y los grupos de presión espiritual que invaden mentes y voluntades, empezaríamos a estar en condiciones de acceder a nuestra propia evolución. Para ello, sería necesario que comenzásemos por enfrentar objetivamente lo desconocido, aun con la conciencia cierta de que, con mucha probabilidad, habríamos de quedarnos en la fase casi aterradora de las preguntas sin respuesta, de las llamadas sin eco. De eso han huido sistemáticamente tanto la religión como la ciencia.

Y siguen huyendo, porque ese enfrentamiento a tumba abierta sería —así lo creen científicos y pontífices, y digo yo que estarán en lo cierto— la respuesta ciega e inapelable a su esencial inviabilidad y la piedra de toque que desnudaría la falsedad de un prestigio que sólo ellos se han adjudicado.

En estos momentos, con la ciencia académica vuelta a un problema que se le escapa y con la mayoría de los credos religiosos desprestigiados por su radical negativa a convertirse en auténticos educadores espirituales de sus fieles, surgen por un lado los mesías y profetas de nuevos movimientos místicos basados precisamente —y casi resulta paradójico esto, si se medita con cierta objetividad— en la deificación de la ciencia y de la tecnología. Por otro —ahí están los gnósticos de Princeton— surgen los científicos conscientes de una realidad que sólo puede resolverse olvidando teoremas y leyes y adentrándose en la espiritualidad del ser humano, como integrante de un universo esencialmente desconocido e incognoscible.

Entre ambas tendencias, tal vez provocándolas, pero fundamentalmente catando y fundiendo las soldaduras añejas que anquilosaban a los seres humanos desde los albores de su aparición, lo paranormal se enseñorea del mundo cotidiano, juega con los individuos y con la sociedad planteando los problemas de la esfinge, pone en tela de juicio dogmas, costumbres y atavismos y nos pone a nosotros, a cada uno de nosotros, frente a la revisión en profundidad de todo cuanto nos enseñaron y de todo lo que heredó del antropopiteco el bendito inconsciente colectivo que nos descubrió el doctor Jung. Se hace posible y hasta corriente lo absurdo, lógico lo impensable, y se resquebrajan unos principios en los que nos habían hecho creer a pies juntillas. Una luz en el cielo, un androide verde con escafandra, una pócima milagrosa llegada de la constelación de Orión, metales que se desintegran entre los dedos de los contactados y bombas que podrían estallar por control remoto mental se convierten en espectáculo y en nuevo acto de fe cósmica. Hay sectas que preparan a sus miembros para tomar definitivamente la alternativa de poder en el mundo gracias a las facultades que les provocan. Hay místicos del peyotl y curanderos que operan —y hasta matan— y ganan dinero utilizando como bisturíes tijeras oxidadas, y como quirófanos cuartos de albergues malolientes. Hay mensajes de una ciencia imposible venida del otro lado de la galaxia y seres humanos que juran haber viajado a planetas civilizados de otros sistemas solares.

Yo he visto y he hablado muchas veces con pretendidos contactados del cosmos, con psíquicos, con curanderos que creen en el Dios del Vaticano y en la Virgen y curan con la ayuda de san Miguel Arcángel, con visionarios que auguran desastres cósmicos inmediatos y con arqueólogos —no académicos, gracias a Dios— que buscan la huella de los remotos maestros, con médiums y con templarios de hoy mismo, soldados de un Cristo no mediatizado por la púrpura papal, con obsesos de la ouija y con empedernidos creyentes en los mensajes de Ummo y Urantia. He comprobado cómo, a trancas y a barrancas, lo insólito y paranormal, que está haciendo ahora mismo crisis en la gran masa de la humanidad de nuestro tiempo, ha estado siempre en la base de los grandes movimientos religiosos y de las pequeñas herejías consumidas por los fuegos purificadores del Santo Oficio. Se diría que, detrás de cada santo, de cada profeta, de cada heterodoxo, de cada vidente, ha habido siempre un contactado que tuvo acceso —voluntario o inconsciente— a *la otra realidad* que hoy se está lanzando a la conquista de la vida cotidiana.

Pero precisamente esa circunstancia, el aquí y el ahora de esta crisis en la que se tambalean —parece que definitivamente— todos los principios lógicos y toda aquellas creencias tan sólidamente cimentadas, es la que nos debe empujar a plantearnos la cuestión: puestos a admitir ya nuestra radical imposibilidad de acceder conscientemente a la realidad inexplicable que viene a romper los esquemas de nuestra particular y errada visión del mundo, puestos a hacer un definitivo acto de contricción cósmica y a entonar el mea culpa de nuestro secular antropocentrismo, puestos a reconocer que somos apenas una gota de agua en la gran cascada universal, ¿por qué la otra realidad —la *siguiente* realidad, si queremos ser estrictos— llega precisamente en estos momentos para dar cuenta multitudinaria de su existencia y de su ascendiente *biológico* sobre nosotros? ¿Tal vez porque hemos evolucionado en grado suficiente para estar en condiciones de entrar en contacto con ella de modo definitivo y esclarecedor? ¿O tal vez porque, por el contrario, hemos evolucionado en algunos casos *demasiado* para seguir siendo *útiles* a la entidad o las entidades que forma o forman parte de esa realidad?

Trataré de explicar esta última pregunta —que se me hace esencial— con un par de ejemplos sobre la *utilidad*.

Pensemos primero en el pastor que conduce en solitario a

sus ovejas por los pastizales. Ha echado mano de un mastín para que le ayude en el buen gobierno del rebaño; le ha enseñado *lo suficiente* para que le sirva, para que le sea *útil*, para que funcione perfectamente la relación amo-servidor, sujeto-objeto. Pero... ¿qué sucederá si, cualquier día, el mastín pretende hacer valer a su modo sus hipotéticos derechos? ¿Qué pasará si reclama sus reivindicaciones? El pastor, también a su modo, procurará que *su* perro se dé cuenta de la superioridad inalienable que ejerce sobre él, le hará ver, como sea —palo o grito— que él, el pastor, es *quien manda* y que el mastín no tiene que hacer más que cumplir con su obligación de dependencia.

Pensemos ahora en otro pastor —o en el mismo, que tanto da— que tiene un rebaño lo suficientemente grande como para necesitar varios mastines. Pensemos que cada mastín, en un determinado instante, hace la guerra por su cuenta: que uno se inhibe, que otro se ocupa de tres ovejas y otro de cinco, y que cada cual las lleva por donde su instinto le da a entender. ¿Sirve eso a nuestro pastor o, por el contrario, necesitará una especie de unificación de los esfuerzos de todos los perros, para que *todo* el rebaño siga la misma senda?

Si trasladamos estos ejemplos a nuestro mundo, en la circunstancia precisa que estamos viviendo —aquí y ahora— comprobaremos cómo, por un lado, el ser humano ha vuelto la espalda a la dependencia secular que le llevó en épocas inmediatas a eso que se llama fe, sacrificio, penitencia y hasta oración. Y cómo, por otro lado, han comenzado a surgir, por todas las latitudes, focos atomizados de creencias que reúnen pequeños grupos de adeptos en los que lo mismo surge la vertiente satánica —Guyana, Manson— que la angélica o virginal —Palmar de Troya, Garabandal— o la neutra —Siragusa, María Sabina—. En cualquier caso, los «dioses» se multiplican —extraterrestres, ortodoxos, arcángeles, fuerzas luciferinas u hongos alucinógenos—, creando una lógica confusión que sólo puede conducir a la indiferencia de aquéllos —siempre mayoría— que no se sienten de ninguna manera implicados en ese determinado y concreto culto, en esa secta o en esa escuela. En medio de tal contexto, surgen —y es lógico que surjan— las relaciones artificialmente adaptadas a las circunstancias particulares de cada grupo. Y de ese modo, Jesucristo es visto a menudo como extraterrestre, los tibetanos son contemplados a la luz de las hipotéticas razas raíces o de

las tribus perdidas de Israel, y hay infinidad de identificaciones gratuitas o forzadas e innúmeras y penosas búsquedas hacia una justificación, particular o exclusiva, basada —siempre, o casi— en la tradición primigenia que parece unirlo todo en una conciencia ancestral única, que luego, lo mismo que la torre de Babel, se escindió en parcelas ya definitivamente enemistadas e irreconciliables.

Nosotros, como seres humanos que somos y como entes civilizados que pretendemos ser, consideramos como máxima prueba de nuestra evolución el hecho de proclamar decididamente la libertad, tanto a niveles individuales como colectivos, el hecho de dejar que cada cual busque su camino y que, a través de él, si es que puede, encuentre su «salvación» o su trascendencia, su realización. Ahora bien con esa idea —ciertamente bellísima—, pero al mismo tiempo con la práctica que hacemos de ella, ¿no estaremos acaso rompiendo el mecanismo evolutivo mismo, por no ser lúcidamente conscientes de los límites cósmicos de la libertad y, más aún, del significado auténtico del concepto? Por supuesto, estoy haciéndome preguntas en voz alta, pero son preguntas que no exigen respuesta, sino reflexión. Una reflexión que tendría que comenzar por plantearnos el grado *real* de esa evolución que reivindicamos, puesto que de lo único que podemos ciertamente enorgullecernos es de haber creado en torno nuestro —y en gran parte gracias a las ciencias y a las religiones establecidas y secularmente empeñadas en manipular al hombre en vez de servirle— un galimatías tecnológico y maquinístico que sólo sirve para fomentar nuestra dependencia y perder, en sus aras, esa misma libertad que venimos exigiendo.

Esta es, en realidad, la situación humanística que hace crisis en nuestro momento. ¿Por qué, pues, no partir de la idea de que tiene que existir una relación entre ella y la eclosión masiva y multitudinaria de todos los fenómenos paranormales? ¿Por qué no aceptar, desde el principio, que esas naves absurdas que aparecen en el cielo o desde el fondo de las aguas y esos hechos malditamente fortianos que empiezan casi a formar parte de nuestra vida cotidiana, son las tarjetas de visita con la que se anuncia sin tapujos la siguiente realidad?

6

De maestros, mesías y profetas

Por ejemplo: un cubo con seis paredes

A veces tengo que imaginarme al hombre como un ser encerrado herméticamente entre las seis paredes de un cuarto cúbico sin salida, sin ventanas, sin cristales transparentes que le permitan ver —o sentir, o vivir— el exterior. Es una situación, llamémosla simbólica si queremos, ante la cual se pueden adoptar diversas actitudes.

La primera, ignorar el encierro, aceptar ese espacio vital con el que se cuenta, y construirse la existencia con arreglo a un condicionamiento previo.

La segunda, tomar conciencia de la falta de libertad, de la imposibilidad radical de escapar de esa celda de los sentidos, con la consiguiente angustia existencial que tal reconocimiento lleva consigo.

Una tercera consistiría en lanzarse de cabeza contra uno cualquiera de los muros y astillarse definitivamente el cráneo en un intento, tan inútil como desesperado, de acceder a una libertad para la que la dureza de nuestros huesos no estaría preparada.

Aún una cuarta —y siento que nos acercamos a un estado ideal e hipotético del ser humano— exigiría un eventual entrenamiento, instintivo y personal, de nuestra entidad física, que nos permitiría acceder a un grado de simbólica dureza ósea suficiente para romper, sin excesivo peligro, uno de los muros y salir al exterior y respirar definitivamente un aire de libertad por el contacto directo con ese mundo real —trascendente y mediato— que hemos intuido en un instante u otro de nuestra vida, pero que nunca nos ha permitido levantar ni un simple ángulo de la cubierta que lo esconde para acceder a su esencia.

Esta última actitud cabe tomarla, a su vez, de muy distintas formas. Una de ellas, por el esfuerzo personal puro, por el acto voluntario y casi sobrehumano de toda la personalidad —física y psíquica, intelectual y visceral—, que logra hacer estallar violentamente la barrera sensorial, engañosa y mediatizante, para provocar el surgimiento del espíritu a los horizontes transdimensionales de la suprarrealidad. Otra, mediante el uso *ritual* de determinadas sustancias que, de uno u otro modo, provocan o colaboran en la ruptura de los esquemas —léanse muros— que nos aprisionan en esa realidad, tan aceptada como aparente, de las sensaciones físicas. (Y doy a este término *sensación* su valor primario de estímulo de los sentidos, de captación mediatizada por intermedio de unos órganos físicos que, exactamente lo mismo que la computadora electrónica, nos da apenas el *resultado*, válido o no a niveles trascendentes, de un proceso de interpretación involuntaria de la realidad. Quiero decir que los sentidos —nuestros cinco sentidos occidentales o nuestros *seis* sentidos, si añadimos el mental, de las filosofías de Oriente— no nos dan una *visión*, sino una *interpretación* de la realidad, con lo cual siguen manteniéndonos simbólicamente prisioneros de ese cubo de *seis* lados desde el cual nunca lograremos vislumbrar los horizontes, para nosotros inalcanzables en principio, del auténtico cosmos, del universo suprasensible.)

La apertura de una puerta

Querría hacer notar la circunstancia de que, aunque he antepuesto en esta actitud el esfuerzo íntimo y propio, muy pocas veces el ser humano logra alcanzar por su solo impulso la ruptura de las barreras sensoriales o, empleando el ejemplo que usé anteriormente, muy pocas veces logra escapar de su

encierro rompiendo personalmente los muros que le separan de la realidad suprasensible. Lo normal —e insisto: normal siempre dentro de un contexto insólito e irracional— es que aquél que intenta escapar de su encierro recurra a otra persona que ya se haya liberado de él y que, desde el exterior —desde un plano de trascendencia ya alcanzada— le ayude o le indique el modo de alcanzar su propia liberación: su estado de conciencia superior.

En cierto modo, ese recurso es —sigamos empleando el símil del encierro cúbico— algo así como un grito lanzado desde dentro, una llamada de socorro al conocimiento que todos, en un momento u otro de nuestra vida, hemos sentido la necesidad visceral de lanzar, aunque luego —quién sabe si por no hallar respuesta o por habernos conformado con la primera voz que nos contestaba— la mayor parte de nosotros hayamos acallado nuestros propios gritos y, en el mejor de los casos, nos hayamos habituado a inventarnos o a aceptar un simulacro de trascendencia —de sacralidad o de religión— perfectamente adecuado al mundo engañoso que podemos percibir desde nuestro encierro sensorial. Y, sobre él, sobre nuestra misma alucinación esquizoide, hemos dejado descansar tranquilamente nuestra rebeldía cósmica de un solo instante.

Excepcionalmente, sin embargo, hay quien extrema su insistencia, hay quien no se conforma con el status fijado y mantenido por los sistemas religiosos o sociales establecidos como norma para la masa conformista de sus fieles. Esos inconformistas no pueden, en principio, aguantar el fraude de la feligresía y, aun sin conocer la eventual posibilidad de que haya algo cierto y real más allá de los muros de su prisión sensorial, intuyen esa realidad que ni siquiera saben aún si se halla en su universo —en su celda cúbica— o fuera de él, pero que, en cualquier caso, es o tiene que ser algo distinto a lo que el hábito y hasta las leyes aceptadas le han obligado a acatar como lo único cierto e inamovible.

Estos buscadores son los que tienen en su mente la certeza intuida de que existe una realidad al otro lado de la pura percepción sensorial, una realidad de la cual dicha percepción es apenas un reflejo engañoso. Su certidumbre les lleva a la necesidad de atravesar el muro y esa necesidad les conduce a la búsqueda, que comienza —creo que siempre— a ciegas y es como el golpear de las paredes de la celda, como un tanteo

que trata de hacerse sentir y que, al mismo tiempo, intenta adivinar el modo, el momento y hasta el lugar exacto por el que el muro puede ser accesible, frágil.

La respuesta que llega del otro lado

Puede suceder entonces que ese buscador encuentre a alguien que, de una u otra forma —porque la fórmula de acceso a la trascendencia no es única, sino que depende de contextos culturales y hasta de modos propios de enfrentar la vida y la realidad objetiva—, tenga en sus manos el instrumento preciso para romper las barreras del engaño sensorial. Alguien que haya logrado ya salir de su encierro y que esté, por lo tanto, en condiciones espirituales de colaborar con quienes desean encontrar ese mismo camino.

El buscador se entrega a él precisamente cuando han fallado sus propios intentos individuales de conseguir su fin. Quiere saber, a través suyo, qué hay al otro lado del conocimiento y cómo se llega a él. (Pero pongamos atención, pues se trata de dos deseos totalmente distintos. Querer saber qué hay al otro lado es una necesidad intelectual que implica, al menos en principio, la tácita renuncia a trasponer la barrera. Por el contrario, muy a menudo el hecho de alcanzar el otro lado implica la ruptura física y psíquica de los obstáculos —de los muros— que nos cierran el acceso, pero puede muy bien suponer al mismo tiempo que ese alcance de la realidad trascendente no implique necesariamente entenderla. Simplemente, se puede *asumir* la realidad y sentirse luego incapaz de razonarla, sobre todo si pensamos que esa realidad es esencialmente irracional. Así se da el caso que podemos comprobar en muchos místicos, los cuales, cuando tratan de contar lo que han vivido en sus *raptos*, lo hacen desde coordenadas estrictas e imposibles de semántica racional o se limitan a hacer descripciones en las que predomina fundamentalmente el absurdo y la irracionalidad.)

En esta misma doble vertiente de acceso —directo o indirecto— a la realidad suprasensorial se sitúan los seres que actúan como catalizadores de la ruptura —teórica o práctica— para los buscadores de la trascendencia. Dependen, tanto su labor como su finalidad, de que sirvan de ayuda al *reconocimiento* de esa trascendencia o de que colaboren acti-

vamente en la ruptura efectiva de los obstáculos que nos separan de ella. Depende igualmente su actuación de que su presencia sea meramente testimonial o de que haya en ellos una auténtica intencionalidad hacia los buscadores —o hacia la totalidad de los seres humanos— para que alcancen de alguna manera la conciencia o la vivencia de esa realidad. Cada una de las formas religiosas o filosóficas de la tierra tiene nombres determinados que designan y aclaran la categoría de estos seres y su lugar estricto en la función trascendente. Ciñéndonos de momento a nuestro lenguaje habitual, creo que podemos designarlos, en una división que podría también encontrar toda una serie de categorías intermedias, como *santos, profetas, mesías* y *maestros*. Naturalmente, se trata de una división también convencional, pero puede servir, al menos, para la comprobación de que el acceso a la realidad superior implica categorías que no pueden en absoluto despegarse de su contexto humano —psíquicamente sensible— de donde parten siempre aquellos que la alcanzan, y a donde vuelven por necesidad, porque forman originariamente parte de él.

El mundo de los santos

El santo tiene, para el buscador de trascendencia, un valor meramente testimonial, en el mejor de los casos ejemplar. Siempre dentro del símil del cubo-celda, el santo vendría a estar representado por los pasos que se escucharían al otro lado de los muros. Pasos que nos pueden hacer sospechar —o hasta adivinar fundadamente— la presencia de una entidad que sí parece haber logrado trasponer de alguna manera las barreras del conocimiento sensorial. (Pero quiero hacer hincapié en el hecho de que, al hablar de santos, no me estoy refiriendo exclusivamente a los que se integran en el santoral ortodoxo de las iglesias cristianas. Incluso, pensando en el hecho de que muchos de ellos lo sean efectivamente, hay que tener en cuenta que ese santoral incluye toda otra serie de categorías que van desde la designación unilateral de santidad por una determinada conveniencia política momentánea del aparato eclesiástico —el caso de ciertos monarcas santificados o el caso reciente de una distribución proporcional de santidades, con arreglo a los países que, en cada momento político, resulta conveniente halagar—, hasta el reconocimiento e incluso la personalización casi obligada y convenientemente alterada de entidades e incluso de símbolos sagrados de funciones precristianas que, en su momento, sirvieron para atraer al campo del dogma establecido a concretas comunidades que poseían previamente sistemas religiosos lo bastante coherentes para resultar difíciles de decantar hacia las nuevas *creencias*.)

El santo, pues, es un *testigo*. Recordemos, a este respecto, que la palabra *mártir*, que suele designar generalmente a los primeros santos —cronológicamente hablando— del santoral cristiano, significa en su acepción griega originaria «testigo», del mismo modo que el sustantivo *martyrion* significa testimonio. Y hay que pensar que, si los primeros cristianos llamaron testigos a sus correligionarios víctimas de la persecución, era precisamente porque, con su muerte ejemplar, alcanzaban una de las formas posibles de acceso a la trascendencia de la que habla su dogma; esa muerte, de forma ideal y según la fe, presumiblemente les permitiría *conocer* directamente la realidad divina prometida por la nueva creencia.

Sin embargo, el santo es un ser que, en el mejor de los casos, sirve apenas de ejemplo y nunca de ayuda, al menos prescindiendo del hecho de que el ejemplo en sí no sea un modo de llevar a cabo dicha ayuda. Trasplantando su significado a la filosofía budista, diríamos que es el ser que, habiendo alcanzado la posibilidad de acceder al *nirvana*, se queda en él, pero sin elegir el estado de *bodhisattva*. O pensando en términos de dogmatismo islámico, podríamos identificarlo con el *morabita* —hombre santo— cuya tumba sirve como testimonio de su existencia y supone un aviso para los fieles que, al visitarla y orar ante ella, reconocen su calidad de ser que alcanzó categoría superior.

El planeta de los profetas

Metámonos en nuestro cubo-celda de nuevo. Quiero decir mejor, volvamos a sentir nuestra radical prisión física y nuestra incapacidad de trascenderla. Pero ahora no son ya pasos lo que oímos en el exterior, sino una voz que se dirige a nosotros y que nos da cuenta de la real existencia de ese universo exterior cuya certeza no podemos en modo alguno racionalizar.

La voz del profeta es un *anuncio*. Para reconocerla como tal, prescindamos primero de acepciones parciales. No pensemos sólo en el término como relativo al ser que augura desgracias o venturas futuras, como sucede en la mente general del mundo religioso judío, cristiano o islámico. El anuncio profético va mucho más allá de esa visión de acontecimientos. Es una ruptura tácita de los conceptos temporales, realizada por un ser que puede hacerlo, porque ha trascendido precisamente la dimensión que nos impide a nosotros tener conciencia de esa realidad. En el fondo, por más que nos empeñemos en adjudicar definiciones y en inventar términos que nos «expliquen racionalmente» la irracionalidad trascendente, todo el problema —simple y a la vez insoluble desde el punto de vista práctico e inmediato— estriba en nuestra dependencia de una dimensión que no sólo no dominamos, sino que nos domina y nos anula.

El profeta anuncia que ese dominio sobre la dimensión temporal es tan posible como lo es el que ejercemos sobre las tres dimensiones que llamamos espaciales del mundo físico en el que estamos inmersos: nuestra celda. Y pongamos atención, pues no es tan importante, muchas veces, la constatación irreversible de que el profeta que nos habla lo haga efectivamente desde el exterior —desde planos desconocidos de la realidad trascendente—, como el estímulo que, a niveles unas veces conscientes y otras inconscientes, produce en aquellos que le escuchan. El profeta puede ser perfectamente fraudulento, podemos incluso llegar a ser conscientes y a tener pruebas irreversibles del fraude y renegar de quien lo ha realizado. Esa comprobación, por negativa que pueda ser, afectará a la persona que sea descubierta en fraude, pero habrá despertado, al mismo tiempo y de todos modos, la conciencia de esa realidad, haciéndola presuntamente cierta a pesar de la falsedad evidenciada.

En el fondo, el hecho es que no existe nada que suponga creación de una realidad total y absolutamente imaginada. Si he dicho en otra parte que ningún loco podría creerse Napoleón si no hubiera existido Bonaparte en carne y hueso, es porque el ser humano resulta incapaz de imaginar una situación, un mundo o un hecho que, de una u otra forma, no tenga una razón cualquiera para formar parte de un concreto estadio de la realidad. El dominio del tiempo y su consiguiente anuncio no podría caber sin antecedentes que señalasen, al

menos, la eventualidad de que tal hecho fuera cierto y posible. A partir de ahí cabe todo, desde la turbación mental que hace creer al individuo en su condición de profeta (y aun ahí habría que hacer un estudio en auténtica profundidad de las sinrazones que le han conducido a ese convencimiento), hasta el engaño tácito concebido con fines de manipulación directa de los seres humanos, lo que más adelante tendremos ocasión de ampliar.

La galaxia de los mesías

Es una desgracia, ya inevitable, que después de tantos milenios nos sea imposible distinguir los pasajes relativamente originales de los evangelios (o de los libros sagrados) de aquellos otros intercalados a lo largo de los siglos y de las sucesivas versiones sufridas. Y ello a pesar de que profundos estudiosos de las teologías y exégetas de las escrituras sagradas han ido descubriendo no pocos fragmentos en los que se patentiza el constante afán manipulador de quienes intentaron a toda costa racionalizar el evidente irracionalismo sagrado de los libros, para contento de creyentes ciegos y, sobre todo, con el fin de justificar unas normas que, en tanto que jurídicas o morales, pueden servir de piedra de toque irrebatible —¡lo dicen los Libros!— para dar sentido a todo un proceso de dominio secular e inevitable sobre la masa de los fieles.

En cualquier caso, aun si tomamos los libros sagrados con una imposible frialdad —cosa que, a mi modo de ver, es absurda, porque lo presuntamente sagrado afecta al hombre en su totalidad y la frialdad sólo es posible cuando podemos escamotear una parte importante de nosotros mismos al fin perseguido—, se nos evidencia que, tanto en las escrituras tradicionales como en los escritos pretendidamente sagrados —o sacralizados— que han comenzado a proliferar con la aparición de las nuevas religiones tecnológicas y tecnocráticas, los personajes mesiánicos surgen como seres que, conocedores de los caminos de acceso a la realidad trascendente, *colaboran activamente* con los seres humanos, confirmándoles en su esperanza de liberación e indicándoles el modo de alcanzar esa trascendencia en la que, en cierta manera, se encuentran ellos mismos, para reunirlos a todos en una especie de *rebaño de elegidos*.

Los mesías, pues, parten de la posible o evidente certeza de poseer las claves —los instrumentos— que resultan más a propósito para romper los muros de la cárcel dimensional en que se halla el resto de la humanidad, sacan de ella a quienes son más aptos, y con ellos fabrican la secta o la religión —religión en su sentido estricto— destinada, precisamente por haber alcanzado un estadio superior, a ser guía del resto de los hombres, a los cuales, quieran o no, pretenderán sacar a su vez de su prisión o —más corrientemente— les dominarán desde su posición privilegiada.

Así, en el mesianismo se establecerá irreversiblemente una pirámide que, en esencia, tendrá tres capas: la primera, cúspide y cima del movimiento trascendente, formada por la masa exigua de los adeptos más fieles —los primeros, los puros, los discípulos—, que serán los *proféticos* difusores de la realidad descubierta gracias al instrumento liberalizador del mesías y, en calidad de tales, dirigentes indiscutidos de la tercera capa, constituida por el resto de los hombres. De este modo, la indudable grandeza primera de todo movimiento mesiánico —o de todo auténtico mesías— se ve disminuida en tanto que el ser humano, ocupe la posición que ocupe y alcance el estadio que pueda en el escalafón sacralizado, vivirá su trascendencia en un estado de dependencia que restringirá notablemente la libertad esencial que el mismo conocimiento superior exige. Y cada ser integrado en la pirámide, cualquiera que sea la altura que ocupe, tendrá siempre por encima de él una autoridad restrictiva de libertades, al tiempo que él mismo será esa autoridad esclavizante para quienes tenga por debajo.

El cosmos de los maestros

Tengo la sospecha de que también el término maestro, como tantos otros, ha sido deteriorado por las interpretaciones manipuladoras de nuestro mundo. La proliferación, sufrida por la casi totalidad de la humanidad occidental, de llamados maestros —o profesores o catedráticos— dedicados incansablemente a meter en las mentes jóvenes unos conocimientos que, por inasimilables en muchos casos, suelen enquistarse y atrofian las capacidades que tiene el ser humano de actuar por cuenta propia, ha hecho que el maestrazgo se haya convertido en una forma más de manipulación, posiblemente la primera en la vida

del hombre, y consecuentemente la más grave, puesto que supone el lento y a la vez violento encajamiento del ser, desde sus primeras etapas vitales, en las estructuras inamovibles de un mundo concebido expresamente para mantener dominado al hombre, cuadriculado en sus esquemas artificiosos y esencialmente reducido en sus recursos de ente en evolución por una monstruosa estructura socio-político-religiosa que le marca los estrictos límites por los que podrá actuar y le «educará» en el temor visceral a cualquier escape de las reglas previamente determinadas y convenientemente insufladas en la mente desde los años escolares.

El maestro, sin embargo, es otra cosa en su sentido originario, el que pretendo traer aquí: el mismo que fue en su acepción gremial durante la Edad Media y sigue siéndolo en la práctica del budismo Zen. El maestro no enseña cosas, puesto que su enseñanza se limita (y no es poco) a *despertar* las potencias trascendentes de quien se pone en sus manos como discípulo. No exige que se le escuche, sino que provoca la iluminación en el interior del discípulo. No da normas para que se la alcance por el conocimiento, sino que colabora en la creación de modos personales e intransferibles para encontrarla cada cual.

Si hemos de volver —y lo haremos, ya que empezamos con ella— a la cárcel cúbica en la que el hombre está encerrado por la acción de sus sentidos, el maestro es el ser que, desde fuera, nos proporciona los medios para que seamos nosotros mismos quienes nos liberemos. Y lo hace de tal modo que su figura y hasta su persona no sean posteriormente —después del acceso del discípulo a la trascendencia— objeto de dependencia. Ese discípulo será, gracias a su acción, un ser lo suficientemente liberado de trabas como para no estar siquiera sujeto a la autoridad del maestro, ni un instante más de lo que sea imprescindible para su acceso a la vivencia o al conocimiento de la realidad que buscaba y necesitaba encontrar.

En cierto modo, la actitud del maestro debería ser concebida como igual y de sentido contrario a la del psicoanalista freudiano. Éste, ante un ser humano afectado (¿o habría que pensar acaso que «agraciado»?) por un desequilibrio anímico de insatisfacción ante el mundo circundante, le va obligando a reconocer por sí mismo las causas profundas de su trauma; mientras tiene lugar el análisis, el paciente pasa por un estado de profunda dependencia —*transferencia* es el nombre que recibe en ese caso— hacia su mentor, un estado que, en cierta manera, le

provoca la necesidad de hacer patente, a niveles de consciente, todo su problema, para reintegrarse al estado que llamamos normal y al contexto social, familiar y profesional en el que desarrolla su vida. Una vez alcanzado el objetivo —y muchos psicoanalistas insisten en que es el paciente quien lo consigue, bajo la mera dirección del médico— la transferencia debe desaparecer y el ser humano en cuestión queda integrado a su entorno. Cambiemos la integración por la liberación personal, aun en su sentido más amplio, y probablemente habremos penetrado en la significación más auténtica del maestro a niveles de trascendencia, en tanto que piedra de toque que hace reaccionar al espíritu hacia el conocimiento, pero sin influir directamente sobre él mediante esa actividad que normalmente llamamos enseñanza, de saberes impuestos, de normas preconcebidas o de caminos previamente señalados.

Modelos para el maestro

Hace poco tiempo, una llamada telefónica a propósito de qué sé yo qué me puso en contacto con una persona que se declaraba a sí misma ferviente krishnamurtiana y me habló del grupo formado en Madrid por sus seguidores, insistiendo mucho en la necesidad —recuerdo muy bien sus palabras— «de que nos conociéramos y trabajásemos juntos los que pensamos de igual manera».

Tengo que declarar anticipadamente que experimento un profundo respeto ante la necesidad que mucha gente tiene de sentirse unida, precisamente porque sólo esa unión parece darles respuestas personales afirmativas y sostenerse con sus principios frente a un mundo que, en su inmensa mayoría, ignora, desprecia y hasta llega a atacar cualquier práctica o culto que pueda representar algún tipo de superación individual o colectiva sobre el encierro general o sobre la manipulación que trata, a todos los niveles, de mantener al ser humano en la dependencia más absoluta de sus necesidades inmediatas, naturales o creadas artificialmente. Pero ese respeto que siento no significa en modo alguno que crea que cualquier tipo de sectarismo (y quito a la palabra, esta vez al menos, todo el sentido peyorativo con que solemos cargarla) pueda ayudar realmente a la superación efectiva del ser humano, al *encuentro consciente con la realidad trascendente*, que ha de ser, por necesidad, íntimo, individual y privado.

Viene esto precisamente a cuento de mi radical incomprensión ante un grupo que, a través de mi interlocutor, se declara ferviente seguidor de un maestro —Krishnamurti— que se ha negado sistemáticamente a aceptar los continuos intentos de convertir su enseñanza en doctrina mesiánica y a su persona en mesías, desde aquellas ya lejanas fechas de 1923 en que la Sociedad Teosófica, a través de sus dirigentes Annie Besant y C. Leadbeater, le proclamaran como tal y crearan para él la Orden de la Estrella de Oriente, que el mismo Krishnamurti se encargó de disolver seis años después, convencido de los peligros que entraña cualquier tipo de dependencia hacia una persona o hacia una creencia determinada, sea cual sea y aunque esté —como muchas lo están, en efecto— empapada de maravillosos sentimientos y de trascendentales intenciones.

Krishnamurti es uno de los escasos modelos de maestro con nombre propio que aún sería posible encontrar en nuestro mundo. No quiero decir que sea el único, pero tampoco querría limitarme a citas de maestros indios o tibetanos o japoneses, que sólo darían una visión parcial del maestrazgo. Y la darían precisamente porque la *moda* de nuestro momento cultural ha conducido preferentemente a una decantación hacia Oriente por parte de los buscadores de la realidad, pero tal decantación se ha producido por puro rechazo ante las demasiado abundantes manipulaciones sufridas entre nosotros, muchas veces hábilmente dirigidas desde la sombra por los grandes grupos de presión.

¿Pero por qué Oriente?

Naturalmente, la que acabo de señalar es, posiblemente, una razón inmediata y hasta multitudinaria —aunque pensemos siempre a niveles relativamente minoritarios—, pero no cabe duda de que las cosas no resultan tan sencillas de explicar. Y malo sería que lo resultasen. E incluso cabe pensar que, muy a menudo, esas mismas cosas tienen un trasfondo en el que se hallan, a la vez, sus razones profundas, más todo el cúmulo de ventajas e inconvenientes que acarrean.

Hay que plantearse que, en muchos aspectos, la filosofía oriental lleva ventaja sobre la occidental en lo que atañe a

una faceta clave de la comprensión y hasta de la vivencia de la realidad trascendente: su sentido dimensional del tiempo. Olvidémonos de la boyante industria relojera japonesa, porque nada tiene que ver —al menos en su esencia— con una posible prueba de conceptos equivocados en el tema que aquí tratamos. Incluso, rizando el rizo, se podría pensar —y juro que no lo digo en tono de broma— que Japón, con su inundación de tecnología a niveles mundiales, ejerce ya el dominio de Occidente —o de buena parte de él—, atacándole con sus propias armas, con sus propios juguetes, y preservando las suyas —la espiritualidad shinto o búdica, el *kôan* o las artes marciales— para su exclusiva evolución. Fijémonos, siguiendo el ejemplo de Japón, en el hecho de que, siendo hoy probablemente el país tecnológicamente más avanzado del mundo —y si no lo es va a serlo en la próxima década—, conserva incólumes sus estructuras espirituales, su filosofía y su *Weltanschauung* desde centenares, desde millares de años. Que aun siendo el país con mayor renta per cápita del mundo, sigue teocráticamente regido por un emperador celeste —sí, celeste, aunque vista una anacrónica moda occidenal en sus escasísimas apariciones públicas—, gobernado por una clase *samurai* que apenas ha trocado la armadura demoníaca por la chaqueta bien cortada, y habitado por un pueblo que, aunque aprende en masa el manejo de las técnicas de la informática, sigue haciendo de la ceremonia del té un acto de sumo conocimiento, una auténtica *religión* en su más estricto sentido, puesto que constituye la base de la intercomunicación humana, más allá de los microprocesadores que mueven sus fábricas.

Muchos podrán decir que Japón está fuera de juego respecto a nuestra época, al menos en ciertos aspectos como los que he mencionado. Sin embargo, pienso de modo distinto. ¿Acaso no estaremos asistiendo a una auténtica y radical ruptura de las reglas cronológias que nosotros, los occidentales, nos hemos impuesto y tratamos de imponer a los demás?

Porque la lección del Japón está muy lejos de ser, como pretenden algunos optimistas partidarios del salvaje inocente y feliz, una nueva simbiosis de folklore y tecnología artificiosamente conservada en el mundo moderno. Japón, exactamente lo mismo que puede suceder con China dentro de muy breve tiempo, ejerce su arcana sabiduría para enfrentarse a la exigencia que pretende imponerle la competitividad de dominio universal ejercida por el mundo occidental, el cual, en cambio, ha abandonado por supuestamente obsoletas y *anacrónicas* las formas de espiritualidad que conformaron sus siglos de auténtico progreso (progreso trascendente, se entiende, porque el técnico que ahora pretendemos vivir no deja de ser, en muchos aspectos, una regresión en la integridad inalienable cuerpo-alma-espíritu del ser humano).

¿Y los demás, qué?

De acuerdo: ese fenómeno casi abracadabrante que se está produciendo en Japón y que va a extenderse cualquier día a China, se podrá argüir, se invalida en tanto que movimiento de origen espiritual desde el momento en que no sucede lo mismo con el resto de Oriente: en la India, en Sri Lanka, en Nepal, en Bután, en Indonesia... Sin embargo, ¿se nos ha ocurrido pensar que todos esos países, como los del Cercano Oriente y la mayor parte del continente africano han sido, hasta hace apenas veinte años o aún menos, meras colonias explotadas, manipuladas, anuladas en sus más originales esencias por la todopoderosa Europa, la de la Ilustración y la Era Industrial?

Querría que nadie tuviese la ocurrencia de pensar que estoy haciendo política o que me he pasado a la política desde los planos de trascendencia en los que estaba inmerso anteriormente. Nada más lejos de mi intención, porque lo único que pretendo es mostrar lo más claramente posible que *también* la política y el tercermundismo —¡y hasta la crisis del petróleo y de las materias primas!— forman parte del ser humano, de sus afanes, de su fin, de su deseo de libertad para elegir su vida y su espiritualidad, para comportarse conforme a sus esquemas más profundamente adquiridos. Si Japón ha logrado desarrollar ese inmenso potencial de lo que podríamos llamar *adecuación intemporal*, para estar en condiciones de enfrentar su propia esencia como pueblo a los otros pueblos, los occidentales, los últimos conquistadores, ha sido precisamente gracias a haber conservado su libertad. Mientras, nosotros hemos asumido el engaño del paso del tiempo (dejando como pretérito muerto lo que habríamos tenido que conservar en un presente perfectamente válido) y nos hemos quedado, en consecuencia, sin el inmenso apoyo de una estructura espiritual —y atención, que digo espiritual, nunca

eclesiástica ni dogmática, puesto que estas estructuras artificiosas son las que en gran medida nos han llevado a esta situación— que habría apoyado, sin lugar a dudas, una auténtica evolución que, de este otro modo, se ha quedado en simple y paupérrimo progreso tecnológico.

Razones —inmediatas— de un deterioro

Partiendo de este hecho, ya aparentemente irreversible, de la pérdida o de la degradación occidental de esos valores espirituales que llamamos, engañosa y despectivamente, «pasado» (cuando tendríamos que actualizarlos llamándolos, más propiamente, *tradición*), resulta lógico admitir que sólo podamos apoyar nuestra ya demasiado decantada espiritualidad en la esperanza y hasta en la eventual presencia de mesías y profetas, para responder a nuestras aún no del todo perdidas ansias de trascendencia, pero también para que nos arrastren, como a un rebaño, por caminos previamente roturados y convenientemente asfaltados. Es un fenómeno paralelo y correspondiente a la fabricación —en serie— de nuestros utensilios. Del mismo modo que prácticamente, ya no podemos concebir la construcción paciente y personal de aquellos instrumentos que nos son realmente útiles, sino que vamos a adquirirlos indiscriminadamente en los grandes almacenes y los compramos en serie (y hasta exigimos que sean de aquella marca que más se vende o del tipo que todo el mundo ha adquirido antes, aun sin contar con que, efectivamente, sea ese determinado instrumento concreto el que nos está *haciendo falta a nosotros* y a nadie más), así también compramos el libro «que más se vende», escuchamos por la radio «la voz que más se oye» y corremos temerosos detrás de «la luz que más se ve».

En torno nuestro surgen —lo vemos día a día— mesías y profetas, portadores de una aparentemente nueva (¡*nueva*, nunca vieja o pasada!) espiritualidad. Y corremos igualmente tras ellos en masa, todos los de la estricta minoría —demasiados— y hasta pagamos matrículas exorbitantes para seguir cursos regidos por seguidores de profetas y gurús en los que, según el dinero invertido, nos enseñarán a levitar a tres centímetros o a tres metros de altura. ¡Glorioso!

Y buscamos *en masa* la trascendencia que necesitamos

cada uno de nosotros, porque nos han masificado y nos han convencido de que una monstruosidad tan incalificable como es la propia necesidad de hacer TODOS lo mismo, reunirnos, apoyarnos, sostenernos hombro con hombro para defendernos, en apariencia al menos, de un terrible peligro que nos acecha a todos en tanto que comunidad, cuando lo cierto es que la auténtica convivencia es la comunicación de persona a persona, la mutua cesión, la *compasión* ante los valores individuales y ante los logros personales de cada cual, cuando los hay.

Hace poco tiempo, leía una encíclica —la última, en el momento de estar escribiendo estas páginas— del sumo pontífice de la Iglesia católica romana, Juan Pablo II. Me sorprendió el hecho de que, en ella, se hablase constantemente de *misericordia* y ni una sola vez de *compasión*. Y no es que se confundieran engañosamente, involuntariamente, los términos, a causa de una equivocación semántica. Es que se ha perdido —¿definitivamente?— el sentimiento de *compartir* y, en consecuencia, se ha olvidado también que *compadecer* es, precisamente, el sentido que hace que los hombres se unan en la búsqueda —y, claro, en el logro— de la propia evolución espiritual.

En ese sentido, los mesías tienen que experimentar necesariamente misericordia por el ser humano y, para liberarle —claro que por medio de una liberación condicionada— los reúnen a todos en una masificación que tiene mucho más de rebaño, de vuelta al aprisco y al encierro, que de sana, auténtica y consciente liberación.

Con una linterna en busca de...

La situación en la que se encuentra el hombre moderno en Occidente viene a ser idéntica a la de nuestro prisionero teórico de la caja cúbica, al cual se le hubiera abierto, no una puerta para *salir* a la realidad de una trascendencia que le es vital para tener conciencia clara de su propia evolución, sino una ventana a través de la cual se le diera sólo la oportunidad de *ver* los infinitos cubos-prisiones que configuran su entorno y, con esa visión, se le consolase en la doble dirección de sentir que los demás están en la misma situación que él y de creer que esa ventana le permite, además, vislumbrar una

realidad de la que no aprecia —porque no puede saberlo— los límites y en la que cree, por boca de la caterva de mesías y de profetas robotizados que le gritan futuros concretos al oído, encontrarse ya a la vista de ese instante preciso del tiempo desde el cual podrá emprender la marcha hacia un simulacro de superación.

Pero nuestra visión —interna— ha quedado alterada por las mismas limitaciones que nos impone la exigua ventana a la que nos permiten asomar. Y entonces, para que nos interpreten esa apariencia de realidad que se nos ha ofrecido, recurrimos a la opinión ajena, a la cátedra dogmática —y no sólo es dogmática la cátedra académica, sino la que se pretende a menudo heterodoxa—, a una información, en fin, que está en sí misma tan manipulada como nuestra inteligencia, como nuestro espíritu o como nuestra propia vida cotidiana.

Escapar de esta situación no es fácil, precisamente porque, al deteriorarla y falsificarla, hemos anulado la figura del maestro (o, tal vez, nos la han anulado por peligrosa, precisamente por constituir una vía idónea para la libertad). Así, no tenemos, nosotros los occidentales, o aquéllos que han sido impregnados por nuestra cultura tecnocrática, otra salida que intentar la rotura violenta de la cárcel por nuestros propios medios. Y aun en este intento desesperado, sentimos cómo intentan taparnos el hueco que hemos comenzado a practicar desde el otro lado —o desde la celda inmediata, o desde la gran celda-madre de toda la prisión colectiva—, cómo nos van fabricando un muro cada vez más espeso, más impracticable, más imposible de romper aun si queremos alcanzar un lugar exterior que ya ni siquiera podemos tener conciencia clara de que sea ciertamente una auténtica libertad y no una imagen también prefabricada, impresa en nuestos circuitos cerebrales por nuestro propio contexto. Estamos siendo engañados, mediante un simulacro de trascendencia que sólo servirá para mantenernos quietos, mansos y conformados con la artificiosa y antinatural situación que hemos aceptado a mayor gloria del espejismo cultural —e incluso espiritual— que tenemos ante nosotros y que nos domina de modo irreversible.

7

La muerte arcana y ficticia del dios

Ahora comenzaría yo por el final, partiendo de la conclusión apriorística de que los sistemas religiosos comienzan a afianzar su poder desde el momento en que asesinan —simbólica (o real) y cruelmente— a la divinidad sobre la que basan sus principios, sus ritos, la fe y el sistema de vida que tratan de imponer al mundo. Ese asesinato, auténtico o mítico, es el que justifica la elaboración de todo un dogma basado en el arrepentimiento y el sacrificio, en la penitencia constante por una culpa que la autoridad religiosa insiste en achacar a la masa de los fieles, al tiempo que se instituye en juez y ejecutor del presunto delito del que sólo ella es responsable.

La fabricación de un mito

Recuerdo un ejemplo de nuestra historia inmediata que casi se convierte en parábola esclarecedora de lo que acabo de afirmar. Yo mismo, casi por puro azar, fui testigo del hecho y sólo ahora, al paso de los años, se me revela su valor en tanto que ejemplo, en pequeño, de otros acontecimientos más trascendentales en la historia de las creencias religiosas y políticas (porque hay veces en las que la divisoria entre política y

religión se hace, desgraciadamente, tan sutil, que resulta difícil encontrarla y establecer racionalmente sus límites estrictos).

Fue en los días finales de febrero de 1956, cuando la protesta latente y callada de los estudiantes españoles frente al régimen dictatorial del general Franco los lanzó a la calle en un primer (y fallido) intento de hacerse escuchar después de veinte años de silencio reprimido. Uno de aquellos días —ahora no recuerdo la fecha exacta, pero no tiene tanta importancia—, una manifestación de estudiantes se enfrentó en el bulevar madrileño de Alberto Aguilera con una masa de militantes del partido oficial, venidos de todas partes de España. Cuando los dos grupos se encontraban aún a veinte metros de distancia, sonó un disparo y cayó al suelo un muchacho de las filas falangistas. Un disparo que pilló de sorpresa a la masa de estudiantes y que tuvo los siguientes efectos inmediatos (lo cuento como lo vi y escuché, como espectador, a menos de quince metros primero y a poco más de metro y medio unos minutos después):

Un grupo de diez o doce muchachos uniformados con la camisa azul del partido gubernamenteal se acercaron al chico caído, que sangraba abundantemente por la cabeza. Se quitaron parsimoniosamente sus camisas y, en vez de auxiliar al herido, las bañaron en su sangre y, con el rostro compungido —la manifestación se había detenido a consecuencia del inesperado disparo—, entonaron con el brazo en alto y la mano extendida el himno oficial de su organización. Luego se lanzaron con porras y cadenas sobre los estudiantes.

Poco después, refugiado de la reyerta en una cafetería vecina, mientras tomaba un café y escuchaba las carreras y los golpes que se multiplicaban en la calle, entraron en el bar cuatro o cinco militantes del partido y se colocaron en la barra, a mi espalda. Uno de ellos estaba pálido como un muerto y sus compañeros pidieron para él un doble de brandy. Sin proponérmelo, escuché su conversación, a través de la cual supe que el muchacho pálido había sido el que disparó la pistola e hirió a su propio compañero. Los otros le animaban, sin embargo, insistiendo en cosas como «lo has hecho por la patria», «cumpliste con tu deber» y palabras por el estilo.

Según supe más adelante, al herido se lo llevaron en estado gravísimo, casi muerto, a una clínica cercana. Hubo numerosas detenciones —entre los estudiantes, naturalmente—

y una seria amenaza surgida desde el partido oficial de organizar una nueva «noche de los cuchillos largos» si el muchacho llegaba a morir. La prensa, una gubernamental y otra temerosa, cargó el disparo en la cuenta de los estudiantes rebeldes. Y la clínica —en la que trabajaba un buen amigo mío, que fue quien me contó luego los acontecimientos que tuvieron lugar allí— se pobló de capitostes gubernamentales interesados morbosamente por la suerte del chico y de ministros inseguros de su inmediato futuro que, en ocasiones, llegaron junto al lecho del herido provistos de frascos llenos de agua bendita del santuario de Lourdes para ponerlos bajo su almohada en un intento desesperado de salvarle de una muerte que, de haberse producido, habría abocado en la matanza ritual de numerosos elementos disconformes (o, simplemente, divergentes) del estado de cosas que imperaba y combatía por su pervivencia en el poder.

El chico no murió. Luego se supo que era uno de tantos que, por unos bocadillos y un viaje pagado, había accedido a encabezar una manifestación cuyo motivo profundo ignoraba. Se supo también que nadie en su partido quiso hacerse cargo de él, cuando salió de la clínica con el cerebro irremisiblemente dañado y hasta se supo —siempre de modo extraoficial, naturalmente— que se le dio un puestecillo de conserje o de botones en la misma clínica, porque el muchacho —que había sido durante más de dos meses el mártir esperado de un régimen con la credibilidad en entredicho— falló en su previsto camino hacia el martirio y resultó no ser más que un tarado vitalicio del que muchos sabían que incluso la herida causante de su desgracia había partido de sus espaldas y no —contra lo oficialmente proclamado— de los presuntos rebeldes con los que iba a enfrentarse.

Nada más que un botón de muestra

La historia de Miguelito —el chico se llamaba así— constituye, a mi modo de ver, una parábola que, a niveles estructurales, contiene los mismos elementos que, a menudo, configuran y entraman el proceso de los movimientos religiosos. (Por eso afirmaba un poco más arriba que política y religión se confunden demasiado a menudo.) Desgraciadamente, los sistemas religiosos establecidos constituyen focos de poder tem-

poral que nada —o muy poco— tienen que ver con la trascendencia de los seres humanos. Son iglesias que, en un amplio sentido, gobiernan, disponen y amenazan —de hecho y de derecho— en el proceder de los seres humanos que viven bajo su área de influencia. En los días en que escribo estas líneas se palpa la intromisión de un pontífice polaco en supuestos movimientos de liberación de los trabajadores de su patria, sometidos políticamente a un régimen socialista laico, como se vislumbra la influencia —directa o indirecta— de la revolución islámica del Irán del imán Jhomeini en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos de América. La invasión de la Península Ibérica en el año 711 de la era cristiana se debió a una guerra santa muy paralela a la que ahora amenaza con extenderse como una mecha rápida por todo el Cercano Oriente productor de energía petrolífera. Y todo ello porque la historia, nunca me cansaré de insistir en ello, no es un transcurrir, sino una tensión constante e intemporal de fuerzas que pretenden controlar en su propio beneficio la influencia sobre los seres humanos, siempre temerosos, siempre insolidarios, siempre dispuestos a pactar visceralmente con quienes parecen estar en condiciones de asegurarles la supervivencia con palabras pretendidamente simbólicas y esencialmente huecas y grandilocuentes: patria, pan, justicia, unidad de destino en lo universal, dictadura del proletariado, rebaño de Dios o, ¡qué más da!, la consideración gratuita del ser humano supuesto portador de valores eternos.

Al poder —e insisto en la palabra «poder», para diferenciarla esencialmente del concepto de *autoridad* real y libremente elegida— le hace falta provocar, a niveles masivos, un sentimiento [1] confundido y entremezclado de culpabilidad y de consecuente castigo por un acto o por una postura radicalmente inconsciente y pasiva. Ante esa postura, se hace patente la necesidad de arrepentimiento y penitencia, y de rechazo la obligatoriedad de expresar activa y sensiblemente (por medio del sacrificio ritual, propio o ajeno) la intención de vengar de algún modo el crimen, bien sea sobre uno mismo —autocastigo o penitencia— o sobre los demás —progrom, solución final, anatema o auto de fe—, de modo que el sufrimiento psíquico o físico y hasta el castigo y la muerte sean una expiación consciente y proclamada de la falta presuntamente cometida, y al mismo tiempo un acto de sumisión y reconocimiento al poder establecido.

1. No olvidemos la relación, no sólo fonética sino también semántica, entre el *sentimiento* y los *sentidos* captadores de la realidad inmediata y aparente.

Pero creo también que nos engañaríamos si nos aferrásemos únicamente a esta idea como demostración palpable de fuerza y de sumisión, porque, si así fuera, es de suponer que la necesidad del sufrimiento y del castigo habrían de cesar en cuanto la masa de creyentes (o de súbditos) se hubiera mentalizado de modo definitivo e irreversible a la obediencia incondicionada. En el hecho religioso hay también, y muy principalmente, una constante llamada al convencimiento de que la vida en este mundo debe ser tomada como un castigo o —mejor— como una prueba que, según la sepa superar el fiel, le abrirá el paso a otro universo en el que, despues de la muerte, se gozará tanto como en éste se haya sufrido. De este modo, tanto por el camino de la expiación como por el de la promesa trascendente, el creyente sumiso está constantemente condicionado hacia el sufrimiento físico y psíquico, de modo permanente o periódico. Ayunos, cilicios, flagelaciones, posturas inverosímiles en lugares increíbles, promesas de mutismos y abstenciones, caminos abruptos seguidos con los pies descalzos o de rodillas y hasta mutilaciones crueles e irreversibles se convierten en pruebas a lo largo de siglos y a través de las creencias, demostraciones patentes de religiosidad revelada. Y queda consuetudinariamente establecido que tanto más puro y sincero será ese creyente cuanto mejor y más duramente cumpla —o haga cumplir— el rito universal del sufrimiento. Un rito que, en el mejor de los casos, se vuelve con los siglos meramente simbólico y recordatorio —como en la Semana Santa cristiana o en el Yom Kippur de los judíos—, pero que es estrictamente cumplido todavía, con toda su carga de culpas penitenciales, por sectas —como los menonitas o los hassidim en ambas corrientes religiosas— que aspiran aún a la pureza tradicional del sufrimiento primegenio.

A la vuelta misma de la esquina

Uno de los espectáculos más sorpendentes y sobrecogedores que pueden verse todavía en nuestro mundo tecnológico y sofisticado tiene lugar casi a orillas de río Ebro, en el pueblo

riojano de San Vicente de la Sonsierra, durante los días penitenciales de la Semana Santa. Más de una vez, en páginas de otros libros y en artículos esparcidos por varias revistas, he tenido ocasión de hablar de los «picaos» de San Vicente. Y más de una vez también he recibido severas amonestaciones, por parte de honrados párrocos y de fervientes cristianos, por mi interpretación de este rito que persiste inmutable a lo largo de los siglos. A mí no me molestan los reproches, no sólo porque suelen venir de gentes que me enseñan con su fe primaria los entresijos morales del rito, sino porque constituyen una demostración —quién sabe si sana, al lado de la indiferencia general hacia lo presuntamente sagrado— de la persistencia de unos parámetros de lo sagrado que pueden constituir objeto de estudio sociológico inapreciable. Un estudio que, por lo demás, sigue a disposición del investigador en San Vicente de la Sonsierra, a pesar del deterioro turístico que ha sufrido la costumbre y de las —siempre relativas— concesiones que año a año se deben realizar.

En líneas generales, y por no insistir en un tema que probablemente es conocido de la mayoría, el rito de los «picaos» se basa en una cofradía de penitentes que, en los días señalados de la Semana Santa —jueves y viernes santos—, salen con las imágenes procesionales, cubiertos con capuchas y túnicas blancas, y se autoflagelan con sacudidores de lino las espaldas. Cuando la piel se enrojece y brotan ampollas, los penitentes se ponen en manos de unos ayudantes que, provistos de bolas de cera con cristales incrustados, proceden a golpear los hematomas hasta que mana abundantemente la sangre, manchando la túnica y la tierra. El rito se repite en aquellos días por la mañana y por la tarde, en cada una de las procesiones que se convocan para aquellas fechas y, hasta donde yo he podido llegar en los entresijos inmediatos, los flagelantes insisten sinceramente en conservar su incógnito y están —todavía hoy— convencidos del valor penitencial de aquel acto al que asisten como espectadores muchos más turistas que habitantes tiene el pueblo. [1]

Pero por el momento me interesa más destacar el hecho de

1. Quien quiera ampliar los detalles de este tema, puede consultar mis libros *Tras la huella de Babel*, Posada, México, 1979 (cap. 12: «La sangre que fecunda la tierra»); y *Mística y ovnis: signos para un apocalipsis*, Altalena, Madrid, 1979 (cap. 2: «La diáspora de ida y vuelta»).

que la tradición de los flagelantes de la Semana Santa —esa tradición que subsiste en San Vicente de la Sonsierra, pero que fue práctica corriente en épocas pasadas en todo el ámbito cristiano —supone una continuidad clarísima de ritos que tenían lugar aún en pleno imperio romano, cuando el cristianismo empezaba a desarrollarse. En fechas paralelas a esta semana de recuerdo oficial del sacrificio de Cristo, los fieles seguidores de los cultos mistéricos frigios celebraban la muerte y resurrección de Attis, el hijo de Cibeles, la Gran Madre que tuvo sus santuarios primitivos en el Pesionte y en el monte Ida. Las fiestas daban comienzo el 15 de marzo y los adeptos, después de una serie de actos curiosamente semejantes a los que conforman la festividad cristiana —procesión con cañas al templo de Attis (cañas por palmas), traslado de un pino cubierto con vendas de lana roja (como se cubría la cruz en esos días) y adoración del pino como personificación del dios muerto—, iniciaban una semana de luto que tenía un momento culminante en el «sanguinis diae», el día sangriento, a lo largo del cual los fieles se flagelaban hasta sangrar y había incluso mujeres que llegaban a cortarse los pechos y sacerdotes que se castraban con cuchillos de pedernal.

Las religiones del tiempo y el dolor

Los cultos frigios no fueron los únicos que, a lo largo de la historia religiosa de la humanidad, instigaron a la penitencia dolorosa y al sacrificio sangriento. Los investigadores del fenómeno religioso, desde Frazer a Eliade, nos dan cuenta de numerosos pueblos y cultos que practicaron la crueldad y la muerte ritual y que hicieron —como en cierta manera lo ha venido haciendo el cristianismo— del dolor físico y aun del asesinato —pensemos en el Santo Oficio— una determinada forma de ascesis. Significativamente, se da el caso genérico de que tales ritos cruentos coinciden con formas religiosas practicadas por pueblos agricultores. O, al menos, son ritos que surgen cuando los pueblos pasan a adoptar la agricultura como principal medio de subsistencia y abandonan el nomadismo y la práctica de la caza como forma habitual de vida. La generalidad de los investigadores, al analizar esta circunstancia —aunque no todos han llegado a caer en ella— tratan de explicarla como una forma religiosa de imitación y de ade-

cuación espiritual de los seres humanos al fenómeno de muerte y resurrección que se produce en la naturaleza. Por eso insisten constantemente en la característica generalizada de que esta serie de festividades tengan lugar precisamente en torno al equinoccio primaveral, cuando el invierno (la muerte de la tierra) deja paso a la vida que comienza a germinar coincidiendo con los días largos y tibios.

Es Mircea Eliade el primero —que yo recuerde, al menos— que descubre en estos ritos una circunstancia muy especial y definidora, o, al menos, es el único que parece haber dado en la diana de un factor que, por ser tan obvio, habría podido pasar totalmente desapercibido: «Debemos llamar la atención desde el principio sobre la importancia que toma el *tiempo*, ritmo de las estaciones, para la experiencia religiosa de las sociedades agrarias. El labrador no se encuentra ya sólo implicado en las *zonas sagradas «espaciales»* —la gleba fecunda, las fuerzas activas en las semillas, en los retoños, en las flores— sino que su trabajo está integrado y gobernado por *un conjunto temporal*, por la ronda de las estaciones». [1]

Creo que no cabe duda alguna. El simple recuerdo de otras formas religiosas no ligadas a la agricultura nos pone frente a la realidad del contraste. Ninguno de los sistemas religiosos enraizados con cultos y creencias anteriores a la implantación de la vida agrícola toma en cuenta el tiempo como factor condicionante de la trascendencia. Ninguno de ellos basa una parte —por mínima que sea— de su ritual en el dolor, en la penitencia o en la preocupación morbosamente escatológica, y sólo circunstancialmente —y esto de un modo frío y casi podríamos decir profesional— se realiza el sacrificio sangriento de un animal, sin que el ser humano participe en ningún caso en el presunto dolor o en la muerte de la bestia, sino, todo lo más, en la alegría que supuestamente va a causarle a la divinidad a la que ese animal es ofrecido como alimento.

De modo que, cosa extraña, en ese cúmulo insondable de factores escurridizos que vienen a unirse insólitamente en la formación de una circunstancia trascendente de cualquier tipo, he aquí que tres de ellos surgen decididamente implicados en un único y especial proceso religioso: *Tiempo, Agricultura* y *Rito Cruel*. ¿Se trata de una simple coincidencia? ¿Es tal vez el sacrificio cruento —o su secuela *civilizada*, la penitencia dolorosa— una mera reproducción a escala humana de la presunta crueldad del cosmos?

1. Con la advertencia de que los subrayados son míos, *cf.* MIRCEA ELIADE, *Tratado de Historia de las Religiones*, trad. de Tomás Segovia, ediciones Era, México, 1972, pág. 299.

Cosas de los cuentos

He insistido muchas veces en el hecho de que los cuentos populares constituyen, si se leen con atención, una fuente inagotable de tradiciones perdidas y de recuerdo de prácticas ancestrales que ya están sólo presentes en esa memoria cósmica que los seres humanos reproducimos como impulso involuntario del inconsciente. He dicho —y no me importa repetirlo, porque estoy convencido de que hay en ello una realidad que debería estudiarse con todas sus consecuencias culturales— que el cuento es como la implantación en la mente infantil de una enseñanza que se intenta grabar de modo análogo a como Pavlov grababa estímulos reflejos en el cerebro de sus animales de laboratorio. El cuento es como una advertencia a tener en cuenta —inconscientemente— en el futuro; como una iniciación de la que, muy a menudo, apenas subsistirá más que el rito mágico.

En el cuento es posible, incluso, establecer el período histórico de su origen. Hay cuentos de tradición migratoria, como la de los cazadores del paleolítico; otros se remontan a los primeros tiempos del «descubrimiento» de la agricultura. A éstos precisamente quiero remitirme ahora porque, de modo significativo y general, son los que presentan rasgos específicos de crueldad del tipo que he descrito anteriormente: sacrificio doloroso, pago penitencial, separación de un ser querido, mortificación. Lo mismo se exige en el cuento la entrega de un hijo que la amputación de un dedo, la privación vitalicia de la libertad en una servidumbre ominosa o el cumplimiento de una prueba que implica sacrificio y dolor. Se trata, en cualquier caso, de *condiciones* previas a la adquisición de un *secreto* o de *castigos* que deben cumplirse por haber violado una ley que realmente se ignoraba. Estructuralmente, pues, el dolor es un condicionamiento de la trascendencia —del conocimiento— que se desea alcanzar o, al menos, una promesa condicionante de la presunta salvación,

exactamente igual que hoy mismo subsiste, más o menos disimulado, en formas religiosas como el cristianismo, en las que el dolor y la penitencia son, a la vez, expiación de culpas para unos y ascetismos trascendentes para otros.

El aprendizaje de la agricultura exige —tal como surge igualmente en los cuentos populares de origen agrario primitivo— dos factores paralelos a ese del dolor que acabamos de describir someramente: uno de ellos, la estabilización espacial, el abandono obligatorio de la vida nómada y la subsiguiente instalación sedentaria en espacios vitales presuntamente apropiados; otro, la mentalización del ser humano respecto a un concepto cíclico del tiempo. Un concepto que, por otra parte, se encuentra también en la base de todo pretendido conocimiento trascendente. Sólo entonces, cuando estos dos factores se han conjugado, surge el rito penitencial y doloroso. Un rito que, por otra parte, tanto en el cuento como en los mitos religiosos y en las formas mistéricas —iniciáticas— de la idea trascendente, viene dictado por los mismos maestros o dioses que han transmitido los secretos agrícolas, bien con su ejemplo —Attis, Orfeo, Osiris— o con su enseñanza directa —Quetzalcoatl, Oanes, Triptolemo—. En todas las enseñanzas y en todas las prácticas que se derivan de ellas, el sacrificio doloroso, hasta brutal muchas veces, se realiza casi sin excepción con la tácita aprobación —o, al menos, con la mansa aceptación— de la víctima, cuando no se trata de un autosacrificio en el que dicha víctima es, al mismo tiempo, ejecutora de su propio proceso doloroso.

La descripción que hace Eliade del sacrificio agrícola entre los *jond* de Bengala [1] podría servirnos de ejemplo para muchos otros ritos semejantes en todo el ámbito planetario. Según cuenta, los *meriah* (víctimas) constituían un sector de población previamente elegido y, hasta el momento de su sacrificio, se les trataba excepcionalmente bien e incluso tenían tierras y podían casarse entre ellos y tener hijos. Eran una especie de seres consagrados y se consideraba que su sacrificio era voluntario, aunque muchos de ellos —hijos de otros *meriah*— estaban «biológicamente» destinados desde su nacimiento a ese sacrificio, que tenía lugar en medio de una gran fiesta en la que la orgía precedía sistemáticamente a la crueldad del momento en el que la persona designada, después de haber sido drogada con opio, era estrangulada primero, para machacársele a continuación los huesos y cortar su cuerpo en pedazos para que cada aldea de la tribu recibiera un fragmento, que sería cuidadosa y ritualmente enterrado en los campos para propiciar las futuras cosechas.

1. MIRCEA ELIADE, *op. cit.*, pág. 311 y ss.

Quiero sufrir, quiero morir

A mi entender, resulta tremendamente significativa la entrega voluntaria —o, al menos, sumisa— de la víctima *jond* en el sacrificio ritual. Y me lo parece precisamente porque esa actitud no es únicamente una consecuencia que pudiéramos achacar al carácter presuntamente fatalista de los bengalíes o de algún otro determinado pueblo, sino que se da en muchas creencias religiosas de modo alarmantemente constante. Pensemos, sin ir más lejos, en el martirio de los primeros cristianos en los circos y en las cárceles de Roma. Se sabe —y no sólo a través de las historias hagiográficas más o menos amañadas, sino por testimonios contemporáneos dignos del mejor crédito— que en aquellos mártires no se trataba únicamente de alcanzar a través de la muerte el paraíso prometido en los evangelios, sino que, en muchos casos, se daba efectivamente el placer de sentir el dolor que les estaban produciendo los hierros candentes, las lanzas, los colmillos de las fieras... Un placer que corría paralelo, en todo caso, con el de los verdugos y el de los espectadores que presenciaban el derramamiento de sangre, las decapitaciones y los mil y un suplicios meticulosamente elegidos para hacer más lenta, más cruel, más dolorosa y quién sabe si más placentera esa muerte tan amorosamente deseada, tan morbosamente recibida, tan trascendentemente acogida.

Cronistas amantes auténticos del sufrimiento y de la sangre —hemólatras, los llamé en otro lugar— como Aurelio Prudencio, dedicaron su vida a la exaltación del martirio doloroso como camino directo y codiciable para alcanzar el cielo por la vía rápida. Pero aquella situación no podía durar como matanza colectiva —lo mismo que no pudo sostenerse la heterodoxia cátara, que no sólo aceptaba el martirio del fuego a que les sometían los inquisidores dominicanos, sino que se provocaban la muerte ritual por medio de la

endura— [1], porque la idea evangélica, a pesar de las incitaciones al sufrimiento por parte de los dirigentes religiosos, era una «buena nueva» (ese es el significado literal de la palabra Evangelio) y no un empujón macabro y doloroso hacia la eternidad.

Hacia el siglo IV, con el edicto de Milán, la Iglesia cristiana pasó de perseguida a presunta perseguidora. Quiero decir que alcanzó súbitamente la libertad, la posibilidad de expansión y el principio del poder, que iba a hacerse efectivo muy pocos siglos después. Para muchos cristianos, sin embargo, ese súbito cese de la persecución constituyó un auténtico problema. Porque la santidad a la que aspiraban y que tan fácil resultaba de obtener mediante el martirio se convertía automáticamente en un problema personal, en el que ya no intervendrían unos verdugos dispuestos a sellar con sangre el pasaporte legalizado hacia la eternidad. Es entonces cuando, de modo casi tan masivo como en los circos del imperio, comienzan a surgir en diversos puntos del mundo cristiano hombres y mujeres dispuestos al automartirio, al autosufrimiento que les convertiría en aspirantes a la gloria por la vía del dolor, de la penitencia cruel y del castigo físico de la carne.

Los anacoretas surgen por todas partes: en la Tebaida, en los montes de León, en las orillas del Jarama, en las cuevas segovianas de Sepúlveda, en el desierto castellonense de las Palmas, en los cerros de Jaén, en las rocas costeras de Grecia, en el Sáhara cartaginés, en Armenia. Unos se suben durante veinte o cuarenta años a una columna que malamente les permite permanecer en cuclillas; otros ayunan en espera de que el hambre les mate (y, curiosamente, muy a menudo surge un cuervo —ave sagrada precristiana— que les trae cotidianamente el alimento); los hay que se visten de pieles y caminan a cuatro patas. Pero, sobre todo, abundan los que se ataban una soga al cuerpo tan fuertemente que las hebras se les hundían en la carne, o los que vivían con una argolla de púas ceñida a la cintura, o los que se flagelaban sistemáticamente hasta despellejarse. Nuevamente, el dolor y el sufrimiento se hacían razón de vida ansiosa de trascendencia. Lo

1. Sobre la *endura* cátara pueden consultarse las obras de René Nelli (el máximo conocedor del problema) y mi libro citado, *Claves ocultas de la Historia*, en su capítulo I: «Los cátaros: suicidio ritual».

mismo que entre los adeptos de los misterios frigios. Lo mismo que los fakires hinduistas. El sacrificio ritual —sobre uno mismo o sobre los demás— sigue constituyendo una base firme, yo diría que casi imprescindible, de determinados ritos religiosos. El dolor y la muerte tomados como camino de salvación. Y, a ser posible, que ese dolor y esa muerte tengan lugar en un determinado sitio previamente fijado, religiosamente elegido: el enclave sagrado primordial.

Los hijos del mago Colibrí

El caso concreto de la cultura azteca del altiplano de México y sus prácticas religiosas podría darnos tal vez una luz complementaria para esclarecer el origen de este proceder hemolátrico o, al menos, para fijar unas líneas de conducta que nos permitan encontrar los paralelismos precisos que unen el comportamiento de pueblos, civilizaciones y formas religiosas que, al menos en apariencia, distan entre sí enormes distancias históricas, geográficas y culturales.

Es sobradamente conocido que los aztecas practicaron —posiblemente en mayor grado que cualquier otro pueblo conocido, con la probable excepción de la «solución final» nacionalsocialista— el sacrificio masivo de seres humanos. Según cálculos realizados por diversos investigadores —Michael Harner, Sherburne Cook o Woodrow Borah— el número de seres humanos sacrificados anualmente en los altares aztecas antes de la llegada de los conquistadores cortesianos (1518) oscilaba entre los 15.000 y los 250.000. En aquellas ceremonias, unas partes del cuerpo de estas víctimas eran parcialmente devoradas en banquetes rituales en los que intervenían guerreros, nobles y sacerdotes, pero los corazones de los sacrificados (la ejecución se practicaba invariablemente mediante un tajo en el pecho con un cuchillo ritual de pedernal, de sílex o de obsidiana, tajo que ponía inmediatamente al descubierto el corazón, que era arrancado con las manos, aún vivo el reo) se ofrendaban a las representaciones divinas propias de cada ocasión: Huitzilopochtli (el Vichilobos de los españoles), Tláloc o Tezcatlipoca.

Los cronistas españoles de la campaña conquistadora —y aun los frailes que trataron de reconstruir la historia azteca años después de la colonización— nos han dejado testimonios

tan espeluznantes de aquellas prácticas como las figuras que aparecen constantemente en los códices (Magliabechi, Durán, etc.). Bernal Díaz del Castillo, en diversos momentos de su *Historia verdadera de la Conquista de Nueva España,* describe el escenario de aquellos rituales, de tal modo que todavía espeluzna leer sus pasajes: «... y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañado y negro de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente (...) y como todo hedía a carnecería, no víamos la hora de quitarnos de tan mal hedor y peor vista...» (capítulo XCII). Poco más adelante, en el mismo capítulo, continúa: «... y tenían un poco apartado un sacrificadero, y todo ello muy ensangrentado y negro de humo e costras de sangre, y tenían muchas ollas grandes y cántaros y tinajas dentro en la casa llenas de agua, que era allí donde cocinaban la carne de los tristes indios que sacrificaban y que comían los papas (los sacerdotes)» ...Y, llegado el momento de describir el aspecto de esos sacerdotes, apunta en el mismo capítulo: «... he dicho estaban papas con sus vestiduras largas de mantas prietas y las capillas largas asimismo, como de dominicos, que también tiraban un poco a las de los canónigos y el cabello muy largo y hecho que no se puede despartir ni desenredar y todos los más sacrificaban las orejas *e en los mismos cabellos mucha sangre*». Aquellos sacerdotes con los cabellos emplastados de sangre seca eran la clase dirigente del pueblo azteca, los descendientes de aquel dios Sol, Huitzilopochtli, el «mago Colibrí» que sus antepasados encontraron en una caverna del lejano norte (tal vez las tierras del Lago Salado de Utah) y que les aconsejó que abandonasen la vida nómada y buscasen hacia el sur las tierras buenas para cultivar el maíz.

Un ciclo cerrado

Fijémonos ahora bien en la circunstancia histórica azteca y recordemos cuanto veníamos diciendo anteriormente, referido a otros pueblos. Los aztecas surgen de un lugar incierto del norte de lo que ahora constituye México. Forman parte probablemente, aunque todo quede repleto de incertidumbres en ese primer estadio de su historia, de un gran imperio tolteca que tenía su centro en el altiplano y sus núcleos culturales —eminentemente mágicos— en Teotihuacán, en Tula y en

Xochicalco. Los aztecas, como cazadores nómadas, en un principio —eso cuentan sus crónicas míticas— adoraron a una divinidad femenina, lunar, que fue conocida como Malinal Xochitl primero y luego como Coyolxauhqui, con fama de poseer y de transmitir conocimientos mágicos a sus seguidores.

Todo deja entrever que la emigración hacia el sur de los aztecas —iniciada seguramente hacia pricipios de siglo XI— se produce coincidiendo con un acercamiento de aquel pueblo a la agricultura. Este paso cultural aparece simbolizado precisamente en el mito del mago Colibrí, Huitzilopochtli, que, según narran las leyendas y recogen posteriormente los cronistas, surgió de una caverna en el lejano norte e inspiró la lenta marcha de todo el pueblo hacia las grandes mesetas del istmo. A lo largo de todo ese enorme recorrido, se rinde culto paralelo a la vieja diosa maga lunar y al nuevo dios solar surgido de las entrañas de la tierra y promotor del ciclo agrícola.

En la segunda mitad del siglo XII —hacia 1168, según Vaillant— [1] los aztecas llegan, como pueblo paupérrimo inmigrante, al Anahuac, el valle de México. A lo largo de todo su recorrido han utilizado la tierra de modo esporádico, plantando maíz y reanudando el largo viaje después de la cosecha. Al pasar por la comarca de Chapultepec, la historia mítica azteca relata que, una noche, aprovechando el sueño de la diosa, los aztecas la abandonaron y siguieron su camino sólo bajo la protección de Huitzilopochtli. Fray Diego Durán, muy certeramente, interpreta el mito apuntando que ese abandono fue el de todos los seguidores del culto a Malinal Xochitl, los cuales se instalaron en el lugar aún hoy conocido por Malinalco y constituyeron una comunidad de brujos que subsistió hasta hace muy pocos años.[2]

Pero no es la aventura de los brujos malinalcos la que ahora nos interesa en primera instancia —aunque su presencia tiene mucho que ver con las conclusiones a las que posiblemente llegaremos— sino la circunstancia de que, una vez abandonado el culto lunar, los aztecas comienzan a practicar

1. GEORGES VAILLANT, *La civilización azteca,* Fondo de Cultura Económica, México, trad. de la ed. francesa *Les aztèques du Mexique*, Guy Straesse-Péan, París, 1951.

2. *Cf.* mi libro *Claves Ocultas de la Historia,* Latina, Madrid, 1980, cap. IV: «Chalma: el misterio de una peregrinación».

de modo sistemático los sacrificos humanos, al tiempo que se establecen definitivamente en torno a las lagunas del altiplano como agricultores y empiezan a utilizar un calendario —una medida del tiempo— tremendamente sofisticado y de una exactitud que es imposible imaginar inventada sobre la marcha por un pueblo apenas salido del estadio primitivo del nomadismo. Más aún, su primera víctima *cultural* y *periódica* es precisamente la representación de Cópil o Cóhuil, el hijo de la diosa abandonada, que tendría que ser ritualmente despellejado, del mismo modo que la propia diosa lunar sería —también ritualmente— despedazada y desmembrada, tal como han descubierto los hallazgos arqueológicos recientes en la plaza del Tlatelolco de México capital.

La demanda de los dioses

Una vez más, Tiempo, Lugar (agrícola y sendentario) y Dolor se han unido en una más que insólita simbiosis en la que —a mi parecer— no bastan las teorías ecológicas de Harner [1] ni las explicaciones racionalistas y hasta psicológicas de un Wolff —«Obsesión fanática por la sangre y la muerte»—,[2] sino que haría falta atender a la razón suprarracional sobre la que, posiblemente, se asienta la clave de esa *obsesión*, tan ajena en principio a la naturaleza misma del ser humano.

Ninguna de las explicaciones que han pretendido justificar racionalmente el fenómeno hemolátrico y antropófago de los aztecas resulta totalmente convincente. Si se quiere entender desde coordenadas alimenticias, como pretende Harner, justificando los sacrificios y la ingestión de partes de los reos como una necesidad fisiológica de obtener proteínas en un lugar donde la carne de animales herbívoros escaseaba en relación con el incremento de la población, habría que pensar que tales sacrificios tuvieron su inicio en épocas en las que no se daba tal circunstancia y en un entorno cultural en el que tampoco existían tales ritos antes de la llegada de los emigrantes del norte, ya que, según confirman Lehmann y diversos investigadores más, los toltecas, anteriores dominadores del altiplano de México, sólo realizaban sacrificios florales a las mismas divinidades agrarias a las que los aztecas llegarían a inmolar (a la llegada de Cortés, 1519) al menos una víctima diaria, sin contar con las épocas de guerra victoriosa, en las que las matanzas rituales y los banquetes religiosos llegaron a dar cifras espeluznantes, como las registradas después de la campaña de Oaxaca, en 1486, cuando fueron sacrificados más de 20.000 prisioneros en una sola ceremonia.

1. MICHAEL HARNER, «Bases ecológicas del sacrificio azteca», en *Historia 16*, año V, núm. 45, pp. 94-101. En este artículo, el autor trata de explicar —en principio con acierto— el canibalismo azteca como necesidad de acopio de proteínas imposibles de conseguir por otros medios.
2. Cita de HARNER en art. cit.

Creo que la clave de estas motivaciones tendríamos que buscarla en las razones que impulsaban a las clases sacerdotales dirigentes —aztecas en el caso inmediato, pero ampliable a un buen número de sistemas religiosos planetarios de ayer y de siempre— a provocar, en principio, el terror, el dolor, la inseguridad, la inquietud y la necesidad de sufrimiento en un pueblo al que tenían atenazado con la excusa de ser únicos conocedores inequívocos (ellos, los sacerdotes) de los deseos divinos, siempre insospechados y siempre sorprendentes, precisamente por no corresponder a las coordenadas lógicas de la mentalidad general. El pueblo no puede ni debe entender aquello, cae fuera de sus límites racionales. Pero se le convence —y ese convencimiento no tiene porqué partir de una irracionalidad absoluta, sino sólo de una incomprensión inmediata— de que el dios lo quiere así y basta para ser aceptado. De lo contrario, según las creencias particulares de la forma religiosa de que se trate, se harán realidad las más increíbles amenazas apocalípticas: la condenación eterna en unos casos, la pérdida de la cosecha, terremotos, huracanes, diluvios o avalanchas en otros, el fin del mundo —de su mundo particular hecho universal— en los más. El pueblo, de este modo, siente que son necesarios el sufrimiento y el dolor para paliar la ira de ese dios sólo conocido por la clase sacerdotal y, por lo tanto, inconscientemente odiado por temido. Y los sacerdotes, sabiéndolo, unen eventualmente el dolor del hombre con el hipotético e improbable dolor —y hasta muerte— del dios, para así justificar el sacrificio y proporcionar, al mismo tiempo, una mínima satisfacción vengativa (instintiva) a la masa víctima sempiterna del dolor ritual.

Prescindiendo de los ejemplos más inmediatos —Cristo, Attis u Osiris, de quienes ya hablábamos anteriormente— también el pueblo azteca nos proporciona en sus costumbres

religiosas un ejemplo diáfano de esta circunstancia *dolorosa* de la muerte del dios como muerte inmediata, sentida y celebrada cruelmente.

Regocijo para la muerte

La fiesta en honor de Tezcatlipoca, el alma del universo, comenzaba a prepararse desde un año antes de su celebración. En ese momento, los sacerdotes elegían a un muchacho que, durante todo ese tiempo, sería considerado por todos como representación viviente de la divinidad. Se le trataba como a un dios, se le enseñaban y se le fomentaban costumbres propias del más alto rango, se le vestía con suprema elegancia y todo el pueblo le respetaba y le rendía pleitesía religiosa, y hasta le regalaba, porque hacerlo era como regalar al mismo dios. A medida que pasaban los meses, aumentaban los honores y los placeres para aquel trasunto del dios. Aprendía a tocar la flauta y se le proporcionaban los más bellos instrumentos. Veinte días antes de la fiesta, se le casaba con cuatro vírgenes que recibían nombres divinos y la nobleza le ofrecía banquetes suntuosos. El día de la fiesta, el hombre-dios montaba en una barca que, seguida de un cortejo, le llevaba con sus esposas por el lago. Las barcas acompañantes lo iban abandonando a lo largo del viaje. Al llegar junto al templo del dios, le dejaban también sus esposas. El joven tenía que ir subiendo lentamente la escalinata del templo, rompiendo las flautas por el camino. Arriba le esperaban los sacerdotes, le tomaban por los brazos y las piernas, le tendían sobre el altar y, con un golpe certero, le abrían el pecho y le sacaban el corazón para ofrecérselo al dios.

La fiesta del Fuego Nuevo se celebraba cada 52 años. Los preparativos consistían en romper todo lo viejo —muebles, cacharros, imágenes, ropas— y renovar todo el ajuar. Todo el mundo apagaba sus fuegos y emprendía la marcha, detrás de los sacerdotes, hacia el cerro de Ixtapalapa —el cerro de la estrella—, para alcanzar la cumbre a la media noche. En el templo que había en la cima, en medio de la oscuridad, los sacerdotes sacrificaban a un prisionero y, después de haberle extraído el corazón —como de costumbre—, encendían el fuego nuevo sobre el cuerpo ensangrentado. De aquella hoguera tomaban todos los asistentes el fuego nuevo para sus

hogares, después de arrojar sobre la fogata espinas con las que se habían atravesado orejas, dedos, brazos y piernas. Las púas de cacto ensangrentadas eran el homenaje del pueblo al fuego vivificador.

En Malinalco —el lugar donde anteriormente vimos que se refugiaron los magos seguidores de Malinal Xochitl, la diosa lunar— construyeron un impresionante convento fortaleza los caballeros del Sol, que constituían una orden militar y religiosa a la vez. Las ruinas de la fortaleza de Malinalco son, aún hoy, uno de los restos más insólitos del inmenso panorama arqueológico mesoamericano. Templos, pirámides y dependencias están excavados en la masa de roca del cerro de los Peñascos (el Texcaltépec) y uno de sus recintos más impresionantes lo constituye el templo solar, levantado en honor a Huitzilopochtli. Allí, cada 260 días, en la jornada de *nahui olin* —la que figura en el centro mismo del gran calendario iniciático del Zócalo— se celebraba la fiesta llamada Netonatiuhzaualitzli, que consistía en mandar un mensajero a la divinidad con los saludos de los caballeros y regalos rituales que habrían de satisfacer al sol. El enviado —los investigadores no parecen haberse puesto de acuerdo sobre si se trataba de un esclavo prisionero o de un caballero escogido— recibía al pie de la escalinata del templo el bulto con los regalos, aceptaba el encargo que le hacía el sacerdote oferente y remontaba las gradas lentamente, como el ascenso mismo del sol desde el horizonte. Luego subía al altar y hacía la ofrenda en voz alta e inmediatamente era tendido sobre la piedra y sacrificado según la costumbre del golpe de cuchillo de pedernal en el pecho y ofrenda del corazón a la divinidad. En ese momento, el sol se encontraba en su cénit.

Pongamos atención: tres fiestas, tres muertes rituales en lo alto del templo-pirámide-centro-del-mundo, con invocaciones a fuerzas vitales que pueden disponer a su antojo del destino del ser humano. Ni eran las únicas ni he descrito las especialmente crueles. Han sido tomadas casi al azar, pero constituyen, en cierto modo, ejemplos generalizados en los que podía variar la fecha, la hora, la divinidad evocada o el número de sacrificados, pero casi nunca el hecho mondo y simple del golpe certero en el pecho con el cuchillo de pedernal o de obsidiana, del corazón arrancado con las manos y ofrecido todavía caliente a la divinidad, para regocijo suyo y para la paz de los seres humanos que vivían bajo la influencia de su poder superior.

En uno u otro lugar de la tierra, en cualquier época de la historia, remota o reciente, se repite invariablemente la oblación cruel y físicamente dolorosa a la divinidad presuntamente solar que ha llevado a los seres humanos a la costumbre de cultivar plantas comestibles, y a santificar un determinado concepto del tiempo por medio de unas medidas exactas y supuestamente científicas que, lejos de dominarlo, lo convierten —al Tiempo— en *rector* absoluto de la vida y de la muerte.

Hay una concreta tendencia del hombre —manifestada en los que llamamos estadios inferiores de la civilización— al nomadismo y a modos de vida conformados a principios mágicos de origen lunar, que siempre perduran bajo la apariencia de poderes trascendentes que pueden ser aprovechados por los pueblos para lograr —personal o colectivamente— un contacto directo e inmediato con una realidad superior. Este poder viene simbolizado, sin excepción, por la divinidad femenina, Gran Madre o Maestra que posee en grado superlativo la virtud propia de la mujer: la *generación*. Isis, Astarté, Coyolxauhqui, Hécate, Tanit, Hera, Mama Ocllo, Cibeles o María, todas son madres transmisoras de trascendencia, de poder, de conocimientos profundos convertidos en magia y eventualmente anatematizados.

Sin embargo, llega un instante —repetido invariablemente en todas las culturas y en todas las latitudes— en el que el hombre *recibe*, generalmente de modo súbito e inexplicado, *la orden* de convertirse en sedentario. (Y digo que recibe la orden, no como una imagen literaria, sino como traducción de todos los mitos religiosos que narran el origen de ese cambio fundamental de vida, desde el mago Colibrí de los mexicas a la historia de Triptolemo, desde Baal a Belenos, desde al Viracocha andino al Oanes mesopotámico, pasando por ese Attis convertido en árbol que muere y renace cíclicamente y por las remotas divinidades agrícolas de los *jond*.) Al ser humano, a partir de ese instante, se le *asigna* un lugar del que no deberá ya moverse, porque allí y sólo allí estará la fuente de su supervivencia (si cumple los preceptos); se le *enseña* cómo manipular dicha supervivencia, mediante el truco ficticio de un concepto del tiempo captado por la lógica —la «ciencia»— sensorial; se le *imbuye* el odio —o el temor— a todo cuanto

signifique metalógica o trascendencia, a todo cuanto sobrepase los límites de esa razón pedestre e inmediata que ha de acatar, y, finalmente, se le *obliga* a tributar su propia sensación física, por medio del dolor y del horror, a esa presunta divinidad que se ha erigido, no ya en maestra de conocimientos, sino en dueña absoluta y machista de un destino que, en realidad, le ha sido arrebatado al hombre como se le arrebata a un prisionero de por vida la decisión de disponer libre y voluntariamente de su propia supervivencia.

Por esta vía, el ser humano deja de comunicarse directamente con la divinidad y se le obliga a que esta eventual comunicación —que sería en realidad la razón de su propia trascendencia— se realice a través de las clases sacerdotales que sirven —o pretenden servir— de *médiums* con esa realidad superior a la que el hombre parece no tener ya acceso. En todas las religiones instituidas (y creo que conviene distinguir entre religiones y escuelas de trascendencia, porque existen diferencias fundamentales entre *maestro* y *rector*, entre *gurú* y *prelado*, incluso entre *imán* y *obispo*; y creo que conviene recordar otra vez que a Jesús lo llaman *maestro* sus discípulos y *Salvador* los prestes que edificaron la Iglesia, «interpretando» convenientemente sus palabras y convirtiendo en acto de fe sus enseñanzas), en todas las religiones, tengo que repetir, hay una institución que mediatiza las relaciones del hombre con su propia trascendencia, obligándole a estar agradecido a quien le salva en lugar de enseñarle a salvarse a sí mismo. A partir de ese instante, en su papel de *mediadora*, la clase sacerdotal impulsa y promueve de mil maneras distintas el sacrificio doloroso, incluso convirtiendo en supuesto dolor el ciclo de las cosechas primero y la eventual presencia, seguida de muerte violenta, de la divinidad entre los humanos después, sólo con el fin de crear en la mente del fiel —del que tiene fe, es decir, del que *cree* sin *saber*— un complejo de culpa que ha de purgarse sufriendo —como sufrían los padres cartagineses, ritualmente obligados a entregar a su primer hijo en sacrificio— y penando y echando mano incluso de un arrepentimiento ficticio (imbuido, obligatoriamente impuesto) por un acto que nadie en su sano juicio podría tener conciencia de haber cometido, ni de tener la mínima responsabilidad, directa ni indirecta, sobre él.

Sin embargo, una vez aceptado el hecho —un hecho que tiene que admitirse, porque está ahí presente, en la historia y

hasta en la vida cotidiana—, impuestos en la existencia universal de esa tendencia al dolor físico y al sufrimiento moral que contribuye a la mediatización de las creencias, tenemos que preguntarnos su razón, su porqué, los motivos por los que ese choque visceral con lo macabro y doloroso parece imprescindible en el comportamiento religioso. ¿Se trata de una «manía» sacerdotal, de un sadismo innato que nace de las mismas clases dirigentes espirituales? ¿O, por el contrario, esas clases han actuado o siguen actuando en la actualidad, efectivamente, como intermediarias de algo que exige por alguna razón el sacrificio o la energía que se desprende del horror y del dolor?

8

La manipulación agárthica

Una historia al biés de la historia

Hay una visión del devenir del hombre en su proceso histórico que limita el juicio de los investigadores a las pruebas materiales que se encuentran en los archivos y en los yacimientos arqueológicos. Otra, hoy totalmente desprestigiada por el academicismo, que cifra el relato de los acontecimientos del pasado en lo que el hombre transforma a partir de mitos que, en algún momento, aceptó como certezas textuales. Por desgracia, estos dos aspectos de la interpretación histórica raramente llegan a concederse mutuo crédito y, seguramente por ello, la aventura humana sigue apareciendo, incluso a los ojos de los más informados —y tal vez mucho más a sus ojos que a los de quienes únicamente poseen una perspectiva general del tema—, llena de lagunas y de contradicciones que no tienen una respuesta satisfactoria. Negándose a aceptar la gran tradición como fuente de conocimiento, los seguidores del racionalismo a ultranza pierden, a menudo, la oportunidad de penetrar en lo que los seres humanos creyeron, amaron o temieron en instantes concretos de su proceso cultural. Rechazando la realidad tangible de los documentos (a veces sólo expresión de conveniencias o de ansias de justifi-

cación histórica) y de yacimientos que contradicen sólo aparentemente la realidad preconcebida, los mitólogos desaprovechan la ocasión de descubrir bases realmente sólidas que podrían confirmar, incluso a contrapelo o por reducción al absurdo, sus convencimientos tradicionales, tan a menudo levantados sin más prueba que el «se dice» de la débil memoria de los seres humanos.

Sólo reuniendo como punto de partida de la investigación ambas tendencias —o, al menos, no rechazando previamente como obsoleta e inoperante ninguna de ellas— podríamos alcanzar una interpretación más humana del devenir histórico y, posiblemente, desecar lagunas turbias y descubrir en toda su pujanza las riquezas de su fondo; y hasta en algunas ocasiones desvelar la causa y la razón (sí, dije la razón: razón manipulada, pero razón a la postre) de determinados acontecimientos que se aceptan como generados espontáneamente, por capricho de un grupo humano y hasta de un concreto individuo, pero que, en realidad, arrastran sus motivaciones encubiertas desde instantes inconcebibles del pasado.

Hay ocasiones, incluso, en las que surge como de lo imposible una situación histórica perenne o estática, que permanece más o menos críptica, en paralelo con el aparente dinamismo del acontecer del hombre. Es como un farolillo extraño, suspendido en la nada, que sin embargo hace volar en torno suyo ideas y misiones, aventuras y decisiones, guerras y pactos, masas de obcecados creyentes y personalidades concretas de individuos privilegiados que son luminarias históricas, chispa de movimientos y germen de ideas universales. La historia, en casos así, se convierte en una peonza que gira como beoda en torno al núcleo de la idea, siglo tras siglo, moviendo masas y llamando a campanazos estentóreos hacia un fin que nadie ve claro, pero que todos, absolutamente todos, llevan incrustado en el inconsciente. La palabra que nombra el fenómeno cambia, de acuerdo; pero siempre constituye una especie de detonador capaz de aglutinar, en un solo estallido, esperanzas y temores escondidos que, gracias a ella, estallan y se esparcen, inundando el cerebro humano de visiones y presencias de algo vagamente intuido, moralmente difuso y racionalmente rechazado: justo el cúmulo preciso de ingredientes que conforman el proceder ilógico e irracional de lo trascendente.

Vamos a seguir una de esas situaciones estáticas que han servido de farol de cola a la historia y que la han hecho arremolinarse en el torbellino de su potencia aglutinante.

Vamos a recordar el mito noético. Según la Biblia hebrea (parecerá incluso estúpido repetirlo, pero a veces resulta importante), el hombre, con su depravación, provocó la ira de Dios y Dios mandó un Diluvio Universal del que únicamente avisó con antelación al único hombre justo que quedaba entre tanto malvado sobre la superficie del planeta. Pongamos atención a la situación dualista del mito manipulador: Noé es designado como *justo* frente al resto de una humanidad *depravada*. Noé construye un arca, hace entrar en ella a los suyos y a una pareja de cada especie animal existente y pasa un tiempo impreciso —puesto que los 40 días y 40 noches de las Escrituras no han de tomarse históricamente al pie de la letra— vagando entre las aguas, hasta que el ave enviada le avisa de que hay una tierra donde será posible desembarcar.

(Como todos seguramente recordarán, este mito se repite en prácticamente todas las grandes civilizaciones de la Antigüedad y en todos los continentes sin excepción. Volver sobre la universalidad del mito noético sería, aquí y ahora, una pérdida de tiempo innecesaria.)

En el área geográfica de las civilizaciones mediterráneas, en Asia Menor y en la vertiente atlántica del continente europeo y de África, este mito surge con una fuerza particular que muchos historiadores heterodoxos —entre los que tengo que incluirme— asocian con el mito atlante y con la casi indiscutible existencia de una civilización superior, aún desconocida, que desaparecería por obra y gracia de un imprevisto cataclismo, posiblemente entre siete y diez mil años antes de la Era Cristiana. En su traducción histórica, el mito noético vendría a significar la presencia de supervivientes del desastre en zonas de civilización inferior, a las que aportarían unos conocimientos nuevos y en las que habrían de provocar la eclosión de una nueva conciencia: la conciencia tecnológica, la revolución de los descubrimientos culturales del neolítico: la agricultura, el pastoreo, la cerámica y, en un intervalo de pocos milenios, el germen del dominio sobre los metales, sobre la navegación y sobre el transporte y el comercio. De ese saber primario se pasaría inmediatamente a la vida comuni-

taria, a la aparición de las ciudades y de las castas, y a todo el contexto cultural que conforma, en esquema, la vida que va a condicionar el proceso de la historia universal hasta nuestros mismos días.

Volviendo al puro mito noético (o atlante, elijan ustedes), conviene hacer notar cómo hay numerosos enclaves que, en pugna abierta con la verdad «revelada» de la Biblia —o incluso al margen de ella, por desconocimiento de su tradición y por la existencia de otra tradición paralela que se aprovecha de la nomenclatura judía al extenderse los textos sagrados gracias a la expansión del cristianismo, o a través de la visión coránica— sitúa en su propio territorio la presencia de Noé o de sus inmediatos descendientes. El Ararat del Cáucaso tiene montes que le hacen la competencia, como el Barbanza o el Pindo en Galicia, que, aun siendo mucho menos universalmente conocidos, podrían ser, tradicionalmente hablando, tan auténticos como la cumbre clásica. En cuanto al patriarca mítico y sus descendientes —Sem, Cam, Jaffet y su caterva de hijos, con Túbal y compañía a la cabeza— tienen su presencia asegurada y testificada en los mitos históricos del Mediterráneo y, sobre todo, de la vertiente atlántica y cantábrica de la España peninsular. Incluso, como ya hice notar repetidas veces,[1] hay en España enclaves muy precisos que cifran su historia remota en la presencia arcana de los descendientes del patriarca bíblico y en la obra civilizadora que realizaron.

El trasiego de un pueblo misterioso

Curiosamente, las tradiciones referidas a Noé por un lado y a la Atlántida por otro arraigan en pueblos muy concretos y, al mismo tiempo, terriblemente ignorados y hasta negados —debido a la misma oscuridad que los rodea— por numerosos y sesudos investigadores de la historia. Según la historia tradicional, que circulaba como credo por la Península Ibérica antes de que el racionalismo científico entrase a saco, destruyendo incluso lo que los mitos llevan consigo de verdad, el pueblo que se constituyó en heredero de la civilización aportada por los descendientes noéticos fue el de los ligures,

1. Particularmente en *Los supervivientes de la Atlántida*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1978.

cuya controvertida presencia ha sido puesta en la picota, precisamente porque la ciencia histórica no halló el modo de hincarle el diente a la posible realidad del mito. Según esa historia tradicional, repetida incluso por cronistas del Siglo de Oro, Túbal, el nieto de Noé, fue su primer soberano y a él siguió toda una larga lista de reyes matusalémicos, que fueron aportando su grano de cultura al progreso y a la paz de los hombres. Y llega a decirse de uno de ellos, Ibero, que cruzó el Mediterráneo con una gran flota y que fundó, al otro extremo, una colonia floreciente.

Se trata aquí de una mitología histórica muy particular, porque resulta que, por más negada que haya sido, surgen extrañas coincidencias que obligan a replantearse la cuestión. En primer lugar, por el hecho de que, efectivamente, haya una comarca al sur del Cáucaso, prácticamente coincidente con la actual Armenia y limitada por las fronteras de Turquía, Irán y la Unión Soviética, que, en cartas geográficas no tan remotas, se llamó precisamente Iberia: el mismo nombre con el que, durante tantos siglos, fue conocida la Península. En segundo lugar, por la coincidencia de que presuntos descendientes de Noé fueran a poblar nada menos que la zona en la que, según la tradición del Oriente Mediterráneo, había encallado el arca después del Diluvio. En tercer lugar, por la presunta identidad de las raíces lingüísticas vascas con los dialectos hablados en las comarcas caucásicas, que ha hecho entenderse, al parecer perfectamente, a hombres procedentes de Euskadi con campesinos armenios. En cuarto lugar, por la presencia inequívoca en aquellas zonas de un pueblo que, aunque ninguna prueba histórica racionalista lo avale, coincide por su nombre con el de los ligures de la tradición peninsular: los *uigures*.

De acuerdo con estos supuestos —pues sólo de eso se trata por el momento, aunque las coincidencias descarten ya la pura casualidad—, nos encontramos ante la posible marcha de descendientes atlantes, poseedores de una tradición que nos es prácticamente desconocida, hacia una meta oriental que parece detenerse, al menos de momento, en torno a un gran centro del mundo: el del sagrado monte Ararat. Una zona extrañamente engendradora de ideas trascendentes y núcleo desde el que se han expandido a lo largo del tiempo formas religiosas superiores, como las doctrinas de Zoroastro y buena parte de las herejías gnósticas de los primeros siglos

del cristianismo, así como la religión mistérica de Mitra, y donde se concentran metas, a menudo también míticas, pero no por ello menos significativas, de renombrados maestros de la espiritualidad. Por ahí pasó Pitágoras. Apolonio de Tiana tomó la comarca como una de sus primeras metas. Y hasta aseguran los herejes musulmanes ahmadíes que aquél fue camino para Jesús cuando, después de su curación de las heridas del tormento de la cruz, iba camino de Cachemira. Meta, pues, de eventual *etapa iniciática* hacia otro lugar. Lo mismo sucedió con los uigures; también ellos querían ir más allá. Pero, ¿hacia dónde?

A trancas con los mitos

En la tradición arcana de los pueblos surge siempre, de modo paralelo a los mitos tradicionales, una mitología esotérica que camina silenciosa y paralelamente al encuentro de la otra y que, en cierta forma, la motiva y confiere un halo de misterio y de predestinación a los hechos narrados. Quiero decir que, en el fondo, los mitos que se han hecho populares a lo largo de los tiempos contienen toda una serie de causas profundas y oscuras que nunca parecen ser explicadas, pero que son las que ordenan, desde la oscuridad, las acciones de esos hombres o de esos dioses o de esos héroes que son los que el pueblo conoce. Se trata de elementos ocultos, generalmente sobreentendidos, y responden a una ordenación pretendidamente superior que designa, sin dejarse designar, los caminos a seguir, las gestas a realizar, o las actitudes que el ser humano ha de tomar necesariamente ante cada situación que se le presenta.

Junto al caso concreto de la tradición atlante, que es la que aquí podríamos calificar como exotérica, existe igualmente esa otra, misteriosa e indefinida, que jamás se cuenta (al menos a niveles de historia narrada), pero que se plantea indefectiblemente como ordenadora suprema de acontecimientos. Me refiero a la tradición hiperbórea. Si la Atlántida tiene relatores concretos —Platón, por ejemplo, a quien se lo narró Solón, que a su vez lo supo por los sacerdotes egipcios— y un emplazamiento preciso y una historia más o menos cronológica dentro de lo que el mito puede admitir de concreción, Hiperbórea es una pura entelequia de imprecisiones y de medias palabras sobreentendidas. *Se* la sitúa vagamente al norte, *se* la designa como cuna primigenia del sol y de la suprema sabiduría, *se* la nombra como origen de dioses, de ilustres magos, de los grandes sabios —míticos o no— del mundo, como fuente de máxima autoridad y, sobre todo lo demás, como meta inalcanzable a la que sólo se llega por el consentimiento o por el previo deseo de los rectores supremos del mundo que en ella habitan o que de ella proceden.

La tradición mítica de Hiperbórea no se narra: se sobreentiende. Sus enviados, que surgen por el mundo esporádicamente a lo largo de la historia, no llevan carta de identidad: se les reconoce. Su emplazamiento no está marcado en los mapas: se sospecha y se designa por una vaga localización geográfica que marca más, si cabe, sus aires de secreto supremo y fundamental. La misma confusión de todos los datos que giran en torno suyo hace de ella un lugar añorado, sospechado y temido a la vez, con el mismo temor añorante que causa el sol, cuya proximidad abrasaría irremisiblemente, pero cuyo lejano calor hace imprescindiblemente divina su presencia para los pueblos. No en vano los estudiosos del fenómeno esotérico han identificado ese núcleo mítico de emanación trascendente con el sol y con el origen de los cultos solares. No es gratuito, por tanto, que de allí llegase Apolo, la divinidad solar por excelencia del mundo mediterráneo, y que se convirtiera en el poderoso revulsivo aniquilador de todos los demás poderes divinos menores.

La tradición oculta cuenta —y lo hace siempre a medias, como es lógico— que Hiperbórea fue una tierra dominadora del planeta que, lo mismo que Atlántida, pero mucho antes, desapareció a causa de otro cataclismo impreciso. Sus habitantes, en lugar de esparcirse por el mundo como los atlantes, se concentraron en ese lugar al que nadie tiene acceso y desde él, poseedores del máximo poder y de la más alta autoridad, siguen gobernando secretamente el mundo y rigiendo el destino de los hombres. (Lo cual, traducido al tema que llevamos entre manos, podríamos contarlo con palabras que vendrían a demostrar cómo ese supuesto clan secreto de seres superiores es capaz de ejercer sobre los seres humanos una manipulación que ha ido conformando, a lo largo de milenios de historia, su destino concreto, su desarrollo cultural, sus creencias y hasta esos mismos mitos en los que siempre surge su presen-

cia, su suprema influencia como mano conductora de los hilos que mueven irremisiblemente al planeta y a todos sus habitantes.)

Precisas imprecisiones

Las vagas alusiones que se hacen a esta tierra en los textos más remotos han pasado inadvertidas de modo general. Y, del mismo modo que a Apolo se le ha aceptado como simple divinidad olímpica y hasta se le ha fijado una filiación que apenas deja entrever su origen, la tradición bíblica ha contado sucesos como la historia de Gog y Magog y del poderoso rey-sacerdote Melquisedec[1] sin especificar espacios geográficos que no parecían querer definirse, precisamente porque se encontraban ya en la memoria de quienes estaban en condiciones de localizarlos. La misma imprecisión surge en los Evangelios[2] a la hora de fijar el origen concreto de los Magos llegados ante Jesucristo niño para reconocerle y hacerle el don de los regalos solares simbólicos: el oro, el incienso y la mirra.

Sin embargo, en todas estas tradiciones flota una presencia extraña, ordenadora aparente de los destinos humanos, e imprescindible a la hora de juzgar y decidir acciones fundamentalmente trascendentes para las creencias de los pueblos del planeta. Incluso, llegado el momento de entrever el origen de determinados mitos primigenios, convertidos en motivo de acción trascendente, el mundo de esos rectores implacables vuelve a dejarse entrever y su influencia inapelable sobre el devenir del hombre se personifica en seres a caballo entre lo divino y lo humano, que, curiosamente, reciben en secreto un culto a contrapelo del que se asigna a la divinidad reconocida de turno. Parece como si esos seres representasen, en realidad, esa rebelión de origen terrestre, creada en exclusiva por el hombre mismo y para el hombre mismo, que cualquier religión establecida proclama como nefanda, en tanto que empuja a la humanidad, o al menos a un sector de ella, a entregarse a fuerzas de conocimiento esencialmente contrarias a la creencia ciega que esos movimientos

1. Génesis, 14, 23.
2. Hebreos, 10, 20. Mateo, 2, 1.

teocráticos quieren implantar en la conciencia de sus fieles.

Todo el mito luciferino está ahí encarnado. Lucifer, como presunto portador de la luz y del saber (recordemos su presencia simbolizada por la serpiente en el árbol del Edén), es la entidad prometeica que roba a los dioses establecidos la luz y hace entrega de ella a los hombres, la personalidad indefinida que tiene su sede en las entrañas del centro de la tierra, en lugar también impreciso, aunque a menudo secretamente sospechado, que impone un poder de conocimiento tan fuerte (pero siempre contrario y complementario) como el poder presuntamente salvífico de la fe ciega y aceptada con renuncia plena al saber consciente.

Significativamente, de la conciencia de ese lugar remoto y secreto y de las entidades que rigen desde él al mundo a contrapelo de las creencias, imponiendo su sabiduría suprahumana —y, en consecuencia lógica, enemiga mortal de lo considerado divino y de todo cuanto representa—, surge toda una tradición de fuerza escondida y avasalladora, que puede hacerse patente en un momento cualquiera del devenir humano, para terminar definitivamente con la influencia omnímoda del poder presuntamente divinal. Es, en cierto modo, el Anticristo del Apocalipsis, la entidad concreta que surgirá con la misma fuerza atribuida al dios desconocido para seguir manipulando al hombre como ese mismo dios lo hace, para seguir exigiéndole obediencia, pero no ya desde las coordenadas de la fe, sino de un conocimiento que habrá de convertirse, en la mente de sus exégetas, en religión definitiva de los seres humanos.

Lucifer, Prometeo, Melquisedec bíblico, Mahasura hindú, Anticristo, Apolo solar, Hayyat de Iblis o entidades hiperbóreas. Se trata de todo un bosque oscuro de tradiciones aparentemente desconectadas entre sí que, si nos molestamos en bucear en su génesis, tienen todas un origen incierto en el tiempo (preatlante) y una localización difusa en el espacio: hacia el norte, hacia donde señala inapelablemente la Estrella Polar.

Fijando puntos concretos

Durante la Edad Media, la tradición de ese lugar incierto de donde emana el poder de conocimiento que rige los desti-

nos de la humanidad, parece concretarse. Al menos, sí podemos establecer una determinada concreción a partir de hechos que la historia ha registrado, aunque no ha sido capaz de fijar su relación con el supuesto mito arcaico. En torno al siglo IV de la era cristiana, ese pueblo extraño y probablemente escaso de los uigures, que antes relacionábamos con los ligures peninsulares, sigue su interrumpida emigración, abandona la Iberia Caucásica y se dirige, a través de los actuales territorios de Afganistán, Pakistán y Cachemira, cruzando el Karakorum y los montes sagrados de Kwen Lun, a una zona del Asia Central limitada por esta última cordillera y las cumbres de Tien Shan: el desierto de Takla Makán. Allí, tal como han averiguado los historiadores, debieron ser convertidos a una creencia herética por monjes de una secta supuestamente de origen nestoriano y adoptan una religión de indudable carácter sincrético, en la que un cristianismo transformado se conjuga con prácticas de tipo budista y con saberes de raíz chamánica. En cierto modo, se trata de un culto que tiende a romper los moldes estrictos de una determinada creencia, para integrarse en un universalismo religioso que habría sido seguramente rechazado como herético y luciferino por cualquiera de las formas espirituales concretas de las que se servía.

En cualquier caso, lo que ha permanecido en el misterio, a pesar de los intentos de explicación racionalista histórica que se han esgrimido, es la extraña comunidad de creyentes supuestamente nestorianos que interviene en el conversión masiva de los uigures. Queda apenas conciencia de su sincretismo (un sincretismo que entra de lleno en la abolición de dogmas, a fuerza de tomar de ellos sólo elementos de supuesto conocimiento) y de un lugar, ya relativamente concretado, que va a ser considerado, a lo largo de un dilatado período medieval, como la sede, corte y estado de un personaje dado como mítico por los historiadores, pero continuador en su inconcreta persona de esa misma tradición hiperbórea que viene arrastrándose desde los tiempos más oscuros de la antigüedad: el Preste Juan.

El Preste Juan está en la memoria de los mitos de la Edad Media que recogen el recuerdo del pasado ancestral, con características que lo enlazan directamente con la desconocida historia de los orígenes. A pesar de los atributos presuntamente cristianizados que se le adosan, a pesar incluso de las

cartas que parece haber cruzado con príncipes y pontífices europeos durante los siglos XII y XIII —precisamente en momentos de pugna abierta entre la Iglesia y el Estado, en el reinado imperial de Federico II Stauffen— y hasta a pesar de los presuntos emisarios que llegaron desde su lejana y desconocida corte y de aquellos otros que fueron enviados en busca de su tierra como embajadores extraordinarios, tratando de conferir realidad palpable a una situación que escapaba a todos los intentos de integración en las coordenadas de unos aconteceres concretos, el Preste Juan seguía siendo, lo mismo que el centro del mundo hiperbóreo de las civilizaciones antiguas, una meta inconcreta del simbolismo ocultista surgido como contraposición y rivalidad de conocimientos a la religión oficialmente establecida.

El reino mítico del Preste Juan surge en la tradición caballeresca de raíz cátara y templaria, como sede donde quedará definitivamente protegido el conocimiento sagrado por excelencia, el ancestral recipiente de sabiduría, caldera o copa graálica, o piedra desprendida de la frente de Lucifer. Los cartulanos medievales, muchos de ellos cuidadosamente realizados por kabalistas judíos detentadores de la tradición arcaica, identifican esa tierra —ya vagamente señalada— con Gog y Magog, con el reino originario de los Magos, hasta con el lugar de donde habrá de proceder irremisiblemente el Anticristo luciferino que terminará de un golpe con las religiones salvíficas, en ese tiempo mesiánico que la iglesia pondrá como instante futuro crítico de la humanidad. Ramon Llull, en los primeros años del siglo XIV, tratará también de alcanzar aquel lugar presentido y sospechado, y, para llegar a él, no dudará en dirigirse a Chipre para que el último maestre de la orden templaria, Jacques de Molay, le proporcione datos sobre el ignorado camino y un salvoconducto que le abra la posibilidad de atravesar zonas geográficas que parecen estar dedicadas a proteger fieramente el acceso a tierras sagradas y tradicionalmente prohibidas.

Líneas que convergen en un punto

Paralelamente a esta continuidad de mitos surgidos en Europa y en el Cercano Oriente, la tradición asiática posee también un contexto tradicional que, desde las estepas sibe-

rianas a Ceylán y desde Cachemira a Corea, sitúa un lugar en el cual se concentra el poder rector secreto del mundo y el centro espiritual desde el que se esparcen las líneas maestras de saberes y creencias universales. Para el taoísmo hay un lugar —inciertamente situado entre los montes Celestes (Tien Shan) y la cordillera prohibida (Kwen Lun)— donde está la sede de las entidades divinas encargadas de regir la tierrra en todas sus vertientes. Para hinduistas y budistas existe, más allá del Himalaya, un lugar secreto donde los grandes maestros de la humanidad se esconden en cavernas de la curiosidad de los seres humanos y desde donde expanden su autoridad sobre todo lo viviente. Esta tradición de los grandes *mahatmas* se mantiene viva en la India y en las tierras tibetanas, pero jamás como mito, sino como una realidad, no menos cierta por el hecho de ser desconocida e impalpable: *Shambhalla*. Es la misma realidad que, con características abiertamene luciferinas —y no cometamos el error de confundir todavía lo luciferino con lo demoníaco— pervive en Mongolia y en Siberia como reino de *Agartha* desde el cual el Rey del Mundo —una personificación oriental del europeo Preste Juan de la Edad Media— gobierna a pueblos y naciones del planeta con un poder que ningún príncipe se atrevería a poner en entredicho. Curiosamente, de aquella extraña tierra desconocida dicen las tradiciones budistas que llegará Maitreya, el último Budha que habrá de salvar la humanidad y conducirla a su definitiva superación; una figura paralela al Anticristo luciferino de las tradiciones occidentales.

Entre el último cuarto del siglo XIX y los albores del XX, se funden en una sola tradición planetaria los componentes del mito hiperbóreo europeo y las tradiciones shambhálicas y agárthicas de los países orientales.

Durante la revolución bolchevique, el príncipe ruso Ungern von Sternberg, descendiente de caballeros teutónicos, organiza un ejército mongol dispuesto a terminar a sangre y fuego con los principios del recién implantado comunismo soviético y asegura haberse puesto en contacto con el mismo Rey del Mundo para vencer en esa lucha mesiánica en la que se ha comprometido.

Años antes, los fundadores de la Sociedad Teosófica, madame Blavatsky, la señora Besant y el coronel Olcott, dan a conocer a sus seguidores los mensajes que aseguran haber estado recibiendo de los grandes *mahatmas* (señores) que representan la máxima autoridad planetaria y viven en ese lugar secreto de los montes asiáticos.

Hacia el primer cuarto del siglo, otro investigador —místico, pintor, zoólogo, filósofo y espiritualista, todo en una pieza—, el también ruso Nikolai Roerich, emprende una serie de expediciones de búsqueda por las regiones tibetanas, chinas y mongolas de los desiertos de Takla Makán y del Gobi, y regresa de la primera de ellas portador también de un presunto mensaje de paz y amistad de los gobernantes desconocidos con los que dice haber establecido contacto en aquellos territorios, dirigido a Lenin y a los dirigentes soviéticos.

Extrañamente significativo: en líneas generales, pero mucho más concretamente de lo que aparece en la Edad Media, el lugar misterioso y presuntamente legendario se va localizando; ya se pueden conocer espacios territoriales, dentro de cuyos límites coinciden testimonios de viajeros y antiquísimas tradiciones que enlazan cosmogonías de Oriente y Occidente y que parecen mezclar en un todo homogéneo formas religiosas determinadas con una historia remota que, fundamentalmente, no se conforma con serlo, sino que toma el papel de situación perenne y estática que influye inapelablemente, sin que el ser humano llegue a ser dueño real de su propio destino, sobre el devenir de la especie. Una tradición, en fin, que pretende crear, o dar cuenta supuestamente certificada, de una fuerza sobrehumana más, condicionadora del pasado y del futuro y, sobre todo, manipuladora de los actos desde niveles manifiestamente superiores.

Los perros de presa

No se trata de que intentemos aquí y ahora convencernos de una supuesta realidad del mito shambhálico. A pesar de pretendidas pruebas que podrían, al menos, hacer que lo admitiéramos como una más entre las realidades irracionales que manejan el proceso evolutivo del ser humano, falta siempre el factor de evidencia inapelable que nos permitiría eliminar dudas y reticencias. Falta ese mismo factor que haría que, al fin y al cabo, tantos hechos sospechados y tantas pruebas parciales e incompletas pasaran a convertirse en realidades inapelables de las que nadie podría dudar y que convertiría la creencia y la fe en conocimiento reconocido e

indudable. Pero, lo mismo que sucede con todo cuanto forma parte del mundo de la manipulación —trascendente o inmediata— el fenómeno surge y se manifiesta dejando siempre tras de sí documentos incompletos, evidencias jamás definitivas que importan mucho menos en sí mismas que por las masas que llegan a mover, sectores más o menos numerosos de fieles dispuestos a asumirlas como creencia para hacer luego uso de ella.

Así, exactamente igual que, en el caso de los fenómenos luminosos —OVNI o apariciones—, con su secuela de pruebas a medias, de mensajes, de órdenes y de cosmogonías más o menos divinas, se mueven masas de fieles dispuestas a dejarse conducir por lo que su propia evanescencia tiene de sospechosamente trascendente, exactamente igual la tradición hiperbórea o agárthica ha tenido y sigue teniendo seguidores que consideran fundamental, tanto para su propia superación como para alcanzar un status de dominio sobre el resto de la especie humana, asumir la nunca probada inmediatez y la controvertida realidad del enigma para convertirse en sus paladines, incluso creando, o conformando a imagen de sus intenciones, aquellas preguntas que permanecen sin respuesta en el contexto total del misterio.

Porqués, cuándos y cómos, circunstancias que el fenómeno nunca ha revelado por sí mismo, se adaptan a los esquemas ideológicos de quienes lo aceptan sólo con la intención de convertirse en sus representantes entre los demás miembros de la especie humana, con el fin de tomar, en tanto que delegados de la realidad trascendente, el papel de beneficiarios de sus supuestos poderes. Para conseguirlo, serán capaces de reconstruir, a su imagen y semejanza, las piezas que faltan para completar el gran *puzzle* cósmico, atribuirán al fenómeno sus propias esperanzas y actuarán en su nombre, adjudicándole deseos, órdenes, leyes y filosofías que sólo serán reflejo de sus propias y exclusivas intenciones manipuladoras. Serán los guardianes de un presunto orden trascendente que sólo existirá, con sus características de dominio y de poder, en sus propias mentes, y transferirán su íntimo sistema de comportamiento como si fuera un ideal que debería cumplirse a rajatabla, precisamente porque defenderán que la entidad a la que siguen lo desea así y de ningún otro modo.

En casos de esta índole, el acceso al conocimiento o a la mera noticia de la existencia del fenómeno, constituye ya por

sí solo el germen de todo un proceso ideológico, en el cual el fenómeno mismo se convierte en objeto de investigación únicamente para que aporte las pruebas que ya habían sido previamente creadas para justificar una determinada actitud. De ese modo, se reconstruye la realidad desde los cimientos y se eliminan limpiamente o se transforman aquellas evidencias que no concuerdan con la previa ideología del investigador que sólo trata de encontrar confirmación —trascendente, eso sí— a sus supuestos vitales.

Los budas exterminadores

Sólo así se pueden explicar actitudes individuales como la del barón Ungern von Sternberg, del que hablábamos anteriormente, que se proclamaba budista visceral y practicaba las técnicas del yoga, mientras reunía un ejército con el que entraba a sangre y fuego en aldeas y ciudades siberianas con la única obsesión mesiánica de eliminar bolcheviques y establecer un estado agárthico en la Mongolia Exterior.[1] Sólo mediante esta transformación (o invención, podríamos decir) de la supuesta intencionalidad trascendente, creando religión mesiánica de la propia ideología y asumiendo ser portavoz de la realidad rectora superior que nunca se manifiesta al hombre totalmente, pueden surgir fenómenos político-religiosos como algunos que han conmovido sangrientamente al mundo en este siglo y siguen eventualmente intentando el acceso al supremo poder manipulador definitivo e inapelable del ser humano en tanto que especie constitutiva de ese rebaño de los dioses, del que aspiran a ser los perros pastores.

Es muy probable que la mayoría de los lectores tengan noticia del interés que mostraron los dirigentes ideológicos de la Alemania nazi, en el momento de su auge político, por la confirmación de la realidad agárthica. Pauwels y Bergier lo contaron ampliamente en aquel libro desde tantos aspectos ejemplar que fue *El retorno de los brujos*. Sin embargo, es muy probable que también muchos lectores, conocedores de los principios del budismo —posiblemente el sistema filosófico

1. Ferdinand Ossendowsky conoció al barón Ungern y habla extensamente de él en su libro autobiográfico *Bestias, hombres, dioses*, ed. española Aguilar, Madrid, 1947.

trascendente más esencialmente humano y hasta humanitario entre los existentes— se extrañen de que determinadas ideologías hayan hecho bandera de esa filosofía para justificar una política de opresión y de exterminio que casi llegó a destruir al mundo y que costó el sacrificio de tantos millones de seres humanos en los campos de la muerte. Dejemos aparte la cuestión estrictamente judía, que se ha convertido en cierto modo en la justificación sangrienta del Estado de Israel. La ideología nazi, que se cebó en el pueblo hebreo porque era el que caía más a mano y el que primero tuvo la oportunidad de aniquilar, partía precisamente de unos principios raciales que tenían su origen en la presunta existencia de esa raza raíz —la raza aria— que, habiendo sido la creadora de la primera civilización de la humanidad, tenía el derecho inalienable de regir los destinos de toda la especie y de alcanzar antes que ningún otro pueblo advenedizo el grado de evolución, el derecho de alcanzar el siguiente estrato de poder. En este contexto, el *hombre nuevo* proclamado desde ya antes del nazismo por todas las ideologías paralelas, poseedor de una visión nueva del destino humano y capaz de adquirir poderes que le acercarían a los dioses, tendría que salir precisamente de esa raza que, bajada del norte hiperbóreo en épocas perdidas, habría constituido YA en algún lugar preciso, cada vez más estrechamente localizado por las tradiciones asiáticas y remotamente conservado en la memoria de la mística solar de la edad media, un centro de poder similar o hasta paralelo al que el nazismo pretendía construir a partir de sus supuestos ideológicos.

En este contexto, las técnicas del budismo y los resultados trascendentes obtenidos por algunos de sus yoguis a fuerza de superación puramente personal, se consideraron como una especie de atributo inherente a esa raza que estaba destinada unilateralmente a convertirse en portadora de la antorcha de la evolución humana, en poseedora exclusiva del derecho a la supervivencia y al inapelable dominio sobre el resto de los ciudadanos, que serían destinados a su servicio por leyes cósmicas de evolución inapelable y mesiánica.

Motivos profundos de irracionalidad

Las técnicas de acceso a la trascendencia, en este universo

de presunto dominio sobre el resto de la humanidad —dominio previo a la aniquilación que habría de llegar de modo inapelable en su momento—, respondieron paso a paso a esta idea de aceleración selectiva para acceder a la creación de ese hombre nuevo del que ya se estaba en posesión de la estructura física: los miembros de la raza aria. Sólo ellos tendrían el derecho (avalado por su remota presencia en el mundo en tanto que raza raíz) de lanzarse a la aventura de escalar las metas del estrato evolutivo inmediato. Pero para acceder a ellas había que barrer previamente, no sólo a los seres humanos inferiores, sino a todo el racionalismo secular que habían ido creando a lo largo de la historia.

Sólo así pueden entenderse un buen manojo de absurdos aparentes y de teorías abracadabrantes que el nazismo adoptó como punto de partida para la creación de una nueva cosmogonía totalmente opuesta a los supuestos científicos aceptados por la civilización occidental. Cuando los investigadores al servicio de las potencias aliadas vencedoras tuvieron acceso a archivos y documentos del Tercer Reich y pudieron tomarse tiempo para analizarlos y estudiarlos, se asombraron ante la evidencia de que los prohombres de la Alemania nazi hubieran aceptado sin pestañear toda una serie de supuestos cosmogónicos y hasta teogónicos que nada tenían que ver con las evidencias científicas que rigen por derecho propio y como dogma de fe el mundo industrializado de Occidente. Cuando los resultados de estas investigaciones salieron a la luz, lo hicieron siempre como de tapadillo, como si subsistiera un cierto temor a confesar que una locura irracional semejante hubiera estado a punto de dar al traste con la civilización dominante de la técnica y de la razón omnipotente.

Parecía absurdo combinar las teorías pseudocientíficas y alucinadas de locos reconocidos como Hörbiger, proclamando la remota existencia de varias lunas que fueron cayendo a lo largo de milenios sobre la superficie de la tierra, con la evidencia de unas bombas volantes que casi consiguieron, en el último instante de la Segunda Guerra Mundial, dar un giro de noventa grados a las perspectivas aliadas de victoria total. Incluso costaba creer —y era lógico que sucediera así, en las coordenadas de una contienda en la que parecía desempeñar un papel definitivo la técnica más fríamente racional— que Hitler hubiera enviado a su *Wehrmacht* a la campaña de Rusia sin más abrigo contra el frío de la estepa que ligeras bu-

fandas, porque creyó a pies juntillas que los hielos y las nieves retrocederían lo mismo que los ejércitos bolcheviques ante la presencia arrolladora y mesiánica de las divisiones arias.

Y sin embargo, los hechos, analizados fríamente, eran así. Todo un país —una nación occidental, podríamos añadir—, empapado hasta la médula de irracionalismo y de ideas mesiánicas sacadas de una tradición sistemáticamente negada como absurda e ilógica por los herederos del enciclopedismo, estaba dispuesto a tomar las riendas del destino humano y a transformar los supuestos evolucionistas a imagen y semejanza de una *Weltanschauung* que había sido arrancada de los mitos más arcaicos de las civilizaciones presuntamente primitivas. Una vez más, en la historia de la humanidad se enfrentaban, con ansias de manipulación total de la especie humana, la ciencia y el mesianismo, la razón y la ruptura absoluta de la lógica, el *stablishment* de unos condicionamientos fríamente tecnocráticos y la magia esotérica llevada a sus límites extremos.

Los reflejos eternos de la historia

He dicho eso de una vez más en la historia y cabe que más de uno piense que el fenómeno de la esencial irracionalidad nazi fue algo único e irrepetible, un episodio aislado del largo devenir humano. No es así, sin embargo. Con distintos nombres y apellidos, pero con idénticos ideales de trascendencia mesiánica, de los que el fenómeno del nazismo fue sólo un hito más, la mística solar hiperbórea constituye una situación estática y permanente de la historia que, de tiempo en tiempo, emerge en medio de lo episódico con ánimo decidido de conquista y poder y que, en los períodos intermedios, se mantiene larvada, como un ideal secreto y recóndito de grupos humanos ansiosos de alcanzar la gran transformación del mundo a imagen y semejanza de su propio dominio sobre la Humanidad con mayúscula.

Si nos detenemos a meditar en torno a determinadas situaciones de la historia universal, comprobaremos que, incluso con características sólo anecdóticamente distintas, con crueldades más o menos paralelas y hasta con rasgos espirituales de claro componente místico, el fondo indudable del ansia de poder y de manipulación sobre el género humano, en

aras de un orden nuevo, ha sido la característica de esos períodos más o menos largos en los que se han implantado gobiernos teocráticos —cabría llamarlos en ocasiones heliocráticos—, dispuestos a asumir su propio destino trascendente de dominio universal. En esas coordenadas cabe insertar la implantación del culto solar por Ekhnatón en Egipto, la simulada ortodoxia hebrea de Salomón, recibiendo del mismísimo Yavé las estructuras iniciáticas del templo que había que levantar en honor suyo en el centro mismo de Sidón, centro-del-mundo paralelo al Agartha de la tradición hiperbórea; las conquistas de Alejandro Magno, todas encaminadas a un dominio de la tierra en aras del conocimiento superior; los ideales agárthicos de Asoka, expandiendo por Asia el budismo como forma política dominadora de pueblos; la Guerra Santa islámica, que extendía el omnímodo poder conferido por Dios mismo a un iniciado mesiánico (aunque Mahoma jamás fuera reconocido como mesías, sino como profeta anunciador de tiempos de esplendor divinal); la lenta marcha dominadora del imperio solar incaico; los tiempos de la dinastía carolingia, detentadora de un dominio europeo convertido en unidad solar de destino; las conquistas agárthicas de Gengis Khan, tradicionalmente considerado como portavoz mesiánico de los secretos dueños del mundo, como en cierto modo lo fuera Atila siglos antes; la ambición, a la vez religiosa y política de un Federico II Stauffen, imbuido de ideales hiperbóreos de raíz a partes iguales islámica y teutónica; la conquista de la tierra atlante de Canarias por caballeros normandos descendientes de paladines graálicos y protagonistas de gestas caballerescas de indudable carácter heliocrático; el dilatado reinado expansionista de un Luis XIV dispuesto a convertir al mundo en un feudo familiar (racial, en fin); e incluso la increíble ascensión mesiánica de un Bonaparte tocado por los dioses, que no permitió que las manos del papa colocasen en sus sienes la corona imperial que él mismo había conquistado.

Faltan hechos todavía. Hechos posiblemente menos impresionantes de la historia que se alzan como pequeñas burbujas de una situación soterrada que pugna por dar cuenta y sinrazón de sí misma. Anécdotas olvidadas como la justicia mesiánica de la Santa *Vehme* o las conquistas bálticas de los caballeros de la orden teutónica; aventuras heréticas como las de las sectas luciferinas y misterios apenas entrevistos de la

historia, como la aventura mesiánica de Juana de Arco; procesos con sus orígenes tergiversados, como los de los alumbrados en Castilla o los de los flagelantes en Europa Central; personajes jamás claramente definidos, como Gilles de Rais o Charles Manson.

Un baño solar de sangre caliente

No es casualidad que, en la mayor parte de los acontecimientos que he citado, lo mismo que en las aventuras humanas comentadas en el capítulo precedente, haya siempre un componente de violencia, sangriento, sacrificial, que parece ser el que da sentido al fenómeno. Es como si únicamente la violencia lo justificase y como si sólo a través de la violencia pudiera alcanzar su razón de ser el culto consciente o inconsciente a esa entidad hiperbórea que, sin embargo, parece manifestarse como esencialmente trascendente, sobre todo en su vertiente shambhálica, tal como está concebida desde las coordenadas del budismo puro originario. Esta circunstancia ha de poner necesariamente en guardia a quienes, conscientes de los valores humanísticos de los grandes movimientos orientales de origen búdico, se tropiezan con la aparente identificación que aquí se ha hecho con las corrientes mesiánicas agárthicas, tanto de Oriente como de Occidente.

Me gustaría, sin embargo, que partiéramos de unos hechos objetivos, para dejar sentado lo que más adelante habrá de desarrollarse con mayor conocimiento de causa, después del análisis de otros fenómenos trascendentes paralelos, y tras haber abordado otros aspectos de esa inmensa manipulación cósmica de la que el hombre es víctima y verdugo a la vez. Si el hombre tiene conciencia, o al menos intuición, de las fuerzas manipuladoras que actúan sobre él desde todos los niveles (pero fundamentalmente desde el plano de lo irracional, de lo inaprehensible y de lo visceralmente desconocido), tiene en su mano la posibilidad de liberarse de ellas de dos modos: trascendiendo individualmente los poderes que le manipulan o convirtiéndose, a su vez, en manipulador. En este segundo caso, y aunque la apariencia pueda querer desmentirlo, el hombre lleva a cabo apenas un simulacro de trascendencia. Dándose cuenta o no de que forma parte de *toda la especie*, intenta separarse de ella y hasta actuar sobre ella del mismo

modo en que las demás fuerzas de presión han actuado sobre él.

Sin embargo, al no haber dejado a un lado definitivamente más que la parte menos trascendente de la propia dependencia, por medio de las técnicas de autodominio, ese apenas medio escalón ascendido sirve para someter al resto de la especie que no ha llegado a él, pero no es válido para alcanzar realmente la propia liberación. El sentimiento del autodominio, solo o aislado, únicamente lleva al deseo —incluso a la necesidad— de ejercerlo sobre los demás. Y falto de una real y auténtica liberación a todos los demás niveles del espíritu, tal dominio sólo se puede ejercer de modo efectivo por la violencia, por el terror, por el mismo miedo pánico que el sujeto ha sentido al pasar el grado iniciático que conduce a ese autodominio primero.

Recuerdo haber tenido noticia de una de las pruebas por las que tenían que pasar, en la Alemania nazi, los aspirantes al ingreso en los cuerpos de choque del partido, las SS. Colocados de pie dentro de una zanja, debían quitar la espoleta a una granada, ponerse ésta encima de la cabeza y quedarse inmóviles durante un tiempo determinado. Si se mantenía sobre la cabeza del aspirante el tiempo requerido, la prueba se había superado, pero si llegaba a caer —con lo que la explosión era inevitable— el aspirante tenía dos posibilidades: o seguir inmóvil, en cuyo caso, si sobrevivía, tendría derecho a una pensión vitalicia de invalidez, o saltar fuera de la zanja para evitar la metralla; en tal caso, tendría inapelablemente cerrado el acceso a la orden negra.

Pensemos un momento: un ser humano cuya iniciación consiste en demostrar el autodominio a tales niveles, tiene que estar necesariamente abocado a la misma violencia a la que ha sido sometido. Para él, esa violencia, en la guerra o en el exterminio, será consecuencia directa de una actitud vital y hasta religiosa, a su manera. Y su liberación del miedo sólo podrá conducirle a emplear ese mismo terror, a los niveles que sea necesario, para ejercer sobre los demás el dominio del que él cree haberse liberado. Sentirá el derecho inalienable de ejercerlo, precisamente por creer que ha accedido a unos grados de suprahumanidad que los demás mortales, fuera de su contexto esotérico, están muy lejos de poder alcanzar. Lo mismo que un dominico inquisidor, habituado al cilicio, consideraba lógico el tormento en las celdas

inquisitoriales, el caballero de la orden aria tenía conciencia —tan religiosa como pudiera tenerla el dominico en cuestión— de su derecho a manipular con el mismo miedo que él supo vencer.

9
Como una luz sobre un árbol

Estructura de una historia

En esquema, la historia se ha repetido muchas veces, sin apenas alteraciones. Todo ha comenzado con unas personas de inteligencia simple y de fe atávicamente arraigada. Gente de vida y mente sencillas, habituadas a modos de vida primitivos e inmediatos, sin las complicaciones ni las exigencias de unas estructuras sociales envenenadas por la vida ciudadana. En un porcentaje muy elevado de los casos, se ha tratado de niños o de adolescentes con mentalidad infantil.

En un instante concreto de sus vidas, esos seres, unidos en grupos de dos, de tres o de cuatro, se han alejado de su hábitat normal —el pueblo, la aldea o el caserío—, siguiendo un camino que les es habitual, bien porque suelen llevar por allí su ganado, bien porque es el que cada día les lleva de la casa a la escuela o al lugar de sus juegos. Son gente de creencia sencilla, que les ha sido implantada desde la más tierna infancia.

Y un día sucede: en las cercanías de una gruta, o simplemente en medio del campo —siempre relativamente lejos de la comunidad habitual— surge de pronto una luz que, con mayor o menor rapidez, adopta la forma de ángel, de santo o de la mismísima Nuestra Señora (el caso más corriente). La

aparición les habla, les declara antes o después seres puros y portadores de un mensaje, les certifica su identidad celestial y les conmina, bien desde su primera aparición o después de varias citas escrupulosamente cumplidas, a que hablen de su visión, a que comuniquen a los demás la nueva, a que lleven *allí* a la gente o a que proclamen ante las autoridades la necesidad de levantar, siempre allí, un santuario que habrá de convertirse en centro de peregrinaciones. Normalmente, la aparición se complementa con prodigios, con profecías, con oraciones muy especiales, con mensajes y augurios dirigidos a personas concretas, al país entero o a todo el mundo.

Los protagonistas de la aparición tardan más o menos en confesar lo que han presenciado. Pero terminan siempre por hacerlo y, a partir de ese instante, el lugar comienza a ser visitado por curiosos y creyentes. Siguen las visitas del ente o de los entes presuntamente celestiales y se van acumulando toda una serie de fenómenos —éxtasis, visiones, milagros, actos masivos de fe colectiva— que, sin excepción, tienen como intermediarios a los primeros videntes, aunque ocasionalmente hay contagios trascendentes protagonizados por alguno de los nuevos visitantes.

La gran fiesta de los sentidos

Me gustaría llamar la atención respecto a unas circunstancias que se repiten indefectiblemente en este tipo de contactos trascendentes: en ellos intervienen, de modo activo y hasta necesario, todos los sentidos a través de los cuales tomamos contacto con la realidad de cada día, vista, oído, olfato, gusto y tacto.

Los protagonistas de la presunta manifestación celeste comienzan *viéndola* directamente —tras una transformación a partir de la luz primaria— y la siguen contemplando a través de las sucesivas manifestaciones. Pero siempre son ellos quienes ven y transmiten su visión a los demás, que nunca (o muy pocas veces, al menos) tienen la suerte de compartir el espectáculo con los primeros afectados, salvo en el caso de un eventual momento de gran *show* espectacular colectivo, ampliamente anunciado o preparado y que, en general, se da sólo una vez y nunca vuelve a repetirse.

Esos mismos protagonistas son también quienes *escuchan*

la voz de la aparición, quienes se convierten en una especie de receptores y emisores —médiums— del mensaje o de toda una serie de mensajes que, sin embargo, van dirigidos a los demás, a menudo a la humanidad entera. Nadie más que ellos capta las voces o escucha las profecías. Sólo ellos las repiten o las transcriben, si saben leer y escribir (a menudo no sucede así). Son, en cierto modo, los mensajeros elegidos por la presunta persona «divinal».

Los mismos protagonistas son los encargados de tomar de los fieles los objetos, cruces, medallas y relicarios que éstos desean que *toque* el personaje celeste que ellos no pueden ver. Y esa función táctil —la posesión supersticiosa de algo que el personaje celestial haya tenido entre sus manos o tocado con sus vestidos— se convierte en uno de los objetos fundamentales de la peregrinación.

El sentido del *olfato* suele activarse, en estos casos, primero a través de los divinales aromas que los videntes manifiestan sentir en presencia de la aparición o precediéndola, y hasta siguiéndola, cuando ya la visión ha concluido. Se trata siempre de aromas relacionados con perfumes florales y muy semejantes, por su descripción, a los que han notado los testigos de las exhumaciones de cuerpos incorruptos de santos y beatos, gurús y avatares.

Finalmente, el *gusto* se manifiesta en formas concretas que aparecen en la boca de los videntes en los momentos culminantes de sus estados de éxtasis, formas que los cristianos llaman hostias consagradas y que los tales videntes muestran en sus lenguas y todos pueden ver y hasta retratar, antes de tragarlas en un acto eucarístico prodigioso que sirve como testimonio a menudo incontrovertible del supuesto hecho milagroso.

El juego insólito del sexto sentido

Los orientales dicen que el ser humano cuenta, no con los cinco sentidos que nosotros reconocemos, sino con un sexto que ayuda a ponerle en contacto con el mundo de las apariencias. Este sexto sentido, que en Occidente se toma como máxima manifestación de la captación de la realidad, es la mente. Una mente lógica y racional que encauza y canaliza las sensaciones que nos trasmiten la vista, el oído, el gusto, el

olfato y el tacto, interpretando, nominando y definiendo el conjunto de las restantes sensaciones. La mente nos da *nuestro* particular sentido del tiempo y compone las bases lógicas de la comprensión sensible.

Pues bien, ese sexto sentido mental se manifiesta igualmente en los protagonistas elegidos del mundo de las apariciones. Estos seres, generalmente poco habituados al ejercicio *lógico* de la mente, captan (instintivamente, al parecer) el mensaje que les comunica su particular aparición, lo canalizan a través de un cerebro básicamente virgen de preocupaciones, de juegos intelectuales y de formas mentales derivadas de las necesidades culturales, y lo lanzan a la memoria colectiva de los fieles seguidores bajo la forma de anuncios, de profecías mediatas o inmediatas, de consejos y hasta, a veces, de proclamas curiosamente políticas.

La memoria de los videntes se implanta con los mensajes y queda, en cierto modo, convertida en un disco o en una cinta magnética sólo apta para guardar la información venida del lado de su aparición. En ocasiones, durante el resto de su vida —recordemos los escritos de Lucía, la niña superviviente de los hechos de Fátima— se limitan a recitar o a transcribir montones de mensajes, de teorías, de profecías y hasta de teogonías y cosmogonías que su visión les grabó en la mente en momentos cronológicamente imposibles. Algo paralelo, en cierta manera, a lo que nuestro gran heterodoxo Ramón Llull confesaba en su escrito autobiográfico, al asegurar que el pastor que se le presentó, casi milagrosamente también, en su retiro de Randa, le había contado en media hora lo que los más preclaros maestros habrían tardado años enteros en explicar.

Da la sensación, en estos casos, de que los mensajes venidos a través de las apariciones se producen de modo paralelo a esos ultrasonidos o esos sonidos acelerados y agudísimos, imposibles de entender a velocidades normales de los magnetófonos, precisamente porque fueron grabados a frecuencias superiores y sólo pueden captarse al reducir a la mitad o a la cuarta parte la velocidad de audición. Sé que el caso no es el mismo, pero creo que el paralelismo puede hacer comprender, a niveles racionales, un fenómeno que, en sí mismo, escapa a cualquier interpretación lógica.

Bombardeo sensorial

Todos los datos expuestos hasta ahora respecto a la acción de las presuntas apariciones sobre la personalidad de sus contactados —e, indirectamente, sobre testigos y demás creyentes— llevan a la conclusión de que la actividad trascendente se ejerce mediante una agresión súbita e irracional sobre los centros de captación de la realidad cotidiana. La afirmación puede parecernos perogrullesca, pero pienso ya muy a menudo que son precisamente las verdades —y hasta las mentiras— de Perogrullo las únicas que, en contra mismo de nuestras aberraciones racionales, pueden conducirnos a la captación —que no a la comprensión— de cualquier fenómeno de los que venimos a llamar trascendentes.

Visiones, aromas, contactos físicos, voces o músicas y hasta sabores llegan, en el caso de las apariciones, de donde nunca sería lógico que llegasen. La mente, por su parte, interpreta los estímulos con arreglo a modelos suprarracionales de metalógica manipulada por las creencias oficialmente implantadas. Es natural que una mente virgen de complicaciones intelectuales explique cuanto choca con sus esquemas como proveniente de unos cielos prefabricados y de una divinidad impuesta secularmente a golpe de hisopo y cilicio mental.

Pero tengámoslo en cuenta: la impregnación trascendente se produce siempre desde el plano sensorial, precisamente cuando ese plano, base de nuestra experiencia inmediata, queda extorsionado mediante estímulos que no responden a los que la costumbre cotidiana nos ha habituado a aceptar como naturales y humanos. Si vemos, oímos, olemos, etcétera, «cosas» que lógicamente no pueden formar parte de nuestro entorno inmediato, no nos cabe más que rechazarlas o aceptarlas como procedentes de planos divinales previamente aceptados por el acatamiento a las fuerzas manipuladoras del poder espiritual. El «pienso, luego existo» cartesiano tiene un contrario que nada tiene que ver con discursos metodológicos: «creo, luego acepto». Así, sin más, por obra y gracia de unos estímulos que no deberían lógicamente producirse; por la acción de unas fuerzas que, no habiendo sido jamás catalogadas por la experiencia científica, caen de lleno dentro de los límites de lo incontrolado, de lo estrictamente imposible de explicación racional.

Los límites de la elección

Un siguiente escalón estructural que no parece ofrecer duda respecto a los posibles motivos por los que esos seres se ven abocados a su condición de contactos de algo indefinible, es que tal contacto se realiza sin que medie en modo alguno su voluntad. Su misma naturaleza, en cierto modo primitiva —o, al menos, sencilla y simple— les deja marginados ante una posible sospecha de fraude consciente o de previo deseo de entrar en contacto con la entidad extrahumana. Un repaso a las historias de las apariciones de Fátima, de La Salette, del Palmar de Troya o de cualquier otro lugar, nos da descripciones que no por manipuladas —naturalmente, por los sectores religiosos que han asumido el supuesto prodigio y se quieren servir de él— son menos claras en este sentido. Esos niños o esos adolescentes que fueron en su momento los protagonistas de los hechos no tenían, al menos en principio, voluntad alguna de establecer el contacto. Esa voluntad les surge, en todo caso, a posteriori e incluso, muy a menudo, no se trata tanto de voluntad como de necesidad o, eventualmente, de estímulos más o menos reclamados y exigidos por la masa de creyentes y de autoridades religiosas, ávidos todos de prodigios que susciten y afirmen su fe —implantada— y su esperanza —manipulada—.

La conclusión a la que puede llegarse en este sentido es que ese «lo-que-sea» que aparece envuelto en luz, sonido y aroma en espectáculo extraterreno, ha *elegido* su propio sujeto intermediario y le ha hecho servir de cebo —tan espiritual y trascendente como queramos reconocerlo— para ejercer su influencia sobre los demás y ponerse en supuesta comunicación unilateral con ellos. En cierto modo, sucede lo mismo que en los casos en los que un mago o un investigador del ocultismo encuentran, muy a menudo por obra del azar, un *médium* que les sirve para realizar experiencias que su misma naturaleza o su carencia de supuestos poderes les impiden llevar a cabo directamente. El o la médium, en tales casos, suele ser una persona que ni siquiera tuvo conciencia de sus cualidades hasta no ser descubierta. Y hasta se da el caso, bastante corriente por otra parte, de que esos supuestos poderes —que para mí no lo son, sino cualidades ajenas a la voluntad, precisamente cuando el poder implica un acto voluntarioso antes que cualquier otra cosa— habrían sido difíciles o

hasta imposibles de captar por el sujeto que los posee, porque su inteligencia o incluso alguna tara mental o física, le habrían impedido tomar conciencia de ellos por sí mismo.

El problema de las taras

En alguna —más de una — ocasión, he tenido oportunidad de escribir o decir que los *sujetos pasivos* de estas experiencias trascendentes eran gente tarada en muchos casos. Y tal afirmación, mal entendida, ha producido en determinados niveles socio-religiosos, y hasta en muy concretas personas fanáticas de la creencia manipuladora, reacciones de rechazo perfectamente comprensibles, pero inexactas. Porque se tiene un concepto visceralmente condenatorio del mal físico y psíquico y porque la sociedad —sobre todo la estrecha sociedad de creyentes a todo riesgo que aún queda por esos mundos— piensa todavía que conceptos como tara mental, herencia patológica o incluso palabras como cáncer o tuberculosis o psicosis se deben nombrar únicamente con términos como aquel de la «larga y penosa enfermedad» que se convirtió en su día en síndrome abstracto abarcador de todo lo feo e inmundo, y hasta presuntamente sucio y vergonzoso, que andaba por esos mundos de María Santísima.

Pienso que a las cosas conviene llamarlas por su nombre y que no sólo no ganamos nada, sino que perdemos mucho, si no lo hacemos así y camuflamos conceptos que nada tienen objetivamente de vergonzantes. Porque nadie —o supongo que muy pocas personas, tal vez dos o tres por millón y medio— podría enorgullecerse de no estar o de no haber estado enfermo en alguna ocasión, o de no ser un enfermo permanente. La enfermedad, sea la que sea, implica taras, crónicas o transitorias. Y esas taras —démosles su nombre y concedámosles su estricto significado— conllevan problemas que afectan de una u otra manera a la personalidad del individuo. E incluso hay otras ocasiones en que esas taras son provocadas y voluntarias, asumidas por el propio sujeto por medio de autocastigos —ayunos, vergajazos o cilicios— practicados para castigar, dominar o hasta transformar el cuerpo y sus sensaciones («la carne», si queremos utilizar el lenguaje pseudotrascendente del cristianismo).

Pues bien, esos males o taras o sacrificios voluntarios van

destinados (o tienen como consecuencia, si no interviene la voluntad) a una transformación de las perspectivas *físicas* o a una disminución de las facultades sensoriales, de captación de la realidad inmediata. Quiero decir que, bajo el efecto de una enfermedad, de una convalecencia o de un defecto permanente, físico o mental, genérico o de nacimiento, la percepción sensorial puede quedar alterada o afectada. Y, al ser así, puede quedar también trastocada en el sujeto en cuestión la apreciación del entorno físico y, de rechazo, la inalterabilidad —aparente sólo— de las reglas de la lógica racional. Y eso mismo puede suceder con ocasión de cambios naturales del organismo físico, como la pubertad o la menopausia.

Agujeros en la sensibilidad

Gracias a —o por culpa de— tales circunstancias, los sentidos, en su totalidad o parcialmente, pierden su importancia en tanto que vehículos de percepción de la realidad física e inmediata que nos rodea. Se convierten en una o varias tablas de una barca que hace agua por ellos: la barca humana. Es decir, que la realidad inmediata es captada de modo que, desde parámetros de supuesta normalidad, consideraríamos como defectuosos, como una miopía o una sordera.

Ahora bien, si pensamos que un error permanente de apreciación del entorno físico puede hacer que su realidad, supuesta y admitida, resulte alterada, cabe perfectamente admitir que *otra* realidad ajena al sujeto y no normalizada o autentificada por el mundo de los sentidos —transformadores y traductores de vivencias y fabricantes primarios de realidades tridimensionales inamovibles— pueda entrar a través de la zona afectada e imponer su propia permanencia. Por ejemplo, a través de una glándula endocrina sujeta a hipo- o a hiperfunción. Por ejemplo, a través de una ceguera o de una sordera. Por ejemplo, a través de una distorsión total de las funciones, provocada por un ayuno prolongado. Por ejemplo, a través de un cerebro trastornado por una psicosis o incluso insuficientemente desarrollado por un régimen de vida precario, carente de alguno de los elementos básicos para el desarrollo y la subsistencia.

En cualquiera de estos casos se produce un rechazo consciente o inconsciente del entorno. Y, consecuentemente, surge

una zona —mental o anímica— no encajada adecuadamente en la realidad cotidiana. Zonas en las que han de producirse *grietas* en lo referente a la captación supuestamente correcta del entorno que llamamos normal y cotidiano. Grietas por las cuales puede entrar otra faceta de la realidad, ajena al mundo aceptado como normal y capaz de hacer vivir otras realidades o, al menos, capaz de permitir que otras formas de realidad normalmente ignoradas pero presentes en nuestro entorno cósmico se hagan patentes para ese sujeto en un aquí y un ahora.

Los ejemplos no faltan en ningún caso y muchos de ellos he tenido ya oportunidad de citarlos en otras ocasiones, para escándalo de ciegos creyentes incapaces de entender una realidad que no sólo debe creerse a pies juntillas. Es la tara de alcoholismo hereditario sufrida por Bernadette Soubirous, la pubertad de las niñas de Garabandal, los éxtasis de santa Teresa durante su convalecencia en Becedas, la mente primitiva y sin desarrollar, precariamente alimentada, de los niños pastores de Fátima (dos de ellos, por cierto, enfermos y muertos precozmente), la estulticia de san José de Copertino, reconocida por todos sus superiores. En todos los casos, o en un abrumador porcentaje de ellos, eso que podría llamarse tara, defecto, enfermedad o herencia surge como detonante —demasiadas veces ignorado— del contacto con la otra cara de la realidad, con la aparición, con el milagro prodigioso.

Dos grados de la manipulación

En un primer momento del reconocimiento de esta circunstancia, surge la sospecha de que toda esa caterva de visiones, éxtasis, mensajes e histerias no son más que alucinaciones de mentes enfermas y de cuerpos disminuidos. Admitiendo que a veces sí es así, no nos damos cuenta de que *eso* no basta en modo alguno para definir unos hechos que se producen ahí mismo, con toda una sobrecarga de irracionalidad imposible de explicar, pero también imposible de achacar de modo simplista a la pura alucinación.

Porque resulta, en el caso de las apariciones al menos, que nunca es suficiente la circunstancia de los sujetos más o menos afectados por eso que he dado en llamar —con perdón siempre— taras. Ese elemento no es más que uno de los facto-

res, entre otros muchos que podemos catalogar —lugar, momento histórico, oportunidad colectiva, instante socio-cultural, circunstancia religiosa— y otros que permanecen ignorados y que, de ser conocidos, nos permitirían clasificar y definir lógicamente unos fenómenos que, si algo tienen de común, es en primer lugar su absoluta falta de adecuación con la fenomenología racional, y en segundo término su manipulación por parte de los grupos dominantes de presión religiosa, que tratan (y a menudo lo consiguen) de adjudicarse los motivos y apellidarlos con arreglo a las coordenadas de su particular teogonía salvífica.

Sin embargo esta manipulación, con ser tremendamente significativa, es secundaria. Y conviene que no lo olvidemos. En cierto modo, podríamos llamarla la manipulación de la manipulación, porque sólo trata de aprovechar la circunstancia para poner nombres y apellidos con los que tratará de hacerse cargo exclusivo del prodigio para que coincida con las premisas trascendentes que conforman su propia teoría de la dependencia humana: salvación para quienes están con ellos y les acaten, condenación eterna para quienes se opongan o pretendan ignorarles.

Por encima de esa manipulación está la otra, la que llega desde una realidad que se opone a todo intento de catalogación, racional o espiritual; la que afecta, sin definiciones válidas, a todo el género humano, sea cual sea su circunstancia social, religiosa, política, histórica o, simplemente, humana.

Un espacio concreto, inmutable, preciso

Aun a conciencia de que siempre desconoceremos el factor decisivo que desencadena el fenómeno trascendente o ultradimensional de las apariciones y los cultos, cabe que, cuando menos, tratemos de analizar los que se nos evidencian, o siquiera la apariencia que adoptan para hacérsenos patentes. Y dentro de esas cualidades parece claro que *el lugar* es un desencadenante del prodigio.

La tradición religiosa popular occidental está repleta de recuerdos de imágenes de santos y vírgenes —santos sospechosos en general y no menos sospechosas vírgenes negras— que, a su modo, *exigieron* que se les levantara su santuario en un espacio concreto. Se cuenta eso de la virgen de Guadalupe

(Cáceres), de la de la Balma (Castellón) y de tantas otras que sólo enumerarlas aburriría. En todos los casos hay un encuentro de la imagen en un lugar concreto: cueva, hueco de árbol, zarza o losa, tanto da. Hay igualmente un intento de las autoridades civiles y religiosas de llevarse la imagen a la localidad cercana para instalarla con todos los honores en la parroquia. Entonces sucede un prodigio que admite variantes: o la imagen regresa sola por la noche al lugar donde fue encontrada sin que nadie contribuya en apariencia a su traslado, o bien se niega a ser trasladada aumentando su peso de tal modo que resulta imposible subirla a la carreta que le destinaban; o bien los animales uncidos a esa carreta se niegan milagrosamente a dar una paso con la imagen encima. Consecuencia: se levanta el santuario en el sitio exacto donde tuvo lugar el encuentro.

En ocasiones, cosas parecidas tienen lugar también con determinados santos. El san Marcos venerado en la parroquia de Corcubión (Finisterre, Coruña), iba al parecer en un barco veneciano que quedó encallado en las arenas de la ría hasta que, no se sabe bién por qué, sus tripulantes consintieron en dejarle allí. Por su parte, san Fausto, que era del pueblo de Alguaire (en Lérida), dejó dicho que, al morir, subieran su cuerpo a un caballo y le dejasen donde el rocín decidiera; el caballo atravesó nada menos que Aragón y Navarra, y, al llegar a las cercanías de Bujanda (Álava), cayó tres veces, como avisando (y dicen que se ven las huellas de las herraduras en los tres lugares donde fue a caer), y murió desfallecido en la entrada de la aldea, donde dejaron el cuerpo del santo, que todavía puede verse, momificado, en la iglesia parroquial.

Aquí y en ningún otro lugar

La crónica piadosa de las apariciones marianas tiene las mismas características o, al menos, los mismos resultados. Siempre, la virgen de la aparición comunica a sus pupilos su ferviente deseo de que se le levante un santuario en el lugar preciso de su presencia. El problema estriba en que al ser esos lugares, en general, de dominio espiritual católico, el deseo de la aparición tiene que pasar por el consentimiento de las autoridades eclesiásticas, las cuales jugarán previamente con toda una serie de supuestas pruebas que, en apariencia, habrán de autentificar la ortodoxia (?) del prodigio. Hay casos,

como Fátima, Lourdes o La Salette, en los que la Iglesia se convenció rápidamente de la verdad de sus milagros. Con las mismas o parecidas pruebas, con testigos al parecer suficientes para llenar trenes enteros, Garabandal o el Palmar de Troya —por citar ejemplos inmediatos y recientes— no han obtenido el *placet* vaticano. El porqué supongo que queda en los límites de la que anteriormente denominaba manipulación secundaria.

Pero no importa. Para el pueblo, o para determinados sectores religiosos, unos ya existentes, otros formados a la sombra de la misma aparición, lo vivido o lo sentido o lo visto allí es suficiente para que se despierte, de modo activo, la devoción masiva. Garabandal sigue atrayendo masas de fieles dispuestos a sentir la presencia de las apariciones que nadie más que las niñas mediúmnicas han contemplado. Y la devoción ortodoxa se va desviando, al menos en ciertos sectores, hacia la otra devoción propia de nuestro específico contexto cultural: el fenómeno OVNI. Lo que la Iglesia cristiana rechazó —a pesar de audiencias especiales del papa Pablo VI a las niñas del prodigio y a pesar del impacto que las apariciones causaron en el mundo católico— lo recogió la nueva religión tecnológica sin apenas transformación.

El Palmar de Troya, por su parte, se ha convertido en núcleo religioso de una secta ultracatólica e integrista que ha proclamado —precisamente allí— su independencia de unos poderes vaticanos supuestamente vendidos al marxismo y ha emprendido el levantamiento del santuario en el preciso enclave que designó la aparición y confirmaron los presuntos prodigios.

Apunte para una razón de la sinrazón

Si repasamos los testimonios de los seres que han servido de intermediarios a las apariciones, observaremos que hay una insistencia —constante y hasta a menudo machacona— en mensajes en los que, fundamentalmente, se habla de arrepentimientos, de penitencias, de sacrificios y de consuelo a los que sufren. Hay, pues, una constante que merece tomarse muy en cuenta: *el dolor*. Cualquiera que haya pasado por el santuario de Lourdes o por Fátima habrá tenido la ocasión de contemplar escenas de máximo dolor y de increíble masoquismo. Los trenes a Lourdes son trenes en los que se ha concentrado, fundamentalmente, el dolor de los desahuciados, de los desesperados, de los que saben que sólo un milagro puede hacerles crecer la pierna cortada o desaparecer la metástasis tumoral incurable. Todos van al santuario con su dolor a cuestas, con su muerte temida a cuestas y cada cual con la conciencia, nunca expresada, de ser el agraciado de turno —porque no faltan los milagros de turno, para que la llama de la fe y de la esperanza se mantenga— en la gran lotería del sufrimiento, del prodigio. Piscinas repletas de enfermos llagados, empapándose unos a otros y empapando el agua con sus miserias, gritos en los que se mezcla el dolor y el arrepentimiento de supuestos pecados, filas interminables de carritos de inválidos, formaciones paramilitares de pustulosos hediendo su propia putrefacción, columnas de mancos, de ciegos, de jorobados, de parturientas. Un espectáculo, en fin, en el que parece reunirse *aposta* todo el dolor humano, donde parece concentrarse todo el sufrimiento en una plegaria masiva dirigida a lo fundamentalmente desconocido.

Porque se da el caso de que ese dolor esencial no viene únicamente de los enfermos. Atención, por favor: la aparición reclama también —y sobre todo— arrepentimiento y sacrificio. Yo he visto a hombres y mujeres descalzos, caminando sobre guijarros puntiagudos hacia el pinar de las apariciones de Garabandal. He visto manos desgarradas de gentes que se han prendido de los espinos para sangrar ante el lugar sagrado donde *saben* que se apareció Nuestra Señora. He visto —y he oído— brutales golpes de pecho de presuntos pecadores que no acierto a adivinar aún cómo pueden llegar a saber que han sido perdonados o al cabo de cuántos porrazos se producirá el perdón.

Atención, porque estamos de nuevo —una vez más a lo largo de la demasiado larga historia de las creencias impuestas— ante un rito esencialmetne doloroso y masivo, consciente, asumido, consentido y precisamente *concentrado en un determinado espacio previamente designado y reclamado por la aparición*.

Me parece que, en cierto sentido, estamos empezando a alcanzar el fondo —o uno de los fondos— del misterio: el porqué de ciertas concentraciones masivas y dolorosas del fenómeno religioso de las apariciones.

Un hecho a tener en cuenta, que en más de una oportunidad he tenido ocasión de traer a colación, es el de la existencia de lugares mágicos que han mantenido sus cualidades, en muchos casos, desde la prehistoria hasta nuestros días. Se ha dicho que tales lugares son centros de poder, encrucijadas de corrientes telúricas, ombligos del mundo en los que se concentran determinadas energías cósmicas. Se ha afirmado con la misma insistencia (por parte de la ciencia racionalista) que se trata simplemente de enclaves elegidos al azar por los seres humanos y conservados atávicamente como núcleos religiosos, o (por parte de la heterodoxia esotérica) que son enclaves en los que determinados iniciados o seres especialmente sensitivos han captado las fuerzas profundas que rigen el universo.

No importa ahora seguir haciendo cábalas sobre la naturaleza de tales lugares. Nunca, creo, llegaríamos por medio de nuestros conocimientos a encontrar una explicación convincente a su existencia. Pero el hecho de que no la encontremos no significa en modo alguno que no exista. Simplemente, se trata de una explicación que cae fuera de nuestros planteamientos lógicos o científicos. Aceptémoslos, si queremos, tal como son y veamos cómo en ellos —alucinación o hecho consumado— se repite secularmente el fenómeno paranormal, el contacto consciente o intuido con la Otra Realidad, sea aparición virginal, presencia angélica, fenómeno OVNI, culto arcaico consecuente a prodigio perdido, o acumulación de heterodoxias metódicamente combatidas por los poderes espirituales y ocasionalmente aniquiladas a sangre y fuego.

Una evidencia es común a esos lugares: o siempre a lo largo del tiempo o en un determinado instante más o menos prolongado de la historia, han concentrado, en un espacio concreto, a una masa numerosa de *humanidad doliente*, llegada de muchos puntos diversos para exponer, lavar y proclamar sus máculas y para pedir, en medio del dolor, que le sean quitados los males del cuerpo y perdonados los males del espíritu.

Visitar aún hoy los que fueron, con toda probabilidad, los santuarios ibéricos más importantes del mundo antiguo, es toda una lección de continuidad histórico-religiosa. El de Castellar de Santisteban, en la provincia de Jaén, está formado por una enorme cárcava de la que, en su día, manaba una fuente que iba a verter sus aguas en el río vecino. Hasta hace no tantos años, los del pueblo vendían «muñecos» a buen precio a quien aparecía curioso por allí, buscando el recuerdo arqueológico. Los tales «muñecos» eran los exvotos de bronce que se habían acumulado en cantidades ingentes en el lecho del riachuelo, como hoy se acumulan en los muros de La Balma, en Fátima, o en cualquier otro santuario de fama reconocida o pretermitida: las piernas, los ojos, las manos, los oídos o los senos de cera ofrendados por quienes llegaron a aquellos pagos a impetrar los favores de la divinidad patrona o de la aparición reconocida. Esos exvotos de bronce, que hoy se acumulan a millares en los museos arqueológicos, nos dan cuenta de una humanidad heterogénea, compuesta por todas las castas y por todos los estamentos, que acudía al lugar sagrado en busca precisamente de consuelo o de curación a su dolor. Allí vemos imágenes de guerreros, de pastores, de jóvenes y de viejos, de parturientas, de campesinos, de carreteros, de sacerdotes, de seres simples que aparecen, en ocasiones, con las manos extendidas en oración petitoria, en ocasiones cojos o mancos, o señalándose el punto donde, seguramente, estaba implantado su mal.

Si damos un salto de un milenio al otro extremo de la Península y evocamos lo que, en su momento, fue Compostela y lo que fueron los caminos que conducían hasta allí, comprobaremos también que, en buena parte, el fenómeno del dolor masivo se repetía. Allí están los restos de los hospicios y de los lazaretos del camino, destinados a albergar a la masa de enfermos y de leprosos. Allí están las primeras crónicas, que nos hablan de penalidades sin cuento que tenían que sufrir los peregrinos y que, para muchos, constituían un acto de auténtica purificación. Ahí está, sin más, el recuerdo popular de los milagros, en los que surgen condenados, reos de muerte, enfermos del cuerpo y del alma que transitaban por la ruta en una marcha constante del sufrimiento a la esperanza. Porque, naturalmente, lo mismo que sucede hoy en los trenes de en-

fermos a Lourdes, nadie se lleva consigo sus dolores sin una esperanza, por remota que sea, de librarse de ellos. La fe, la oración, la penalidad sin cuento de un largo camino o de un corto trecho recorrido de rodillas o a rastras, o con los pies descalzos y llagados, sólo se compensa con una siquiera vaga convicción de que, al final, todo lo malo, lo doloroso, lo sangrante y lo purulento habrá de desaparecer.

Traed con vosotros todo vuestro dolor y entregádmelo

Lea quien lo desee los mensajes emitidos machaconamente por las apariciones y transmitidos por sus angelicales contactados: allí está claramente expresado todo. Que acudan los enfermos, los lisiados, los que sufren mal de cuerpo o de alma, porque en aquel lugar sagrado habrán de ser consolados. Y los enfermos y los lisiados, etcétera, acuden en masa y uno de cada diez mil, o cien mil, o uno de cada diez millones... sana milagrosamente, con todas las autentificaciones necesarias de una ciencia que, esa vez, se ha tropezado con la horma de su zapato, con lo auténticamente imposible, luego con lo básicamente milagroso. Un hombre con los huesos de una pierna hechos astillas desde diez años atrás, acude a Lourdes y sale con su pierna completamente restablecida. Científicos de toda solvencia (Alexis Carrel, por ejemplo) y escritores impregnados de racionalismo a la moda (Zola) se asombran y se rasgan las vestiduras ante un *show* cósmico con prodigio inexplicable incluido. Prodigio auténtico y autentificado, imposible de poner en cuarentena o de olvidarlo a beneficio de posibles inventarios.

Sin embargo, nadie parece caer en la reflexión de que, en aquel preciso lugar mágico o milagroso y para aquel presunto patrón divinal, importa mucho menos, infinitamente menos, esa curación aislada que la masa ingente de dolientes que nunca llegarán a curarse y habrán de regresar a su destino después de haber entregado su correspondiente ración de energía dolorosa. Naturalmente, las fuerzas vivas manipuladoras secundarias del cotarro, que han encontrado en esos santuarios milagreros un medio supletorio de acumulación de poder y de divisas, tienen preparada su respuesta para justificar esa discriminación: los designios divinos son inalcanzables; nadie puede juzgar la obra del Dios, sino aceptarla y

adorarle por ella. Se refocilan cuando sucede un nuevo prodigio y consuelan con palabras prefabricadas a quienes no tuvieron la suerte de aquel solitario que fue tocado por el favor celestial. Y, por otra parte, siempre hay espectáculos histéricos de pretendidas curaciones que contribuyen al mantenimiento de la llama sagrada.

Aquí hay algo que, aun no teniendo explicación lógica, sí parece tener un sentido concreto, al margen de su esencial incomprensibilidad. A mí, al menos, se me plantea como un paralelo con la imagen del pescador que arroja unas pocas migas de pan seco en el remanso de un río. Los peces acuden en masa; unos pocos conseguirán efectivamente su migaja, pero *todos ellos* caerán en las redes y servirán de presa al pescador. ¿Quién sirve en este caso a quien? ¿Los peces que acuden ansiosos de un bocado exiguo que llega de su Más Allá —de fuera de las aguas que constituyen su hábitat— o el ser humano que abarca con su poder el agua y el aire —es un decir— y puede aprovecharse para beneficio propio e inmediato del deseo instintivo o de la neccesidad de supervivencia de los pececillos?

10

De cómo el pez grande vino a comerse al pez chico

La escala dimensional de la evolución

Si intentásemos establecer la sucesión evolutiva de los seres del cosmos a niveles de conciencia dimensional —y tendré que pedir excusas por lo que me temo que pueda parecer una definición muy poco ortodoxa—, deberíamos partir de una conciencia-punto, que correspondería, en líneas generales, al que llamamos mundo mineral. Una piedra o un grano de arena, o un objeto natural o artificial inorgánico, *está en un lugar* preciso, ocupa un espacio limitado y no puede desarrollar la energía necesaria para su autodesplazamiento. Si es que existe en este ser objeto algún tipo de conciencia —y no hay nada que impida pensar que la posee— esa conciencia estará constreñida al punto exacto de su ubicación. Es, pues, una conciencia que podríamos llamar *adimensional* (aunque, de hecho, sabemos que ocupa un espacio que contiene las tres dimensiones, si bien no podrá tener conciencia de ello).

El mundo vegetal crece y se desarrolla por sí mismo, nace y muere y crece, aunque tampoco tiene la capacidad de desplazarse. Su punto de referencia espacial está en su contacto con la tierra y, a partir de ella, su camino hacia arriba (tronco, ramas, hojas, flores) y hacia abajo (raíces). Su eventual conciencia sería la línea, es decir, la *unidimensionalidad.*

Avancemos la sospecha que le asaltará a más de un lector: no hay, de hecho, un límite estricto que sirva de frontera definida a los seres de la naturaleza. Del mismo modo, no existiría un punto en el que se pudiera afirmar taxativamente que, antes de él, sólo hay conciencia adimensional y, al otro lado, otra unidimensional (y así sucesivamente). Tomo voluntariamente *bloques enteros de conciencia* y pienso que cada cual podrá representarse, por su cuenta, esas zonas de nadie en las que se produce el paso de un tipo de conciencia al siguiente. Continuando, pues, con la escala iniciada, nos encontraremos ante los seres inferiores del reino animal, que tienen conciencia primaria de desplazamiento superficial, como podría tenerla un supuesto ser de *dos dimensiones*. Un gusano de seda tiene conciencia de la hoja de moral que devora y por la que se desplaza, pero ignora esencialmente los volúmenes. Sin embargo, ese mismo gusano, llegado al ápice de su evolución física, deja súbitamente de comer, se envuelve en la seda que él mismo segrega por centenares de metros, hasta formar un capullo, y muere materialmente, se pudre y se seca dentro de su caparazón para resucitar —pues se trata de una auténtica resurrección y hasta he sentido tentaciones de escribirla con letras mayúsculas— en una mariposa de vida precaria que, durante unas horas, es *casi* capaz de volar, de palpar los límites de una conciencia *trimensional.*

Si continuamos analizando la conducta de los animales superiores (incluyendo ya en ellos desde insectos y crustáceos capaces de saltar o de volar hasta los simios antropoides), nos daremos cuenta de que, en ellos, como en la mariposa, hay ya una conciencia *tridimensional* que les permite captar instintivamente la altura, la profundidad o los contornos de su espacio vital, moverse entre ellos y mantenerlos como límite de captación.

Por su parte, el ser humano, en tanto que grado evolutivo inmediato, se mueve, lo mismo que los animales superiores, en un espacio que sus sentidos —nuestros cinco sentidos más ese sexto sentido mental del que hablan los orientales— dictan como tridimensional y que, por lo tanto, limita su percepción inmediata. Sin embargo, un grado superior de conciencia —llamémoslo su condición de animal racional— le lleva a intuir, aunque sea de modo primario, la dimensión inmediata, de la que en cierto modo se siente —nos sentimos tú y yo,

amigo racional— esclavo. Se trata del concepto del *tiempo*, de la dimensionalidad temporal que domina el curso de nuestra existencia y marca la pauta, tengamos o no conciencia clara de ella, de eso que denominamos nuestra trascendencia.

Tú mi da'una cosa a mé, ío ti dó una cosa a té

Hace ya unos treinta años, cuando el movimiento llamado neorrealista convirtió a Italia en una potencia mundial en la industria cinematográfica, se realizó una película en color, *Carrusel napolitano*, tal vez la primera en aquel mundo latino de la segunda posguerra mundial, en la cual, en clave de espectáculo musical, surgían una vez más todas las lacras y los terribles avatares de un mundo que había aprendido algo —no mucho, por desgracia— de los centenares de millones de muertos que habían producido cuatro años de contienda.

En aquella película había un número —repito que se trataba de un film musical— en el que todos los componentes jugaban al toma y daca casi cósmico que patentizaba la mutua dependencia de los seres humanos: «Tú me das una cosa a mí, yo te doy una cosa a ti», decían, haciendo intercambio de las cosas más peregrinas que cabría imaginar en el mundo.

Viene a cuento aquel recuerdo —que para muchos será ya prehistórico— con la interdependencia que podríamos establecer y que, de hecho, existe ya en todos los seres que pueblan el cosmos. *Todo le sirve a alguien*. Nada hay que, de uno u otro modo, no sea útil a otro, que lo habrá de tomar a cambio de algo que él, a su vez, puede proporcionar a un tercero. El mundo, en este sentido, es un constante intercambio de necesidades y de hartazgos entre los entes que lo pueblan.

Los seres de conciencia unidimensional, el universo de los vegetales (dicho de modo amplio y necesariamente inexacto, sólo estructuralmente válido), se nutren del mundo adimensional de los minerales, extrayéndoles directamente las sustancias necesarias para cumplir su *función vital.*

Los animales primarios, por su parte, extraen su alimento principal de las plantas, que previamente han tomado de la tierra las sustancias nutricias. A su vez, los animales más evolucionados, lo mismo que los seres humanos, se alimentan indistintamente de materias vegetales y de otros animales, en una especie de síntesis alimentaria y vital que se hace progresivamente complicada, en tanto que ha de nutrir órganos también progresivamente más evolucionados que hace que las funciones vitales exijan una mayor complejidad acorde con los estudios evolutivos de seres con necesidades de nutrición diversas, según los órganos que hayan de mantener. El mundo exige ese escalonamiento, del mismo modo que lo exigen todos los seres que lo componen, de tal modo que aquello que toman de los estadios inferiores de la evolución supone síntesis cada vez más complejas y, a su vez, hacen entrega de elementos todavía más complicadamente sintetizados a los que forman parte del escalón evolutivo inmediato. Con escasas variantes, que creo que sólo servirían para confirmar los hechos, así se establece la armonía de la naturaleza.

El hombre en tanto que ser que se alimenta

A medida que los seres de la naturaleza alcanzan grados superiores de conciencia, sus necesidades alimentarias se diversifican y, sobre todo, tienen que cubrir campos cada vez más amplios. Si, por ejemplo, a una planta le basta con sintetizar los alimentos que le proporciona la tierra y que toma del aire para crecer y echar hojas y ramas y frutos, a una oruga sedera le será necesario tomar de la hoja de la morera sustancias que no sólo le permitan alimentarse y crecer, sino también fabricar la seda que le dará la posibilidad de envolverse en el capullo del que habrá de salir la mariposa con toda su complejidad orgánica. Un mamífero, por su parte, necesitará que los alimentos ingeridos le den robustez de músculos y una vitalidad sanguínea que le permita regar un cerebro relativamente desarrollado, más toda una serie de vísceras con funciones tremendamente complejas y diversificadas.

El ser humano, por su parte, posee una capacidad de raciocinio supuestamente superior a la de cualquier animal. De hecho, el rasgo distintivo de la especie humana es precisamente la razón. Pues bien, esa capacidad debe también ser alimentada, porque todos sabemos que surgen cierto tipo de taras cerebrales que son ocasionadas por la carencia de sustancias concretas necesarias para esa particular y compleja función y para nada más. Pensemos igualmente que, en el caso del ser humano —lo mismo que en el de muchos otros animales y hasta en el de las plantas— la alimentación no se

lleva a cabo únicamente por la vía digestiva (directa, podríamos decir), sino por otros muchos caminos. Hay una alimentación producida por el sueño, por la respiración y hasta existen —aunque no siempre se practiquen— una alimentación *emocional* y una alimentación *intelectual*, cuya carencia puede también causar trastornos que afecten a la personalidad humana. Y créase que no lo digo como metáfora, sino que esas necesidades existen realmente como tales, como energías vitales que deben cubrirse y fomentarse, precisamente porque el ser humano, aunque muy a menudo de modo inconsciente, es un sujeto tan inserto en su propia evolución como pueda serlo el gusano de seda, y no podemos pensar en modo alguno que se ha alcanzado un límite evolutivo más allá del cual no podremos pasar. No sólo no es así, sino que esa evolución forma parte integrante de la naturaleza humana, del mismo modo —sólo que con mucha mayor complejidad— que forma parte de la naturaleza de los animales inferiores la utilización o la absorción de determinados alimentos que les permitirán la conservación de la especie en su lucha continua por sobrevivir a la selección natural. En líneas generales, el ser que mejor y más razonablemente atienda a sus necesidades vitales y alimentarias será siempre el que tenga mayores probabilidades de supervivencia y, por tanto, de evolución selectiva.

Vemos, pues, que cada especie —y el ser humano, en tanto que es especie, hace lo mismo— se alimenta de lo que le proporcionan las criaturas en estadio evolutivo inferior, usa sus energías y su capacidad primaria de síntesis de los alimentos naturales que, en estado puro, serían ya imposibles de asimilar, y muestra su nivel evolutivo por el uso que hace de su preponderancia sobre esos otros seres. Pero no deja de resultar curiosa esa dificultad progresiva en los procesos de asimilación; más que curiosa, significativa, puesto que se acentúa en razón directa con la complejidad orgánica de los seres a todos sus niveles y, naturalmente, al nivel mismo de su percepción o conciencia de la dimensionalidad, agudizada al máximo en el ser humano, que es el ser racional por excelencia.

Cualidades y dimensiones

Partimos del hecho, universalmente admitido (a pesar de lo cual habría que someterlo a un análisis de certificación de

certeza) de que el ser humano se distingue precisamente por su cualidad de ser racional. La razón y sus consecuencias es lo que distingue, pues, a la humanidad.

Del mismo modo, cada estadio evolutivo de la naturaleza se distingue por una cualidad que, curiosamente, marcha paralela con el sentido de conciencia dimensional que antes especificábamos. De modo que la conciencia adimensional se corresponde con la cualidad de *la inercia*, la unidimensional con *el impulso*, la bidimensional con *el instinto* y la tridimensional con *la voluntad*. El ser humano, a cuestas con su conciencia cuatridimensional —por más errada e inexacta que tenga la concepción temporal— es el detentador de *la razón*. En esquema, la pauta evolutiva sería así:

Especie	*Conciencia dimensional*	*Cualidad*
minerales	adimensionalidad	inercia
vegetales	unidimensionalidad	impulso
animales i.	bidimensionalidad	instinto
animales s.	tridimensionalidad	voluntad
seres humanos	cuatridimensionalidad	razón
... ? ...	pentadimensionalidad	... ? ...

Partiendo, pues, del grado más evolucionado *racionalmente conocido* —el género humano, es decir, nosotros— cabe afirmar que cada grado sucesivo de evolución, cada especie, está en condiciones de dominar y de manipular a todas las que se encuentran en estadios inferiores. El vegetal domina al mineral (a la tierra) y se alimenta de él. Y así sucesivamente hasta el ser humano, que, provisto de su suprema arma mental (la razón en cuestión) domina, manipula y se aprovecha a todos los niveles de los seres que evolutivamente le anteceden. Este factor le confiere lógica (racional) conciencia de superioridad y le hace suponer, por medio de esa suprema arma que tiene consigo, que se encuentra en la cúspide del poder cósmico o, al menos, del poder planetario.

Pensemos un poco, aunque sea, de momento, al menos, para sacar soluciones aparentemente perogrullescas. ¿Por qué cada especie es vencida y manipulada por las que poseen la conciencia dimensional un grado al menos superior? Creo que

la respuesta es casi obvia: porque cada una de las *cualidades* inferiores *ignora* visceralmente a las que la siguen, aunque *sepa* que están ahí. Y, en consecuencia, no puede sustraerse conscientemente a su lógica agresión. Hablando en términos dimensionales —que son precisamente los que nos van a servir para captar en lo sucesivo la manipulación de la que somos nosotros mismos objeto— hemos de admitir que cada conciencia dimensional carece de las condiciones necesarias para captar el ataque y el domino que se ejerce sobre ella desde otro plano dimensional.

Si imaginamos la conciencia del gusano (bidimensional) sólo capaz de entender a su manera la superficie sobre la que discurre su existencia, una agresión llegada desde *arriba* o desde *abajo* le encontrará inerme. Hagamos la prueba si queremos. Coloquemos a nuestra oruga sedera sobre su hoja de moral. Acerquémosle un palito desde el nivel de la superficie de la hoja; la oruga se moverá en dirección contraria. Sin embargo, si ese acercamiento lo efectuamos desde arriba, la oruga será incapaz de captarla y podremos atravesarlo sin que el pobre bicho llegue a saber nunca desde dónde le ha llegado la agresión y sin haber podido hacer absolutamente nada para evitarla o para defenderse de ella.

La razón, ¿punto final?

Hemos tomado tan a pecho nuestra supuesta cualidad de reyes del planeta que, echando mano de nuestra arma suprema —la consabida razón, esa Razón que hasta hicieron Diosa Suprema los *sans-culottes* de la Revolución Francesa—, y con la ayuda de todas las fuerzas de presión de que disponemos, nos hemos fabricado a nuestra imagen y semejanza toda una teoría del poder racional, de la que nos hemos constituido en cúspide, cima y corona. Y hemos sido tan orgullosos y nos hemos sentido tan satisfechos con nuestras posibilidades que, más allá de esa cúspide sobre la que nos hemos izado, sólo admitimos —y eso no siempre— a un Supremo Hacedor sobre el que descargamos todo aquello que cae fuera de nuestro entendimiento.

Claro que sucede también que, ocasionalmente —y por más creyentes que seamos o que nos hayan pretendido hacer a lo largo de nuestro ya prolongado proceso histórico—, surgen fenómenos que, aunque resultan incomprensibles para nosotros, resultaría también ridículo y bochornoso adjudicárselos a esa divinidad suprema que nos hemos fabricado a nuestra imagen y semejanza. Y entonces nos encontramos, como dicen en los pueblos, con el culo al aire; totalmente desasistidos, incapaces de *racionalizar* los hechos que no tienen *razón* y sin la menor posibilidad de definirlos, es decir, de transformarlos o de dominarlos y hasta de defendernos de su agresión, cuando la hay. Por el contrario, son fenómenos que nos dominan a nosotros, que juegan a pídola con nuestra suprema razón y la enfangan y la inutilizan lo suficiente como para que empecemos a dudar de ella en tanto que cualidad suprema en la evolución natural de las especies.

La cosa viene a plantearse como un gran despropósito cósmico. ¿Creíamos que la razón, nuestra razón, lo podía absolutamente todo? ¡Pues toma irracionalidad a espuertas pudiendo con ella! ¿Nos imaginábamos la cúspide de una escala evolutiva sin más límite que nuestro Dios infantilmente infinito o nuestra no menos deificada razón? ¡Pues toma absurdos fenómenos que se ríen de nosotros y en nuestras propias barbas y nos dejan inermes frente a una realidad que, deliberadamente, por orgullo supremo, habíamos tratado de borrar!

Objetos (y conceptos) no identificados

A lo largo de nuestra historia de seres racionales y pensantes, inventores de tecnología y presuntos soberanos del planeta, han estado surgiendo constantemente ante nuestras conciencias fenómenos que la razón ha sido incapaz de explicar, aunque, siguiendo un proceso lógico del pensamiento racional, ha tratado de encajar en determinadas coordenadas de nuestra mente cuadriculada. La necesidad de dar un cauce a los fenómenos evidentemente irracionales es la que, al fin y al cabo, ha obligado al ser humano a inventarse a Dios, pero el orgullo de sentirse propietario exclusivo de todo un planeta es lo que, por su parte, le ha inducido a establecer escalas serias de comunicación o estadios conscientes de relación con Él. El ser humano, con toda su aureola de racionalismo, se sentía en la misma cumbre que había fabricado y todo cuanto no entraba en los límites de su entorno racional se atribuía —o se sigue atribuyendo ocasionalmente— a la divinidad abstracta.

Y esa atribución dejaba al hombre *siempre* como dueño y señor —o como inquilino privilegiado— de su propio entorno. Dios absorberá lo que quede del ser humano después de la muerte; Dios —y sólo Él— marcará los límites del comportamiento humano; Dios habrá sido el fabricante de la pirámide evolutiva de la que constituimos la cumbre y el que habrá colocado al hombre en su puesto inamovible.

En cuanto a todos los fenómenos que escapan a la clasificación racional y que surgen en nuestro entorno, que están ahí mismo y que no pueden negarse, identificarse ni catalogarse (y ni siquiera adjudicarse a la divinidad, porque son demasiado cotidianos, demasiado «de andar por casa» para adjudicárselos directamente), hemos optado por varios caminos, que se han sucedido a lo largo de la historia, según haya dominado en nuestra civilización racional el sentimiento de dependencia divina o la razón científica a ultranza, con todos los estadios intermedios por los que hemos atravesado.

La primera explicación, propia de estadios deístas o de épocas dominadas por la manipulación secundaria de los grupos de presión de origen o de extracción religiosa, viene a atribuir cualquier manifestación de fenómenos no identificados a *emanaciones* o a *enviados* del dios de turno: dioses menores, sefirots, santos o ángeles que proceden de la divinidad, que son «sus hijos» como nosotros somos «su obra», o sus enviados, que vienen como portavoces de sus advertencias y que —lógicamente— se presentan de manera prodigiosa e intangible, como corresponde a su categoría de origen divino.

A medida que la ciencia avanza en el discurrir de la historia, muchos fenómenos que anteriormente carecían de explicación racional ya la tienen. Consecuentemente, la cotización divina baja muchos enteros e incluso, en numerosas ocasiones, se ha de declarar en quiebra o, al menos, en suspensión de pagos. Una tormenta puede ser explicada y prevista, como puede explicarse —y dicen ya que preverse— un terremoto. Se sabe por qué una hierba (antes milagrosa) o un agua (antes sagrada) pueden curar determinados males. Se sabe por qué se producen fenómenos antes divinizados. Como consecuencia, surge una segunda explicación a cuanto aún continúa sin ser explicado. O debemos esperar, pues ya llegará en su día el momento de esa explicación, en cuanto la ciencia lo descubra, o se trata de alucinaciones que no son más que producto de mentes temporalmente (o perennemente) afectadas

por alguna conexión defectuosa en sus circuitos racionales.

La tercera solución viene, en cierta manera, de la transferencia del concepto divinal al mundo de la ciencia racionalista. Conociendo —mal, por supuesto— los avances científicos y presuponiendo —todavía peor— las perspectivas que aguardan a la ciencia en el futuro más o menos próximo que se nos avecina, un sector cada vez más numeroso de la humanidad se ha planteado la evidente existencia de *otras humanidades* en otros sistemas planetarios del Universo, suposición evidentemente lógica, que a estas alturas no admite duda ni suspicacias y que incluso los remisos del deísmo religioso a ultranza aceptan sin posibilidad de contraponer una negativa racional. A continuación, han adjudicado a tales humanidades un grado de avance *tecnológico-científico* ligeramente superior al nuestro (suponiendo siglos o milenios de desfase cultural y tratándose de sólo unos grados, a los que nosotros, sin duda, llegaremos —o llegarán nuestros científicos, o nuestras multinacionales manipuladoras— el día menos pensado) y nos las han traído a nuestro mundo, dispuestas en muchos casos (demasiados) a asumir el papel de unas divinidades abstractas y moribundas que ya no cotizan lo suficiente en la bolsa de la credibilidad o de la credulidad humana.

Cada cosa *en su sitio*

Todo menos admitir —porque para eso somos nosotros, la Humanidad, la cúspide de la evolución natural, o al menos eso nos hemos creído— que hay o que puede haber entidades que *viven* una conciencia dimensional superior a la nuestra y que, sin que nosotros tengamos la menor posibilidad de detectarlas (a menos que ellas consientan o provoquen la detección) conviven en nuestro mundo y con nosotros lo mismo que nosotros convivimos con las ovejas, los cerdos, las vacas o las orugas sederas. Y, para más exactitud, haciendo con nosotros exactamente las mismas cosas que nosotros hacemos con los animales o con los vegetales de los que nos servimos y nos *nutrimos*.

He dicho nutrimos y la palabra puede parecer incluso un poco o un mucho caníbal o vampírica. Y no es que yo vaya ahora a negar que lo sea y rasgarme la túnica para afirmar que dije digo donde digo Diego. Nada de eso. He hablado de

nutrición y he querido expresar pecisamene eso: nutrición, canibalismo, alimento, comida, subsistencia, vitaminas y proteínas e hidratos de carbono... o la materia o la energía que puede servir de sustitutivo o de complemento nutricio a las entidades que, sin saberlo nosotros *racionalmente*, están ahí y nos manipulan, porque ése es su derecho dimensional y natural: el de manipularnos, exactamente lo mismo que nosotros —¡los amos del mundo no lo olvidemos!— estamos o nos consideramos en el derecho de devorar y dirigir y manipular a los seres de conciencia dimensional inferior.

Vamos a tratar de establecer un paralelismo hipotético a modo de ejemplo. Intentemos comprender *realmente* nuestra situación trasladando, lo mismo que hacíamos en la escuela, una determinada figura o una concreta función al plano *inmediatamente inferior*. Si logramos recordar cómo, en los problemas de geometría espacial, trasladábamos las figuras y los volúmenes a las hojas de papel —bidimensionales y planas—, podremos hacernos cargo y captar el problema que ahora se nos plantea. En el fondo, casi me parece mentira la evidencia de que todo en este mundo de conciencias y de dimensiones sea tan terriblemente simple, tan visceralmente captable. Pero lo cierto es —y esto lo supieron ya hace muchos siglos los heterodoxos matemáticos seguidores del místico de los números, Pitágoras— que el universo no es más que numerología. ¡Y pobre del científico que no sea capaz de comprenderlo y crea que domina lo que, en realidad, le está dominando a él e indicándole, por cifras y por líneas y superficies e incógnitas y volúmenes e integrales, lo que *es* realmente el Universo!

El juego de la razón produce monstruos

Nosotros somos, para el mundo de lo suprarracional, lo mismo que el mundo de los animales superiores para nosotros. Nosotros dominamos ese mundo con la razón, que supera al entendimiento de nuestras bestias, pero a nosotros se nos está dominando y se nos manipula mediante una supraracionalidad —o irracionalidad, porque ese mundo no tiene nada de racional ni de razonable— que jamás podríamos ser capaces de comprender.

Si algo distingue a cualquiera de los hechos o de los fenómenos que llamamos malditos o fortianos es precisamente el

que, contra todo pensamiento racional, carecen de un porqué y, sobre todo, se encuentran absolutamente ajenos a nuestro fundamental concepto del dualismo, es decir, de la perspectiva racional por excelencia.

La razón, que nos caracteriza como seres pensantes, nos hace ver el mundo como un constante enfrentamiento de opuestos. Nos es imposible emitir juicios de valor si carecemos de la medida que nos comparará un hecho y nos los situará en esa tabla que tenemos establecida para todos los niveles vitales. Llamaremos mala a una cosa en tanto podamos compararla con la bondad de otra. Decimos de una cosa que es luminosa en tanto que nos la representamos como contraria a la oscuridad. Algo es amable por contraposición con lo que es odioso y algo es negro si no tiene nada de blanco o de color. Si vemos un lado del rostro de una persona no vemos el otro (salvo que seamos cubistas, pero ya volveremos sobre eso), y si decimos que algo está frío es porque sentimos su ausencia de calor.

En cambio, nos encontramos esencialmente inquietos y sin posibilidad alguna de reaccionar cuando surge algo que nos resulta imposible de catalogar en las perspectivas del dualismo. Fijémonos en el fenómeno OVNI, que es la muestra más palpable e inmediata con la que se nos presenta, cada vez con más insistencia, el universo de lo irracional. Nadie de los que se han ocupado del fenómeno, nadie de cuantos lo han vivido o lo han juzgado, han podido zafarse a una pregunta primaria que forma parte de nuestro mundo lógico y cuadriculado de la dualidad: ¿es el fenómeno OVNI bueno o malo para el ser humano? Si leemos a los investigadores o preguntamos a los testigos, seguro que todos, de un modo o de otro, tienen formada su idea y la defienden a capa y espada. Pero sucede que esa idea nunca es única; que las opinones se dividen en un cincuenta por ciento. La mitad responde: es bueno; y la otra mitad jura que es algo malo, perverso, negativo y peligroso para la humanidad.

Los que afirman la bondad del fenómeno son quienes, de alguna manera, lo han deificado y le han transferido la fe religiosa perdida o apagada. Para ellos, el fenómeno OVNI es un sustituto de ese Dios que ha muerto a manos de la tecnología científica y, como tal, resume todo cuanto de bueno y deseable queda en las mentes respecto a ese concepto del Paraíso Perdido que fue el cielo, convertido por la astronomía en

simple y puro cosmos. Los OVNIS y quienes parecen ir dentro de ellos son criaturas enviadas desde un mundo esencialmente mejor y han llegado hasta nosotros para redimirnos de nuestros pecados, de nuestra incredulidad, de nuestra ciencia equivocada y de los peligros que nosotros mismos estamos provocando.

Los que se aferran a la maldad intrínseca del fenómeno, juzgan a través de animales extrañamente desangrados, de testimonios —ciertos— de mentes que se han dislocado definitivamente después de un contacto, de familias rotas tras una supuesta llamada extraterrestre. Pero, fundamentalmente, suponen malo el fenómeno precisamente a causa de su impenetrabilidad, de su constante juego con los parámetros racionales, de su negativa a ser explicado, catalogado, analizado y, en consecuencia, vencido.

Ni bueno ni malo, sino todo lo contrario

Fijémonos en un hecho que, a mi modo de ver, podría arrojar un poco de luz —aunque no fuera mucha— a la hora de enfrentarnos con la carencia de un encaje dualista de los hechos fortianos y, como resumen y ejemplo de todos ellos, del fenómeno OVNI en todas sus fases. ¿Nos hemos detenido alguna vez a pensar que nuestro concepto del bien y del mal, del amor y del odio, de lo izquierdoso y de lo derechista, *está referido siempre a nosotros* y jamás a la naturaleza y al resto de las especies que la componen? Cuando damos muerte a una res para comerla, o cuando arrancamos una lechuga para hacernos con ella una ensalada, no nos planteamos en modo alguno si somos buenos o malos *con* el cordero o *con* la hortaliza, sino que esas cosas son buenas *para* nosotros.

Siguiendo la misma vía de pensamiento, planteémonos el caso del rebaño de vacas o de cabras que cuidan nuestros pastores, tratando de llevarlo a los mejores pastos, haciendo que coman la mejor hierba y engorden. ¿Lo hacen acaso por altruismo? Si lo hiciera por eso el pastor —es decir, si confesase que su único afán era proporcionar felicidad a sus animales—, todos nosotros le tildaríamos de loco, de absurdo, de irracional, porque —diríamos— los seres inferiores a nosotros, en su totalidad, están ahí precisamente para servirnos o para que nosotros nos sirvamos de ellos. Lo tonto e ilógico sería detenernos a pensar en si obra mal el leñador con el árbol que abate a golpe de hacha, o el fabricante de seda con las mariposas que no dejará nacer, o el pescador dominguero que vuelve de su jornada con media docena de truchas en la cesta. Sólo pensamos en una eventual mala acción hacia los demás seres de la naturaleza *cuando esa acción no reporta provecho alguno a quien la lleva a cabo*. Sutil juicio de valor, porque estamos comprobando ya, día a día —y hoy ha llegado ya a constituir uno de los problemas fundamentales de nuestra supervivencia— que muchos de los actos que ha cometido y sigue cometiendo el ser humano en su supuesto beneficio y siguiendo sus necesidades inmediatas, están comprometiendo seriamente nuestro futuro y nuestra subsistencia. Pero no se trata de eso aquí y ahora, sino de que hemos conformado nuestra razón y nuestra moral (igualmente racional) a nuestro exclusivo beneficio.

Vamos ahora de nuevo con el fenómeno irracional, con la presencia entre nosotros de lo esencialmente falto de lógica y carente de razón. Ese fenómeno OVNI, ¿es bueno o malo, al margen de lo que opinen los testigos y los investigadores, los contactados y los curiosos?

Analicemos su comportamiento, al margen de juicios y al margen también de su radical inexplicabilidad. Ante todo, trasponiendo cuanto acabamos de apuntar respecto a nuestro propio concepto moral, tendríamos que prescindir de que se trate de un fenómeno bueno o malo para nosotros, del mismo modo que no nos planteamos si nosotros somos buenos o malos con respecto a las demás especies de la naturaleza. En todo caso (pero me imagino que sería demasiado pedir) tendríamos que preguntarnos o tratar de saber, dentro de lo posible y prescindiendo del pensamiento racional demasiado consciente, si se trata de un fenómeno o de un conjunto de fenómenos que llega desde planos dimensionales distintos y si, desde ellos, actúa sobre nuestra especie y sobre todas las demás y nos las manipula en su propio provecho, en la única manipulación ante la cual el ser humano tendría que conformarse irremisiblemente a ser sujeto pasivo.

La cosa que viene de ninguna parte

Vamos a recordar de nuevo lo que comentaba anteriormente respecto a nuestra acción sobre la conciencia presuntamente bidimensional de la oruga. Decía que, si nos aproximamos a ella desde su propio plano de conciencia —la superficie de la hoja sobre la que vive— advertirá la presencia de un elemento extraño y presuntamente agresor, mientras que si la aproximamos desde arriba, sólo nos advertirá cuando estemos en su propio plano dimensional. Supongo, siguiendo con la misma experiencia, que si nos aproximamos a la oruga desde abajo y atravesamos la hoja sobre la que se encuentra, sólo captará nuestra presencia (o la presencia del objeto que hayamos empleado, rama, aguja o bisturí) cuando atravesemos ese plano ¡y en ningún otro instante distinto! E incluso entonces, sólo se dará cuenta de que allí hay *algo* e ignorará qué es y de dónde procede. Y, todavía más allá, ese agujero que eventualmente habremos perforado en su hoja no será tal agujero para la oruga, sino un espacio de *nada*, puesto que, presuntamente, carece de la capacidad de advertir los planos dimensionales, mientras que un agujero (para nosotros) supone que hay algo, al menos, debajo de él.

Observemos ahora el otro paralelismo que vamos a intentar dilucidar. Un OVNI o una formación entera de OVNIs surge de nadie-sabe-dónde, incluso muchas veces —a los testigos me remito— de esa superficie del mar que ha hecho plantearse a tanta gente (incluso a gobiernos concretos, aunque nunca lo hayan hecho público oficialmente) que existen «bases submarinas» de esos presuntos ejércitos galácticos. Si recordamos el que fue en su día célebre caso del seminarista de Logroño, la entidad ufológica —o lo que fuera aquello— se presentó súbitamente en su cuarto, sin venir de parte alguna, y comenzó a manipular todos los aparatos —radio, tocadiscos y no recuerdo qué más, supongo que hasta el reloj— como siguiendo un juego del absurdo más sorprendente e inexplicable.

El fenómeno, pues, exactamente lo mismo que los fantasmas de la tradición de la novela gótica inglesa o las almas del Purgatorio del mito de don Juan, se filtran a través de la solidez de los muros materiales y hasta parecen formarse en el cielo —podríamos decir, parecen *materializarse* a partir de la nada, del ningún-lugar— y, de la misma manera, se desintegran en la nada, después de haber realizado acciones que —confesión de sabios científicos que a veces parecen convertirse en locos alucinados— no podrían jamás haberse realizado técnicamente, científicamente. O sea racional y lógicamente. O sea, también, que los OVNIs son capaces de romper todas las leyes establecidas a partir del comportamiento de los cuerpos físicos, de los cuerpos tridimensionales, que son los que estamos en disposición de apreciar, calibrar, juzgar, dominar y entender.

El fenómeno OVNI ha de plantearse, pues, contra todos los intentos que se han hecho y que se sigan haciendo, como una manifestación radicalmente incomprensible e inaprehensible, al menos desde una perspectiva física, corporal. Ni siquiera se ha podido establecer si tales objetos están compuestos por algún tipo de *materia*. Aparentan tenerla muchas veces, surgen a nuestra percepción como naves metálicas —o plásticas, vaya usted a saber—, brillantes, con luces muy determinadas, de colores, con unos movimientos precisos, aunque desafían las leyes físicas de la materia. Incluso han dejado y siguen dejando huellas en la tierra, precisas y concretas —huellas que, por otro lado, serían paralelas a las que nosotros dejaríamos sobre la hoja de la morera sobre la que discurre la vida de la oruga sedera—, pero falta siempre la prueba de su materialidad concreta. Y, al decir prueba, me estoy refiriendo al objeto concretísimo, al fragmento preciso, al pedazo o esquirla o resto *material* de cualquier tipo, a no ser las señales de combustión que surgen, tan a menudo, y que sólo afectan a la materialidad del objeto —plantas o tierra— consumido, quemado y destrozado.

No puedo evitar el recuerdo de algo que me decía una vez mi buen amigo Juanjo Benítez, investigador incansable y pateante empedernido del fenómeno, cuando un día me confesaba: «Mi mayor ilusión sería lanzarle un cantazo a un OVNI y escuchar el ¡clong! de la piedra sobre su superficie metálica. No necesitaría más pruebas de su existencia».

Creer, no creo, pero haberlos, háylos

Las palabras —no sé si las ha escrito alguna vez— de Juanjo Benítez son reveladoras de la radical inseguridad que provoca, en todos nosotros, la presencia sentida y nunca pro-

bada de los fenómenos supradimensionales. Porque va todo un mundo desde la seguridad de que esos fenómenos «están ahí» a la prueba —imposible— de su presencia.

En este sentido, sin embargo, yo me atrevería a sugerir una causa —tan irracional como el fenómeno mismo— que, en cierto modo, lo justifica, si no lo puede demostrar. Para mí, y en la mayoría de sus manifestaciones —y no sé si atreverme a decir que en *todas* sus manifestaciones—, el fenómeno es paralelo, al menos en síntesis o estructuralmente, a todos los demás fenómenos de tipo paranormal que se plantean en nuestro mundo de comprensiones parciales. Por supuesto, la presencia de OVNIs es equivalente a la de las apariciones que analizábamos en páginas anteriores, con la diferencia de que, mientras éstas son asumidas por los grupos de presión religiosos que manipulan las creencias —y ese hecho de asumir el fenómeno puede tomarse (dualísticamente) en sentido positivo o negativo, según acepten o nieguen su eventual sacralidad—, el fenómeno OVNI está siendo acaparado por grupos de neocreyentes, que cifran su existencia en el hecho de aceptar la presencia de supuestos extraterrestres semidivinales —o totalmente divinizados— que llegan a la tierra con la misión específica de salvarnos de nosotros mismos y de nuestros evidentes y peligrosísimos errores, que pueden dar al traste con la ecología galáctica o con un equilibrio (supuestamente racional) establecido por las eventuales conciencias extraterrestres, mucho más avanzadas —tecnológicamente, claro— que nosotros.

Lo más curioso de este enredo es cómo, en un mundo dominado por la tecnología, que cifra el progreso —confundiéndolo por desgracia con la evolución— en los logros mecánicos de las grandes compañías multinacionales, que son la pauta de nuestra medida presuntamente evolutiva, y en sus equipos de investigación (recordemos y tengamos en cuenta las esperanzas absurdas de la informática, puestas como meta de nuestros próximos años), la mente de muchísimos seres humanos se desvía peligrosamente, asociando la presencia y hasta los presuntos mensajes del mundo supradimensional a humanoides tecnólogos que vienen de otros planetas a contarnos (y, naturalmente, a convencernos) de una superioridad mental y científica que nosotros tendríamos la obligación de deificar e incluso de adorar y convertir prácticamente en rito religioso, en acto mágico, en materialísima manipulación salvífica proporcionada por quienes, supuestamente, llegan a este mundo para sacarnos de nuestros errores integrales y enseñarnos el camino de nuestra redención. Un camino que, en esencia, no difiere un ápice de aquel otro que les trazara un día Yavé a los israelitas mosaicos, cuando les lanzó a tumba abierta por el desierto del Sinaí para sufrir todas las penalidades posibles que el hombre-piara-ganado puede resistir a mayor gloria de su presunto dueño y salvador.

Pastores y ovejas

Por mi parte, estoy absolutamente convencido de que no es gratuito, ni mucho menos, el paralelismo, simbólico en el Evangelio, del pastor y de las ovejas, del mismo modo que no es causal ni arbitrario el que yo mismo, líneas más arriba, haya colocado a los pastores como ejemplo de nuestra condición de «ganado» apto para servir a las supuestas o sospechadas necesidades de determinadas entidades supradimensionales que nos utilizan de un modo que a nosotros nos ha de resultar, esencial y visceralmente, inaprehensible, al menos mientras nos empeñemos en aferrarnos a nuestro racionalismo a ultranza y no seamos capaces, en tanto que especie, de reconocer nuestro puesto exacto en el orden establecido en el cosmos. (Naturalmente, me estoy refiriendo estrictamente a un puesto que *nosotros no hemos elegido*, sino que, en cierto modo, nos ha sido asignado. Y del mismo modo que la cabra o la oveja no han elegido libremente su inserción en el contexto del rebaño, pero tienen que aceptarla, porque hay una entidad —el pastor— que las manipula irremisiblemente y al que tienen que obedecer, en persona o a través de sus ayudantes los perros, así nosotros hemos de asumir nuestro papel de ganado alimentario de conciencias situadas dimensionalmente por encima de nosotros.)

Atención, porque creo que es importante señalar que todas estas apreciaciones son meramente objetivas. Quiero decir que atañen a la humanidad como masa y sólo en tanto que tal humanidad no adquiera conciencia clara y definida de que existe efectivamente una auténtica —y no meramente supuesta— evolución, a la que cósmicamente tiene todo el derecho de acceder. Pensemos que el ser humano, desde el hombre de Pekín o el australopiteco de hace dos o tres millones de

años, ha pasado efectivamente del estadio evolutivo que hoy adjudicamos, con muy pocas variantes, a los animales superiores —con una conciencia dimensional caracterizada únicamente por el predominio de la voluntad— y que llegó a la conciencia racional definida como propia de la humanidad tras una síntesis de la evolución natural de la especie: de todas las especies. Hoy, ese mismo hombre se cree señor absoluto del planeta. Pues bien, pensemos que esa evolución existe, que es un hecho y que tenemos derecho a ella, en tanto que seres naturales que formamos parte de un Universo en expansión (o sea, en evolución). Sólo fuerzas muy determinadas, que nosotros mismos podríamos alcanzar si no nos vence la manipulación cósmica, pueden oponerse a que esos estadios evolutivos sean una realidad alcanzable.

¿Por qué?

Por un motivo que podríamos comprender claramente si fuéramos capaces de transferir, una vez más, el problema planteado sobre la conciencia bidimensional. Pensemos en el pastor una vez más: ¿consentiría en que sus ovejas, sus cabras, sus vacas o sus cerdos comenzasen a expresar su deseo de libertad y de independencia, y se negasen a obedecer sus órdenes o las órdenes secundarias de los perros? ¿Comprendería acaso que esos seres tienen derecho (cósmico derecho, si queremos) a elegir el momento, la circunstancia y el lugar de su propia evolución hacia estados de conciencia superiores?

Supongo yo que en todo el universo existe una ley de estabilización (digo si será dimensional), que induce a sus entidades a intentar en su momento la propia superación, pero sin consentir que las entidades inmediatamente inferiores tengan acceso al estadio que lógicamente, con su paso, quedaría vacío. Supongo también —y la experiencia humana viene a demostrarlo en cierto modo— que ese paso evolutivo no se produce de modo total, ni siquiera masivo. Y que es absolutamente necesario que una minoría abra lentamente el camino, antes de que, poco a poco, a lo largo posiblemente de unos cuantos miles de años, el resto de los componentes de la familia con conciencia dimensional común alcance el siguiente escalón evolutivo.

¿Cómo se comporta la entidad llamada OVNI o, en general, el fenómeno paranormal en su más amplio sentido, con respecto a la posible evolución humana y a los intentos más o menos conscientes del hombre por alcanzarla?

Distingamos, ante todo, la evidente diferencia que existe entre el concepto que tenemos de avance cultural y el auténtico sentido de lo que llamamos evolución, y esto aunque ambos términos hayan sido demasiado a menudo confundidos y, consecuentemente, tergiversados. El avance cultural, en términos generales, es una radical y constante afirmación de las coordenadas científicas, por las que el ser humano se mueve en tanto que conciencia racional y razonante. La cultura es sólo afirmación teórica de un racionalismo que confirma al ente humano en sus esquemas lógicos y en la sublimación —nunca negativa— del mundo sensorial sobre el que se basan los parámetros de la conciencia racionalista.

La evolución supone, de hecho, el salto del ser humano hacia estratos más reales del entendimiento integral; hacia la superación, en fin, de ese racionalismo que caracteriza al hombre como especie, para el que ni siquiera nos hemos preocupado de buscar un nombre apropiado, pero que supone la liberación de las percepciones sensoriales y la comprensión del universo a partir de otras fuentes superiores de conciencia.

Quiero decir con estas distinciones que, en su raíz, nada tiene que ver (o, al menos, no tiene por qué tener la menor relación) la altura cultural con el grado de evolución real que pueda alcanzar un individuo o un grupo humano determinado. Un gran científico racionalista puede encontrarse en un estadio evolutivo infinitamente inferior, como ente consciente, al de un bonzo de un monasterio japonés o un anacoreta copto, que tal vez ni siquiera sepan escribir su propio nombre. Lo cual no impide que, en términos generales, una conciencia culturalmente desarrollada esté en mejores condiciones para emprender el camino hacia el siguiente peldaño evolutivo que un cerebro obtuso o insuficientemente preparado en las lides intelectuales.

A partir de esta afirmación, en cualquier caso, tendremos que sacar la conclusión de que, no teniendo nada específico en común la vía evolutiva del ser humano con la altura cultural alcanzada a niveles personales, de grupo o de área económica, social o étnica, esas áreas serán tratadas a distintos niveles de manipulación por las entidades que esa manipulación dimensional adopta según los sujetos culturales sobre los que

haya de actuar o los grupos sociológicos en los que tenga que influir.

Estructura manipuladora del fenómeno de las apariciones

Las llamadas apariciones constituyen, seguramente, el nivel más inmediato de manipulación dimensional que se ejerce sobre el individuo humano a niveles culturales. Y no me refiero únicamente a las que, con plácemes o rechazos de los poderes religiosos establecidos, se manifiestan como contactos divinales de raíz cristiana o de cualquier otro credo, sino a aquellas otras que surgen como presencia de entidades supuestamente extraterrestres que vienen, lo mismo que las vírgenes y los arcángeles, como aparentes portadoras de mensajes de salvación.

En todos los casos se da, por parte de los sujetos receptores, un grado precario de cultura. Suele tratarse de analfabetos, jóvenes pueblerinos de escuela primaria o parroquial —catecismo, palo y tentetieso— o seres con escaso grado de formación que, curiosamente, parecen adquirir un baño de cultura después del contacto. En todos estos seres se da igualmente una enorme dosis de credulidad, que se manifiesta inmediatamente, sin dudas y sin ningún tipo de planteamiento crítico. La aparición es asumida en su aparente realidad desde el primer instante y sus mensajes son transmitidos en cuanto comienzan a revelarse. Las órdenes —porque siempre hay órdenes e incluso, en muchos casos, órdenes que no admiten réplica— se aceptan sin rechistar y sin poner en duda su autenticidad, y del mismo modo se reemiten a todos cuantos quieran oírlas, presuntamente el mundo entero, aunque su influencia sea generalmente restringida.

Por parte de la entidad contactante, hay diversos niveles de acercamiento, que suelen darse de modo sucesivo y en un orden perfectamente establecido de antemano. Surge, en primer lugar, una presentación de credenciales: yo soy Tal. La tarjeta de identidad está avalada por el mismo modo de presentarse y por el grado de manipulación secundaria del receptor. Al creyente se presentará como celestial, al no creyente —racionalista ateo, a su modo— como entidad extraterrestre. Y hasta el disfraz irá acorde con el *show* representado.

El segundo paso vendrá dado por una manifiesta preocupación ante el estado en que se encuentra el planeta. Y, en general, esa preocupación vendrá a responder a la preocupación presente en el inconsciente colectivo de los individuos. Ahí entra de lleno el mensaje antibolchevique de Fátima o la profunda preocupación por el avance del peligro nuclear en los extraterrestres.

Tercer paso: la entidad viene a resolver este caos político, bélico, prebélico, o simplemente tecnológico, que puede terminar con la vida del hombre sobre la tierra (o con la fe ciega en los valores religiosos reconocidos, que viene a ser lo mismo: muerte del cuerpo, muerte del alma). Mas para que la misión obtenga resultados satisfactorios, los seres humanos tienen que colaborar intensamente. ¿Cómo? Volviendo a las costumbres *buenas*, a las creencias *convenientes*, a la oración *positiva*, al sacrificio redentor, rechazando de plano al mismo tiempo los *malos* sistemas políticos, las *nefastas* teorías racionalistas y los *negativos* pensamientos que apartan de las viejas y sanas creencias. Es decir, que se trata de meter en los seres humanos la idea del moralismo dualista a todos los niveles, hacerles ver que existe algo muy malo que se contrapone a lo esencialmente bueno, que es lo que se debe mantener a toda costa. Hay que promover *amor* frente al *odio*, hay que aprender a distinguir (o hay que mantener, cueste lo que cueste) el valor de los contrarios; sostener, fomentar, conservar y defender unos principios esencialmente dualistas que son, no lo olvidemos, la base misma de la realidad sensorial propia del grado evolutivo que hemos recalcado al principio como propio e inherente a la conciencia tridimensional del ser humano.

Sólo entonces se emprende el cuarto paso: llevar a la práctica la supuesta *redención* del género humano. Las órdenes son entonces tajantes. Hay que *sufrir* por los demás, hay que *sacrificarse*, hay que lanzar plegarias a coro (y mejor cuanto más numeroso y heterogéneo sea ese coro), hay que convertir el lugar preciso de la aparición en un auténtico *ombligo del mundo*, en el que se concentren al máximo las energías de toda una humanidad que clame al unísono por la salvación redentora (espiritual y física). Unos prodigios sabiamente dosificados y ciertos, como los que ya comentábamos, bastarán para mantener, durante el tiempo que haga falta, la concentración masiva de un conjunto humano que se dará cita allí del mismo modo —y no es metáfora gratuita— que las ovejas se concentran a su hora y bajo las órdenes del pastor, en el redil o en el aprisco.

Hay, pues, en este asunto de las apariciones, una doble vertiente que no debemos pasar por alto. Por un lado, se *condiciona* a los fieles —y doy a la palabra su sentido más amplio— para el mantenimiento a ultranza de los principios del dualismo propios de la conciencia dimensional del género humano, es decir, para el mantenimiento a ultranza del status de dependencia frente a cualquier deseo o cualquier intención de evolución. Por otro lado, se *provoca* una fortísima corriente de energía colectiva —enfermos, penitentes, disciplinantes y corifeos— en un centro presuntamente divinizado que parece apto, a juzgar por su secular implantación mágica, para canalizar esa energía hacia un destino que no podemos en modo alguno adivinar, pero que, sin duda alguna, resulta *útil* para alguien o para algo.

Casos, modos y maneras del contacto personal

Hace unos años se dio en Gran Canaria un caso que no es seguramente único, pero que tuvo un resultado que resume, por su carácter violento, otros muchos que tienen consecuencias menos espectaculares. Fue la historia de dos muchachos de poco más de quince años que, desde tiempo atrás, aseguraban mantener contactos con entidades extraterrestres mentoras por medio de la ouijá. En el verano de 1979, los mensajes se hicieron progresivamente esperanzadores para ambos, porque anunciaban la inmediatez de un posible contacto personal con los presuntos maestros. Un día, la ouijá concretó una cita en uno de los parajes más solitarios y desolados del noroeste de la isla. Allí acudieron los dos chicos en un día tórrido de agosto, recorrieron bajo el sol kilómetros de tierra calcinada sin que llegara a producirse el esperado contacto, hasta que uno de ellos, ya entrada la tarde, comenzó a sentir serios trastornos que, ya anochecido, le obligaron a pedir a su compañero que fuera a buscar ayuda, porque él no podía siquiera moverse. El pueblo más cercano, San Nicolás, quedaba a unos quince kilómetros, lo cual supuso tres horas largas de camino hasta llegar a él. Ya de madrugada, el chico regresó con un médico y algunos vecinos donde se encontraba su compañero. No encontraron de él más que un montón de despojos carbonizados, que la guardia civil tuvo que recoger con palas, porque se deshacían al menor contacto. El forense dictaminó muerte por insolación aguda y el

muchacho superviviente pasó, al poco tiempo, a un hospital psiquiátrico.

He dado cuenta de un caso límite, en el que lo trágico sustituyó a toda una serie de características dramáticas que, rozando alternativamente lo mágico y lo —aparentemente— lógico, lo serio y el chiste, el sainete y el teatro del absurdo, conforman todo un mundo de contactos en el que se dan visitas a planetas desconocidos, aparición de cualidades paranormales, invitaciones a tortitas de maíz, curaciones inexplicables e ilógicas, redención de alcohólicos y de drogadictos, profecías que nunca o muy pocas veces se cumplen, nombramiento de representantes galácticos en la tierra (que se convierten automáticamente en mesías creadores de nuevas sectas), rupturas de vínculos familiares, coitos intergalácticos, traslaciones prodigiosas, actos de vampirismo con bestias y personas, suicidios rituales y un montón de variantes que harían la lista interminable e inútil para cuantos siguen, más o menos de cerca, el proceso o la investigación de estos fenómenos.

¿Qué hay de común en todos estos contactos? Aparentemente, nada. En realidad, el absurdo esencial del hecho en sí mismo, la dependencia aparentemente voluntaria del contactado para el resto de sus días, como propagandista directo o indirecto de unas entidades que han surgido precisamente para que él las proclame y sirva de testigo de su existencia y de emisor de energías, que, como en las concentraciones masivas de fieles creyentes, pueden resultar *útiles*. Porque, sea cual sea la variante del contacto, existe fundamentalmente una emisión de emociones por parte del contactado, aunque sean mínimas y, en muchos casos, inconscientes. Pero hay, sobre todo, una creación o un intento de creación de cierto *ambiente general*, que tiende a implantar en las conciencias que lo captan el convencimiento —o eventualmente la prueba— de que hay algo o alguien muy por encima de ellos, algo que deben tener en cuenta para siempre, como entidad superior que domina irremisiblemente al ser humano, física y psíquicamente, más allá de su voluntad. Algo o alguien que puede hacer de ese ser humano en cuestión lo que le venga en gana en cuanto quiera o en cuanto ese ser humano se desmande e intente ejercer libremente su propia voluntad. Algo o alguien que, además de todo eso, resulta inaprehensible, incomprensible e imprevisible, tres factores fundamentales de dependencia que dan al hombre la misma inseguridad en sus propias posibilidades evolutivas que la que procede de un dios

arbitrario premiador de *sus* buenos y castigador de *sus* malos, en épocas de predominio de fe y de poder religiosos. Aquí se trata también de fe, tan fuerte y tan fanática como la otra, pero la diferencia estriba, aparte las presuntas *pruebas*, en que el objeto de la fe no es ningún espíritu intangible, sino unas entidades que se patentizan como poseedoras de un grado sumo de conocimiento y de poder emanado de un aparente y colosal e incompresible avance en el campo de una tecnología científica imposible de asimilar.

En estos casos, aparte dramatismos absurdos y crueldades en apariencia gratuitas, cabe destacar que los contactados son, por regla general, gentes de inteligencia media, de estudios medios y, bien por su personalidad o por la circunstancia personal anterior al contacto (el ejemplo de alcohólicos o drogadictos redimidos), seres con una cierta merma en su capacidad de discernimiento personal. En estos casos, el choque del contacto directo y dramático, eminentemente emocional, tiene efectos prolongados y, aunque no tenga como consecuencia una concentración de seguidores histéricos o dolientes (los mesías contactados suelen reunir en torno suyo grupos relativamente reducidos, pero profundamente fieles y convencidos), el efecto consecuente del contacto marca, lo sepan ellos o no, todos los actos de la existencia.

Los sembradores de inquietud

Si cualquiera de estos contactos citados en el apartado anterior llega ante una mente científica clara y fría, la sensación que produce es la de un ser que o bien ha tenido alucinaciones, o ha fabricado, con ánimo de llamar la atención, todos los elementos de su historia, o intenta justificar una actitud o unas determinadas cualidades personales forjándose un entorno mítico particular. Incluso cabe pensar que si esa mente analítica y fríamente científica se tropezase en un momento de su vida con un intento de contacto como los que relatábamos, lo rechazaría como alucinación momentánea y simplemente interna que habría que evitar a toda costa.

Para estos casos, la manipulación irracional adopta métodos muy distintos. Uno de ellos, que ya está extendiéndose de modo alarmante, aunque sus protagonistas suelen guardar silencio por temor a perder el crédito científico de que gozan, se ejerce

sobre los investigadores que acceden a estudiar el comportamiento de los contactados del grado anteriormente descrito. Estos científicos comienzan a encontrar extrañas y presuntamente lógicas relaciones de causa a efecto, constatan que los contactos guardan en su inconsciente toda una serie de experiencias y de datos que no salieron a la luz en sus declaraciones aparentemente alucinadas. Comprueban que se dan coincidencias no tan absurdas, que hay un encadenamiento de hechos que, aun dentro de su contexto esencialmente ilógico, guarda indudables raíces de verosimilitud y, sobre todo, de sinceridad y de experiencia «sin trampa ni cartón». Y esos hechos, si bien no les afectan (al menos en apariencia) hasta el punto de proclamar sin más la presencia entre nosotros de los «poderosos extraterrestres», les colocan en un estadio de conciencia inquieta y expectante, propicia al fin y al cabo para que, en un instante dado, puedan entregarse de lleno a la convicción de que hay, efectivamente, unas entidades que pueden dominarnos y a cuya voluntad o conocimiento o poderes no hay más solución que plegarse. Dejarse manipular, a la postre.

El otro método, paralelo en cierto modo al que acabo de exponer, sólo que todavía sin cobayas contactados que sirvan (como los niños de las apariciones) de receptores-emisores, es el de los contactos «oficiales», representados fundamentalmente por un caso conocido ya a nivel internacional como *el asunto Ummo*.

En líneas generales, puesto que un conocimiento más profundo del caso puede encontrarse ya publicado en varios libros, se trata de una serie limitada de intelectuales, artistas, científicos y hombres de letras, todos ellos serios y con un prestigio indudable en círculos que no pueden dudar de su palabra, que reciben periódicamente comunicaciones escritas, llegadas desde los más distintos lugares, en las que se les va dando cuenta de la existencia y de la presencia en la tierra y entre ellos de un grupo impreciso de personas *casi* humanas, procedentes de un lugar perfectamente localizable en el mapa celeste. Estos seres, no se sabe con exactitud con qué fines concretos (aunque, *oficialmente*, lo explican absolutamente todo), cuentan la historia de su llegada, las circunstancias de su permanencia entre nosotros, sus conocimientos, sus creencias y hasta su estructura fisiológica y vital. Narran su cosmogonía y su teogonía, su nivel de civilización, el sistema sociopolítico por el que se rigen presuntamente, sus relaciones, sus apuros entre los humanos para

no delatarse, su aspecto físico, su idioma (que emplean a menudo, hasta el punto de que ya casi podría confeccionarse una gramática ummita), su sistema numérico y métrico, los principios científicos y tecnológicos de sus naves espaciales e incluso —aunque de un modo un tanto críptico— su manera de actuar y sus métodos para establecer relación con los seres humanos de la tierra. Muy probablemente olvido algo —tal vez sus relaciones con otros seres de la galaxia— pero, en líneas generales, eso es todo y sólo queda adentrarse en los mensajes para comprobar en lo posible qué revelan, más allá de lo que los presuntos ummitas han intentado contar. Así vemos:

a) una estricta e indudable coherencia *lógica* y tremendamente *racional*, sin cabos sueltos que pongan súbitamente sobre la pista de una eventual mentira que podría hacer que todo el sistema creado se tambalease;
b) una muestra palpable —aparentemente al menos— e incontrovertible de que hay razas estraterrestres a las que nuestra ciencia y nuestra tecnología tardará probablemente siglos enteros en alcanzar.

Cada acto, cada interrogante, cada sospechado absurdo, cada una de las actitudes tiene respuesta para los presuntos ummitas, de tal modo que, sin apenas resquicios y basándose únicamente en las numerosas comunicaciones que llevan enviadas hasta la fecha —aunque hay temporadas de silencio—, se podría reconstruir, al menos en sus hitos principales, todo el proceso cultural, histórico, social e incluso psíquico de una raza humanoide de algún punto de la galaxia, que se ha colado de rondón en nuestro entorno para observarnos y —dicho con todo disimulo, evitando palabras directas y aprovechando incluso presuntas dificultades de expresión que dejan las cosas ligerísimamente nubladas— manipularnos, dominarnos, influir sobre nosotros y sobre nuestros esquemas vitales. Y ello a pesar de que los presuntos mensajes ummitas están haciendo constante alusión a sus intenciones manifiestas de no influir un ápice en los destinos de la humanidad terrestre.

La grieta

El impacto ummita sobre los destinatarios de sus mensajes

es indudable. Y lógico. Nadie puede quedar indiferente ante ellos. Todo cuanto se deduce de esa ya numerosísima correspondencia es perfectamente coherente y, por si fuera poco, cuando científicos de toda solvencia —físicos, matemáticos o ingenieros— han sido requeridos para contrastar datos, fórmulas o sistemas expuestos en los mensajes, han corroborado, sin lugar a dudas razonables, que ese supuesto mundo tecnológicamente avanzadísimo sobre nuestros actuales logros científicos es perfectamente posible, que nada se opone a su existencia.

La pregunta, la duda, la sospecha visceral ante una trama epistolar tan perfectamente tejida surge, sin embargo, cuando nos planteamos una serie de preguntas que sólo tienen respuestas vagas o carecen simplemente de respuestas. (Porque, ante todo, hay que advertir que la comunicación con los presuntos ummitas es unilateral y que nadie —al menos que yo sepa— ha logrado establecer contacto con ellos por propia voluntad.)

Una pregunta: ¿por qué tanta proclama repetida de respeto a la independencia y el libre albedrío del género humano y, paralelamente, ese bombardeo de pruebas que nadie, en principio parece haber pedido?

Otra: ¿por qué tantas reticencias y tantas promesas de no inmiscuirse en nuestros asuntos y tantas rogativas a los destinatarios para que no se dejen influir por un supuesto sistema que, en realidad, está metiendo a tornillo en sus mentes, hasta el punto de que no hay uno solo de ellos —entre los que yo conozco, al menos— que no se conozca de memoria la vida y milagros (sí, dije milagros) de los ummitas y no los haya tomado como presunto ejemplo, o hasta como posible historia del futuro inmediato de la humanidad terrestre? (Una historia que, en líneas generales, no es *evolutiva*, naturalmente, sino de triunfo más o menos disimulado de ese racionalismo que a nosotros mismos nos está encarcelando dentro de nuestra misma conciencia dimensional. Y fíjese quien esto lea cómo, en una de sus últimas misivas —última a la hora de redactar estas líneas— felicitan a los humanos por los últimos vuelos espaciales norteamericanos y olvidan, porque eso hay que olvidarlo, que suena mejor mentar otras cosas, los millones de seres humanos que se mueren de hambre mientras se dilapidan dólares y rublos en la carrera espacial.)

Y todavía unas preguntas más, dirigidas a todos mis ami-

gos que reciben periódicamente mensajes telefónicos y epistolares de Ummo (aunque sé que no han de hacerme caso): ¿por qué organizáis reuniones periódicas para intercambiar noticias y lucubraciones con ummíticos motivos? ¿No os dais cuenta de que eso —no entro en lo que *realmente* sea— está ejerciendo la más increíble manipulación de vuestra curiosidad, de vuestra dependencia, de vuestro interés —tan sano y objetivo como queráis verlo— hacia algo que os está extorsionando, dirigiendo inconscientemente vuestras vidas hacia donde le place, mientras os muestra una realidad que los investigadores convertís en libros, los periodistas en noticia y los artistas en obra de arte, «ad maiorem gloriam Ummi»?

Ummo —yo sólo lo llamaría componente número N de la gran manipulación cósmica a la que el ser humano está sometido desde los albores de la historia, del mismo modo que él ha sometido a las conciencias dimensionales inferiores— es una fuerza que actúa sobre un sector intelectual y culto de la sociedad humana a niveles propios de éste, del mismo modo que actúa sobre los niños de Fátima o del Palmar de Troya a sus correspondientes niveles mentales. Y tan inteligente es manipular así como tonto sería hacer llegar cartas metafísicas de Ummo a las niñas de Garabandal o hacer aparecerse a la Virgen María y al arcángel Miguel ante cualquiera de los actuales destinatarios de los mensajes ummitas.

Cada contacto se lleva a cabo, por parte de las conciencias manipuladoras, de acuerdo con las coordenadas mentales o culturales de sus víctimas (aunque las llamo víctimas en un sentido amplísimo), y de ese modo se alcanza un espectro excepcionalmente amplio de la sociedad recipiendaria. En el fondo, es el mismo método que el ser humano sigue con su ganado: no trata del mismo modo a los inquilinos de un corral de gallinas que a un rebaño de vacas, ni le damos el mismo alimento o administramos los mismos estímulos a un perro y a un loro. Cada especie, como cada estrato cultural en el género humano, necesita una estimulación muy determinada y distinta y específica, acorde con la personalidad y la conciencia de cada grupo genérico o cultural. Nosotros, los seres humanos, lo sabemos y del mismo modo hemos de presumir que lo saben (y cabe que incluso mucho mejor que nosotros) las entidades de conciencia dimensional inmediatamente superior, que se sirven de nosotros a su placer y hacen que les seamos útiles y que les sirvamos de alimento, tal como

nosotros buscamos la utilidad y el alimento en las especies que nos anteceden. Y, del mismo modo exactamente que no admitiríamos en modo alguno la rebelión de nuestros cerdos si pidieran la reivindicación y el derecho a abolir la festividad de san Martín —que, como todo el mundo sabe, es la fecha fija de ejecución masiva de puercos en los pueblos peninsulares—, tenemos que comprender que nuestros presuntos pastores traten a toda costa de impedir nuestro rechazo a la sumisión en la que necesitan mantenernos para dar sentido y razón a su propia, particular y desconocida —para nosotros— existencia.

La cuestión que ahora se plantea es si nosotros, efectivamente, debemos plegarnos a esa exigencia y permitir que todo siga exactamente igual como hasta ahora, sin tomarnos la oportunidad de acceder al grado de evolución al que —supongo yo que lógicamente— tenemos derecho en tanto que conciencia cósmica.

Los arduos caminos hacia la libertad

11

La gran trampa del tiempo

Siento, cada vez con más certeza —y probablemente más de uno lo habrá dicho antes que yo, pero el caso es que no lo leí y, si lo leí, se me escapó— que la diferencia abismal que existe entre Oriente y Occidente, tanto en la vida como en el pensamiento y en la actitud trascendente (religión, historia y tradición incluidas), estriba en la importancia concedida al factor dimensional que llamamos tiempo y a la dependencia que implica. A los occidentales el tiempo nos pasa, nos cambia, nos urge, nos aprisiona con unos grilletes que nos obligan a mantenernos pendientes de su discurrir y de su acción constante sobre nuestra existencia. Vivimos esclavos de él, y todo cuanto hacemos, sentimos y pensamos depende de su paso aparente, de su prisa y de nuestra inútil necesidad de atraparlo para hacerlo esclavo nuestro como nosotros lo somos suyos.

Una tierra sin clepsidras

En Oriente, en cambio, el ser humano ignora visceralmente la dimensión temporal. No es que los orientales —chinos, indios, tibetanos, japoneses, mongoles, coreanos— hayan conseguido *vencer* al tiempo, no, pues ése es un concepto sólo

digno de nuestra competitividad occidental. No es tampoco una virtud —o una actitud— de filósofos, maestros o santones. Se trata de un hecho detectable en todo el proceso vital asiático, que se manifiesta desde las formas religiosas al más corriente comportamiento cotidiano. En Asia, hay un modo *estático* de afrontar la vida (la vida así, sin real pasado ni auténtico futuro, la vida no como acontecer, sino como situación perenne; la vida *es*, no *pasa*; la vida como conjunto amalgamado de etapas espaciales, en las que cada cual sabe o siente que los acontecimientos no discurren, sino que se superponen, porque en el hecho mismo del nacer está implícito el acto de morir y, eventualmente, están presentes todas las reencarnaciones a las que el ser humano está sujeto hasta el lugar donde se encuentra la esencia de la eternidad, el definitivo *nirvana*).

Los ejemplos de esta actitud vital los encontraríamos con sólo analizar objetivamente la naturaleza trascendente de muchas manifestaciones cotidianas que, vistas de un modo superficial, parecen limitarse a un choque exótico con nuestros hábitos (occidentales) y con nuestra manera de afrontar los acontecimientos sociales, espirituales o, simplemente, vitales. Nos extrañaba muchas páginas atrás, por ejemplo, comprobar cómo el auge de la gran industria japonesa de la posguerra se cimenta, en gran parte, en la ausencia casi total de conflictos laborales del tipo al que estamos acostumbrados en el mundo occidental. El japonés no lucha por *tener* o por *adquirir*, sino que se siente realizado por el hecho mismo de *estar*, de *ocupar* un puesto en la fábrica, en la casa o en el mundo que, muy a menudo, es el mismo que ocupó el padre o incluso el abuelo, y que es el mismo que muy probablemente ocupará el hijo. Se da pues, en ese simple acontecimiento socioeconómico, una actitud que no es, en modo alguno, pasiva (como cabría pensar desde nuestra perspecctiva), sino estática, de pura *permanencia*, en contraposición con el ansia, a veces incluso enfermiza, de *progreso* que tiene el hombre occidental.

En este contexto del *estar*, de negación tácita del tiempo, se sitúan por igual —aunque desde perspectivas fenoménicas distintas— la resistencia pasiva del Mahatma Gandhi y el *I Ching*, la acupuntura y el cilindro tibetano de oraciones, la miseria de Bangla Desh y el sueño shambhálico, los monjes corredores del Himalaya y las artes marciales, *Rashomón* y el

Libro del Té. Analicemos brevemente cada ejemplo, aunque podríamos encontrar muchos otros que, tal vez, resultasen más explícitos aunque menos diáfanos.

Toques de eternidad

Gandhi jugó sabiamente la libertad de la India contraponiendo su propia conciencia de esa libertad, sin «ahoras» ni «cuándos» ni «mañanas», a la *urgencia* británica por seguir explotando durante el tiempo que quedase, la riqueza del subcontinente en régimen colonial.

El I Ching es el único libro de agüeros —si así puede llamársele— que desborda la profecía a *plazo fijo* temporal y convierte la predicción en algo inmediato y personal, en nuestro hoy, en nuestro ayer y en nuestro mañana, conceptos que el I Ching ignora, porque están abarcados en un único e *inmutable presente*. De Nostradamus pedimos un *cuándo*; del I Ching, un *cómo*.

La acupuntura es la medicina que utiliza las corrientes vitales *constantes* del ser humano —o las corrientes por las que la energía vital se introduce en el hombre— para vencer los *deterioros temporales* del organismo o para paliar las molestias y la acción nociva de los sentidos, que son precisamente los que crean en nosotros la idea del paso del tiempo.

El cilindro tibetano de oraciones consiste esencialmente en asumir el orante *el rezo eterno* de la naturaleza, haciendo consciente esa intemporalidad en la contemplación, en la enajenación de todo cuanto pudiera significar el discurrir o el dedicar unos minutos o unas horas a esa oración, que ya se encuentra inmutable en el viento, en el agua, en las nubes o en la nieve.

El hambre y la miseria de Bangla Desh y de tantos otros lugares de Asia es una inanición asumida sin esperanza, casi tan voluntaria como el ayuno de meses de un fakir o de un yogui; al margen del hecho incontestable de la injusticia social (planetaria) que implica en sí misma, esa miseria no levanta la protesta de quienes la sufren. Si son hinduistas o brahmánicos, los hambrientos seguirán dejando que las vacas circulen en torno suyo sin tocarlas. Si son musulmanes, seguirán negándose a probar un solo bocado de carne de cerdo. En contraposición a esta actitud, recordemos a aquellos náufra-

gos del avión andino, que sobrevivieron gracias a devorar los cadáveres de sus propios compañeros. Ansia y urgencia de vida, y ansia y urgencia de tiempo vivido o por vivir son una única cosa en el contexto mental humano.

El mito shambhálico, común a todos los pueblos del Este y Centro de Asia, y tan equivocadamente asumido por los ocultistas occidentales, plantea la existencia intemporal —y casi inespacial— de un enclave sagrado que habitan, *desde siempre* y por los siglos, los grandes maestros *(mahatmas)*, dirigentes y ordenadores secretos de los destinos del planeta. Un gobierno, pues, no sujeto a los avatares del cambio, director del mundo en un eterno presente.

Los monjes corredores del Himalaya fueron vistos por Alexandra David-Neel y por otros viajeros dignos de crédito, incapaces de fabulación. Según sus impresiones, son lamas que han conseguido desarrollar una energía que les permite romper, en una carrera mediúmnica imparable por las cumbres, las leyes fisiológicas aceptadas por la ciencia, lanzándose a velocidades inconcebibles por los terrenos más abruptos y menos propicios, no ya para la carrera, sino para el simple y duro arrastrarse por entre los altos riscos de la cordillera más alta de la tierra.

Tan enfrentados como esta proeza yóguica a las leyes físicas (sensoriales y temporales a la vez), se encuadran los practicantes de las artes marciales, los diversos tipos de lucha del Extremo Oriente. Fijémonos sobre todo en que, con todas las posibles diferencias que podamos apreciar en ellas, hay una distinción clara entre estas prácticas y los deportes pugilísticos de Occidente. Aquí juegan de modo fundamental el tiempo y el discurrir físico de los contrincantes, su paulatino recalentamiento hasta alcanzar un momento de plenitud, al que sigue un cansancio progresivo que puede ser aprovechado eventualmente por el más resistente. Por el contrario, en las artes marciales, el resultado depende en gran parte de la «iluminación» mística *instantánea* de los contendientes, una chispa trascendente que puede surgir en un segundo o en una jornada, y donde no se trata de quién la tenga *antes*, sino de quién logre captarla *con más intensidad.*

Ignoro si algún lector recordará todavía el ya antiguo film que rodó allá por los años cincuenta, el director japonés Akira Kurosawa: *Rashomon*. Recuerdo que llegó en el más absoluto silencio a las pantallas españolas, al menos cuatro o cinco años después de su difusión mundial y de haber arramblado con los premios de muchos festivales. Llegó a salas de segundo orden y en medio de la total indiferencia de la mayoría de los espectadores. Sin embargo, aquel film planteaba un tremendo problema universal: el de la subjetividad del pensamiento y del juicio humanos. Un mismo suceso, contado por cuatro personas distintas, se convertía en cuatro acontecimientos superpuestos en el tiempo y sin más conexión que la presencia *física* de los mismos personajes.

Pero había algo más en aquella historia que contaban las imágenes cinematográficas. Allí estaba presente un concepto distinto del tiempo, traducido en un «tempo» cinematográfico peculiar. Un mismo discurrir de los hechos, contado por uno y otro de los protagonistas, hacían que la dimensión temporal quedase contraída o que, por el contrario, se expandiera, según el punto de vista (o de juicio) de cada elemento integrante de la historia. Al mismo tiempo, las almas se expandían y se contraían también, y con ellas los caracteres, las intenciones, el entorno mismo: aquel exiguo rincón de bosque en el que sucedía todo y que tan pronto se planteaba como un espacio agobiante como se transformaba en un paisaje sin principio ni fin.

Curiosamente, a aquella película le aconteció una extraña aventura, producto del concepto occidental de los negocios. Una empresa productora norteamericana compró los derechos para un *remake* y, no sé ya si ocho o diez años después, las pantallas de todo el mundo comenzaron a exhibir un film del que no recuerdo ni el título, realizado (eso sí) por un director de reconocido prestigio y protagonizado por actores de moda en aquellos años. La nueva película reproducía casi como un calco el argumento, cada secuencia, cada plano y cada personaje de *Rashomon*. Y sin embargo, había algo en ella (quién sabe si el mismo «tempo» occidentalizado de que hablaba anteriormente, o tal vez el espíritu de la cinematografía de Hollywood, que la había tamizado a su imagen y semejanza, o puede ser que el mismo desarraigo profundo de

la mentalidad japonesa de Kurosawa, aunque hubiera partido de él), que la convertía en un producto híbrido, impersonal, tan íntimamente carente de auténtico sentido como un *gurú* con corbata y reloj digital.

Si tuviéramos que dar obligatoriamente una razón que explicase este fenómeno de «adaptación inadaptada», tendríamos que convenir en que el film japonés primitivo, el que sirvió de modelo al posterior producto yanqui, poseía algún elemento intangible, un determinado factor que, al no ser captado, no pudo figurar en modo alguno en la versión copiada. A mi modo de ver, ese factor era de índole dimensional. El film originario estaba impregnado por una *iluminación* que no se ceñía a la reproducción fiel de unos acontecimientos o de unas imágenes específicas, sino que abordaba el tema desde la conciencia intemporal de una experiencia distinta de la pura realidad fotográfica o argumental. Y para captar ese punto de vista enteramente nuevo e insólito, que podríamos llamar trascendente, no había que abordarlo desde supuestos mentales, sino desde una perspectiva que valdría seguramente llamar iluminativa, que no puede ser captada mediante el proceso intelectual, sino desde la perspectiva inmediata, intemporal, impensada e improcesable de la intuición.

El sonido de una mano al aplaudir

Muchos estudiosos de las formas religiosas y de los métodos empleados por los maestros orientales para alcanzar (y hacer alcanzar) la trascendencia, declaran, sin más, la total impenetrabilidad del budismo Zen y, sobre todo, la imposibilidad de abordar la esencia mística del *kôan*, su manifestación más característica, la piedra de toque fundamental de su práctica iluminativa. A estos investigadores, que suelen lanzarse al estudio del fenómeno trascendente desde coordenadas intelectuales y críticas, que tratan de «encajar» la experiencia mística —de cualquier tipo y de cualquier latitud— en la red de los supuestos, de las hipótesis y de las teorías, habría que recordarles uno de esos *kôans* que ellos tratan de descifrar con la ayuda de su intelecto: *un instante de reflexión y será demasiado tarde.*

Si juzgamos el *kôan* desde las perspectivas lógicas de nuestra mentalidad regida por el conocimiento sensorial

—porque todo cuanto entra en el campo de nuestro conocer lo hace en primera instancia a través de los sentidos—, lo captaremos como un juego del absurdo, como un gran despropósito, como una ruptura, a menudo gratuita, de los moldes mentales por los que nos regimos. No podemos en modo alguno *analizar* ni adaptar al esquema lógico una frase como ésta: *¿qué ruido hace una mano al aplaudir?*, o una respuesta como la que dio el maestro Chao Chu al discípulo que le preguntó quién era: «*Puerta del Este, puerta del Sur, puerta del Oeste, puerta del Norte*».

La meta última del Zen es un regreso en plena conciencia a la «realidad» aparente desde la Realidad trascendente. Y el *kôan* es la prueba tangible, inmediata, sorprendente y pura de ese regreso. Evidentemente, la vuelta desde ese mundo de la Realidad, que los sentidos (y la mente) nos impiden captar, implica un cambio total en las perspectivas dimensionales del que ha dado ese salto místico. Él ha visto-olido-tocado-gustado-oído (es decir, ha experimentado por encima de todos los sentidos) un espacio nuevo, en el cual el *transcurrir* del tiempo ha perdido su sentido, su razón. Allí, en **el lugar donde está la luz** —este concepto es taoísta, pero no olvidemos que el Zen se implantó precisamente como una simbiosis de las doctrinas iluminativas del budismo en una China poderosamente impregnada por el Tao—, no sirven ya los conceptos lógicos, porque se abarcan de un solo golpe todas las perspectivas, todos los instantes, la esencia de todas las entidades particulares que no son en realidad más que aspectos de una totalidad cósmica de la que el ser humano forma parte y con la que ha de identificarse gracias al proceso iluminativo.

En este camino de ida y vuelta, el regreso supone la posesión de la realidad y, al mismo tiempo, estar poseído por ella; la identificación con un mundo dimensionalmente superior en el que, como sucede en el cubismo, se abarcan todas las perspectivas a través de una visión única, cuya manifestación no puede en modo alguno corresponder, ni en lógica mental ni en actitud vital a las reglas impuestas por la percepción cotidiana anterior. Si se describe entonces un paisaje, el que lo describe no lo ve ni lo escucha, sino que forma parte de él y *se comunica a sí mismo al tiempo que lo comunica*, desde el paisaje mismo, al margen de la dimensión temporal, que habría falseado el modo de enfrentarlo, y esta descripción —esta nueva percepción— podrá manifestarse a través de la pala-

bra, de a plástica o de la música y, en cada caso, el iluminado no estrá expresado —por medio de trazos, de sonidos, de colores o de palabras— una realidad ajena, sino la propia realidad identificadora de la trascendencia.

Curiosamente, esta percepción irracional de la realidad se descubre en el Zen a través del *kôan* y tal vez sea en él donde se estructura de un modo más inmediato y consciente, pero está presente en todo proceso iluminativo, en toda experiencia mística, sea cual sea la forma religiosa a la que esté adscrito —por creencia o por cultura— el que la vive, y sea cual sea la latitud geográfica en la que se produzca. Si nos molestamos en buscar en la más profunda esencia del sufismo islámico, comprobaremos que también allí existe la conciencia de la identificación cósmica que intenta alcanzar el adepto del Zen. Al-Allajh proclama: «*El ojo con que me miras es el mismo ojo a través del cual te veo*». Y los chistes, tan a menudo aparentemente absurdos atribuidos en todo el mundo islámico al Mulá Nasrudin, son muchas veces auténticos *kôans* pasados por la cultura de las arenas arábigas, incluso por la forma que adoptan de preguntas «lógicas» y respuestas «irracionales». Un ejemplo lo tenemos en aquella historia en la que Nasrudin, que está de viaje, se ve abordado por un hombre que le pregunta por el día de la semana. Nasrudin contesta: «No lo sé. Soy forastero, no sé qué día de la semana tienen aquí».

La clave inmediata de la iluminación

Buscando en la recopilación de textos Zen que proceden de los primeros tiempos de la implantación del budismo en China —traído por Bodhidharma, el «bárbaro occidental» de cráneo apuntado, el vigésimoctavo patriarca de la tradición búdica, que llegó a inicios del siglo VI para predicar los principios de la Escuela de la Luz Interior (Tch'an)— nos encontramos con el hecho de que el *salto* al conocimiento de la trascendencia tiene lugar, muy a menudo, como respuesta inmediata e instantánea al impacto de un *kôan* o como consecuencia igualmente súbita de un estímulo exterior que o rompe o justifica el resto de la vivencia. En este sentido, se entiende que tal estímulo es, de hecho, un *kôan* o —consecuentemente— que el *kôan* es un estímulo que puede manifestarse

tanto como respuesta impactante o como acción imprevista. Recordemos que, en esas recopilaciones, hay muchos *kôans* que se plantean como palmetazos, como golpes e incluso como mutilaciones esclarecedoras.

Recordemos un par de ellos. El primero se refiere al maestro Chü Chih, el conocido «maestro del dedo», porque tenía la costumbre de responder a cualquier pregunta sobre el Zen levantando su índice. Cuenta el *Wu Mên Kuan* que una vez tuvo un discípulo que, al observar aquella acción, creyó que en ella estaba el secreto de la sabiduría y, a espaldas del maestro, se dedicó a responder con el mismo gesto a cuantas cuestiones se le planteaban. Pero Chü Chih se enteró, le mandó llamar y, tras haber escondido un cuchillo en su túnica, le interpeló: «He oído decir que has comprendido la esencia del budismo». «Es cierto», respondió el discípulo. «Veamos pues: ¿qué es el Budha?» El muchacho levantó el índice y, en ese instante, el maestro sacó el cuchillo y se lo cortó. Aullando de dolor, el discípulo echó a correr, Pero Chü Chih le llamó, preguntándole otra vez: «Dime ahora, ¿qué es el Budha?» Y el chico, obedeciendo a una especie de reflejo condicionado, trató de levantar el dedo que ya no tenía. Y entonces, dice el texto del *Wu Mên Kuan*, alcanzó de pronto la iluminación.

En este caso, tal como explica el profesor Toshihiko Izutsu en su libro *El Kôan Zen*[1], la mutilación pone al discípulo en contacto súbito con la trascendencia, no por la momentánea comprobación de que su dedo ya no existe, sino por la conciencia de que existe en su lugar un *no-dedo* que forma ya parte de ese mundo de la Otra Realidad al que accede inmediatamente. Esa toma instintiva de conciencia ha tenido un estímulo «kôánico» en la acción del maestro, del mismo modo que, en otra ocasión, el trallazo trascendente llega precisamente cuando, en medio de la contemplación de un paisaje apacible de otoño, el monje Zen siente roto el silencio por el lejano tañido de una campana rural.

Pensemos por un momento si, acaso, este súbito acceso iluminativo no es el mismo que recuerda la tradición cristiana como el milagro místico de «o monxe da passariña», que tuvo lugar en el monasterio gallego de Armenteira y que recordó Alfonso X en su Cantiga 116 a la Virgen María; en

1. *Cf.* TOSHIHIKO IZUTSU, *El Kôan Zen*, Eyras, Madrid, 1980. Uno de los libros más esclarecedores del fenómeno místico budista en Extremo Oriente.

aquel prodigio místico, el conocimiento súbito de la realidad (del Paraíso) le vino al fraile san Ero cuando oyó de pronto, en medio de su meditación, el canto de un pajarillo que fue el estímulo de su tránsito y le hizo perder súbitamente la noción tridimensional del tiempo.

El mecanismo del *kôan* es pues, en primer lugar, el salto brusco e inmediato a la realidad superior gracias al estímulo; en segundo lugar, el reconocimiento (iluminado, no intelectivo) de esa realidad y, tal como apuntábamos anteriormente, el regreso consciente trascendido a un mundo de apariencias que ya no logrará engañar con su lógica, porque el místico será ya partícipe de esa trascendencia. A partir de entonces, su visión del mundo, de las cosas y de los hechos, estará impregnada de Realidad y su lógica no tendrá ya nada que ver con leyes aristotélicas, sino con la evidencia mística adquirida mediante el estímulo.

La beatitud del retorno

Ch'ing Yüan, un maestro Zen del siglo XI, cuenta del siguiente modo su proceso iluminativo: «Hace treinta años, antes de comenzar a practicar el Zen, yo veía una montaña como si fuera una montaña y un río como si fuera un río. Tuve luego la suerte de encontrar maestros iluminados y pude, bajo su dirección, alcanzar un cierto grado de despertar. En este estado, cuando yo veía una montaña, ¡ya no era una montaña! Y, cuando contemplaba un río, ya no se trataba de un río. Ahora me encuentro en el estado último de quietud. Lo mismo que en mis primeros años, ahora veo una montaña simplemente como una montaña y un río simplemente como un río».

Ese retorno a la realidad sensorial, tras la *identificación* mística con la Realidad trascendente, es el que permite la reflexión y, sobre todo, la expresión justa y exacta de esa realidad, mediante unas formas semánticas que ya sólo tienen la *apariencia* del lenguaje convencional, porque expresan con justeza simbólica (única e intransferible) la cualidad auténtica, transdimensional, del universo, al margen de unos sentidos cuya captación ha quedado superada por la vivencia mística. Es el paisaje descrito por san Juan de la Cruz en el *Cántico Espiritual*:

Mi amado, las montañas,
los valles solitarios, nemorosos,
las ínsulas *extrañas*,
los ríos sonorosos,
el silbo de los *aires amorosos*;
la noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena, que recrea y enamora.

En los subrayados que me he permitido añadir es donde surge de modo —creo— diáfano, la visión ilógica y trascendente de esa otra realidad captada mediante la iluminación, que justifica y reestructura la que los sentidos han creado en captación falsa y parcial. De ahí los «aires amorosos» (amor y aire nunca casarían en los parámetros de las relaciones lógicas), la «música callada» (el sonido del silencio es una captación suprasensorial sin paliativos) y, sobre todo, la relación entre «soledad» y «sonido» que, significativamente, corresponde al *kôan* del ruido de la mano solitaria que aplaude, que citábamos anteriormente.

La visión búdica de la realidad

Volvamos ahora sobre el sentido auténtico de aquel *Rashomón* del que hablábamos anteriormente y sobre la falseada interpretación que se repitió en su día desde coordenadas enteramente distintas a su sentido original. Recordemos primero brevemente el tema. Un monje, un leñador y un mendigo se refugian en un templo abandonado en una tarde de aguacero. Allí, para matar el tiempo, rememoran un suceso recientemente acaecido: el asalto de que fue objeto un matrimonio que viajaba por el bosque por parte de un bandido, con la subsiguiente muerte del esposo y la violación de la esposa. Se conocen los hechos mondos (las apariencias), pero se ignoran las razones (la esencia) de lo que allí sucedió realmente. En un intento por aclarar esa realidad, cuatro personas protagonistas del suceso —el bandido, la mujer, el espíritu del marido muerto y el leñador del templo, que presenció escondido todo lo que ocurrió— cuentan, desde sus coordenadas

mentales, la aventura, con el resultado de ofrecer al espectador y al monje oyente cuatro versiones (perspectivas) totalmente divergentes de lo acaecido. Cuando regresamos al escenario del templo bajo la lluvia, el monje se encuentra hecho un mar de confusiones, dispuesto a renunciar definitivamente al conocimiento de la verdad. Pero entonces, en medio del fragor de la tormenta —convertida en una especie de ruido de fondo constante— se oye el llanto de un niño abandonado entre unas piedras. El mendigo recoge al recién nacido, lo envuelve en harapos y se lo lleva, bajo la mirada del leñador y del monje.

¿Qué sentido dio a esta película el espectador del mundo occidental? En primer lugar, el de la desconfianza radical en los hombres, que mienten siempre en beneficio propio. En segundo lugar, el de la «redención» de esa desconfianza gracias al acto de compasión y de amor al prójimo realizado por el mendigo. Una visión eclesial de la historia que fue, en profundidad, el mismo sentido que se le dio a la versión norteamericana de la película.

La razón que quiso darle Kurosawa —como la que está presente en los dos relatos de Ryonosuke Akutagawa en los que la película estaba basada— fue mucho más universal y profunda. Allí estaba presente, en una alucinante totalidad, toda la perspectiva del conocimiento humano, la imposibilidad de alcanzar la verdad más allá de los límites de los sentidos y de la mente. Y estaba presente, sobre todo, el *kôan*, a través del llanto de aquella criatura que surgía sin ninguna *razón lógica*, sólo para impactar al personaje elegido desde el absurdo mismo de su presencia insólita. Si alguien recuerda la película todavía, tendrá presente el asombro, la turbación de los tres hombres del templo ante aquel estímulo inesperado que, en un razonamiento intelectivo, nada tendría que ver —en apariencia— ni con ellos ni con el resto de la historia, pero que servía de piedra de toque para la *iluminación* del personaje que, por medio de aquel grito extemporáneo, encontraba la verdad y su razón de ser en el mundo.

Sucede algo, sin embargo, que me parece tremendamente significativo, a la hora de calibrar la importancia del impacto mental del grito de ese niño de *Rashomon*. Con una perspectiva de veinticinco años desde que la película se proyectó en España, la he recordado alguna vez con amigos que también se entusiasmaron con ella entonces. Curiosamente, los espectadores mantenían dos posturas muy definidas ante aquella última escena clave del film. O la olvidaron pronto, como algo que carecía de importancia en todo el contexto, o la recuerdan como una especie de añadido absurdo a una historia más o menos coherente.

El secreto místico del chiste

El hecho de que suceda esto no debe extrañarnos, ni hacernos juzgar como superficiales o hasta incultos a estos espectadores. Precisamente el *kôan*, lo mismo que todos los demás estímulos que intervienen en el proceso místico, golpea con su presencia —al margen de que provoque, en una u otra persona, el paso a la comprensión trascendente— únicamente a quienes poseen ya un conocimiento más o menos profundo de lo que significa el proceso místico. Para los demás es un absurdo total o —como sucede en el caso de las historietas derviches — actúa como un simple chascarrillo divertido, protagonizado tal vez por un loco como el Mulá Nasrudin. No olvidemos que, por ejemplo, las historietas de este derviche sufí tuvieron en países como la República Argentina una difusión enorme, equivalente a la que en España tuvieron en su momento los chistes referidos a Quevedo.

¿Significa esto que el ser humano corriente (ustedes y yo, los que no alcanzamos la iluminación de que aquí se trata) toma a broma los hechos más trascendentes? ¿O tal vez que, incapaz de entender el impacto de la trascendencia, se burla de ella por instinto? Yo no lo creo así. A mi modo de ver, surgen constantemente en torno nuestro claves que nos están advirtiendo, consciente o instintivamente, de la otra realidad, o al menos, de la posibilidad de que el mundo circundante sea una apariencia, detrás de la cual puede surgir una certeza insólita que tendríamos que aceptar sin necesidad de entenderla por ningún proceso intelectivo, sino porque, al hallarnos en su presencia, se hace evidente, incluso a pesar nuestro.

En este sentido, yo recomendaría fijar la atención en muchos chistes gráficos que aparecen corrientemente en la prensa y que, con o sin la intención expresa de su autor, nos están moviendo los hilos del subconsciente hacia todo cuanto la lógica está negando. El chiste es, muchas veces, aunque sea *absurdo* e *irracional* asegurarlo, un impacto místico, un toque

instantáneo de trascendencia, una visión subliminal que nos muestra —la aceptemos o no— la mentira integral de la lógica cartesiana, la falsedad de nuestro sentido dimensional del tiempo, el error de nuestras percepciones sensoriales. Algo, en fin, que nos lleva a captar, por la vía del absurdo, una realidad donde las apariencias no cuentan en modo alguno, donde los sentidos engañan, como engañan a la vista las figuras del renacentista Arcimboldo o del surrealista Escher, como nos engaña —lo veíamos al principio— nuestro sentido del tiempo cuando nos sumergimos en la realidad inalienable de cualquiera de los prodigios a los que nos someten los santos, los brujos —me refiero a los auténticos— o los videntes. ¿Qué mayor absurdo que una levitación, al romper las «leyes» de la gravedad? ¿Qué mayor absurdo que una profecía, al hacer añicos las leyes aceptadas del tiempo? ¿Qué mayor tontería —vista con ojos de lógica— que el «vivo sin vivir en mí» o que «la música callada» de san Juan de la Cruz?

El impacto de la realidad

Si nos tomamos la molestia de comparar objetivamente el hecho escueto del impacto que conduce al encuentro con la realidad trascendente, veremos que ese tránsito se produce lo mismo en Oriente que en Occidente, porque no se trata en modo alguno de una cualidad cultural o etnológica, sino de un fenómeno humano, por más que, eventualmente, tenga que ser más común en culturas en las que el concepto temporal posea ya unas características propiciatorias que faciliten la experiencia. Lo que cambia y, sobre todo, lo que hace que en Oriente se vea casi como normal la presencia de fenómenos como éstos y que en Occidente se integren más decididamente en la categoría de lo insólito o de lo milagrero es, precisamente, el nivel espiritual de las culturas. Ese concepto de sujeción a la dimensión temporal que existe en Occidente, enfrentado al sentido estático (repitámoslo, no pasivo) de Oriente, tiene como consecuencia que un mismo fenómeno sea juzgado allá como connatural al ser humano, en tanto que acá existe la tendencia —oficial y ortodoxa en principio, pero de rechazo inconscientemente aceptada por el hombre de la calle— a considerar cualquier tipo de tránsito a la otra realidad como un *favor* o como una *concesión* de la entidad desconocida y prefabricada que se ha establecido que gobierna, desde la trascendencia, los destinos del hombre.

Se trata, pues, de un sentido casi obligado de dependencia y sumisión, que conduce (en Occidente) al ser humano a considerarse siempre como entidad sujeta al capricho o a la infinita superioridad de la deidad de turno. (Y pensemos que ese mismo establecimiento de un *turno* de deidades supone ya una tremenda sujeción carcelaria al concepto sensorial del tiempo, a la sucesión cronológica de las creencias, en contraposición a los ciclos orientales —edades o *avatares*— que no están concebidos como sucesión en el tiempo, sino como inconmensurables *espacios* culturales o vitales, por los que pasa el ser humano y en los cuales la especie experimenta determinadas presiones que provocan su transformación cíclica.)

Ejemplos de esta dependencia podríamos encontrarlos con sólo rastrear en los antecedentes paganos del cristianismo, en la correspondencia increíble de personajes divinos que el tiempo y la evolución han ido transformando, muchas veces para que su acción sobre el ser humano siga teniendo una validez efectiva, a medida que el tiempo —o la apariencia temporal, la prisa— acelera los cambios mentales lo mismo que los progresos tecnológicos. Es así cómo encontramos una correspondencia asombrosa entre Mithra y Cristo, o entre Hermes Toth, Mercurio y san Miguel, o una evolución de idéntico personaje divinal desde la gran Venus esteatopígica de la prehistoria a Nuestra Señora, pasando por Isis, Astarté, Hera y toda la sucesión de Grandes Madres representantes de la fertilidad de la tierra y de los dones que permiten al hombre adquirir la enseñanza. Todos estos personajes, bien directamente o bien como representantes más o menos evidentes de la divinidad suprema, son los que tienen adjudicada la cualidad de conferir al místico su experiencia, una experiencia que jamás podría adquirir, según estos parámetros religiosos, por medios propios. Recordemos que aquel san Ero del que hablábamos anteriormente, «o monxe da pasariña» del monasterio de Armenteira, pudo ver su historia escrita gracias a que Alfonso X el Sabio, rey de Castilla y poeta, la incluyó entre las Cantigas gallegas que relataban los milagros de Nuestra Señora para ejemplo y devoción de los fieles.

Pero no estoy refiriéndome únicamente a cosas del pasado. Hoy mismo, a la vuelta de la esquina, los poderes religiosos siguen reclamando para la divinidad oficial de turno el poder de «empujar» al místico a su experiencia trascendente. Y hasta se da la paradoja de que, en algunas ocasiones, ese místico —cristiano, naturalmente— resulta mejor comprendido por un maestro oriental que por sus mismos correligionarios. Absurdo, pero cierto. Tal vez se trate también de un *kôan*.

Viene esto a cuento por el hecho de que, no hace mucho tiempo, apareció en las librerías españolas la traducción de la tesis doctoral que el papa Juan Pablo II —Karol Wojtyla— escribió en sus tiempos de estudiante de teología de la Universidad Católica de Santo Tomás, en Roma, allá por el año 1948. La tesis en cuestión tiene por tema el de la Fe y san Juan de la Cruz [1] y, curiosamente, a través de la pirueta teológica, el estudio del futuro papa llega a la conclusión de que la vivencia mística es imposible si no va acompañada, conducida y dirigida —quiero decir, si no es *provocada*— por la divinidad y la fe que despierta. El místico, en estas coordenadas de fe pasiva y divinidad activadora, es un mero pelele a quien se concede desde lo alto la gracia de una vivencia trascendente que tiene que aceptar.

Con muy pocos años de diferencia con la redacción de esta tesis doctoral —y doctrinal—, un *gurú* hindú, el swami Siddheswarananda, a quien hoy tal vez recuerden solamente los discípulos que dejó en un humilde *ashram* de Gretz, en los alrededores de París, escribía un breve estudio de apenas cuarenta páginas sobre nuestro místico.[2] Su punto de vista, como es lógico, difiere radicalmente del mantenido por el futuro papa, y, como es lógico también, supongo que cada cual será libre de elegir una u otra postura, puesto que, al menos por ahora, en cuestiones de trascendencia hay mucho escrito, pero no hay nada que pueda demostrarse por leyes cartesianas.

1. KAROL WOJTYLA, *La fe según san Juan de la Cruz*, Biblioteca de autores cristianos, Madrid, 1979.

2. SWAMI SIDDHESWARANANDA, *Le raja-yoga de Saint Jean de la Croix*, en el volumen colectivo *Yoga, Science de l'Homme Intégral*, dirigido por Jacques Masui, Les Cahiers du Sud, Paris, 1953, pp. 196-242. Hay traducción española de Juan García Rigal, de este estudio concreto, publicada por Orión, México, 1960.

Pero creo que será significativo transcribir siquiera un párrafo de ese estudio, precisamente por lo que contiene de identificación con la conciencia mística universal: «Para aquellos que siguen la vía metafísica *(jnâna)*, es particularmente necesaria la anulación de todos los pensamientos registrados en la sustancia mental *(chitta)*, puesto que sólo esta destrucción permitirá la experimentación de la vida intersticial, es decir, del *samâdhi*. El *satori*,[1] en tanto que acontecimiento, surge a partir del momento en que los dos aspectos de la Realidad, la expresión y la no-expresión, se colocan en un mismo plano; en ese instante surge el conocimiento de que el estado de *jnâna* o *satori* ha estado siempre presente en el místico. El Vedanta, el Zen y san Juan de la Cruz afirman unánimemente que este estado no puede provocarse, que ninguna disciplina propicia el acceso al estado superior o final».

1. *Satori*: iluminación.

12

El hombre al encuentro de sí mismo

Decía Gurdjieff a sus discípulos —y lo recoge Ouspensky en una vasta exposición de las enseñanzas de su maestro [1] que la humanidad, en tanto que entidad total, es incapaz de evolucionar. «*Lo que nos parece ser progreso o evolución es una modificación parcial que puede ser contrabalanceada por una modificación correspondiente en la dirección opuesta.*» Para este insólito maestro caucasiano, extrañamente estructuralista, que constituye uno de los ejemplos más recios e independientes de la enseñanza trascendente del siglo xx, el ser humano, en tanto que especie, está irremisiblemente condenado a ser *máquina* durante su existencia y a dejarse arrastrar por los acontecimientos que se le imponen —por lo que aquí he llamado la manipulación a todos sus niveles— sin que nunca sea capaz de levantarse sobre sus propios condicionamientos para alcanzar estadios evolutivos de la conciencia que puedan colocarle en condiciones de vivir una Realidad acorde con sus presuntas necesidades evolutivas.

En tanto que *máquina*, los individuos de la especie humana no pueden evolucionar conjunta y masivamente, porque —dice Gurdjieff— «*no existe evolución mecánica. La evolución del hombre es la de su conciencia. Y la conciencia no puede evolucionar inconscientemente. La evolución del hombre es la de la voluntad, y la voluntad no puede evolucionar "involuntariamente". La evolución del hombre es la evolución de su poder de "hacer", y el hacer no puede ser el resultado de lo que "sucede"*».

Sin embargo, Gurdjieff admite y proclama una evolución a niveles individuales. «*Las posibilidades de evolución existen y se pueden desarrollar en individuos* aislados, *con la ayuda de los conocimientos y de los métodos apropiados*... (...) ... *Un hombre tiene que comprender esto: que su evolución no interesa sino a él. A ningún otro le interesa. Y no debe contar con la ayuda de nadie. Porque nadie está obligado a ayudarle y nadie tiene la intención de hacerlo. Por el contrario* —por favor, ruego echar una mirada menos superficial sobre los capítulos precedentes—, *las fuerzas que se oponen a la evolución de las grandes masas humanas también se oponen a la evolución de cada hombre. Toca a cada uno chasquearlas. Mas si un hombre puede chasquearlas, la humanidad no puede hacerlo.*»

Individuo y humanidad

Vayamos por partes. Lentamente. Con la tranquilidad de un tiempo que existe únicamente como dimensión *espacial* desconocida o inaprehensible.

Sucede a veces que los conceptos referidos a esa constante y perenne necesidad del ser humano por *saber* y *vivir* lo que existe más allá de la frontera de su comprensión se tergiversa. Sucede también, en consecuencia, que los maestros —y Gurdjieff lo era y dio muestras patentes de su condición— se sienten a menudo desbordados por la humanidad misma, exactamente igual que el repartidor municipal de caramelos en las fiestas de los pueblos, que tiene en sus manos la milésima parte de los dulces que podrían satisfacer a los niños de la aldea y opta por tirarlos al aire para que los recoja quien sea más listo, o más despierto... o más fuerte, o más bruto y dispuesto a merendarse a los demás. (Recordemos el ejemplo agárthico, tergiversado y asumido a su imagen y semejanza —léase conveniencia manipuladora— por un nazismo visceral

1. P. D. OUSPENSKY, *Fragmentos de una enseñanza desconocida*, Librería Hachette, Buenos Aires, 4.ª ed. en castellano, 1977, de la versión francesa de 1949.

consecuentemente convertido en partido dogmático y mesiánico.)

No creo que nadie abrigue duda alguna respecto a que la posibilidad de una evolución existe. Pero entre el hecho de que esa evolución, o superación, o paso a siguientes niveles de percepción de la Realidad —con el consiguiente poder que ello puede implicar— sea cosa de individuos aislados o de la humanidad entera, va todo un mundo de matices, de motivos y hasta de condicionamientos que se atornillan, desde tiempos perdidos de la historia, a circunstancias condicionadoras del comportamiento de los seres humanos hacia sus semejantes. Porque, queramos o no reconocerlo, existe una diferencia de años luz entre el hombre que busca alcanzar la trascendencia en beneficio propio y para el ejercicio del poder sobre los demás, y aquel otro que se adentra por los entresijos de la propia superación para entregar sus resultados al prójimo, como ayuda para un mundo menos condicionado por las innumerables manipulaciones que le acosan.

Me parece importante esta distinción porque, como ya hemos tenido oportunidad de ir comprobando a lo largo de las páginas precedentes, la manipulación cósmica actúa indefectiblemente sobre la humanidad, haciendo uso de una ley vital y sirviéndose de su situación de ventaja en el proceso evolutivo de las especies, mediante el ejercicio de un poder omnímodo sobre ella y *nutriéndose* de su energía, de sus deseos, ¡e incluso de su razón sensorial!, para su propia pervivencia, exactamente lo mismo que nosotros, los seres humanos, ciframos nuestro contexto vital en el poder que nuestra conciencia dimensional —la razón— ejerce sobre los seres inferiores que nos siguen en el ciclo evolutivo.

Las dos caras de la moneda

No se trata ahora de sacar a la luz conceptos morales más o menos periclitados y, sobre todo, inútiles en un contexto en el que la dualidad racional ha de quedar necesariamente eliminada. Se trata, simplemente, de luchar un poco con las palabras con las que hemos de expresarnos —creadas en un contexto dualista, como todo nuestro sistema mental— y extraer de ellas y a pesar de ellas un sentido de solidaridad con la especie humana (y no sólo con un determinado sector elegido de la misma), a la hora de calibrar el porqué de que un determinado individuo o un grupo de individuos aspire a alcanzar el nivel evolutivo que realmente le corresponde a *toda* la especie y que únicamente las fuerzas manipuladoras, creadoras de la tecnología por un lado y de creencias ciegas por otro, han logrado y siguen intentando impedir con todas sus fuerzas, desde su estrato de potencia abstracta supradimensional.

Creo que, a la hora de *razonar* (si tal cosa es realmente posible) sobre el estado dimensional que sigue a la conciencia racionalista en la que estamos inmersos, todos estaríamos de acuerdo en convenir en la inoperancia de un factor del que hemos dado cuenta cumplida y sobrada en estas páginas: el *dualismo*. Un dualismo que forma parte y es consecuencia directa de nuestra percepción sensorial y que ha venido a constituir todo el germen de nuestros sentimientos morales y estéticos, de nuestras ideas religiosas y políticas, y hasta de nuestros principios científicos, afectivos y trascendentes (puesto que, aun sin propósito previo aparente, hemos conferido a nuestra idea —falsa— de la trascendencia unos signos de *reconocimiento dualista* que son los que han contribuido esencialmente a la incomprensión última del concepto).

Partiendo, pues, de esa inoperancia dualista, tendríamos que convenir en que ese paso evolutivo, que Gurdjieff a su modo y otros maestros al suyo calificaron de necesariamente individual (y creo que no cabe ponerse en desacuerdo con la idea), tiene que estar condicionado, para ser válido, a un propósito de servir de *cabeza de puente* al resto de la humanidad y de ningún modo a ser utilizado como barca con la que vadeemos el río de la dimensionalidad para luego hundirla y apedrear desde la otra orilla, con armas mucho más poderosas, al personal que se quedó al otro lado. Si sucede lo segundo, el ser humano individual o el grupo que ha dado el salto no será en modo alguno una entidad evolucionada en el sentido más amplio y justo del término, sino un vampiro o una secta vampírica que utilizará su posición privilegiada para alimentarse, mediante cualquier tipo de manipulación, de la energía de sus congéneres, del mismo modo que el resto de la humanidad se alimenta de la de los seres reconocidamente inferiores. Y no caben ahí protestas orgullosas de un supuesto dualismo definitivamente abolido y superado, ni echar mano de estados de conciencia presuntamente superio-

res que se encuentran ya «más allá del bien y del mal». El hombre «fuerte» (pienso en el hombre evolucionado, en el que es definitivamente capaz de dar el salto dimensional de su propia evolución) lo es mientras su brazo puede izar a los débiles, no mientras su pie pueda aplastarlos y hundirlos todavía más en el fango de la manipulación. Usando un ejemplo que sólo el budismo ha expresado con claridad, aunque esa claridad haya sido tergiversada repetidamente, no es el auténtico evolucionado el místico que alcanza el *nirvana* y se libera definitivamente de las reencarnaciones, sino el *boddhisattva* que, pudiéndolo alcanzar, regresa voluntariamente con los hombres para empujarles y señalizarles el camino que él ya ha recorrido.

Los mil senderos de la mística

Muchas veces, ese ser humano que cada día parece más necesitado de integración en la vía trascendente, se lanza a tumba abierta en los surcos trazados por una determinada creencia, por un maestro, por un libro revelador (supuestamente tal) o por una secta que promete, bajo mínimos, esa solución evolutiva tan infructuosamente buscada. Muchas veces también, determinados «gurús» ávidos de poder sectario —y, al decir gurús, no me refiero exclusivamente a santones de procedencia asiática, sino bilbaína o siciliana, que tanto da—, confeccionan sin tino cócteles con las más diversas prácticas, ritos y creencias, sin extraer de ninguna de ellas las esencias fundamentales, y reúnen en *ashrams* —no de la India, sino de Cáceres o de Euskadi— o centros comunitarios a un grupo más o menos numeroso de ansiosos de la liberación, que pasarán con gusto por cualquier tipo de manipulación personal del pretendido maestro, con tal de alcanzar una migaja de libertad que no será otra cosa que la escapada de un ambiente general neurotizante para lanzarse en picado en una manipulación personal, e incluso a menudo histriónica, no menos condicionadora.

La consecuencia, fomentada por tantos que intentan servirse de las necesidades urgentes del ser humano, es o suele ser una empanada mental que, día a día, va llenando de confusión a los curiosos medio ciegos que buscan a tientas caminos y acuden a la miel de *slogans* tan evidentemente atractivos como las «guías prácticas» para aprender de corrido cualquier ciencia oculta o los anuncios en los que se promete colocar al educando, tras un cursillo de diez días, en el camino del autoanálisis, de la meditación trascendental (TM para los amigos) o de los más «arcanos» secretos de las sociedades iniciáticas, revelados por sus propios fundadores.

Lo extremadamente grave para el hombre —y digo grave, no bueno ni malo ni amable ni odioso, para huir en lo posible de la trampa del dualismo— es que, al elegir con presunta voluntad uno de esos caminos, los ciegos buscadores suelen integrarse en un sendero que, por eficaz que sea (y no suele serlo), esconde la perspectiva del gran panorama trascendente total y hasta, en casos extremos, muestra de él —por ignorancia o por orgullo de los mentores de turno— apenas un borroso daguerrotipo mal asimilado, peor expresado y pésimamente asumido.

Siquiera sea desde niveles racionalistas —de análisis y síntesis del fenómeno trascendente, si es que tal cosa es posible— habría que intentar el establecimiento inmediato de los factores estructurales que son comunes a todas las escuelas de trascendencia mística que en el mundo son y han sido, para comprobar, aunque sólo fuera en estratos primarios, que todas ellas, sin excepción, parten de un núcleo común de intenciones que abocan en prácticas conducentes a una también común finalidad: el alcance del estadio siguiente de nuestra evolución, un alcance que va mucho más allá del «tirón» que, eventualmente, puedan ejercer desde sus conciencias dimensionales quienes —gurús, OVNIs o entidades supuestamente salvíficas— ya se encuentran en ellos, manipulando al ser humano y al resto de los seres inferiores desde planos del hiperespacio.

Tengamos en cuenta, pues, que en las descripciones que van a seguir, referidas a algunos caminos de la trascendencia evolutiva, no serán tanto los métodos los que se definan, sino la presunta intencionalidad de las metas que podrían alcanzarse valiéndose de la experiencia adquirida. Personalmente, me importa muy poco un alquimista que obtenga al Elíxir y lo retenga para sí, como me repatea un santo que levite para su satisfacción personal. El hombre se debe al hombre y, supongo yo, ¡pobre de quien pretenda cobrarse en beneficio propio esa deuda que tiene contraída!

Y la tiene contraída no en tanto que individuo, sino en tanto que forma parte del conjunto de una especie que constituye, con todas sus individualidades, una parte importante del todo universal de acciones y reacciones que rigen el cosmos. El hallazgo de un determinado camino que propicie el conocimiento y la experiencia evolutiva (pues conocimiento y experiencia no pueden desligarse en modo alguno a ciertos niveles de trascendencia) y utilizarlo en beneficio exclusivo de la propia persona o del exiguo grupo de adeptos que pueda reunir en torno suyo, es excluir tácita e intencionadamente al resto de la humanidad de sus posibilidades comunes de superación, comenzar a ejercer sobre ella la misma manipulación de la que cree haberse liberado, pasar del estado de «máquina» en la que «suceden cosas» (empleo nuevamente términos utilizados por Gurdjieff) al de ente «activo» que ejercerá tarde o temprano su acción reteniendo al resto de sus semejantes en el estado de especies al servicio de fuerzas cósmicas opresoras, de las cuales ese ente concreto sólo *creerá* haberse liberado.

Pasando a formar parte individual aislada (o como secta restringida) del estrato evolutivo siguiente y rechazando la integración del resto de la humanidad en ese estado, el individuo se queda en simple intermediario de la entidad manipuladora inmediata, y lo que supone ser liberación propia con exclusión de los demás es sólo acceso a un puesto de privilegio relativo, que podrá satisfacer y hasta proporcionar beneficios, pero no pasará de constituir un escalón intermedio que le mantendrá equidistante de su propia especie y de todo el conjunto del estadio evolutivo inmediatamente superior.

Esta es, a mi modo de ver, la diferencia que existe entre el maestro o el auténtico *boddhisattva* y el nigromante o el mago, o el iluminado jefe de secta mesiánica. El primero tiene conciencia de que su propia superación se debe —y está ligada— a la superación de todos cuantos sean capaces de entender su mensaje y expandirlo hasta que, antes o después, alcance a toda la especie humana, para izarla a la siguiente etapa evolutiva. El segundo, a cambio del presunto poder adquirido mediante el conocimiento y la experiencia trascendente, intentará integrarse, aisladamente o con su grupo de adeptos, en el nivel de conciencia inmediato, y desde él, exactamente lo mismo que las entidades que forman parte de ese nivel (por razones de evolución y en conjunto de especie), tratará de manipular al resto del género humano al que pertenece, aunque sólo será, con sus seguidores, servidor presuntamente privilegiado de sus intereses y colaborador de segunda fila en una tarea opresora de la humanidad y restrictora de su derecho conjunto a la propia superación.

En cierto modo, será como perro de ese rebaño que el pastor no puede atender cómodamente por sí solo. Vestirá collar de púas y manipulará a las ovejas como el pastor lo haría; las conducirá por donde el pastor desea y su creencia infundada de superioridad se verá siempre cortada por la presencia del amo, al que no tendrá más remedio que someterse, a cambio de su poder —prestado— sobre las ovejas.

Al ser humano en su conjunto le toca reconocer y distinguir al maestro que le iza hacia su meta y al mago o mesías que le somete a la misma manipulación —física, mental o espiritual— de la que, con mayor o menor grado de conciencia, intenta liberarse. Aquí estamos ahora sólo para indicar los caminos por los que el hombre ha intentado y sigue intentando acceder a la trascendencia. La intención es otro cantar.

El juego de las tres pruebas

Hemos visto, a lo largo de estas páginas, cómo la permanencia del ser humano más acá de las fronteras de su dimensionalidad, sin alcanzar ni la comprensión ni la vivencia de una existencia más acorde con sus auténticas posibilidades, se debe a la esencial incomprensión de una Realidad que se manifiesta a través de tres factores, cada uno de los cuales tendría que ser aprehendido por una parte concreta de nuestra personalidad total. Estos tres factores son la percepción sensorial, el sentimiento de la dualidad y la concepción del tiempo.

La percepción sensorial es puramente física, afecta a nuestra personalidad corporal y nos lleva a la falsedad de una captación engañosa de la realidad circundante, mediante unas perspectivas incorrectas y parciales del mundo.

El sentimiento de la dualidad, consecuencia moral del factor físico, atañe a nuestra actitud frente a los elementos que

componen la realidad ficticia en la que estamos inmersos y a nuestras reacciones morales ante los acontecimientos y ante los problemas que tenemos que asumir.

La concepción del tiempo es puramente mental y consecuente al dominio que ejercen sobre nosotros los otros dos factores expuestos, sobre todo en los niveles intelectuales de la percepción. Nuestro cerebro, regido por percepciones sensibles y por sentimientos dualistas, queda impotente para liberarse de lo que no deberían ser más que meras circunstancias comprendidas y perfectamente controladas y, paralelamente, se ve dominado por una dimensión que debería conocer y que tendría que vivir incluso en sus coordenadas reales.

De esta manera, la escala de potencias que compone la personalidad total del ser humano se encuentra ante una evidente inversión del proceso rector de nuestra actitud ante el mundo. No es la mente la que manda sobre los sentimientos, ni éstos los que rigen la percepción sensible, tal como correspondería a una entidad debidamente evolucionada, sino que los sentidos son en realidad los que marcan las reacciones sentimentales y éstas, a su vez, las que conforman el proceso mental. De este modo, la presunta entidad rectora total del ser humano —el cuerpo activo o cuarto cuerpo de que habla también Gurdjieff— queda ausente o permanece anulada por una falsa correlación de las fuerzas que influyen sobre la actitud vital —el estar-en-el-mundo, y la *Weltanschauung*— del ser humano.

El proceso de superación de esta radical inversión de los valores que conforman la totalidad del hombre es el que han emprendido las distintas escuelas esotéricas y ocultistas individuales de todos los tiempos, en un intento por asumir la percepción vivencial —o la auténtica vivencia— que debería ser propia e inherente a nuestro puesto en la escala cósmica. Las diferencias han radicado en los métodos a utilizar, es decir, en el lugar exacto donde se ha intentado insertar la cuña de ruptura con los moldes establecidos, el punto justo desde el cual puede emprenderse todo el proceso de transformación hacia el entendimiento y la vivencia del siguiente estadio evolutivo.

El dominio del cuerpo

Podemos detectarla en la historia religiosa del hombre sobre toda la superficie del planeta. Existe, tanto en Oriente como en Occidente, en la historia remota de los pueblos llamados salvajes, una *actitud* iniciática que da comienzo con el dominio de los sentidos, de los impulsos inmediatos, de las necesidades, caprichos y apetencias del cuerpo.

Es la actitud del fakir, del derviche, del chamán, del anacoreta de la Tebaida; es el proceso iniciático entre los pueblos que hemos dado en llamar primitivos o salvajes. Ayunos, lecho de púas enhiestas, comportamiento deliberadamente bestial, danzas vertiginosas, cilicios, vergajazos, trances y pruebas físicas que hay que superar a toda costa. San Simeón Estilita pasó muchos años —¿cuarenta?— izado sobre una columna que no le permitía sentarse ni echarse. Le subían la comida por medio de un cesto, una vez al día o cada dos o tres días, ya ni se sabe con certeza. Los fakires —algunos fakires— adoptan determinada postura y permanecen en ella, inalterablemente, meses y años, sin hacer el menor movimiento, hasta que los músculos se les anquilosan y los huesos se les quedan soldados y ya no les es posible accionar las articulaciones. Los derviches, al son de los tambores, emprenden una danza absolutamente irracional, como la de una peonza loca, hasta que se destroza materialmente el sentido del equilibrio y ya no se ve ni se oye ni se palpa la realidad circundante. Hay frailes —pienso yo que los hay todavía— que rodean su cuerpo con cuerdas o con cadenas, o con garfios que se clavan en la carne a cada movimiento. Y aún hay otros —monjes, yoguis o bonzos— que reducen su alimento a mínimos insospechados y que siguen viviendo, o vegetando, o tal vez trascendiendo, a partir de energías que desarrollan por medios que la medicina no podría prever: el aire, la tierra, el sonido.

En todas estas prácticas, comunes o paralelas a lo largo de los procesos socio-religioso del ser humano, se trata de dominar, vencer y anular a los sentidos. Ni se ve lo que la vista vería, ni se oye lo que el oído escucharía, ni se palpa lo que la piel sentiría, ni se degusta ni se huele lo que las papilas gustativas o auditivas captarían en condiciones normales. Se trastoca todo el proceso sensorial. Se le domina o se le trata de dominar. Se le *mata* para que resucite en condiciones total-

mente diferentes, adaptadas al nuevo modo de sentir la también nueva Realidad.

De este sentimiento nacen las pruebas iniciáticas que se llevan a cabo entre muchas tribus primitivas. Llegado un determinado momento de la vida, el individuo ha de *morir* a todo cuanto de falso y aparente le tocó vivir anteriormente y ha de emprender una *nueva vivencia* que, curiosamente, ha de estar acorde con cuanto la tradición de la tribu mantiene como real y cierto e inmutable. Y no olvidemos que la tribu es, para sus miembros, la personificación o la imagen de la humanidad entera o, al menos, del pedazo de humanidad que constituye el mundo del nativo. En estos casos, a su modo, el individuo es llevado por los maestros o los brujos del poblado a trascender su condición de objeto pasivo para integrarse en la acción común que atañe a toda la comunidad.

Relatos iniciáticos

En las cavernas prehistóricas de Cantabria —y muy concretamente en la cueva del monte Castillo que lleva ese nombre y que, con toda probabilidad, fue un antro iniciático de primer orden en la era paleolítica— hay una sala, situada en lo más hondo del monte, a la que se accede, o se accedió en su momento, siguiendo unas huellas de manchas coloreadas de ocre a lo largo de las paredes. La sala, dividida en varias estancias, es todo un mueseo de arte parietal. Y no tanto por la perfección de sus figuras —no hay un solo bóvido o un mal reno comparable a la maravilla de Altamira—, sino por la acumulación de signos aparentemente abstractos que han llevado por la calle de la amargura a nuestros investigadores dominados por el espíritu racionalista. Allí abundan los supuestos tectiformes (presuntas cabañas), los retiformes, los fusiformes. Allí, los investigadores heterodoxos han querido ver incluso OVNIs y marcianos. No importa ahora. El caso es que, en varias de las paredes, se multiplicaron en su momento las huellas de *manos* y que esas huellas las dejaron allí hombres que dieron cuenta cabal, a su modo, de su estancia en aquel lugar y —me atrevería a añadir— de la transformación que, de una manera u otra, habían sufrido en él.

Pensemos: un lugar situado —metro más, metro menos— a cientos de pasos de la entrada de la caverna; un lugar al que

se accede a ciegas, siguiendo un auténtico *laberinto* en el que han de integrarse —tenían que integrarse en su momento histórico— quienes pretendían acceder a la iniciación trascendente, sin que los sentidos normales de la vista, del oído o del tacto actuasen en condiciones teóricamente válidas. Un camino que discurría entre sombras y trampas para los sentidos, ¡precisamente para los sentidos, que son los vehículos de la percepción! ¿No era ese motivo suficiente para que el adepto del rito iniciático dejase precisamente al final del proceso la huella de su propia mano, precisamente la huella de aquella parte del cuerpo que *maneja* o *manipula* la realidad circundante?

En la ermita de san Bernabé y san Tirso, en la comarca burgalesa de Sotoscuevas, construida aprovechando una entrada de la caverna iniciática prehistórica de Ojo Guareña, la bóveda de piedra muestra unos frescos de corte popular pintados en el siglo XVIII en los que, como en un gran tebeo, se relata el proceso de las torturas físicas sufridas por el supuesto mártir san Tirso. Curiosas torturas, porque —lo mismo que sucede en tantos otros santos del martiriologio— cada una de ellas, sin necesidad de la acumulación de todas las demás, habría servido seguramente para provocarle la muerte, si hubiera sido real. Lo cual hace pensar —milagros aparte— que, detrás de esas representaciones, hay un retrato no objetivo, sino iniciático también, que está dando cuenta de pruebas de extorsión de los sentidos conducentes a provocar en el santo (en el adepto) una *vivencia* de muerte física, de la que habría de salir con ese dominio del dolor y de las sensaciones que encontramos, sin solución de continuidad, desde los rituales prehistóricos hasta los simbolizados en las ceremonias de acceso a los distintos grados de determinadas sociedades secretas de nuestros mismos días. Y aun en otras comunidades que no son, al menos en apariencia, tan crípticas, como es el caso de las que se llevan a cabo con los novicios en ciertas órdenes religiosas y con los recién ingresados en algunos monasterios Zen.

«*Lasciate ogni speranza*»

Decía Gurdjieff que, aparte su método de enseñanza —ése que él llamaba «el camino del hombre ladino» y que acumu-

laba prácticas a todos los niveles de conciencia—, hay tres formas de acceso a la comprensión y a la vivencia de la siguiente etapa evolutiva: la del fakir, la del monje y la del yogui. La primera, de dominio y extorsión de los sentidos físicos, es la que hemos tratado hasta ahora. La que llama del monje correspondería a los métodos de dominio de las emociones y, como consecuencia (consecuencia teórica, al menos), a la anulación consciente de los conceptos dualistas que las originan. Digo en teoría, porque supongo yo que habría que establecer una distinción dentro de lo que llamamos monacato, puesto que precisamente el monje cristiano, aunque trata de dominar sus emociones dentro de la orden y de la regla por la que se rige, se basa en unos fines dualistas, tan superiores como queramos reconocerlos, pero que no hacen otra cosa que mantener a los miembros en la idea de un dualismo a ultranza. Lo bueno, lo deseable, lo limpio y lo puro está en el mundo de la orden y de la creencia que la inspira; lo malo, rechazable, sucio y obsceno, en el mundo exterior. Es lo propio de los modos religiosos que tienden al concepto salvífico, porque siempre resulta que, detrás de esa salvación, se esconde la idea (dualista, claro) de una condenación para los demás.

En este sentido —y ciertamente se practica en algunas órdenes monásticas, cristianas e islámicas, aunque de modo secundario y con la idea de salvación siempre como telón de fondo —es la vida monástica oriental la que parece cumplir el requisito de la anulación de los sentimientos en aras de una iniciación más total a niveles trascendentes. El aislamiento y la estricta vida comunitaria llevan al monje a un sentimiento de *permanencia*, de estatismo, de observación objetiva de los fenómenos, sin prejuzgarlos por medio de estados emocionales propios de una determinada actitud moral, porque lo moral, como sentimiento mundano, ha quedado superado más allá de las tapias de la lamasería o del monasterio Zen. La vida en común se convierte en un mundo aislado del otro y las prácticas ascéticas conducen a una comprensión inmediata, intuitiva y nunca intelectiva, de una realidad que se encuentra más allá de la clasificación dualista de los fenómenos.

Sin embargo —lo decía Jacques Masui, de quien hablaré extensamente más adelante—, es en el poeta, en el artista que crea realidades trascendentes a partir de impulsos emocionales, donde se da en auténtica clave intuitiva esa ruptura del

mundo dualista. Cuando el Dante proclama la aventura de entrar en la belleza infernal, coloca un cartel ante sus puertas recomendando —ordenando iniciáticamente— el abandono de toda esperanza. La esperanza es un sentimiento dualista, contrapuesto a la desesperación, pero en el poeta no existe en modo alguno la asunción de lo contrario, sino únicamente la aceptación de ese abandono para entender luego algo que habrá de superarlo con creces.

Las señoritas de Aviñón

Cuando se habla de artistas, nunca podemos abandonar la idea de que la obra de arte es siempre la trasposición sentimental —emocional— de unas determinadas vivencias de la realidad a un medio diferente. Si tomamos como ejemplo al pintor, sea cual sea su época o su estilo peculiar, siempre existirá en él una plasmación personal e intransferible de realidades y dimensiones en una superficie —lienzo, papel, pared, cobre o tabla— que, al reducir el mundo de las dimensiones y expresarlas de modo restrictivo (el volumen trasladado al plano es la forma más inmediata y transparente) eliminan, en principio, la dualidad que esa dimensión implica. Y esa eliminación se lleva a cabo, a su vez, mediante una transformación que, a lo largo de la historia del arte, ha evolucionado de tal forma que puede darnos la pauta de que la expresión estética, si no se conforma con serlo (y el artista verdadero jamás se conforma con ser un esteta), es, efectivamente, un camino para alcanzar la trascendencia evolutiva.

A grandes rasgos y con saltos locos en el tiempo (puesto que el tiempo mismo sólo puede ser considerado como locura o como aberración perceptiva), fijémonos en cómo la pintura ha experimentado ese progreso trascendente. La crátera griega, lo mismo que el mural románico, expresa figuras tridimensionales en sus puros rasgos planos. Incluso en el caso de los vasos helénicos, hay una economía consciente de los colores que, al margen de sus necesidades (pintura cerámica) iguala en negros, ocres y blancos a toda la representación dramática o mítica allí expresada.

Con la eclosión trascendente del gótico, las figuras buscan, en un juego en el que se marcan claramente sombras y volúmenes, su inserción en un ambiente bidimensional, de oros o

de masas planas. Es una posición diáfana de esas figuras con respecto a su mundo, en paralelo a la concepción de entes de dimensión superior en el mundo nuestro de cada día, compuesto de volúmenes y de perspectivas. La intemporalidad se manifiesta en planos perfectamente equilibrados, esencialmente simétricos, fundamentalmente volcados al estatismo, que es la negación visceral —emocional y sentimental, jamás reflexionada— del concepto dinámico que tenemos de la dimensión *tiempo*.

Dando un salto sobre toda la pintura, desde el Renacimiento hasta nuestros días, épocas en las que surgen preocupaciones por la atmósfera, por la percepción puramente sensorial correcta y ortodoxa —con la excepción de espíritus aislados como Arcimboldo o El Greco, como Blake o como el Bosco, como Goya o Leonardo— alcanzaríamos ese fenómeno extraño, rompedor de formas estéticas (creador de nueva estética, por tanto) que, incomprensiblemente, se disolvió en variantes y transformaciones puramente circunstanciales. Me refiero al arte cubista, que trabajó —sin que sus propios representantes hicieran otra cosa que intuirlo— sobre hiperespacios y metaperspectivas dimensionales, planteando los objetos y los personajes desde puntos de visión múltiples que nunca podrían alcanzarse en nuestro mundo sensible más que a partir de conceptos intuidos, nunca meditados, de una supradimensionalidad. De ahí que, desde una perspectiva racionalista, se haya tachado al cubismo de absurdo e ilógico, lo cual es esencialmente cierto a todos los niveles, puesto que la supradimensionalidad cae totalmente a trasmano de los límites de la razón.

Las vías de la acción mental

El camino que Gurdjieff, con sentido un tanto parcial o simplista, llama del yogui, es el que, de una u otra manera, han emprendido los ocultistas heterodoxos de toda la historia de la humanidad. Es un sendero con multitud de derivaciones, de variantes, de recovecos, con ramas y hojas y flores y raíces, exactamente como el gran Árbol de la Ciencia que está presente entre los grandes signos del simbolismo universal, que tiene un solo tronco de Sabiduría del cual parte toda la fronda de los caminos a elegir. Depende ya de la personalidad, de las inclinaciones naturales o del contexto cultural de cada buscador el que se elija una u otra bifurcación, pero, en el fondo, todas ellas abocan a una actitud originaria: la búsqueda del gran tronco del conocimiento, Graal, Libro o Piedra que contiene la clave de ese paso a la comprensión y a la vivencia de la Realidad dimensional sucesiva.

Fijémonos en cómo todas las prácticas ocultistas están abocadas a la acción. En ellas, el hombre tiene que *actuar* y no *dejar que suceda*. Sólo la integración del investigador en lo investigado sirve. Y si lo que se investiga es precisamente la Realidad trascendente, va de por sí que el investigador tiene que trascender a su vez para alcanzarla. O, dicho de otro modo, actúa en pro de su comprensión activa de la dimensionalidad.

Fijémonos igualmente en cómo, en todo el mundo del ocultismo —y me refiero y nunca me cansaré de repetirlo (porque las fronteras son tenues y el hombre, generalmente, peca de crédulo), al ocultismo sincero, de búsqueda y no de embaucación o de intento de ascendente o de poder sobre el prójimo, con orgullo nefasto de presunto maestro o mesías—, repito que nos fijemos que, en ese mundo, el primer problema que se plantea es la victoria sobre un concepto falso del tiempo, que lleva consigo, como vías de acceso unas veces o como conocimiento secundario otras, el rechazo de la dualidad y el dominio sobre la percepción sensorial.

Un alquimista, al lanzarse a su búsqueda graálica —pues graálicos en cuanto a fuente de conocimiento y germen de sabiduría son la Piedra o el Elixir— cifra su proceso activo en obtener lo que el Universo «tarda» millones de años en conseguir —la purificación absoluta de la materia, la sublimación de lo físico—, en el espacio, largo o corto, de su propia vida. Intenta *contraer* el concepto del tiempo, transformar su propia dimensionalidad y la del fragmento de Universo sobre el que actúa desde su laboratorio.

Por su parte, el constructor iniciado, el que se agrupaba en hermandades masónicas operativas para levantar templos —lugares sagrados— recogía, o intentaba aprehender al menos, la forma en que medidas y proporciones de la construcción, conscientemente distribuidas, pueden influir en el ser humano para la búsqueda de su superación. Porque ese es el fin del templo o el templo no tiene fin alguno: o es el lugar sagrado estricto, en el que el hombre consciente y despierto

puede actuar hacia metas superiores de su proceso evolutivo —ayudado por la energía de la piedra y por la distribución armónica de las masas y de los espacios—, o es simple parroquia o pura mezquita funcional, donde *se* entra a oír una misa ajena o a implorar favores a un Dios más ajeno todavía.

Las rupturas temporales

En la investigación heterodoxa de la trascendencia —religión y ciencia, todo en una sola pieza— hay un determinado tipo de buscadores: astrólogos y profetas, que entran de lleno y a cara descubierta en la ruptura de los conceptos temporales al uso. El astrólogo busca en el cosmos, más allá de meras influencias solares, planetarias o de remotas estrellas, la presencia constante e intemporal de unas fuerzas cósmicas que actúan sobre el ser humano y sobre la naturaleza en clave de eternidad. Quiero decir que, para ellos, el tiempo no es algo que corre y nos traspasa, dominándonos con un reloj digital o una clepsidra, sino una dimensión que deja su huella y que ha venido dejándola desde toda la infinitud, y que tiene escrito, marcado y perfectamente dosificado eso que llamamos el devenir y que no es más que una interpenetración de fuerzas que actúan «sin tiempo», en espacios eternos.

No es la vía de la astrología ninguna supuesta adivinación del «futuro», una más entre las mancias —las mancias son otro cantar—, sino una visión de la totalidad del espacio-tiempo como potencia actuante, manipuladora en abstracto del falso concepto que tenemos de un devenir humano y cósmico a la vez que, en realidad, es un constante presente, un aquí y ahora que dura desde el primer *big-bang* de las galaxias.

Por su parte, el universo de las profecías afecta a los seres humanos que han cifrado la clave de su conocimiento en las incursiones que realizan —o creen realizar— por los caminos espaciales de la dimensión temporal. Lo mismo que un muro no se puede atravesar hasta que haya un derrumbe o una puerta en él que nos permita el paso, el profeta auténtico, por disciplina mental, «marcha» a lo largo del muro hasta encontrar el derrumbe o una puerta, en vez de esperar, como hacemos los demás, a que el derrumbe se produzca o venga alguien, «un día» en el futuro, a abrirnos la puerta delante de

nosotros. Luego, con la mente muchas veces confusa a causa de ese mismo paso no habitual que ha realizado, el profeta «regresa» entre nosotros contándonos que «allá» hay una abertura, pero su misma confusión ante una dimensionalidad insólita le impide *medirla* convenientemente. Observemos, desde Nostradamus a los más prestigiosos videntes —que a ellos me refiero y no a futurólogos enclaustrados en las redes de la temporalidad y de la predicción a fecha fija— cómo anuncian oscuramente, hasta crípticamente, el *qué* y a menudo el *dónde*, pero pocas veces el *cómo* y jamás el *cuándo*. Esos son factores que sólo identificaremos después de que la profecía se haya cumplido. Pero, por desgracia y con razón —es decir, *racionalmente*— siempre nos cabrá la duda de si hemos llegado al mismo derrumbe que anunciaba el profeta o si acaso únicamente la casualidad ha hecho que lo identifiquemos con otro que ni siquiera podemos estar seguros —precisamente porque vivimos cada aquí y cada ahora como una sucesión que nos atraviesa y actúa sobre nosotros— de que él vio como decía.

Mancias y otros saltos en el vacío dimensional

Se ha dicho muy a menudo que, en buena parte de los presuntos adivinos que auguran a través de bolas de cristal, naipes, péndulos o cualquier otro artilugio, no es tanto el instrumento como la presencia del sujeto que pregunta lo que desata la visión del mántico. Este caso puede darse en individuos dotados que, muy a menudo también, no han tenido la menor necesidad de estudio o de ascesis voluntaria para obtener los poderes que se les atribuye. Yo llamaría a esos casos *contactos* involuntarios, *tirones* recibidos desde la otra Realidad, que hacen de ellos, de un modo o de otro, entes manipulados por fuerzas que no dominan y, por tanto, entren por derecho propio en otras fonteras de las que ya hemos tratado: médiums o intermediarios de esa Otra Realidad.

Otra cosa es el estudio en profundidad de los *signos* que surgen, por un aparente azar, en los instrumentos empleados. Son signos que, según del tipo que sean, exigirán una interpretación, una búsqueda de la metarrazón (la razón de la sinrazón, podríamos decir) que hace que *tampoco* allí existan unas casualidades que sólo son producto de nuestra radical ignorancia para descubrir factores que caen al lado de afuera

de nuestro mundo lógico. Esas correspndencias que llaman imposibles los racionalistas a ultranza y que denominan magia los crédulos, no son ni lo uno ni lo otro. Naturalmente, no tienen *razón* porque forman parte de un universo irracional, de otra dimensión; pero tampoco responden a una pretendida magia condicionante de la ingenuidad humana, sino que pueden corresponderse con leyes que nada tendrían que ver con aquellas otras científicas y racionalistas o pretendidamente divinas, por las que normalmente regimos nuestra existencia.

Al margen de las explicaciones alucinadas que a menudo dan los que han dedicado su vida a investigar la práctica de estos fenómenos (unas explicaciones que responden perfectamente a su misma irracionalidad), cabe pensar que los instrumentos mánticos fueron descubiertos por seres que supieron ver en ellos un tipo determinado de lenguaje trascendente que correspondía a la realidad dimensional que ellos habían alcanzado. Ese lenguaje tendría que carecer de toda lógica racional, porque únicamente serviría para expresar realidades que quedan por encima o más allá de lo que el pensamiento racionalista alcanzaría a desvelar. De ahí su aspecto, que induce a la incredulidad precisamente por su falta objetiva de razón, que los hace corrientemente semejantes a un chiste o a un despropósito. Su explicación, y hasta las causas profundas de su eficacia, habría que investigarlas más allá del mundo circundante y habitual de días y de horas y de minutos, porque, si es que responde a algo —y no cabe duda de que a «algo» responde— ese algo ha de expresarse en un lenguaje ajeno a los sentidos y al universo de apariencias creado por ellos, aunque con «letras» (signos) que forman parte primaria de nuestro entorno más o menos cotidiano. Nunca, pues, se puede buscar en ellos la correspondencia literal entre el signo y su significado, porque nada tienen que ver el uno con el otro, al menos a niveles de conciencia lógica.

La lengua del otro mundo

De ese lenguaje irracional, que encierra las realidades que la lógica no puede siquiera concebir, nacen los tratados herméticos, los textos alquímicos, los petroglifos grabados en los peñascales gallegos o en las laderas basálticas de la isla del Hierro, las cuartetas de Nostradamus, la catedral de Chartres,

los *kôan* del Zen, los poemas de William Blake, las pinturas del Bosco, El Bardo Thôdôl, los chistes del Mulá Nasrudin, el Tarot, los cánticos de san Juan de la Cruz, los *graffitti* de Chinon y Gisors, el Pórtico de la Gloria, la rueda tibetana de oraciones, las pinturas de la Cueva del Castillo, el Libro de Enoc, Las Mil y Una Noches, El Libro de la Clara Luz del Día y todos los textos y los signos y los símbolos y las huellas de los que, habiendo accedido a la trascendencia o, al menos, a una parte de ella, se expresaron con toda la carga de irracionalidad y de incomprensibilidad que habían adquirido a lo largo de su experiencia al encuentro de la otra Realidad.

Se les ha acusado de oscuros, de deliberadamente confusos, de una radical falta de coherencia: de ocultismo, en fin. Y se les ha rechazado por ello o, al menos, se les ha restado la parte de crédito que les correspondía. Habría, pues, que romper una lanza por esa extensa criptografía esencial que ha constituído, a lo largo de la historia de las ideas, el *corpus* orgánico de la trascendencia.

No es gratuito el oscurantismo de esos signos. No se trata de retorcimiento deliberado para esconder un conocimiento que no se desea entregar o que se ha entendido sólo parcialmente. Esa razón sería tan rastrera que haría perder automáticamente credibilidad a la presunta trascendencia misma que se revela a través de ellos.

Cada uno de esos signos es una prueba, un indicio a redescubrir, una adivinanza. Recuerdo la historia de la fiesta que se celebraba en un colegio de monjas preconciliares. Salía al escenario una colegiala y comenzaba a recitar: «Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero...», cuando, de entre los espectadores, surgía la voz de alguien que creía haber encontrado *la solución* y gritaba: «¡Yo la sé! ¡La gallina!» Aunque puede parecer, así de pronto, una salida de madre, no cabe duda de que el poema místico en cuestión, con toda su carga de lirismo, con toda su belleza estética, se plantea (sin bromas ya) como una adivinanza en clave popular. Y esto no sucede por casualidad, sino porque la misma expresión de la experiencia trascendente nunca puede ser diáfana, en tanto que cuenta con los medios lógicos de que disponemos: la palabra, la imagen o los objetos que forman parte de nuestro contexto racional.

Relatar, expresar, reconstruir lo irracional con palabras o con expresiones del mundo lógico es incoherente en esencia, imposible y tan absurdo como la misma raíz irracional de lo

que se ha de expresar. Por eso se recurre tan a menudo al símbolo y a sus múltiples significados, o al signo más o menos abstracto (la cruz, el círculo, la esvástica, el laberinto), que no expresa nada en sí mismo pero admite, precisamente por ello, todas las posibilidades que reclama el contexto trascendente.

La letra que entra con sangre

La segunda razón de la oscuridad que plantea la comunicación ocultista es una que atañe directamente al destinatario del mensaje, que no debe ser nunca simple receptor de la vivencia ajena, porque por esa vía seguiría premasticado y casi digerido el alimento —trascendente, en este caso— que él mismo, si así lo desea realmente, tiene que molestarse en buscar y sufrir mientras lo busca, si es que de veras quiere encontrar la clave fundamental de ese mundo en el que se pone en juego su propia evolución.

Supongamos que un alquimista, llegado al final de su proceso de transformación espiritual y posesor presunto de su resultado, escribiera exactamente la cantidad, la proporción, la temperatura y la naturaleza de los elementos empleados en la Obra. Supongamos que diera medidas, calidades, tiempos y reacciones, que convirtiera sus meses o sus años de progreso interior en fórmula química. ¿En qué habría convertido su propia vivencia, la misma vivencia que tiene que desear a quien siga su camino? En la posibilidad de que la Piedra o el Elíxir —que sólo son elementos catalizadores del proceso— se convirtieran en materia de fabricación en serie. Todo el contexto de transformación interior, que sería realmente el que conduciría al ser humano al grado evolutivo buscado, habría desaparecido y, con él, su razón de ser primera y fundamental. La auténtica ayuda al prójimo llevada a cabo por el ocultista consciente —por el boddhisattva del ocultismo, podríamos decir, o por el auténtico maestro espiritual— está en ayudar a resolver el problema a los que realmente deseen resolverlo, no en darlo resuelto para que el alumno obtenga así un hipotético aprobado o un sobresaliente al que no se hizo acreedor.

Pero hay todo un mundo de manipulaciones entre esta actitud, que es la que proclamaba al principio de este capítulo como necesaria e imprescindible para luchar contra las dependencias y alcanzar el grado evolutivo que le corresponde al ser humano y al que necesariamente (por ley del cosmos) tiene que acceder en un momento u otro de su devenir, y la actitud, ya de por sí manipuladora en potencia, de quienes pretenden elegir a un grupo escogido —racial o sociológicamente seleccionado muchas veces— para alcanzar, a través de él o por medio suyo, un núcleo de poder destinado indefectiblemente al sometimiento — a un sometimiento más— de la humanidad restante, con la consiguiente eliminación de los elementos que se rebelen contra ese yugo supletorio.

La evolución del ser humano no es algo que se pueda ni se deba provocar artificialmente. Es algo que, siendo problema común y total de la especie, sólo puede ir alcanzándose de modo individualizado. Pero una cosa es encender una llama desde el otro lado, para indicar una meta a la que puede —debe— intentar el acceso quien se encuente con ánimos y con suficiente deseo visceral para ello y otra, muy distinta, rodear a la humanidad con un cerco de fuego que la mantenga temerosamente en su puesto actual, con la única misión de admirar, venerar y, naturalmente, obedecer a quien lo encendió. Esa actitud es la realmente enemiga —dualista enemiga— del ser humano, porque no se adopta jamás por deseo o por necesidad de contribuir a la evolución de la especie de la que se forma parte, sino con intención clara de colocarse en un grado del que se tiene conciencia profunda de no formar parte en tanto que ser humano. No es el intento de izar al hombre, sino la intención tácita de crear, artificialmente por supuesto, al presunto superhombre nietzscheano que le someta definitivamente, sin esperanza de redenciones ni accesos para quien no posea la carta de identidad requerida unilateralmente.

13

De viajes a la otra Realidad

Es difícil —casi imposible— tropezar con casos de auténtica experiencia mística liberada. Quiero decir con místicos integrales que hayan sido capaces de vivir su iluminación sin estar previamente integrados a una determinada forma dogmática o que se hayan integrado a posteriori a alguna doctrina religiosa que considerasen acorde con lo que estaban viviendo o con las tradiciones que llevan impresas en su código genético o en su parcela del inconsciente colectivo. Por eso resulta prácticamente inútil analizar racionalmente los relatos de tales experiencias y sólo cabe, en el mejor de los casos —siempre sujeto a la lucubración y al peligro de la teoría hipotética—, el intento de establecer una estructura común del fenómeno místico, a partir de las experiencias relatadas desde las más diversas doctrinas en las que los místicos han ido a buscar la razón trascendente de su iluminación.

La ¿otra? realidad

En síntesis, cabría explicar el comportamiento místico —de un modo ralo y pedestre, si queremos— como una experiencia que permite, a quien la vive, acceder al conocimiento

directo e inmediato de esa forma de realidad que no se sujeta a las apariencias vividas a través de los sentidos corporales. Una realidad que, por otra parte, habría que distinguir atentamente de la pura alucinación psíquica y no confundirla nunca con la turbación mental producida por una comprensión defectuosa y manipulada de determinadas verdades impuestas por las formas religiosas dogmáticas como objetos de fe ciega y nunca sujeta a la crítica ni al razonamiento. El problema consiste, sobre todo, en saber discernir los límites que separan ese conocimiento de la obstrucción mental que, muy a menudo, adopta la apariencia de una revelación pero que, en el fondo, no es más que proyección angustiosa de incertidumbres y temores mal asimilados y penosamente creídos.

El conocimiento místico viene a ser como un despegue de las trabas dimensionales impuestas por la percepción sensorial que, en cierto modo, transforma en *sensaciones* de gusto, de tacto, de olfato o de vista —comprensibles para nosotros por un hábito de la especie— las vibraciones de la naturaleza y *codifica* una realidad cósmica que nuestro componente físico —el cuerpo— es incapaz de hacer concebir a la mente racional *tal cual es*.

Como es lógico, esas escapadas esporádicas y particulares hacia la Realidad intangible suelen ser ávidamente reclamadas por las religiones dogmáticas deístas que así adjudican el origen de tal experiencia al Ser Superior de turno, atribuyéndolas a un favor de la Divinidad que, de este modo, «permite» a determinados seres humanos el acceso a los terrenos de su esencia. En este sentido, la tradición religiosa universal se encuentra tachonada de mitos sacralizados que llaman a los creyentes hacia la presencia *probada* de «otro mundo» al que, por especial favor divino, tuvieron (o tienen) acceso los elegidos ortodoxos, sabios, santos, beatos y maestros. Las experiencias de estos místicos son transformadas —por ellos mismos o por el cuerpo de doctrina que escogieron o que les escogió— por medio del correspondiente código trascendente particular, y pasan a convertirse en materia de fe que engrosará las pruebas pretendidamente racionales e incontrovertibles en favor de la autenticidad de la forma religiosa correspondiente.

El acceso y el «tirón»

Estructurando los casos de experiencia mística para los que contamos con una cierta (nunca completa ni objetiva) documentación, se hace patente que la toma de contacto con la Otra Realidad, cualquiera que sea el contexto religioso, se produce por dos caminos.

El primero de ellos está propiciado por una facultad individual del propio místico, el cual, bien por medio de ejercicios ascéticos (yoga o penitencias de la Tebaida) o —más raramente— gracias a una determinada constitución física o psicológica natural, logra a partir de un instante dado de su vida escapar esporádicamente del mundo de apariencias sensoriales y enfrentarse directamente con el *siguiente* eslabón evolutivo de la naturaleza. Vive la trascendencia por sus propios méritos, innatos o adquiridos, y transforma su vivencia explicándola de acuerdo con los parámetros religiosos que informan sus creencias. Es el caso de san Juan de la Cruz y de santa Teresa, el de Budha.

El segundo, según se despende de los casos catalogables desde tiempos remotos hasta nuestros días, parece consistir en la presencia, ante el sujeto místico, de una(s) entidad(es) que, generalmente sin el propósito ni la voluntad previos de dicho sujeto, arrastra(n) o tira(n) de él hacia la contemplación momentánea y esporádica, única o periódica, de esa otra realidad de la que, al parecer, procede(n). Lógicamente, estos sujetos —pasivos, en contraste con los activos del caso anterior— personifican a esta(s) entidad(es) con arreglo a sus creencias o a la tradición religiosa en la que están integrados. E incluso, en casos de duda, piden explicaciones que les son proporcionadas indefectiblemente dentro de esas coordenadas religiosas inmediatas. En este apartado podemos situar los raptos bíblicos de Elías o Ezequiel, determinadas intervenciones divinales del hinduismo y del jainismo, los casos de apariciones virginales —Fátima, Garabandal, La Salette— y, fundamentalmente en nuestros días, los *contactos* mesiánicos con pretendidas entidades extraterrestres, provocadoras de nuevos sectarismos y de (aparentemente) nuevas concepciones religiosas para una humanidad que parece estar perdiendo las tradicionales.

Dejaremos ya definitivamente de insistir en los casos de este segundo apartado, en el que el sujeto místico es provocado desde el exterior, para centrar el hecho en la experiencia de quienes parecen haber accedido al conocimiento trascendente a partir de su propia naturaleza y, en cierto modo, por propia voluntad o por específica predisposición personal.

Un caso insólito de misticismo sin adscripciones

Y lo haremos utilizando el testimonio precioso —yo diría que, además, único, o casi— de un ser humano que logró relatar sus vivencias sin atarse, ni antes ni después de ellas, a unos dogmas preestablecidos que habrían podido dar explicación acomodaticia a unas experiencias que él trató de expresar libremente, tal como le llegaron en instantes insólitos, esporádicos y cruciales de su vida.

Su nombre, hoy aún, dirá probablemente muy poco a un lector español: Jacques Masui. Fue un hombre que, creo que deliberadamente, se mantuvo en la sombra a lo largo de toda su vida. Sin embargo, no es la suya una de esas sombras mafiosas que actúan desde la clandestinidad para obtener un beneficio a costa de quienes pudieran haberse dejado manipular por su influencia, como es caso tan corriente —y más en nuestros días inmediatos—, sino la sombra benéfica de un ser fundamentalmente positivo que pasó su vida dirigiendo revistas y publicaciones —como *Cahier du Sud, Hermès, Documents Spirituels*— que estuvieron dando a conocer en toda Europa, a través de esa Francia que aún no ha logrado liberarse de su chauvinismo visceral, la obra, la vida, la experiencia, las creencias, el ser íntimo, los dogmas, las heterodoxias, los grandes maestros, las rebeliones y la esencia —sí, sobre todo la esencia— de la espiritualidad universal.

Masui, un hombre sin obra propia, murió rayando los setenta años al filo del tercer cuarto de nuestro siglo —anteayer, como quien dice—, dejando detrás de él una casi increíble obra de divulgación de todo cuanto para el ser humano puede significar de importante —más: de fundamental, de imprescindible— en el contexto espiritual planetario. Lo que no llegó a escribir estaba dicho ya por otros: Sri Aurobindo, el Zen, el budismo mahâyâna, el sufismo, los mitos hiperbóreos; estaba en las raíces espirituales del mosaísmo, en la proyección universal de la esencia religiosa del hombre, que él conocía y vivía y deseaba que formase

parte del acervo trascendente de todos sus semejantes.

Antes de su muerte —muy poco antes, según creo— dejó en manos de sus amigos sus papeles personales. Unos papeles que estaban escritos en cuadernos, en cuartillas, en el reverso de sobres usados, en cualquier superficie apta para garrapatear unas notas inmediatas en las que expresar sus vivencias urgentes, aquéllas que (con palabra suya) tenían que «desintoxicarse», para ser válidas, de todo contexto intelectual que les pudiera arrebatar su condición de experiencia viva. Contar aquello que gozó y sufrió a lo largo de su vida era (y vuelvo a repetir palabras suyas) «coincidir, no describir ni catalogar».

Encerrado en un mundo cerrado

Volcado a todas las creencias y sin comprometerse con ninguna de ellas, Masui nos importa ahora menos como personaje concreto que como ser que vivió íntimamente la trascendencia y logró expresarla sin tintes sectarios que habrían enmascarado —como enmascaran en tantos otros— la pureza integral de lo vivido. Por eso, al margen de su personalidad inmediata, son sus experiencias las que pueden servirnos para analizar, siquiera sea superficialmetne —porque la penetración sólo se logra penetrando, aunque el decirlo suponga otra verdad de Perogrullo— en el fenómeno místico químicamente puro.

La primera realidad desde la que conviene partir hacia la vivencia mística es la conciencia de estar inmersos en un mundo integrado en una realidad inconcebible (desde el punto de vista sensorial). Masui lo expresó mucho tiempo después de haber tenido sus experiencias decisivas. En una nota del 12 de febrero de 1956 apunta: «*Este mundo cerrrado en el que me encuentro encerrado, este universo desde el que lanzo una mirada hacia el otro que me cerca y del que participo, lo quiera o no... este mundo cerrado que se me antoja único y que realmente lo es. Lo miro, lo observo, pero se me escapa continuamente. Raramente me ha sido permitido lanzar sobre él* una mirada pura. *Verme vivir, verme pensar, observarme a mí mismo*». Sólo si se logra escapar experimentalmente (la teoría nunca sirve) del mundo cerrado de las apariencias sensoriales se puede tener conciencia directa de esa otra realidad de la

que sólo conocemos alguna manifestación parcial e incompleta, en tanto que nuestro mundo forma parte —pero sólo una parte— de ella. En este sentido, es como si conociéramos un cubo sólo por sus superficies, sin concienciade volumen. O, echando mano de la admirable fábula de«Los ciegos y el elefante», que forma curiosamente partede toda la tradición religiosa universal, como los invidentes que describen al paquidermo como una totalidad falsa, según la parte de su cuerpo que examinan a través del tacto. El que toca la trompa lo describe como una serpiente, el que acaricia las orejas, como un abanico, y el que le palpa sus patas dice de él que es como una columna. Por eso —de ahí el simbolismo radical de la fábula—, sólo si se abre la mirada interior y se deja de ser ciego, como de hecho lo somos, se alcanza la «visión» de la auténtica realidad.

Grandeza y miserias de la palabra

Lo malo, en un intento de aproximación al fenómeno trascendente de la experiencia mística, es su radical inefabilidad, que impide *relatar* la naturaleza de la Realidad contemplada. Simplemente el hecho de que tengamos que recurrir a palabras que indican percepciones sensoriales —yo mismo acabo de decir «contemplada» y, un poco más arriba, tuve que emplear la palabra «visión»— supone ya un engaño semántico en la descripción (eventual) de estos fenómenos que comienzan a manifestarse precisamente fuera, al margen y con exclusión tácita de la intervención de los sentidos, pero siendo al mismo tiempo su origen y su causa: «*De hecho, no había ninguna imagen, ningún objeto, más bien la* sensación *de un mecanismo del que yo participaba por dentro, viendo o sintiendo operaciones con una enorme celeridad, cuyo resultado consistía por las buenas en ser consciente —por los sentidos— de la presencia de las cosas, del mundo, de mí mismo*» (nota del 14-7-65). En Masui se produce, lo mismo que en otros místicos, una interacción de las sensaciones y en esta misma experiencia relata, inmediatamene después de lo que acabo de reproducir, cómo los sonidos de convierten en olores o en sensaciones aparentemente visuales. O sucede *como si* se convirtieran en tales, porque, en realidad, en ese estado no hay equivalencias que puedan describirse: «... *porque me perdía en un torbe-*

llino del que adivinaba, sin escucharlo, que debía producir un ruido infernal» (3-4-61).[1]

El místico, pues, entra en contacto con la Realidad trascendente y tiene conciencia de que nada de aquello tiene que ver con ningún tipo de experiencia cotidiana. Sin embargo, *necesita* expresarlo luego —al volver de su estado—, porque admitirlo tal cual es, sin adaptación al medio en el que se desenvuelve nuestra mente, significaría la anulación del ser que siente la posibilidad de *conocer*. Y ahí precisamente interviene de nuevo, aunque con un valor infinitamente más positivo, la palabra, la significación semántica. «*Aunque la Realidad sea inefable, el Verbo (el lenguaje) puede ponernos en contacto con las fuerzas cósmicas y con ciertos aspectos de lo Real, del mismo modo, aunque por otros caminos, que los dioses a través de los mitos y de los símbolos*» (24-4-55). Es entonces, precisamente, cuando la palabra, en tanto que explica lo inefable, adquiere valor sagrado cuando adquiere categoría de símbolo, porque «*Sin imagen, corremos el peligro de caer en la locura. El símbolo nos «sostiene», mientras podamos fijarlo. Hay un peligro terrible en determinadas formas de conocimiento, a menos que nuestro ser* entero *haya sido preparado para recibirlo. ¿No es eso lo que afirman todas las tradiciones?*» (15-11-53).

El engaño temporal

El símbolo semántico es, para el místico, el único modo de penetrar en la razón del absurdo, en ese inmenso *kôan* que le descubre, en medio de su experiencia, la falsa captación que, en tanto que seres corrientes, tenemos del concepto dimensional del tiempo. En la Realidad vivida esporádicamente por el místico, el tiempo no pasa: es. Se ha convertido o es

1. Esta experiencia *laica* de Masui es, a fin e cuentas, la misma que tienen nuestros grandes místicos. Santa Teresa (*Vida*, VII) expresa la visión que no es vista: «*Vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo...*»; y san Juan de la Cruz, el sonido silencioso: «*...la música callada, / la soledad sonora...*» (*Cántico Espiritual*, I, 15). Hay que interpretar estas vivencias como una captación, a nivel trascendente, de las vibraciones cósmicas que, por un lado, tienen lugar a niveles situados fuera de los límites de captación de los sentidos y, por otro, son de naturaleza uniforme, aunque, según su longitud de onda, serán recogidas, ya en el plano sensorial, por uno u otro de los sentidos.

experimentado realmente como una magnitud que ha perdido todo el convencionalismo del *discurrir* para adquirir la categoría del *estar*. Por eso precisamente, la apariencia sensorial, que en mayor o menor grado desafía a la temporalidad —la luz—, se convierte para el que vive la experiencia mística en fundamento de su visión y en sujeto primero de lo que luego trata de expresar —simbólicamente, claro— por medio de la palabra.

Ese es el motivo por el cual surge la luz como elemento determinante de la visión mística, pero ya no es una luz que «se desplaza» a trescientos mil kilómetros por segundo, sino que —como sucede en la mística oriental y se repite hasta la saciedad— se habla de una luz «estática», e incluso del *lugar donde está la luz*, que, paradójicamente, puede surgir en la visión como enclave oscuro y tenebroso, precisamente por su rechazo radical a la comprensión racional. Es la vivencia llamada por Ouspensky la *sensación espacial del tiempo*, su situación, su localización en un contexto suprarracional.

Pero esta idea, que en teoría puede parecer hasta lógica —partiendo de unas coordenadas matemáticas de pura relatividad einsteiniana—, se convierte en vivencia a niveles místicos, que suprimen, por pura necesidad de aprehensión, la transformación intelectual de lo que se ha experimentado. En Masui, como místico integral y liberado, la idea y la vivencia se interpenetran: «*Tengo la sensación de moverme en un espacio que nada tiene que ver con las tres dimensiones clásicas: me siento capaz de abrazar continentes enteros y, a veces, creo que me escapo del universo y vago en medio de «algo» que no tiene dimensiones*» (26-12-47).

Y en este caso —veamos la fecha: 1947 es un año temprano en la vivencia mística de Masui—, el «paso» místico aún ha sido expresado con una lógica teñida de la misma intelectualidad que nosotros tenemos que utilizar para *entenderla desde fuera*. Pero ese mismo intelecto se llega a convertir, eventualmente, en un estorbo que hay que eliminar a toda costa si queremos —me explico: si quiere el místico— expresar realmente su vivencia.

¡Abajo el intelecto!

«*¿Cuál es mi función desde hace algún tiempo? Desmontar,*

una a una, todas las construcciones intelectuales falsas que se han acumulado en mi memoria desde el momento en que fui presa del poder del pensamiento (...) desmontar, arrancar, lanzar lejos de mí los jirones del conocimiento discursivo, ¡hasta el lenguaje mismo! Hundirme en un mar de silencio, en lo informal, saltar por encima de todas las barreras y aprender que el sí y el no son como 2 más 2 (...) Es una larga y difícil intoxicación. ¿Estaré en el camino?» (31-8-1958). Esta negación de las posibilidades de la función intelectual a la hora de juzgar la vivencia mística, convertida en desconfianza en Teresa de Jesús, [2] coincide —y nuestra santa lo ignoraba, aunque no así, seguramente, Jacques Masui— con un concepto que la filosofía oriental tiene muy claro, cuando se insiste, tanto en la forma Mahâyâna como en la forma Zen del budismo, en que los sentidos corporales del ser humano no son cinco, como en nuestro mundo occidental, sino seis: el sexto sentido es precisamente la mente, tan productora de imágenes engañosas y convencionales como el resto de las percepciones sensoriales.

La visión mística, la percepción trascendente es, según todos los testimonios, un abandono consciente del mundo expresado por los sentidos y, consecuentemente, una superación de lo corporal y de todo cuanto lo corporal (mente incluida) supone de visión falseada de la realidad cósmica. Pero ese abandono iluminado de lo corporal es, al mismo tiempo, rechazo consciente de lo racional, de todo cuanto signifique lógica, esa lógica fabricada por la mente y que recibe su información del resto de los sentidos.

De esta intuición al rechazo místico de unos conceptos racionales que no aclaran la vivencia, sino que la embrollan, no hay más que un paso. Por eso, la comprensión última de la experiencia iluminativa tiene que ir precedida del reconocimiento tácito de que, en ella, no valen las coordenadas mentales al uso, sino el (aparente) despropósito, la (siempre aparente) sinrazón, la aceptación de un mundo en el que los valores formales han perdido todo su sentido, abandonando los surcos de lo racional para lanzarse a tumba abierta por los espacios inconmensurables de lo absurdo y de lo ilógico.

2. «... el entendimiento no discurre, a mi parecer, mas no se pierde; mas, como digo, no obra, sino está como espantado de lo mucho que entiende; porque quiere Dios entienda que de aquello que Su Majestad le representa, ninguna cosa entiende». (*Vida*, X).

Pero al entrar por primera vez en ese universo de la realidad trascendente —cuando entra—, el ser humano pierde la tierra que ha venido pisando hasta entonces bajo sus pies. No le sirven ya los conceptos por los que se regía, no tiene posibilidad de definir, de «dominar», de establecer relaciones de causa a efecto, como hace en el contexto del mundo sensorial. De ahí le viene la reacción de espanto, de miedo, de un miedo que —contra los conceptos que hemos adoptado en nuestras coordenadas sensoriales— no viene producido por el peligro, sino por lo desconocido, por lo que nos revela una realidad que se encuentra en flagrante oposición a todo cuanto hemos considerado siempre como real y positivo.

Jacques Masui lo ve —lo siente— así: «*Tengo el convencimiento de que la verdad tiene dos caras: una angélica, de indecible belleza, que es puro regocijo: felicidad, fusión, armonía, amor pleno, etc. Es la cara «radiante», la que yo conocí hasta ahora. Pero hay una segunda* oscura, *que es trágica, abominable... y que, sin embargo, hace que toquemos, a través de ella, los más secretos mecanismos de las cosas (...) Esa otra visión es* satánica. *Nos permite tocar con los dedos algo que es igualmente real, pero que carece totalmente de gozo. Al contrario: significa un espanto terible. Tenemos conciencia de acercamiento a un momento de ruptura (¿pero ruptura de qué?). Imposibilidad de sentir, de* ver *más allá...*» (15-11-53).

Y poco más adelante, el mismo día: «*Lo más terrible de la visión-sensación sentida fue la total despersonificación y la ausencia de todo apoyo: abandono total de todo lugar «localizado»; todo flota en un no-tiempo, en un no-espacio, nada más que una fuerza, una energía fría, hostil, para la que la vida personal no tiene absolutamente ningún sentido, ante la cual todo se podría resolver en una especie de corriente eléctrica como la que atraviesa los siniestros aparatos de las salas de radiología*».

En ese estado, el místico trata de utilizar sus sentidos y resulta que «*la mirada involuntaria o curiosa que nos ha llevado a mirar el corazón de las cosas, ha roto, al mismo tiempo, su armonía*», su forma sensorial, el aspecto con el que estábamos acostumbrados a contemplarlas, la «proporción», la «perspectiva», el «volumen», todo cuanto nos da de ellas la sensación *dualista* con que estamos habituados a contemplarlas primero y a juzgarlas en consecuencia.

Un mundo no listo para sentencia

A mi modo de ver, es precisamente la ruptura del dualismo la que causa el primer terror de la experiencia mística. Trataré de aclararlo. El ser humano, en su mundo de apariencias y en las coordenadas de su percepción sensorial (vista la mente como un sentido más), *califica* cuanto le rodea. Y esa calificación se mueve siempre entre dos magnitudes opuestas: el bien y el mal, el blanco y el negro, el amor y el odio, lo grande y lo pequeño, lo masculino y lo femenino. No nos damos cuenta de que esa percepción de valores y de proporciones es únicamente un error dimensional. Podemos intuirlo cuando, a través del simbolismo religioso universal, se nos repite hasta la saciedad la verdad ideal del yin-yang, del andrógino, del *bausséant* templario, pero hay un mundo de distancia entre la apreciación intelectiva (y hasta, a veces, acomodaticia y burguesa: *in medio virtus*) y el enfrentamiento directo con una realidad en la que los opuestos, los polos positivo y negativo de la energía, se han unido, formando un cortocircuito —es una palabra que vale tan poco como cualquier otra— para engendrar o para descubrir algo que está fuera de toda posibilidad de juicio, porque ni es alto ni bajo, ni bueno ni malo, ni grande ni chico, ni blanco ni negro... ni luminoso ni oscuro, ¡sino todo lo contrario! ¿Y no es acaso esta vivencia la que reflejó san Juan de la Cruz en las «Coplas del alma que pena por ver a Dios»?[3]

El error visceral que persiste en las formas religiosas establecidas —un error voluntario, por otra parte, directamente lanzado sobre el ser humano para retenerle y, a su modo, esclavizarle— está en *sentenciar* tales experiencias, en colgarles el sambenito de buenas o malas, de ser originarias de Dios o del Diablo según se planteen plegándose a la ortodoxia oficial (aunque sólo sea en términos de semántica) o volviendo la espalda al dogma impuesto. Con ello, contra toda apariencia de divinización, lo único que se hace es minimizar el fenómeno trascendente, convertirlo en catecismo de versículo o *sura* que hay que repetir y aceptar para —así, simple y llanamente— mantener al ser humano en los límites estrechos de su conocimiento sensorial, con el TEMOR ante cualquier cosa que pudiera revelarle su posibilidad de acceso a *su propia trascendencia*, a su identidad real, suprasensorial. En pocas palabras —digo yo si serán pocas—, al estado al que lógica y naturalmente tiende la evolución general de la especie humana, la condición inmediata que, antes o después (en la vida o en la muerte), tendrá que adoptar para ir más allá de los condicionamientos que le mantienen en los confines reticulares de la aprehensión parcial y condicionada de la realidad cósmica.

Tal vez por esta razón, la condición que parece indispensable —o que, al menos, es corriente en la experiencia mística— es la salida del propio encierro corporal.

Eso que llaman viaje astral

En la experiencia de Masui surge de modo diáfano esta vivencia: «*Me sentí enteramente ausente de mí mismo, sin pertenecerme... yo estaba flotando en el cosmos, no estaba ligado a nada y, sin embargo, sentía de modo admirable que el universo formaba un todo del que yo era a la vez solidario e independiente. Sobre todo, me sentí increíblemente* libre, *no experimentaba ninguna de las habituales seducciones del pensamiento o del cuerpo (mâyâ). ¡Era maravilloso! A pesar de ello, mientras me sentía sujeto de esta experiencia, sabía que aquello no era completo, que debería haberse producido algo más. Bruscamente, todo cambió de aspecto. Mientras me encontraba en aquel estado carente de toda imagen, de pronto me vi perfectamente a mí mismo (pero como si me hubiera escapado de mi propio cuerpo), subiendo por la calle Grandval en Ajaccio y dirigiéndome hacia la plaza*» (14-8-44).

Se trata, como podemos entrever, del «viaje astral» del que han hablado —a menudo bajo la forma de sueño— muchos psíquicos que no han llegado a captar totalmente la naturaleza profunda de esta vivencia y la han atribuido a un impulso del alma que, en un estado de muerte efímera y provisional, logra abandonar temporalmente la envoltura del cuerpo para adentrarse en el reino simbólica y erróneamente calificado como el Absoluto. Sólo que habría que pensar en la «relatividad» de ese atributo rotundo de «absoluto», al que el

3. *Vivo sin vivir en mí / y de tal manera espero, / que muero porque no muero. / En mí yo no vivo ya, / y sin Dios vivir no puedo; / pues sin él y sin mí quedo, / este vivir, ¿qué será? / Mil muertes se me hará, / pues mi misma vida espero, / muriendo porque no muero. / Esta vida que yo vivo / es privación de vivir; / y así, es continuo morir / hasta que viva contigo...*

mismo Masui —como la mayor parte de los místicos ortodoxos— da tal nombre. El abandono del cuerpo, tal como se supone que debe suceder de modo definitivo en la muerte, significa dejar atrás, temporalmente (en la experiencia mística), toda una serie de trabas físicas que impiden al componente anímico de nuestra personalidad el acceso a la contemplación de la realidad inmediatamente superior (que no tiene por qué ser *la realidad absoluta*, sino apenas un paso adelante, un eslabón más en el camino de la evolución del ser). Esas trabas físicas actúan en el hombre lo mismo que los barrotes de una jaula carcelaria: impiden la vivencia exterior y, cuando se han atravesado, es perfectamente posible volver la «mirada» atrás y contemplar la «celda» que se abandonó, con toda su carga sensorial, con toda su tara —sí, dije tara— mental que ha transformado la realidad con arreglo a los engañosos parámetros de la lógica. Así puede hablar Masui de «*los estados que siguen a una concentración profunda, aquellos en los que abandono realmente mi cuerpo, en los que lo mental ya no funciona, porque lo mental está totalmente vacío de ideas*» (10-2-48). Vacío de ideas, vacío de cuerpo, vacío de esa ciencia intelectual con la que intentamos explicarlo todo, incluso lo inefable, cuando realmente sólo el místico puede describirlo directamente y, cuando lo hace, tiene que renegar de todo lo aprendido para quedarse únicamente en la vivencia pura, sin cuerpo y sin mente, de Juan de la Cruz en las «Coplas hechas sobre un éxtasis...»:

Entréme donde no supe
y quedéme no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.
. . . . . .

Estaba tan embebido,
tan absorto y ajenado,
que se quedó mi sentido
de todo sentir privado,
y el espíritu dotado
de un entender no entendiendo,
toda sciencia trascendiendo.

Esa trascendencia de que habla san Juan de la Cruz, esa muerte provisoria («*vivo sin vivir en mí...*») que es, el fin y al cabo, la vivencia mística, explica en gran parte el motivo profundo por el que tanto el Libro de los Muertos egipcio como el Bardo Thôdôl de los budistas tántricos del Tibet son considerados como auténticos tratados iniciáticos en los que se da cuenta —oculta— del camino que ha de seguir el neófito hacia la experiencia que les abrirá las puertas de la otra realidad por medio de un despertar auténtico de la intuición.

Esa intuición es la que permite que determinadas personalidades sean más aptas que otras para alcanzar la vivencia mística. Masui, que se debatió toda su vida entre el juego intelectual y la experiencia inmediata (una lucha que está presente, como la del místico cristiano, a lo largo de años enteros de notas apresuradas y urgentes) siempre llega a la misma conclusión: es el poeta —o el artista en general— quien más cerca estará siempre de la comprensión *de* (o de la integración *en*) la trascendencia. Porque es el artista quien, según los casos, emplea la *materia* o la *palabra* para asimilar a sí mismo el resto del cosmos, para hacerse uno con él, identificándose con la realidad en su estado puro, *realizando* en él, dentro de él y en torno a él, esa realidad y *expresándola* después, no por medio de un pensamiento elaborado —con lo cual no dejaría de ser igualmente producto de los sentidos— sino mediante unos símbolos que, sean palabras, colores, formas o sonidos, unifican el sentido total de lo que, en estado normal, nos llega engañosamente a través de las sensaciones primarias.

«*Sobre todo* —apunta el día 2 de febrero de 1960—: *no más separación entre nosotros y las cosas. Las sentimos formar parte, como nosotros mismos, de idéntico* juego: *un solo juego. Nada más tiene importancia o, lo que es lo mismo, todo tiene la misma importancia, todo es igual, los valores han desaparecido. En este estado de extrema disponibilidad o de apertura total (...) se esclarece (...) la felicidad de estar en el mundo.*» Una identidad que sólo puede alcanzarse plenamente por el camino de la intuición, sea artística o —llamémosla así, si queremos— religiosa, y que sólo podremos alcanzar si prescindimos de la tara del sexto sentido mental, porque «*...mientras permanezcamos "separados" de lo que queremos alcanzar, por poco que sea, no podremos saborear la vida "espiritual" en su integridad.*

Eso es ya mucho para algunos, sobre todo para los poetas, para los artistas. Sin embargo, si aspiramos a una total "realización de nuestro ser" (no hay palabras más apropiadas) que es la meta consciente o velada de toda la empresa humana, la justificación de su existencia (en esta tierra), todos nuestros esfuerzos deben tender a reducir la distancia entre nuestro "yo puedo" (...) y las aportaciones fácticas que enmascaran la luz» (12-6-59).

De chakras y corrientes endocrinas

Curioso y significativo que el poeta o el artista iniciado (aún a su pesar) surja siempre, o casi, como un ser fisiológicamente disminuido en mayor o menor grado. Mírense la historia literaria o los ensayos biográficos y ahorraremos aportar ejemplos. Curioso también y más significativo aún: el místico surge en todo el ámbito planetario como a) un tarado físico y hasta eventualmente psíquico que, analizado con arreglo a las coordenadas que consideramos como normales (?), sufre una alteración constitucional, genética, patológica o psicológica que se inscribe en los límites de lo anormal; o b) una personalidad extrañamente sana que es capaz de resistir una serie ininterrumpida de choques fisiológicos o psíquicos que le arrancan de la normalidad y le integran, sin detrimento de su salud, por terrenos insólitos e incluso trascendentes; o c) una consecuencia de la administración consciente de determinados productos que, al tiempo que cohíben el normal desarrollo de las funciones sensoriales, fisiológicas y psíquicas, propician el salto —momentáneo, periódico o constante— hacia estados paranormales en los que las funciones lógicas del organismo se alteran para dejar paso libre a instantes e incluso a hechos que nada tienen que ver con la experiencia usual y cotidiana.

De la alteración —provocada o patológica— del proceso «normal» de las funciones corporales surge (al parecer) una propensión que facilita el paso hacia la otra realidad, la trascendente, compensatoria en cierto grado de las fallas perceptivas ocasionadas por la situación patológica (a), por el entrenamiento durísimo al que es sometido el cuerpo (b) o por el elemento externo (c) que viene a perturbar el discurso corriente y moliente de esa vida vegetativa, sensitiva e intelectiva que llamamos normal y cotidiana. O sucede, al menos,

que la disciplina o el debilitamiento fisiológico ponen al cuerpo —el soma— en una situación que permite la entrada en él del elemento externo (¿lo llamamos trascendente?) que ayuda a dar el salto hacia la otra realidad. El error, o la duda, estriba precisamente en discernir dónde termina la pura alucinación patológica o psicótica y comienza realmente el paso hacia niveles superiores de conciencia. «*Me di cuenta* (...) *de que no se trataba de un fenómeno mental, sino que el cuerpo y la reacción de sus humores juegan un papel* (...) *tal vez determinante pero, en todo caso, no enteramente provocado por ellos*» (3-4-61). Es, en cierto modo, el papel que los orientales atribuyen a los chakras, que son centros *acumuladores* (en el cuerpo) de una energía y de unas facultades que llegan desde el exterior, probablemente desde esa misma Realidad en la que penetra eventualmente el místico, pero de ningún modo son capaces de crearla, aunque, debidamente estimulados, puedan redistribuirla y lanzar al ser hacia la trascendencia.

El cálculo improbable de probabilidades

El problema, en el momento de arriesgar una explicación *racional* del fenómeno místico, reside precisamente en el desconocimiento de *todos* los factores que deben reunirse en un ser humano —o en el ambiente que le rodea— para que, en un determinado instante, pueda producirse la llamada iluminación. Pero podemos estar seguros, al menos, de que estos factores no obedecen a nuestras coordenadas lógicas y que, en todo caso, si existe en ellos una razón inasible (una metalógica, podríamos decir), hay que pensar que se halla dispersa, como un *puzzle* imposible, por todo ese universo aparentemente conocido y que sólo reuniendo todas las piezas, buscándolas en los sectores más absurdos del cosmos y de nuestro propio interior, se puede llegar a ese instante de *contacto* trascendente que provoca la vivencia de la realidad inmediatamente superior, la revelación mística que el ser religioso atribuye sencillamente a la divinidad que se encuentra a la cabeza del cuerpo de doctrina escogido. Sólo ciertas formas espirituales de Oriente —Zen, Mahâyâna o tantrismo budista— reconocen al ser humano como sujeto activo de esa búsqueda, y fomentan, mediante prácticas físicas y espirituales, el paso hacia la iluminación. Posiblemente sea ésta la

diferencia fundamental entre las formas de misticismo que se dan en Oriente y en Occidente, donde el hecho místico se produce de un modo (al menos aparentemente) pasivo, como favor especialísimo concedido por la divinidad a sus elegidos.

Tal vez por esta causa se dé también con mucha mayor profusión en Occidente que en Oriente el fenómeno, igualmente místico, del «contacto», de unas apariciones divinales que no son, en el fondo, más que piedras de toque o manifestación supuestamente espontánea del factor trascendente que se hace patente provocando la «iluminación» (entrecomillada por pasiva) de unos sujetos que, en la mayor parte de los casos, no hicieron nada, ni pusieron nada de su parte para dar el salto místico a la otra realidad. Lo malo, lo peligroso en tales casos —peligroso por lo que el fenómeno tiene de condicionante— es que el resultado, a niveles generales, lejos de propiciar la iluminación consciente, tanto en quien vive la experiencia (o la sufre) como en quienes la interpretan, sólo sirve la mayor parte de las veces para edificar sobre ella un tinglado milagrero «ad maiorem Dei gloriam».

Los límites del milagro

Y no porque el prodigio trascendente no sea posible, ¡que lo es, naturalmente!, sin duda, en esos niveles de la realidad donde se superan —y se anulan— las pretendidas limitaciones racionales. Es sólo una cuestión de entendimiento, de dejar los hechos en su lugar y en sus proposiciones justas, sin distorsiones ni interpretaciones que sólo conducen, irremisiblemente, a la aceptación miedosa y acomodaticia de unas supuestas revelaciones de las que los dirigentes religiosos —no maestros, sino dueños (pretendidos) del saber trascendente— necesitan de modo vital constituirse secularmente en únicos detentadores. Por eso resulta admirable y reconfortante —como una prueba presentida y deseada— la naturalidad con la que un místico como Jacques Masui, independiente de dogmas y de ritos, describe el mundo de «*infinitas posibilidades que ofrece el cosmos*», entre las cuales «*sabemos, sin duda, que hemos tomado contacto durante un instante con lo que la gente llama el absoluto. ¡Dios o el Vacío! No me atrevo a decir: sentirse divino, pero es algo así. He comprendido entonces que, en un mayor grado de intensidad, y de realización más* continua

sobre todo, pueden realizarse "milagros", porque parece que incluso podemos ordenar las cosas» (2-2-60).

Se trata, en suma, del constante prodigio paranormal, sempiternamente sacralizado por los dogmas y sempiternamente justificado por el pretendido racionalismo académico de las escuelas de parapsicología: levitaciones, estigmas, bilocaciones, telequinesias, curaciones y resurrecciones, recomposición de órganos destruidos, premoniciones remotas, licuaciones periódicas de sangres secas, transverberaciones, mensajes, luces y visiones que tachonan nuestros santorales como producto de favores venidos de una pretendida divinidad que, desde la cima de la pirámide cósmica, quieren los teólogos que rija inexorable y arbitrariamente los destinos de los seres humanos, sin plantear jamás la posibilidad indudable de que ese ser humano nuestro de cada día tenga la oportunidad de trascender y, sin necesidad de convertirse en dios ni en santo, de alcanzar niveles de conciencia que justifican y —ante todo— *humanizan*, al hacerlo cósmico, el sentimiento de la propia superación.

14

Entre la manipulación y la libertad

Si fue antes el huevo o la gallina...

Entre los etnólogos ha surgido, por fin, la duda. Y digo eso de por fin porque siempre he tenido el convencimiento de que no son los dogmas, sino las inseguridades y los interrogantes, los que conducen realmente al conocimiento. La duda de los etnólogos a la que ahora me refiero se basa en el dilema de si buena parte de los pueblos que llamamos primitivos lo son porque no han alcanzado todavía determinados estratos de esa cultura que consideramos superior o si, por el contrario, formaron parte de culturas de alto nivel que, por alguna razón no determinada, degeneraron y sólo quedan ya de ellas jirones sueltos y deformados que configuran los mitos y las tradiciones de tales conjuntos humanos.

Claro que, a la hora de elegir, más o menos gratuitamente, entre esas dos soluciones, habría que cuestionarse también el concepto real y auténtico de la palabra *cultura*. Porque, al menos a mi modo de ver las cosas, tan alto nivel puede alcanzar una cultura puramente tecnológica, como la nuestra, entregada al maquinismo más sofisticado, como otra que, prescindiendo de la ayuda mecánica desde sus orígenes, haya cifrado su progreso en la evolución espiritual y mental de sus

miembros. Es más: creo que, en buena medida, ambos tipos de cultura se contraponen y que, en tanto que la primera puede llegar a embotar las capacidades evolutivas del ser humano, resolviéndole los problemas que debería resolver por sí mismo y ahorrándole específicos esfuerzos que también él mismo debería realizar, la segunda pone en funcionamiento todos los mecanismos físicos, mentales, psíquicos y espirituales del individuo y le mantiene en constante forma, atento al entorno y a sí mismo y dispuesto, consecuentemente, a dar el Salto que le pondrá en condiciones de situarse en un estadio superior de su proceso evolutivo.

El problema es, pura y llanamente, de entrenamiento y de apoltronamiento. Jamás tendrá las mismas capacidades físicas el oficinista que engorda el culo sentado todo el día detrás de su mesa que el atleta que se entrena unas horas en el salto, en la marcha o en la piscina. Del mismo modo, jamás podrá encontrarse en los mismos niveles de comprensión cósmica el sujeto que se deja llevar por los medios mecánicos puestos a su alcance por el complejo tecnológico-cultural, del que forma parte irreversible, que el ser humano que tenga que enfrentarse cotidianamente con los problemas, los interrogantes y los fenómenos que le plantea el entorno natural al que pertenece. Una cosa es alcanzar la cima de un monte a bordo de un helicóptero y otra, muy distinta —y seguramente mucho más aleccionadora y positiva—, buscar desde abajo las sendas, las grietas, las peñas propicias y hasta las horas convenientes para llegar a la cumbre. La primera solución la aceptamos porque *se nos da hecha* (y de nada sirve pensar que un determinado ser humano fue el primero en encontrarla); la segunda *la hacemos nosotros*. Y, mientras no se demuestre lo contrario, no creo que quepa duda en cuanto a que el hombre sólo puede progresar realmente mediante el hacer, mediante el ejercicio constante, cotidiano y vitalicio de una gimnasia a todos los niveles de su estructura total.

Ahí están precisamente la razón y la esencia de casi todo cuanto llevamos dicho hasta este momento en estas páginas. Hay dos posibilidades del ser humano, y sólo dos. Una, relajar la voluntad y el espíritu y dejarse conducir por las estructuras que se han creado o por las entidades que le superan en conciencia dimensional, lo que constituye la base de la gran manipulación cósmica que sufrimos. La otra, tratar de mantenernos activos integralmente, conociendo y dominando

nuestra propia naturaleza y rompiendo los hilos que, desde todas partes, intentan sujetarnos a voluntades ajenas, como marionetas de un inmenso guiñol.

Las huellas de un deterioro

Lo que incita a la sospecha de que muchos de los pueblos llamados primitivos son, en realidad, la muestra final de una degeneración cultural que viene desde épocas inciertas, es el hecho mismo de que, en el conjunto de sus tradiciones, se encuentran los signos de un conocmiento que, por disimulado que esté en los mitos y en todo su ritual religioso, da cuenta cabal de remotos estadios que pudieron muy bien significar momentos de gran lucidez en esos grupos humanos que hoy apenas serían la sombra de su propia cultura ancestral. Yendo aún más allá en el campo de las hipótesis, la presencia de tales pueblos, su situación actual —indefectiblemente precaria y, a menudo, en inmediato peligro de extinción— y la relativa lucidez de sus recuerdos míticos, induce a pensar en algún tipo de fuerza exterior, ajena a ellos, que colaboró en un determinado momento a su ruina. Una fuerza que suele estar presente, por lo demás, en su mitología, bajo la forma de un *requisito divino* que en un momento determinado dejó de cumplirse y provocó la ira y la venganza subsiguiente de las ahora llamadas divinidades, que descargaron para siempre su furia sobre quien les desobedeció y sobre sus descendientes.

En cierta manera, esta terrible venganza cósmica (que suele aparecer como motivo universal en las diversas culturas planetarias), es la que cuentan las Escrituras que descargó Dios sobre los hombres en diversas ocasiones: la primera, cuando Adán y Eva probaron el fruto prohibido del Árbol de la Ciencia; otra, cuando tuvo lugar el Diluvio Universal; la tercera, cuando se intentó la construcción de la Torre de Babel. Y hay muchas más, por supuesto. Venganzas divinales que se localizan en los libros apócrifos de la Biblia, en el Popol-Vuh y, en general, en la tradición de todos los pueblos de la Tierra. Venganzas que, curiosamente —y no tengo más remedio que prescindir una vez más del concepto casualidad—, siempre coinciden con instantes en los que el ser humano o un determinado grupo de la especie estuvo a punto de alcanzar

un alto nivel de conocimiento de la Realidad. Volviendo al ejemplo inmediato de las Escrituras, esos momentos coinciden, en uno de los casos, con el fruto del saber colgado del Árbol de la Ciencia; en otro, con la construcción de un templo que habría acercado al ser humano al reino de Dios.

Si saltamos sobre mares y culturas, observaremos que estos motivos de deterioro se repiten con características muy similares en los lugares más insólitos del planeta. Y, si nos molestamos en analizar los mitos que rigen la vida y el quehacer cotidiano de los pueblos —su lucha constante por la supervivencia muchas veces—, comprobaremos la presencia de una tradición que, en muchos de sus rasgos primordiales, es común a todo proceso cultural de los pueblos de la tierra.

Tomemos un pueblo. (Y no voy a insistir esta vez en un pueblo cualquiera, puesto que lo he elegido por motivos muy especiales que más adelante se verán y que hacen de él una síntesis de motivaciones culturales.) Se trata de los huicholes, que, en número de unos nueve mil miembros, habitan una zona inhóspita al norte del estado mejicano de Jalisco. En la actualidad, constituyen un grupo humano al margen casi absoluto de la civilización. Viven de la agricultura del maíz y de una escasa ganadería, no hablan castellano y son en su totalidad analfabetos, al menos analfabetos en el sentido que solemos dar nosotros a la alfabetización. Forman cinco o seis comunidades independientes entre sí, que se rigen por un gobierno de jefes elegidos anualmente por el pueblo, y por la autoridad religiosa de los chamanes de cada aldea, reconocidos por sus poderes mágicos, por su conocimiento profundo de la tradición y por sus facultades como curanderos y augures.

La triste historia de Huatacame

Según la tradición de los huicholes, todo el pueblo desciende de un pobre cazador de ciervos que se llamó Huatacame. Dice el mito que, un día, se encontró con una muchacha que se le presentó bajo el aspecto de una paloma, ofreciéndole un cuenco de maíz. La siguió hasta su rancho y allí supo que la joven, llamada Maíz-Azul, vivía con sus hermanas —Maíz-Blanco, Maíz-Amarillo y Maíz-Manchado— y con toda

una caterva de parientes (que constituían precisamente el mundo de las hortalizas que los huicholes emplean en su dieta y cultivan en sus campos): el guisante, la calabaza, el frijol... Los padres del Maíz concedieron a Huatacame la mano de su hija Maíz-Azul, pero le ordenaron que, al menos durante los cinco primeros años de su matrimonio, la venerase como a un ser sagrado y la liberase de cualquier trabajo.

Así comenzó para Huatacame un maravilloso proceso iniciático del mundo de la agricultura. Su mujer le enseñó el modo de talar los bosques sin el menor esfuerzo, el método de plantar las semillas y despreocuparse de ellas hasta la recolección, la forma de levantar templos a las divinidades y ofrecerles las primicias de las cosechas, la fabricación de amuletos y de toda clase de artilugios mágicos que convirtieron su vida en un paraíso de posibilidades frente a la incertidumbre y las privaciones que había sufrido durante su época de cazador de ciervos. Cuando llegaba el tiempo de la cosecha, no tenía siquiera necesidad de recogerla: le bastaba cortar una mazorca de cada variedad para que, inmediatamente, el campo entero se cosechase solo y las mazorcas se distribuyeran, sin que nadie las tocase, en torno al primer ejemplar recolectado, dando cantidad suficiente de fruto para asegurar con creces la supervivencia y el bienestar.

Pero, al cabo de cuatro años, la madre de Huatacame, que vivía con la pareja, obligó a la joven esposa a que moliera en el molino los granos de maíz, olvidando con ello la promesa hecha a sus padres. Las manos de Maíz-Azul comenzaron a sangrar y la muchacha huyó llorando al rancho de sus padres, seguida de todos sus hermanos. Huatacame intentó inútilmente hacerla regresar, pero la suerte estaba ya echada para él y sus descendientes. Lo único que obtuvo fue la concesión de un puñado de granos para la siguiente cosecha, pero desde entonces tuvo que penar duramente su trabajo y apenas consiguió sacar, en cada futura cosecha, lo suficiente para subsistir, exactamente igual que aún sucede en la actualidad con sus descendientes, que le nacieron de su segunda unión con la mujer Perra-negra.

Tras un período aciago de tempestades y de sequías, de diluvios y de cataclismos que diezmaron a la humanidad, los descendientes de Huatacame llegaron al mando de su jefe Harra Quarrí, a la zona que ahora habitan y allí, aun después de haber perdido las antiguas prerrogativas mágicas, siguieron

repitiendo los ritos que aprendió su antepasado y cumpliendo con fidelidad absoluta con las ofrendas debidas a las divinidades ordenadoras de la tierra y de las estaciones, lo que permitió la vida de los huicholes hasta su precaria actualidad, en la que siguen practicando los ritos agrícolas y sudando su paupérrima subsistencia, casi con los mismos medios que sirvieron a su mítico predecesor.

Un relato (medio escondido) de poder

Si continuamos analizando el contexto tradicional en el que se desenvuelve la vida de los huicholes, nos encontraremos con la existencia de dos espacios sagrados, que se corresponden con los dos lugares donde discurrió su existencia mítica. El primero de ellos, donde Huatacame sufrió como cazador y vivió el conocimiento divinal de la agricultura, es la zona en torno al monte sagrado de Lehunar, en el estado de San Luís de Potosí, un enclave denominado por los Huicholes el «Lugar donde apareció el Sol.» El segundo, que tiene como centro el santuario de Teacata, dista del primero más de quinientos kilómetros y comprende la zona que constituye el hábitat actual del pueblo huichol; lo llaman el «Lugar donde apareció el Fuego» y lo consideran la tierra que las divinidades les tenían destinada. Una vez al año, apenas comenzada la estación seca y cumpliendo un ceremonial estricto y riguroso que convendría analizar en sus múltiples significados simbólicos (cosa que no nos detendremos a hacer aquí, porque nos conduciría a detalles del proceso humano de trascendencia que no me he propuesto aún exponer), los huicholes emprenden una larga peregrinación iniciática desde su centro sagrado de Teacata al centro primigenio de su tradición, Lehunar. Y allí, después de haber cumplido escrupulosamente toda una serie de ritos sagrados, que van desde la confesión purificadora a la danza y la meditación, pasando por todos los lugares santos del largo camino, recolectan durante un día entero la raíz del cacto *peyotl*, la planta de la vida según ellos, que convenientemente administrada por los chamanes, habrá de conducirles en la determinada circunstancia de su penoso peregrinaje y en medio de un ritual sagrado del que nadie podrá apartarse, a una experiencia psicodélica que, según ellos mismos afirman, les pondrá en contacto ritual y pe-

riódico, perfectamente medido, con un mundo de vida verdadera de realidades superiores, con una experiencia directa del alma con el universo de los dioses.

Según lo que diversos investigadores directos del rito huichol del peyotl han manifestado, contando con el relato de los mismos indios que lo experimentan (y avalado por la experiencia consciente de hombres como Huxley o Artaud), la esencia del *viaje* es, aparte visiones que el huichol siente como auténticas y plenamente significadas, una abolición total del sentido del tiempo según los cánones establecidos, un encuentro, pues, con el tiempo y el espacio míticos y una comunión eucarística —pues de rito plenamente eucarístico se trata en su caso— con las divinidades rectoras del universo. Según Benzi,[1] «*aun manteniéndose sensible a la belleza estética, al juego de formas y relieves, a la brillantez y a la variedad de los colores* (observado, sentido y vivido todo en otra dimensión, podríamos añadir nosotros), *el huichol se mantiene también atento, sobre todo, al mensaje cultural de las visiones. Cree en la realidad objetiva de lo que se le aparece y participa religiosamente del mundo visionario. Cada visión mantiene despiertos sus sentidos y sus facultades, hace una llamada a su saber tradicional y parece conectar un inmediato mecanismo de interpretación*». Añadamos que, en todas las ocasiones, es el chamán el encargado de aclarar al visionario las experiencias que él mismo no lograría explicarse.

Sutiles cables de dependencia

La primera conclusión que parece evidente en el contexto de esta experiencia ritual trascendente de los huicholes (y tendría que repetir que doy siempre a la palabra trascendente su estricto sentido de conducir más allá de la realidad inmediata) es su arcaísmo. Es decir, su origen remoto y tradicional, enlazado con mitos que se corresponden con una etapa de su historia conectada al momento en el que el pueblo desconocía todavía las técnicas de la agricultura que narran sus leyendas en clave divinal. Toda una serie de elementos semánticos de esos mitos corroboran la idea, pero el más evidente de todos es, seguramente, la identificación que hacen los huicholes entre el peyotl y el ciervo. La caza de este animal forma parte activa del ritual que acompaña a la recolección del cacto alucinógeno. La peregrinación se inicia con la caza de uno y se completa, después de la gran jornada de recolección, con la caza de otros siete. Colas y cuernos de ciervo forman, por lo demás, parte activa de los elementos mágicos de los que se sirven los chamanes rectores para completar con actos simbólicos distintos instantes del peregrinaje y de la iniciación psicodélica.

La experiencia que comporta el consumo ritual del peyotl forma, pues, parte de una tradición arcaica que supone un presunto contacto con lo divino, con la consiguiente evidencia —igualmente supuesta, pero no por ello menos evidente para el huichol— de unos límites de percepción mucho más amplios que los estrictamente aprehendidos en el quehacer cotidiano. El contacto con el cacto supone la realidad de toda una gama de actividades, religiosas y estéticas —la estética y el arte tienen siempre y en todos los pueblos de la tierra unos orígenes profundamente religiosos— que se manifiestan fundamentalmente en su comportamiento habitual: en el sentido trascendente de sus ofrendas y en los sones de la música de sus festividades, en el significado de sus invocaciones e incluso, si cabe, en sus relaciones sociales y familiares. El huichol, pues, basa la comprensión de su entorno —y hasta su identificación con él— en la experiencia extática que realiza con la ayuda del cacto alucinógeno.

Sin embargo, hay un factor importantísimo que conviene tener en cuenta. Toda esa experiencia extática está sabiamente dirigida y controlada por los chamanes de la aldea, que son, por otra parte, los auténticos rectores del pueblo huichol. Los chamanes son los que eligen a los componentes del grupo que realizará la expedición, los directores efectivos de todos los ritos, los conocedores y guías que llevarán a los peregrinos a cada lugar sagrado que encuentren a lo largo de la ruta, los administradores de la cantidad correcta de peyotl que se deba consumir en cada ceremonia, los que escogen el momento y el espacio propicios para montar los campamentos, para encender los fuegos sagrados, para realizar la confesión previa a la purificación que les hará dignos de entrar en contacto con los dioses. Ellos serán igualmente quienes les *expliquen* las imágenes y las sensaciones que habrán percibido después de cada

1. MARINO BENZI, *A la quète de la vie*, Sté. Nationale des Editions du Chêne, París, 1977.

sesión de éxtasis psicodélico y quienes, al fin y al cabo, les *interpreten* según los cánones la gran borrachera trascendente y quienes *dictaminen* la bondad o la maldad de las visiones (que serán indefectiblemente buenas o malas según el grado de docilidad a la autoridad chamánica que hayan mostrado, según el nivel de mansa entrega que tengan, según el comportamiento que muestren ante el control religioso que mantiene el chamán sobre todos ellos).

Ahí tenemos, pues, un ejemplo más, a niveles de comunidad primitiva, de cómo una determinada minoría se implanta siempre como detentadora de poderes y como intérprete de unos concretos designios que vienen supuestamente «de arriba» y de los que se convierten en mensajeros e intermediarios, manteniendo al resto de la comunidad bajo unas reglas de estricta dependencia con la amenaza, más o menos evidente, de unos castigos que caerán irremisiblemente sobre quienes se salten las normas impuestas y los preceptos tradicionalmente constituidos, y con la esperanza de unos premios que, por el contrario, serán repartidos profusamente entre los mansos de toda la vida.

El juego de las tensiones

Es significativo el ejemplo que se da entre los huicholes, porque, en cierto sentido, alcanza los límites extremos de una situación común a todos los pueblos de la tierra. Y digo lo de límites extremos porque, entre estos indios perdidos de las sierras de Jalisco, se cumple radicalmente un comportamiento que, a distintos niveles de realización extrema, podemos encontrar en las más diversas épocas y en prácticamente todas las comunidades humanas, sea cual sea el grado de cultura alcanzado. En esquema, se trata de una *clase sacerdotal* (aquí los chamanes, que muy a menudo forman parte de una misma familia), que reparte vitaliciamente premios y castigos y hasta designa a los poderes civiles que periódicamente ejercerán el gobierno político del pueblo. Una clase sacerdotal que será, de hecho, la única con *autoridad* (emanada supuestamente de los favores divinales) para juzgar sobre la virtud y el pecado, la bondad y la maldad de los actos del grupo y la única que, consecuentemente, se encontrará de hecho por encima de ese bien y de ese mal por el que

serán rasados los demás componentes de la comunidad.

El ejemplo más claro de esa dependencia lo podemos encontrar también entre los huicholes y precisamente en esta época en la que tiene lugar la peregrinación del peyotl. Cuando los romeros llegan a las cercanías de uno de los lugares clave del camino, la Colina de la Estrella, el chamán mayor marca un espacio sagrado y otro de los chamanes se va llevando aparte a cada uno de los componentes de la expedición, atado simbólicamente con una cuerda al brazo, para que haga en privado confesión completa de las faltas cometidas a lo largo del año. Posteriormente, reunidos todos los peregrinos con los chamanes en un círculo alrededor del fuego sagrado, repetirán públicamente esa confesión, tan completa y con tantos detalles como la hubiera hecho anteriormente.

Se da el caso esclarecedor de que, entre los huicholes, el adulterio es falta corriente, aunque no por ello menos digna de castigo. Y sucede también que, en esas confesiones, el pecador debe a toda costa revelar sin tapujos no sólo el acto presuntamente impuro que ha cometido, sino las circunstancias y hasta el nombre de la mujer con quien lo cometió. Este hecho lleva como consecuencia que, muy a menudo, se descubran relaciones que hieren profundamente el orgullo y la presunta honorabilidad de otros componentes de la peregrinación que puedan resultar «víctimas» del pecado que se ha confesado. Y aunque, al parecer, las normas establecidas prohíben toda exteriorización de rencores durante la larga marcha iniciática, parece cierto que esos rencores afloran en la primera oportunidad, que suele ser en medio de las primeras euforias producidas durante las fiestas del peyotl.

Fijémonos en el hecho de que los chamanes son, en realidad —como al fin y al cabo los sacerdotes en todas las formas religiosas del mundo— los verdaderos legisladores de la ética, los investigadores esenciales de los preceptos y reglas por las que se habrá de regir el entorno moral del pueblo. Si se mantiene esa ley creada (y se trata en efecto de una ley *creada* y de ningún modo de una supuesta regla natural del comportamiento humano) y se provoca, al mismo tiempo, la tensión ocasionada irremediablemente por la confesión pública de su transgresión, nos encontramos ante el claro exponente de un elemento de dependencia, condicionador de actitudes en las que, esencialmente, sólo salen beneficiados los componentes del grupo manipulador: los chamanes.

¿Qué valor real podemos conceder, en este caso, a la iniciación trascendente, que supone el contacto con la Otra Realidad, cuando es llevada a cabo de modo ritual por el pueblo de los huicholes conducido mansamente por la autoridad chamánica?

Creo que importa fundamentalmente que tratemos de analizar esta cuestión, porque existe una tendencia ya generalizada en determinados ambientes, medio intelectuales y medio iniciáticos, que trata de atribuir a situaciones como ésta (tanto entre pueblos culturalmente primitivos como en comunidades formadas en ambientes presuntamente progresistas), el valor justificante de unas prácticas en las que la ingestión de una u otra droga parece conducir al adepto a un contacto trascendente más o menos periódico y también más o menos consciente y voluntario con la trascendencia. Escritos como los de Leary y Castaneda han venido a convertirse en biblias de una nueva visión justificadora de estados de conciencia cuya alteración —y ninguna otra cosa— permite el acceso a una dimensionalidad distinta. Sin embargo (y pienso sobre todo en una lectura profunda de la obra de Castaneda), habría que distinguir, en primer lugar, entre lo que la experiencia psicodélica puede contener de ejemplo y lo que de hecho tiene como norma. En segundo lugar, lo que puede significar en tanto que liberación efectiva y en tanto que dependencia manipuladora.

No me cabe duda de que, en este contexto, es totalmente distinta la acción de un maestro sobre un individuo determinado y la del chamán sobre sus pupilos. El chamán —dejemos a un lado sus posibles poderes y su propia capacidad personal para acceder a estados de conciencia superiores— se impone mediante su influencia al grupo humano sobre el que ejerce la autoridad y, en cierto modo, hace que el estado extático sea tomado como una especie de premio moral a una conducta sumisa con las reglas establecidas. De hecho, la experiencia viene a formar también parte periódica de dichas reglas, como una más entre las que fijan de modo inapelable las formas de conducta, deberes sociales u oraciones y ofrendas a los dioses mantenedores del status vital.

El maestro, en cambio (y sigo pensando, sin ir más lejos, en el yaqui don Juan, sea personaje cierto o criatura de ficción), surge en la vida de un individuo determinado por un acto volitivo de elección y, aunque habría que distinguir si esa elección la lleva a cabo el maestro o el discípulo, se produce exactamente igual que las experiencias ulteriores con humos, hongos o cactos, que llegan con el encuentro, como un medio para alcanzar un determinado fin y *sólo* hasta que dicho fin se haya alcanzado. A partir de entonces, conocida la experiencia trascendente de la mano del maestro que la domina y que la conoce, es el momento de poner en acción activa —pido perdón por el retruécano— la propia energía individual, el instante del *hacer* de Gurdjieff, del obrar por cuenta propia el individuo para alcanzar esos estados de conciencia por el impulso de la propia volición y sin el concurso de ninguno de los dos intermediarios iniciáticos: maestro por un lado y pócima provocadora del momento extático por otro.

La diferencia fundamental entre ambos caminos estriba en la dependencia, a todos los niveles. Dependencia hacia el elemento provocador del estado alterado de conciencia (la droga) y dependencia hacia el sujeto que se toma la atribución de administrarla (sacerdote o chamán o gurú), y se reserva la posibilidad de interpretar, según cánones previamente establecidos por un determinado dogma, esa trascendencia inefable que el individuo alcanza, haciéndosela vivir en fecha y lugar prefijados, cumpliendo ritos previos y obedeciendo a normas perfectamente establecidas que convierten la experiencia mística en *hábito* en el que apenas interviene la conciencia o la necesidad visceral de trascender. El contacto místico del indio huichol con el cacto peyotl no es en modo alguno la forma consciente de trascendencia, sino —como apuntaba ya al principio— el resto sospechadamente deteriorado de una experiencia vital arcaica tradicional, convertida en rito y en dogma y en costumbre por obra y gracia de unos elementos —los chamanes con toda probabilidad—, que guardaron ancestralmente, para beneficio propio y dependencia del pueblo que regían, el significado profundo de esa trascendencia que ahora siguen administrando como acto eucarístico deformado por la interpretación manipuladora de conciencias. Los huicholes, a pesar de su experiencia periódica, nunca pueden alcanzar por sí mismos la *iluminación* de que nos da cuenta el Zen o que individuos aislados como Masui o san Juan de la Cruz alcanzaron desarrollando su propia energía trascendente. La sombra manipuladora del chamán estará

siempre al pairo de esa libertad visceral que el ser humano necesita a toda costa para convertir en eficaz y válido su acto místico. Él, en tanto que encargado de aclarar porqués y cómos —podríamos decir, encargado de racionalizar lo irracional— convierte en culto obsoleto la trascendencia humana. Y, en tanto que continuador y conservador para el pueblo de un acto transformado y deformado en rito, mantiene, dentro de reglas perfectamente dominadas, una experiencia que tendría que ser, en último extremo, simple salto provisorio hacia auténticos niveles superiores de conciencia engendrados desde la propia actividad interior del ser humano.

Interpretar y comprender

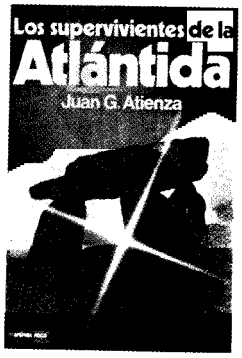
La dificultad que existe para reconocer y distinguir con claridad las funciones que asumen los maestros y las que se atribuyen los sacerdotes —y doy a la palabra sacerdote una significación que hasta podría llegar a tomarse por religiosamente laica, pues ya han llegado a abundar demasiado los sacerdotes del laicismo— marca precisamente la frontera que existe entre la manipulación y la libertad del ser humano para entrar en contacto con la Realidad trascendente y ser, sobre todo, *consciente* de ello. Los teóricos del empleo de los productos psicotrópicos (Leary, Cooper) insisten constantemente en la necesidad de un guía que, dominando plenamente la experiencia, ayude al que quiere intentarla a encontrar su sentido auténtico y el significado del estado por el que va a atravesar. Del mismo modo, la iluminación que se busca en las prácticas del Zen sólo es posible de alcanzar por mediación de un maestro que sea capaz de dar el empujón trascendente que colocará al neófito en un estado de conciencia dimensional superior, de liberación esencial de las trabas sensoriales.

El que alcanza tal estado no necesita, sin embargo, que se lo *interpreten*, porque resulta esencialmente imposible dar sentido racional a una experiencia que, ya lo hemos visto, supone nada menos que escapar de la racionalidad y porque cualquier interpretación ha de significar necesariamente el encaje de la vivencia trascendente —el salto dimensional— en los límites de una mentalidad que forma parte del mundo sensorial en el que discurren cotidianamente nuestras vivencias, las vivencias que el salto en cuestión ayuda a superar. La interpretación, en este contexto, es un «sí, pero...», un condicionamiento que moldea la experiencia mística y la encaja —la encierra— en moldes previamente establecidos por cualquiera de las fuerzas manipuladoras que impiden al ser humano trascender los límites de su cubo de seis paredes, perfectamente visible y palpable, perfectamente acorde con unos cánones euclidianos en los que privan las reglas, los teoremas y las tesis aprobadas y consentidas. Es decir, todos los elementos primarios de dependencia mental y, en consecuencuencia, de manipulación espiritual.

Que el ser humano ha de conseguir esa liberación *a pesar de* un mundo denso de trabas de preceptos condicionantes no significa, sin embargo, que ese mundo y esa experiencia hayan de ser aceptados por el entorno. Eso es algo que los místicos de todos los tiempos han captado a la perfección, porque todos ellos, en cualquier época y en cualquier lugar, se han encontrado inmersos en un entorno hostil a la libertad fundamental que suponía su propia trascendencia. En el fondo, esa es la razón de los largos comentarios de Juan de la Cruz a las breves y contundentes estrofas místicas que le inspiraron sus saltos a la trascendencia. En el fondo también, esa es la causa primaria de la multivalencia del símbolo ocultista, que lo mismo puede aparecer en el más heterodoxo de los grimorios que en la más oficialmente santa de las Iglesias.

Pues bien, en esa multivalencia del símbolo y en esas explicaciones impuestas a la experiencia mística desnuda está, precisamente, la raíz de la distinción entre la manipulación y la libertad, como se encuentra la sutilísima capa que limita la realidad aparente que vivimos y la Realidad inmediata a la que indefectiblemente tendemos. Si somos capaces de reconocer esos límites y de distinguir lo que realmente se encuentra a cada lado de cada uno de ellos (y digo reconocer y distinguir, nunca entender ni interpretar) habremos dado, supongo yo, el primer paso hacia nuestra propia liberación. Es posible que los otros pasos podamos darlos con menos dificultades y hasta con conciencia iluminada de nuestro destino.

DEL MISMO AUTOR

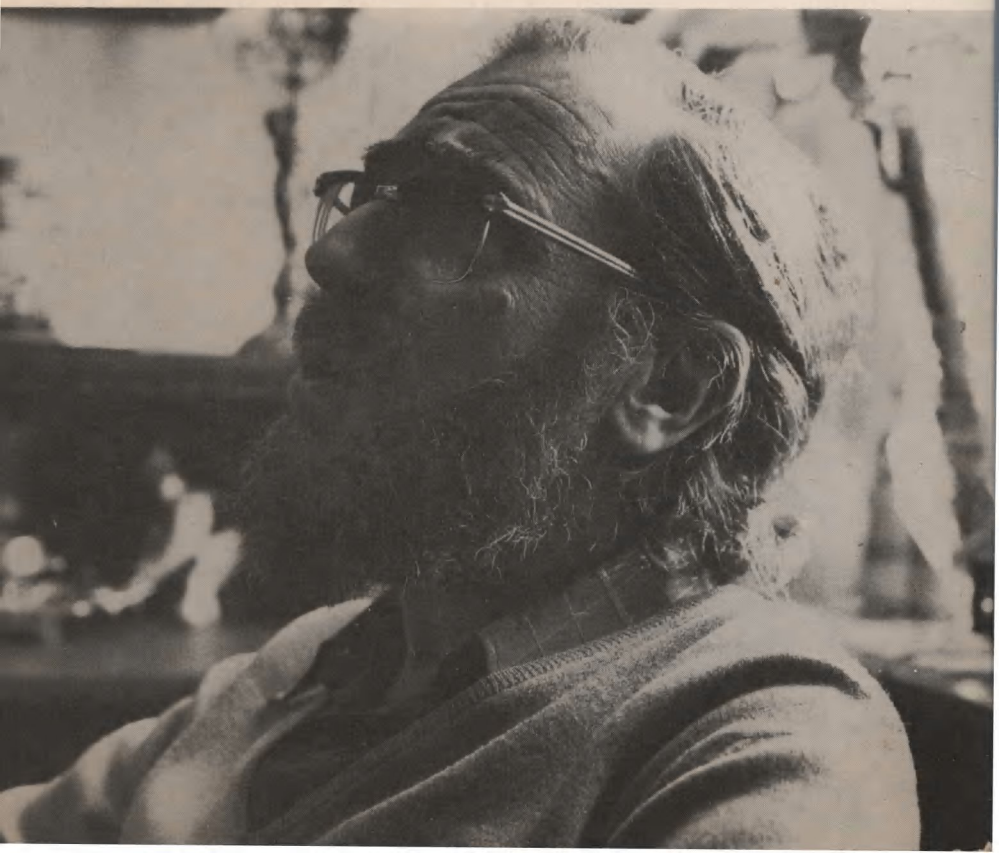


¿Hubo una civilización superior en los países atlánticos?

El ocultismo templario al descubierto.

Rutas turísticas de la España misteriosa.

¿Es tal vez la humanidad un inmenso rebaño conducido por entidades desconocidas?

Los hilos que tensan la vida
del hombre desde todos los rincones
del Universo.

¿Somos marionetas cósmicas?